JENOFONTE

OBRAS MENORES

PSEUDO JENOFONTE

LA REPÚBLICA DE LOS ATENIENSES

75



GREDOS

JENOFONTE

OBRAS MENORES

HIERÓN - AGESILAO - LA REPÚBLICA DE LOS LACEDEMONIOS - LOS INGRESOS PÚBLICOS - EL JEFE DE LA CABALLERÍA - DE LA EQUITACIÓN - DE LA CAZA

PSEUDO JENOFONTE

LA REPÚBLICA DE LOS ATENIENSES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 75

JENOFONTE

OBRAS MENORES

HIERÓN - AGESILAO - LA REPÚBLICA DE LOS LACEDEMONIOS - LOS INGRESOS PÚBLICOS - EL JEFE DE LA CABALLERÍA - DE LA EQUITACIÓN - DE LA CAZA

•

PSEUDO JENOFONTE

LA REPÚBLICA DE LOS ATENIENSES

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE
ORLANDO GUNTIÑAS TUÑON



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ y JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ.

Impreso en España. Printed in Spain.

JENOFONTE

HIERÓN, AGESILAO, LA REPÚBLICA DE LOS LACEDEMONIOS, LOS INGRESOS PÚBLICOS O LAS RENTAS, EL JEFE DE LA CABALLERÍA O EL HIPÁRQUICO, DE LA EQUITACIÓN, DE LA CAZA

HIERÓN

INTRODUCCIÓN

El *Hierón* da en sus comienzos la impresión de que va a plantear una cuestión meramente individual, como es la del mayor o menor placer que pueden disfrutar el tirano o el ciudadano de a pie. Mas, a medida que se avanza en su lectura, nos vemos obligados a rectificar, al constatar que los diversos aspectos de la vida pública se apoderan del diálogo y que, en realidad, si al tirano no le va bien, es porque está enfrentado con toda la ciudad, como dice en 6, 14.

Lógicamente, en la segunda parte, Simónides no ve otro medio para cambiar la triste situación del déspota, que fomentar el bien público antes que su bien particular; o, mejor dicho, que el medio de que el gobernante consiga la felicidad es lograr, a la vez, la felicidad de toda la comunidad, como viene a decirse en 11, 1.

En una palabra, estamos ante una obra más que nos confirma la estrecha vinculación, en la época clásica, del individuo y la *polis*, de lo privado y lo público, y que destaca que no hay otra vía para conseguir el común bienestar, así como que cualquier obstáculo que se interponga entre ellos, como el del tirano, impedirá su consecución.

Fecha de composición

Hay autores que piensan[1] que el *Hierón* fue escrito después del año 358 a. C., basándose en la afirmación de 3, 8 sobre las conspiraciones de los familiares del tirano. Efectivamente, ven en este pasaje una alusión a los sucesos de los tiranos de Tesalia *(Helénicas* VI 4, 33-37), cuando Polifrón asesinó a su hermano Polidoro —ambos, hermanos de Jasón y sucesores suyos— y Polifrón, a su vez, fue asesinado por Alejandro, que, más tarde, también se convirtió en víctima de su esposa y de los hermanos de su mujer.

Asimismo, Higgins[2] dice que Jenofonte se decidió a escribir esta obra movido, quizás, por el fulgurante engrandecimiento y caída de Jasón en la década de los años 70 y por las actividades del amigo de Platón, Dionisio el Joven, en los años 360, en Siracusa.

Marchant-Bowersock[3] enumeran diversos acontecimientos relacionados con los tiranos de la época: Dionisio el Viejo, Dionisio el Joven y los ya aludidos Jasón de Feras y sus sucesores, acontecimientos en los que han intentado justificar las diferentes fechas: *ca.* 383, 367 y 359 a. C. Por otro lado, advierten que no es necesario suponer que Jenofonte tuviese en cuenta algún acontecimiento particular o persona determinada cuando escribió el *Hierón.* Simplemente sería, según ellos, un diálogo socrático sobre un tema que le atraía especialmente. Se inclinan estos autores por una fecha tardía, los últimos años del escritor, a juzgar por la lengua y las influencias retóricas de la obra.

[1] Cf. W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis,* Albany, 1977, págs. 61 y 131.
[2] *Xenophon the Athenian...,* pág. 60.
[3] E. C. Marchant, G. W. Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, págs. XIV y XV.

Contenido

El contenido de este diálogo entre el tirano Hierón y el poeta Simónides se centra en la pregunta inicial que plantea el poeta: la distinta situación del tirano y del particular en lo que atañe a alegrías y tristezas.

La postura, invariable, de Hierón es que el tirano goza menos y sufre más que el ciudadano corriente; justamente la contraria del poeta, para quien el tirano disfruta mil veces más y sufre muchísimo menos.

A lo largo de los once capítulos, se pasa revista pormenorizada a los diversos aspectos de la vida privada y pública, y se intenta averiguar quién sale más favorecido en esas situaciones desde la perspectiva del placer.

Punto de partida son los sentidos del hombre (vista, oído, olfato, gusto y tacto), que son la primera fuente de placer o dolor para el individuo. La investigación se centra, en primer lugar, en las distracciones que nos llegan por la vista, esto es, los espectáculos. Hierón afirma que no puede asistir a los espectáculos públicos por la falta de seguridad en que se encuentra; y que los privados resultan muy caros para el tirano. Simónides le replica que no podrá decir lo mismo del segundo sentido, ya que sus oídos son constantemente halagados. A ello responde Hierón que los elogios realmente agradables son los que se hacen en libertad y no por adulación.

Respecto al gusto, Simónides cree, como todo el mundo, que el tirano come y bebe mejor, porque sus platos se salen de lo corriente. Mas, según Hierón, las fiestas agradan por lo que encierran de novedad o sorpresa y los manjares gustan solamente si hay apetito; condiciones éstas que no suelen darse en la mesa del poderoso. En consecuencia, dice él, los particulares disfrutan más de las fiestas y banquetes. Y asimismo, de los perfumes

y olores agradables, gozan más los que acompañan al tirano que el propio tirano.

Simónides pasa, luego, a considerar los placeres del amor en el doble plano de la sexualidad griega, para concluir que en este terreno sale beneficiado el tirano, ya que puede estar con las personas de mayor belleza. Hierón, sin embargo, no está de acuerdo; pues, en cuanto al matrimonio, nos proporciona dinero, prestigio y placer el que se hace con personas más importantes, mientras que, en otro caso, es una deshonra; lo que le sucede al tirano, a menos que se case con una extranjera. Y respecto al amor con jovencitos, como Daíloco, por una parte, se desea lo que no puede conseguirse y, por otra, el amor debe ser voluntario, no forzado. Ahora bien, el tirano nunca puede estar seguro de si es correspondido con este amor o está ante un amor fingido por el miedo.

En el capítulo 2 se trata de la posesión de bienes externos o riquezas y, en particular, de la facilidad del tirano para realizar la conocida máxima que resume el código pagano de las relaciones con el prójimo: hacer bien a los amigos y mal a los enemigos. Hierón soslaya, de momento, en su respuesta la cuestión planteada por el poeta y enumera otros bienes de los que disfruta más el particular: paz, viajes, seguridad e, incluso, la guerra, cuyas ventajas se convierten en problemas para el tirano.

El capítulo 3 versa sobre la amistad y el amor de amigos y familiares, y poco puede gozar de ella quien, como el tirano, es víctima frecuente de sus conspiraciones.

La falta de confianza y seguridad en sus súbditos, que se hace patente en el miedo constante a ser envenenado, es la cuestión planteada en el capítulo 4. Aquí también responde Hierón con una paradoja a la pregunta sobre las riquezas que Simónides le había propuesto en el capítulo 2: los tiranos son, en realidad, pobres, ya que no pueden cubrir sus necesidades, o sea, aventajar a otros tiranos, poseer ciudades, puertos y territorios, pagar a sus ejércitos, etc.

Triste también es el destino del tirano que admira, como sus súbditos, a los hombres valientes, sabios y justos, y se ve obligado, por recelo, a servirse de personas injustas, corrompidas y serviles, según dice Hierón en el capítulo 5.

En el capítulo 6, Hierón añora los placeres perdidos de que disfrutaba cuando era un simple ciudadano: amistad y conversación con los amigos, banquetes, embriaguez, sueño. El temor destruye su felicidad y lo pone en una guerra perpetua. Simónides replica que no exagere, pues también en la guerra podemos comer tranquilos, confiados en la guardia, y el tirano tiene vigilantes a sueldo que le protegen; pero Hierón le rebate, al puntualizar que éstos se venden al mejor postor y, por tanto, no se puede confiar en ellos. En cuanto a las posibilidades del tirano para hacer bien a los amigos y mal a sus enemigos, él cree que en la práctica no es así, ya que sus favorecidos lo que desean es perderlo de vista, una vez recibido el favor, y a sus enemigos no puede encerrarlos a todos, pues entonces encerraría a la ciudad entera.

En el capítulo 7, Simónides espera salir más airoso en el terreno de los honores que es lo que verdaderamente distingue al ambicioso de los demás hombres y de los animales, y que por sí solos justifican la tiranía. Hierón rebate esa afirmación con el mismo argumento utilizado en el tema del amor: las muestras de respeto motivadas por el miedo, como levantarse, ceder el paso y hacer regalos, no son verdaderos honores. Simónides queda en una posición realmente embarazosa. Ha agotado todos los temas, y entonces, ante la actitud negativa y pesimista de Hierón, le hace abiertamente la pre-

gunta que andaba flotando en el ambiente de este diálogo: ¿por qué, entonces, no dejas la tiranía? Él se defiende como puede, sin rendirse jamás, y responde, con una nota de humor negro, que ni siquiera eso le está permitido, pues jamás podrá resarcir de los graves males ocasionados. La horca es la única ventaja del tirano.

Tal vez haya que ver en este último párrafo un rasgo de ironía del poeta Simónides que expresa, por la propia boca de Hierón, la triste realidad del tirano, receloso de todos y de todo, aborrecido por todos, abocado a su propia destrucción.

Después de este clímax se podría haber dado por concluido el diálogo, pero Simónides vuelve del revés los propios argumentos del tirano y, en los capítulos finales: 8, 9, 10 y 11, le propone un proyecto ideal de gobierno que no está reñido con el amor, el cariño y el respeto de sus súbditos, sino que, al contrario, ofrece más posibilidades de acrecentarlo. Aunque Simónides no lo afirme explícitamente, es una forma sutil de decirle con ironía que no hay otro camino para dejar la tiranía que transformarla en un gobierno justo y normal que fomente el bienestar de todos.

Sin embargo, debe notarse que el poeta al comienzo de este plan, capítulo 8, no usa el término «tirano», sino *árkhein* (mandar, gobernar), que no tiene las connotaciones negativas del primero. Ya sea un modo irónico de condenar la tiranía, como dice Higgins [4], ya sea otro motivo cualquiera, el hecho está ahí y hay que anotarlo.

Simónides empieza explicando que de actos que realizan por igual el tirano y el particular, como el saludo, la alabanza, gratificaciones, cuidado de enfermos, regalos, tolerancia de la vejez, el gobernante obtiene mayor agradecimiento que el particular y, por eso, es más amado. Pero Hierón no pasa por alto las pesadas cargas pro-

[4] *Xenophon the Athenian...*, págs. 64-65.

pias del tirano, como impuestos, vigilancia, castigos, mercenarios que le salen caros al ciudadano.

En el capítulo 9, Simónides objeta que hay ocupaciones enojosas y ocupaciones gratas, como castigos y premios. El gobernante debe ocuparse de las segundas y encargar las primeras a otros, de modo que en todos los asuntos públicos lo atractivo recaiga sobre él, como hace el arconte con los coros: él reparte los premios, mas los coregos y otros se encargan del trabajo y corrección. Deben establecerse premios para todas las actividades, incluso para la agricultura y el comercio, así todo marchará mejor y los ingresos mayores compensarán los gastos.

Después de estos alicientes económicos, el capítulo 10 plantea el espinoso problema de los mercenarios. El plan de Simónides es convertirlos en protectores de todos los ciudadanos y de sus bienes, tanto en la ciudad como en el campo, y no sólo de los bienes privados del tirano. De este modo, los súbditos se convencerán de su necesidad y contribuirán a su mantenimiento, a la vez que defenderán sus intereses.

El último capítulo es una exhortación al fomento de los gastos públicos cuyas ventajas son notorias para el país y para el propio tirano; ya que la ciudad será más fuerte, las rentas mayores y los enemigos la respetarán.

Por la misma razón de que lo beneficioso para la ciudad lo es también para el tirano, le aconseja, para evitar recelos, que prepare la ciudad entera para las competiciones contra otros gobiernos y no lo haga él personalmente con sus cuadrigas. Ésta es la única vía para atraerse el amor, la amistad y el respeto; en una palabra, para ser afortunado y no blanco de envidias.

Si contemplamos en su conjunto el diálogo, advertimos dos partes bien diferenciadas en su presentación: los siete capítulos primeros, dos tercios aproximadamente, y los cuatro últimos, el otro tercio. En la primera

parte se describen por el mismo tirano con tintes muy negros los aspectos desagradables de la tiranía, para concluir con la propuesta de la horca como su única salida. En la segunda, Simónides pretende hacerle ver que hay otra solución más natural y, sobre todo, más favorable para el tirano y sus subditos, que es convertir la tiranía en un gobierno justo mediante un programa ideal, pero realizable, en teoría al menos, que le facilitará a él la felicidad que ahora no posee y la prosperidad a todo el país.

Nótese también que, en la segunda parte, Hierón interviene sólo dos veces. En realidad, es casi un monólogo del poeta seguido de una exhortación final. ¿No se quiere significar con esto que el tirano no tiene nada que ver con esa forma de gobierno, que no es la suya, y que, por eso, su única actitud ante ella tiene que ser el silencio? Higgins[5] se pregunta si es que no puede responder a Simónides, o es que ha abandonado la escena para volver impertérrito a su gobierno.

Higgins[6] observa que la discusión se centra únicamente en la diferencia cuantitativa de placer entre *idiótēs* y tirano, una cuestión de *pleonexía* y *meionexía*, un tener más o menos y que peca de quimérica, ya que evita deliberadamente la cuestión central que es la naturaleza auto-engrandecedora de la tiranía, y no su parte más o menos grande de placer frente al individuo. Los rasgos de la tiranía, por otra parte, son los mismos que ve Jenofonte en los Treinta Tiranos: engaño, en lugar de fe o confianza, interés por lo personal y autodestrucción causada por la sospecha y confusión *(Helénicas* II 3, 1 y ss.).

Pero Higgins parece olvidar el contenido de la segunda parte, con la invitación de Simónides a un nuevo

[5] *Ibid.*, pág. 63.
[6] *Ibidem.*

tipo de vida que no puede seguir Hierón, según dice él mismo, cuando compara el *Hierón* y la *Ciropedia* y cierra el comentario de este diálogo afirmando que la *Ciropedia* presenta un ideal de gobierno y el *Hierón* la vía negativa de ese ideal. Sin negar la validez de la afirmación sobre la *Ciropedia*, nosotros creemos que el *Hierón* considera ambos aspectos en la primera y segunda parte respectivamente.

Jenofonte no presenta a los dos personajes del diálogo bien caracterizados[7]. Así, Hierón no es el personaje histórico de las odas de Píndaro y Baquílides, no es el gran guerrero y legislador clarividente, es tan sólo un déspota de la peor calaña. Simónides tampoco es el poeta cortesano. Se alude, es cierto, en 9, 4, a los coros y, en 1, 14, al elogio del tirano por los poetas, pero sin mayor trascendencia; y la observación de 1, 22 sobre los sabores refinados no cuadra con un hombre a quien le gusta la buena mesa. En el capítulo 8 es Jenofonte, y no Simónides, quien habla; las recomendaciones finales son paralelas a las de *El jefe de la caballería* y *Los ingresos públicos.*

Influencia de la obra

El *Hierón* tiene sus fuentes remotas en las relaciones de Simónides con la corte del tirano, probablemente, en el año 476 a, C., cuando rondaba ya los 80 años. Dentro de las variadas historias que circulaban sobre esas relaciones debe incluirse la conversación que pone Jenofonte en boca del poeta y del tirano sobre un tema, la monarquía, que le es muy querido[8].

[7] *Xen. Scripta minora*, págs. XV y XVII.
[8] A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur* = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M. Díaz Regañón y B. Romero], Madrid, 1976, págs. 212 y 653.

Su maestro Sócrates pretende dar una definición del tirano en las *Memorables* (IV 6, 12) y, al final del *Económico*, vuelve sobre la misma cuestión.

No podía faltar un estudio de la figura del tirano en la *República* de Platón, que está directamente relacionada con la cuestión que le obsesiona, el buen gobierno, y así lo hace en libro IX. Quizás tengan razón Marchant-Bowersock[9] cuando afirman que, con este estudio brillante, sale perjudicado Jenofonte, pues, como en el *Banquete*, la comparación con el divino Platón empaña su obra.

Marchant-Bowersock[10] nos recuerdan también lo que podríamos llamar la primera influencia del *Hierón* en otra obra griega, en el discurso *Sobre la paz* de Isócrates, así como en los cínicos, su obra preferida, uno de cuyos temas comunes era la desgracia del déspota. También fueron muy leídos el *Hierón* y el *Agesilao* por los aticistas y sofistas de los siglos I y II d. C., especialmente por Dión de Prusa y Arriano.

Con los humanistas del Renacimiento vuelve a interesar este tema y ello se refleja en las traducciones al latín de Erasmo de Rotterdam, en 1530, y de Theodorus Jansonius, con un expresivo segundo título *Hiero sive de regno*, que justifica la importancia del tema; sin que sea preciso recordar los estudios sobre el príncipe de Maquiavelo, Fray Antonio de Guevara, Diego de Saavedra Fajardo, Baltasar Gracián, y otros.

Traducciones

Las versiones españolas conocidas son relativamente recientes como la de M. Cabañero García, *(Hierón.*

[9] *Xen. Scripta minora,* pág. XVI.
[10] *Ibid.,* págs. X y XII.

Trad. y comentario, San Sebastián, 1969), y la de nuestro maestro, el profesor D. Manuel Fernández-Galiano, en «Clásicos Políticos», de 1971. La nuestra le debe mucho y, por supuesto, no estaría justificada, si no existiera el compromiso de traducir el volumen completo de los *opuscula.*

La colección «Fundación Bernat Metge» cuenta con una versión en catalán desde 1967, de la que es autora Teresa Sempere.

En francés hay una, que sepamos, de 1711, publicada en Amsterdam, *Hieron ou portrait de la condition des Rois,* y otra reciente de J. Luccioni, con introducción y comentarios.

Citemos también la inglesa de Marchant-Bowersock, de 1968, en la colección «Loeb Classical Library». Esta traducción es, en realidad, del año 1925. En 1968 se le añadió *La República de los atenienses,* como suplemento, editada y traducida por G. W. Bowersock. Aquí se cita la obra por la última edición, es decir, como de Marchant-Bowersock, conjuntamente, tanto al referirse a las obras de Jenofonte como a *La República de los atenienses.*

Texto adoptado

Se ha adoptado el texto de E. C. Marchant, en la edición de los «Oxford Classical Texts» (1920), salvo en los pasajes siguientes, en los que hemos preferido las variantes de M. Fernández-Galiano:

	Marchant (Oxford)	M. Fernández-Galiano
2,1	... δψων	... δψεων
2,14	... † συνόντες	... ἀμύνοντες
2,16	... βουλή	... συμβολή

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES:

F. GIUNTA, *Xenophontis Opera Omnia*, Florencia, 1516.
H. ESTIENNE, *Xenophontis quae exstant opera*, París, 1581[2].
G. PIERLEONI, *Xenophontis opuscula*, Roma, 1937.
E. C. MARCHANT, *Xenophontis Opera Omnia*, vol. V, Oxford, 1920.
M. FERNÁNDEZ-GALIANO, *Jenofonte. Hierón*, Madrid, 1971.

Para la comprensión del texto, nos ha sido muy útil la versión castellana y notas de M. FERNÁNDEZ-GALIANO, en su ya citado volumen de la Colección «Clásicos Políticos» (1971) del Instituto de Estudios Políticos. También hemos tenido en cuenta los estudios de J. K. ANDERSON, *Xenophon*, Londres, 1974, y de W. E. HIGGINS, *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977.

Un día el poeta Simónides visitó al tirano Hierón[1]. 1
En la conversación que mantuvieron ambos dijo Simónides:

—¿Querrías, oh Hierón, explicarme aquello que es natural que tú conozcas mejor que yo?

—Y ¿qué es eso, contestó Hierón, que realmente yo podría conocer mejor que tú, que eres tan sabio?

—Sé yo, replicó, que tú has sido un particular y que 2
ahora eres tirano; es, pues, natural que tú que has probado ambos estados conozcas mejor que yo en qué se distinguen la vida del tirano y la del particular, en lo que se refiere a alegrías y penas.

—Y ¿por qué, replicó Hierón, tú no me recuerdas, 3
asimismo, lo propio de la vida del particular, puesto que aún eres un particular? Pues creo que, en ese caso, yo te podría mostrar mucho mejor las diferencias que hay en una y en otra.

Entonces dijo Simónides: 4

—Creo haber observado, oh Hierón, que los particulares disfrutan y se apenan con las imágenes por los ojos, con los sonidos por lo oídos, con los alimentos y bebidas por la boca, y en cuanto a los placeres amorosos, por los órganos que todos sabemos. Respecto a lo 5
frío y a lo cálido, a lo duro y a lo blando, a lo ligero y a lo pesado, a mi entender, también consideramos que disfrutamos y sufrimos por ellos con el cuerpo entero.

---

[1] Hierón fue tirano de Siracusa en los años 478-467 a. C. Desde el 485, lo era de Gela, cuando pasó a Siracusa su hermano Gelón.

De los bienes y males, unas veces creemos disfrutar por
el alma sola, otras, al contrario, sufrir y otras, también,
6 por el alma y el cuerpo en común. Que disfrutamos del
sueño pienso que nos damos cuenta, pero cómo, con qué
y cuándo, eso creo que, más bien, lo ignoramos, dijo.
Y quizás no tiene nada de extraño, ya que las sensacio-
nes se nos presentan más nítidas cuando estamos des-
piertos que cuando estamos durmiendo.
7 A esto respondió Hierón:
—Oh Simónides, efectivamente yo no podría afirmar
que el tirano siente otra cosa fuera de lo que tú has
dicho; de modo que hasta aquí no sé si se diferencia
la vida del tirano de la vida del particular.
8 —Mas se diferencia, dijo Simónides, en lo siguiente:
disfruta, muchas veces, más por cada uno de esos senti-
dos y sufre mucho menos.
—Eso no es así, oh Simónides, replicó Hierón, sino
que has de saber que los tiranos disfrutan mucho me-
nos que los particulares que llevan una vida ordenada,
y sufren mucho más y con más intensidad [2].
9 —Dices cosas increíbles, afirmó Simónides; pues si
eso fuera así, ¿cómo iban a desear ser tiranos muchos
que, precisamente, pasan por ser hombres muy capaci-
tados? Y ¿cómo todos iban a evidiar a los tiranos?
10 —Sí, ¡por Zeus!, dijo Hierón, porque, como son inex-
pertos en ambos asuntos, ponen sus ojos en ello. Por
mi parte, intentaré mostrarte que es verdad lo que di-
go, empezando por la vista, pues creo recordar que tú
11 también empezaste hablando de ella. Efectivamente, si
considero, en primer lugar, los espectáculos de la vista en-
cuentro que los tiranos están en inferioridad, ya que

[2] W. E. Higgins (*Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977) nota lo retórico de este párrafo (1, 8) con el repetido «mucho menos, mucho más» *(poly meío, polý pleío)*. Hay también un eco en la respuesta de Hierón de la afirmación de Simónides.

cada país tiene cosas dignas de admiración, y los parti-
culares acuden a verlas y a cualquier ciudad a causa
de sus espectáculos y a las fiestas comunes [3], donde se
concentra lo que los hombres consideran más digno de
admiración, mientras que los tiranos no pueden entre-
tenerse mucho con los espectáculos, puesto que no les 12
resulta seguro [4] ir a donde no son más fuertes que los
asistentes, ni dominan los asuntos de su país con tanta
seguridad como para ausentarse confiándolos a otro, te-
miendo ser privados del poder y, al mismo tiempo, ser
incapaces de vengarse de quienes les han ofendido.
—Entonces, tal vez, tú dirías: «Pero es que tales es- 13
pectáculos se vienen a ellos incluso quedándose en su
patria». Sí, por Zeus, ¡oh Simónides!, pero pocos entre
muchos, y ésos que así son se venden tan caros a los
tiranos, que los que exhiben cualquier cosa consideran
justo despedirse del tirano recibiendo en poco tiempo
mil veces más de lo que consiguen, en toda su vida, de
todos los demás hombres.
—Pero si ⟨en⟩ los espectáculos, dijo Simónides, es- 14
táis en inferioridad, en lo que atañe al oído estáis en
mejores condiciones, ya que nunca escatimáis nada de
la audición más agradable, la alabanza, pues todos los
que os acompañan alaban todo cuanto decís y cuanto
hacéis. Y, al contrario, estáis libres de oír lo más mo-

[3] El término griego es *hai koinaì panēgýreis* o fiestas públicas para todos los griegos, como las que se celebraban en Olimpia, en Delfos, en Nemea y en el Istmo de Corinto, que comprendían varios espectáculos y concursos literarios, además de los juegos propiamente dichos o competiciones deportivas.

[4] En la olimpíada del año 386 ó 385 a. C., el *Discurso olímpico* de Lisias atacó duramente a Dionisio I de Siracusa y, como consecuencia de ello, fue saqueada la tienda de su embajada. Cf. E. C. Marchant-Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, pág. XIV, y A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur* = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M. Díaz Regañón y B. Romero], Madrid, 1976, pág. 167.

lesto, el insulto, pues nadie está dispuesto a vituperar
al tirano en su presencia.

15 —Y ¿por qué crees, afirmó Hierón, que quienes no
hablan mal agradan, cuando se sabe perfectamente que
todos aquellos que están callados traman algo contra
el tirano? O ¿por qué piensas que quienes alaban agra-
dan, cuando hay sospechas de que las alabanzas que
prodigan se deben a la adulación?

16 —Por Zeus, Hierón, replicó Simónides, evidentemente
yo coincido completamente contigo en que las alaban-
zas más agradables son las que proceden de las perso-
nas que tienen más libertad. Pero ¿ves?, no podrías con-
vencer a nadie de lo siguiente, de que no disfrutáis vo-
sotros mucho más de aquellas cosas con que nos ali-
mentamos los hombres.

17 —Por supuesto, oh Simónides, sé, afirmó, que la ma-
yor parte estiman que nosotros comemos y bebemos me-
jor que los particulares, porque ellos consideran más
agradable comer los manjares que nos sirven a noso-
tros que los suyos. Efectivamente, lo que se sale de lo
18 corriente agrada. De ahí que todos los hombres acepten
con gusto las fiestas menos los tiranos, porque sus me-
sas, siempre repletas, no les ofrecen ninguna sorpresa
en los banquetes. Así pues, en primer lugar, en ese pla-
cer de la esperanza consiguen menos que los particula-
19 res. Además, afirmó, sé bien que también tú eres cons-
ciente de que cuantos más manjares superfluos se ten-
gan delante tanto más rápidamente nos invade la falta
de apetito; de modo que también disfruta menos tiem-
po del placer el que tiene delante muchos manjares, que
los que llevan un régimen normal.

20 —Pero, por Zeus, replicó Simónides, mientras su áni-
mo lo apetece, durante ese tiempo gozan mucho más
los que se alimentan con platos muy costosos, que los
que tienen delante los más módicos.

—¿No es verdad, añadió Hierón, que crees, oh Simó- 21
nides, que quien goza más de cada situación es el que
está más deseoso de ella?

—Sin duda así es, respondió.

—Acaso, entonces, ves que los tiranos se lancen con
más gusto sobre sus platos, que los particulares sobre
los suyos?

—No, por Zeus, replicó, no es así, sino hasta con me-
nos gana, como muchos pensarían.

—¿Y qué?, añadió Hierón. ¿te has fijado en esos va- 22
riados condimentos que se ofrecen a los tiranos, pican-
tes, agrios, fuertes o parecidos a ellos?

—Desde luego, respondió Simónides, y me parece que
son perjudiciales para la naturaleza del hombre.

—¿Crees, dijo Hierón, que esas comidas son otra co- 23
sa que caprichos de un espíritu blando y débil? Yo, al
menos, sé bien que quienes comen con gusto, en modo
alguno necesitan esos refinamientos; y tú también los
sabes.

—Sí, por cierto, dijo Simónides, creo que los que es- 24
tán al lado disfrutan más que vosotros mismos de esos
perfumes con que os ungís, igual que de los olores desa-
gradables no se da cuenta la persona misma que está
comiendo, sino, más bien, los que están al lado.

—Así es realmente, añadió Hierón, y el que siempre 25
tiene alimentos de toda clase no toma ninguno de ellos
con apetito; pero quien carece de alguno, ése es el que
se llena de alegría cuando lo ve delante.

—Es probable, dijo Simónides, que sólo los placeres 26
amorosos os produzcan las ansias de ser tiranos, pues
en este asunto tenéis la posibilidad de acostaros con
la persona más hermosa que veáis.

—Ahora precisamente, dijo Hierón, has mencionado 27
aquello, entiéndelo bien, de lo que disfrutamos menos
que los particulares. En efecto, se considera sin duda
muy hermoso, ante todo, el matrimonio con personas

más importantes en riqueza y poder y que ofrece al con-
trayente cierto prestigio además de placer, y también,
el que se realiza entre iguales; mas se considera muy
honroso y perjudicial el que se realiza con personas de
28 baja condición. Ahora bien, el tirano ha de casarse con
una persona inferior, a menos que se case con una ex-
tranjera, de modo que no le acarrea mucha satisfacción;
y las atenciones de las esposas que tienen grandes am-
biciones gustan muchísimo, pero las ofrecidas por es-
clavas no son nada gratas y, si cometen alguna falta,
29 causan terribles enojos y molestias. A su vez, en los amo-
res con muchachos [5], mucho más que en los relativos
a la procreación, carece el tirano de placer. Efectiva-
mente, todos sabemos, sin duda, que se goza de un mo-
do muy distinto de los placeres carnales si van acompa-
30 ñados del amor. Y al amor, a su vez, jamás le apetece
cobijarse en el tirano, pues el amor no goza deseando
lo que está a su alcance, sino lo que se espera; por tan-
to, igual que uno sin experimentar la sed no podría dis-
frutar de la bebida, así también el que no experimenta
amor tampoco disfruta de los placeres del amor más
agradables.

31 Así habló Hierón. Y Simónides, sonriéndose, dijo:
—¿Cómo dices, Hierón? ¿Niegas que se produzcan
en el tirano los amores por los jóvenes? Y cómo tú, aña-
dió, amas a Daíloco, apodado el guapísimo?

32 —¡Por Zeus!, replicó, jamás deseo, oh Simónides, con-
seguir lo que se ve que está a mi alcance, sino lograr
33 lo menos allegado al tirano. Pues realmente, yo deseo
de Daíloco, quizás, lo que la naturaleza del hombre se
ve obligada a pedir de las personas bellas; pero deseo
mucho más conseguir aquello que amo con amistad y
voluntariamente, y poseerlo a la fuerza creo que lo de-
34 seo menos que causarme a mí mismo algún mal. En

[5] Recuérdese que este amor era bien visto en la Grecia antigua.

efecto, considero que lo más agradable de todo es apre-
sar al enemigo contra su voluntad, pero creo que los
favores voluntarios de los muchachos son los más gra-
tos. Naturalmente agradables son las miradas recípro- 35
cas de un amor correspondido, agradables sus pregun-
tas, agradables sus respuestas, agradabilísimas y exci-
tantes sus peleas y rencillas, pero gozar de muchachos 36
contra su voluntad, dijo, me parece que se asemeja más
a un acto de piratería que a los placeres del amor, aun-
que las ganancias y las molestias al enemigo ofrecen
al pirata algunos placeres; además, gozar con aquel a
quien se ama, si está molesto y el amante es aborreci-
do, tener contacto con quien te aborrece, ¿cómo no va
a resultar una sensación molesta y desagradable? Asi- 37
mismo, el particular tiene una prueba directa, cuando
el amado le concede sus favores, de que le complace
porque le ama: saber que le sirve sin que tenga ninguna
obligación; pero el tirano nunca puede estar seguro de
que es amado, pues sabemos que los que sirven por mie- 38
do imitan, lo mejor posible a los amantes al conceder
sus favores. Además, los tiranos sufren más conspiracio-
nes de aquellos que fingen amarlos que de ningún otro.

A esa objeción replicó Simónides: 2
—Lo que tú dices me parece que es muy poco signi-
ficativo, afirmó, pues veo que muchos de los que se tie-
nen por hombres se privan voluntariamente de ciertas
comidas y bebidas o de espectáculos [6] y se abstienen
de los placeres del amor. Mas aventajáis mucho a los 2
particulares en que tenéis grandes ambiciones y rápida-
mente las realizáis, poseéis muchísimas cosas superfluas,
adquirís caballos que sobresalen por sus cualidades; ar-
mas que se distinguen por su belleza, mujeres que des-
cuellan por sus atavíos, casas muy suntuosas y amue-

[6] Seguimos el texto de M. Fernández-Galiano, *ópseon*, y no el *óp-sōn* de Oxford.

bladas con objetos muy valiosos, disponéis de los me-
jores criados en número y preparación, y sois los más
capaces de dañar a los enemigos y favorecer a los ami-
gos.
3 —Realmente, contestó Hierón, no me extraña nada,
oh Simónides, que infinidad de personas estén equivo-
cadas sobre lo que es la tiranía, pues me parece que
el vulgo juzga, por las apariencias, felices a unos y a
4 otros desgraciados. La tiranía permite a todos contem-
plar, bien visibles y desplegados, los bienes que se tie-
nen por muy valiosos, pero guarda los penosos ocultos
en las almas de los tiranos, donde reside la felicidad
5 o desgracia de los hombres. No me extrana, como dije,
que eso pase inadvertido a la multitud, pero que voso-
tros que parecéis contemplar la mayoría de los asuntos
más con la mente que con los ojos, lo ignoréis, eso me
6 parece extraño. Yo sé bien por experiencia y te lo afir-
mo, oh Simónides, que los tiranos disfrutan muy poco
de los bienes más importantes, en cambio, poseen en
gran cantidad los males mayores.
7 En primer lugar, por ejemplo, si los hombres consi-
deran la paz un gran bien, los tiranos tienen muy poco
de ella, y si consideran la guerra un gran mal, los tira-
8 nos tienen la mayor parte de ella. En segundo lugar,
los particulares, cuando su ciudad no está en guerra
total, pueden ir a donde quieran sin temer jamás que
alguien los asesine; pero todos los tiranos van por todas
partes como por ciudades enemigas. Al menos, precisa-
mente ellos piensan que deben ir armados y que otros
9 con armas los escolten siempre. Además, los particula-
res, aunque hacen expediciones militares contra terri-
torios enemigos, piensan, sin embargo, que están segu-
ros cuando vuelven a su patria; pero los tiranos cuando
llegan a su propia ciudad, saben que entonces están en-
10 tre enemigos más numerosos. Evidentemente, si algu-
nos enemigos más poderosos atacan su ciudad, los que

son inferiores también creen que están en peligro, si
se encuentran fuera de las murallas, pero todos se con-
sideran a salvo cuando vuelven al interior de la fortifi-
cación; mientras que el tirano ni siquiera está libre de
peligro cuando se encuentra dentro de su casa, antes
bien piensa que entonces hay que tener más cuidado.
Por otra parte, los particulares logran el fin de las 11
guerras mediante treguas y tratados de paz, pero los
tiranos nunca consiguen la paz frente a los tiranizados,
ni puede animarse jamás el tirano confiando en treguas.
Hay también guerras que emprenden las ciudades y los 12
tiranos contra otros que han sido forzados por ellos,
pero todas las dificultades que tiene una ciudad por esas
guerras las tiene también el tirano. Efectivamente, am- 13
bos deben estar en armas, vigilar y correr peligro, y
si son derrotados y sufren algún daño, los dos lo pade-
cen. Hasta ahí son iguales las guerras, mas lo que hay 14
de agradable para los que defienden[7] unas ciudades
contra otras, eso ya no lo tienen los tiranos. Pues cuan- 15
do las ciudades vencen en la lucha a los contrarios, no
es fácil describir cuánto placer experimentan con la hui-
da de los enemigos, cuánto con su persecución y cuánto
con su muerte, y cómo se enorgullecen con la hazaña,
cómo se ganan espléndida fama, cómo se ufanan cre-
yendo que han engrandecido la ciudad. Cada uno presu- 16
me de su participación en el encuentro[8] y de la muer-
te de un gran número, y es difícil encontrar un lugar
donde no se exagere cuando se afirma haber matado
a muchos más de los que realmente han muerto.
¡Tan hermosa consideran una victoria completa! Pero 17
cuando, por sospechas o por hechos comprobados, el
tirano condena a muerte a algunos que conspiran con-

[7] Adoptamos la variante de M. Fernández-Galiano, *amynontes*, y no el *synóntes* de Marchant.

[8] Encuentro, *symbolḗ*, es la lectura de M. Fernández-Galiano; *Boulḗ* «decisión», la de Marchant.

tra él, sabe que no engrandece a la ciudad entera sabe
que va a mandar a muchos menos, y no puede estar
alegre ni jactarse de la hazaña, sino que quita la impor-
tancia que puede al hecho y, a la vez que actúa, se de-
fiende alegando que no obra injustamente, aunque de
18 ninguna manera le parece hermosa la acción. Incluso
cuando han muerto aquellas personas que le infundían
temor, esta situación no le da ánimos en absoluto, sino
que se mantiene aún más vigilante que antes. En resu-
men, el tirano pasa la vida soportando una guerra se-
mejante a la que yo acabo de exponer.

1 Por otra parte, observa cómo los tiranos gozan de
la amistad. Pero examinemos, antes, si la amistad es
2 un gran bien para los hombres. Efectivamente, a quien
es amado por alguien, los amantes lo ven con gusto a
su lado, con gusto lo tratan bien, lo añoran si se ausen-
ta alguna vez, lo reciben con muchísimo cariño cuando
vuelve, disfrutan con él de sus bienes y le socorren si
3 lo ven en alguna desgracia. Incluso no ha pasado inad-
vertido a las ciudades que la amistad es bien muy gran-
de y grato para los hombres, ya que muchas admiten
que sólo a los adúlteros se les puede matar impunemen-
te; sin duda, porque los consideran destructores del amor
4 de las esposas para con sus maridos[9]. Pues, aun cuan-
do una esposa se haya entregado por alguna circuns-
tancia, no por ello los maridos las estiman menos, si
5 creen que su amor continúa incólume. Yo juzgo que el
amor y la amistad son un bien tan grande, que a mi
juicio, los bienes de los dioses y de los hombres se pro-
ducen, en realidad, espontáneamente para el amado.
6 Y de esta posesión que es de tal naturaleza, los tiranos
tienen menos que cualquiera.

Si quieres, oh Simónides, ver que digo la verdad, ob-
7 serva lo siguiente: sin duda, parece que son muy sóli-

[9] Nótese que el término *philía* «amistad» lo aplica también al amor conyugal y familiar de padres e hijos, etc.

dos los amores de los padres para con los hijos, de los
hijos para con los padres, de los hermanos para con
los hermanos, de las esposas para con los maridos y
de los camaradas para con los camaradas. Pues bien, 8
si quieres fijarte, encontrarás que los particulares son
amados por esas personas generalmente, mientras que,
entre los tiranos, muchos han asesinado a sus propios
hijos, muchos han sido muertos ellos mismos por sus
hijos, muchos hermanos se han dado muerte mutuamen-
te en las tiranías y muchos han sido víctimas de sus
propias esposas y de compañeros que parecían ser sus
mejores amigos. Ahora bien, quienes así son odiados por 9
quienes generalmente están dispuestos por naturaleza
y obligados por ley a amar, ¿cómo van a creer que sean
amados por otra persona?

Por otro lado, quien tiene la mínima parte de esa 4
confianza, ¿cómo no va a disfrutar menos de tan impor-
tante bien? Pues ¿qué sociedad es agradable sin con-
fianza mutua?, ¿qué trato entre marido y mujer es afa-
ble sin confianza?, ¿qué criado es agradable si es
desconfiado?

Y, realmente, el tirano participa muy poco de esta 2
confianza en los demás, pues ni siquiera confía, mien-
tras vive, en las comidas y bebidas, ni aun a pesar de
que, por desconfianza, para no comer entre ellas algo
nocivo, ordene a los servidores probarlas primero, an-
tes de ofrecer las primicias a los dioses.

Ciertamente, también la patria significa mucho para 3
los demás hombres, pues los ciudadnos se defienden mu-
tuamente con sus lanzas de los esclavos[10], sin cobrar
nada, y se defienden mutamente con sus lanzas de los

[10] Se ve que la guerra civil latente, como dice M. Fernández-Galiano, entre dueños y esclavos no era exclusiva de Lacedemonia. Recuérdese el enfrentamiento casi constante de los hilotas contra los espartiatas. Cf., asimismo, el párrafo 10, 4.

malhechores, para que ninguno muera de muerte vio-
4 lenta. Tan lejos han llevado la vigilancia, que incluso
muchos han convertido en ley el que quien esté relacio-
nado con el manchado de homicidio no pueda purificar-
se, de modo que cada ciudadano viva seguro gracias a
5 su patria. También esto se ha vuelto al revés para los
tiranos, puesto que, en lugar de vengarlos, las ciudades
honran en gran manera al tiranicida y, en lugar de ex-
pulsarlos de los santuarios como a los asesinos de los
ciudadanos particulares, en lugar de ello las ciudades
levantan, incluso en los santuarios, estatuas a sus
autores [11].

6 Y si tú crees que, porque tiene más bienes que los
particulares, disfruta mucho más que ellos por eso, tam-
poco es así, oh Simónides, sino que, como los atletas
que no se alegran cuando son mejores que los particu-
lares, sino que se apenan cuando son peores que sus
rivales, así también el tirano no se alegra, precisamen-
te, cuando ve que tiene más que los particulares, sino
que se duele cuando tiene menos que otros tiranos, ya
que los considera rivales de su propia riqueza.

7 Tampoco el tirano logra satisfacer ninguno de sus
deseos antes que el particular, pues el particular desea
casas, tierras o criados, pero el tirano, ciudades o terri-
torios extensos o puertos o ciudades fortificadas que
son mucho más peligrosos y difíciles de conseguir que
8 los deseos particulares. Realmente verás muy pocos po-
bres entre los particulares y muchos entre los tiranos,
porque no se mide lo mucho ni lo poco por el número,
sino por las necesidades, y es mucho lo que sobrepasa
9 lo suficiente, y poco lo que le falta. En verdad, muchísi-
mas veces el tirano tiene menos que el particular de

[11] Eran famosas, en Atenas, las de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón. Véase, también, *Helénicas* VI 4, 32, en el caso de los siete jóvenes asesinos de Jasón.

aquello que necesita para sus gastos imprescindibles,
pues los particulares pueden reducir los gastos diarios
a su gusto, pero los tiranos no pueden, debido a que
los gastos más imprescindibles son los del velar por
su vida, y cortar alguno de éstos, les parece su ruina.
Además, a cuantos pueden conseguir por medios justos 10
todo lo que necesitan, ¿acaso se les puede compadecer
como que son pobres?, y, en cambio, a quienes por ne-
cesidad se ven obligados a vivir tramando siempre algo
malo y vergonzoso, ¿cómo no se les consideraría justa-
mente desgraciados y pobres? Pues bien, los tiranos se 11
ven forzados muchísimas veces a saquear santuarios y
a personas contra toda justicia, porque necesitan cons-
tantemente dinero para sus gastos imprescindibles, ya
que, como si estuvieran en guerra, se ven siempre en
la disyuntiva de mantener un ejército o ser destruidos.

Te contaré también otra penosa experiencia de los 5
tiranos. Efectivamente, no reconocen menos que los par-
ticulares a los hombres valerosos, sabios y justos; pero,
en lugar de admirarlos, recelan de que los valientes se
atrevan a emprender alguna acción por amor de la li-
bertad, de que los sabios tramen alguna conjura y, en
cuanto a los justos, de que el pueblo decida alinearse
con ellos. Y cuando por recelo quitan de en medio a 2
tales personas, ¿quiénes quedan a su servicio, sino los
injustos, viciosos o serviles? Los injustos son de fiar,
porque temen, exactamente igual que los tiranos, que,
si las ciudades consiguen la libertad, se hagan también
dueñas de ellos; los viciosos, gracias a las facilidades
presentes, y los serviles, porque ni ellos mismos apre-
cian la libertad. Realmente, considero desagradable re-
conocer la bondad de unas personas, pero verse obliga-
dos a servirse de otras.

Además, el tirano es, necesariamente, amante de la 3
ciudad, pues sin la ciudad no podría salvarse, ni ser
feliz; pero la tiranía obliga a molestar, incluso, a la pro-

pia patria, dado que los tiranos no están contentos cuan-
do disponen de ciudadanos valerosos y bien armados,
sino que gozan, más bien, volviendo a los extranjeros
más temibles que sus ciudadanos y los utiliza como sus
4 lanceros. Incluso cuando hay abundancia de bienes por
venir años buenos, tampoco comparte entonces la ale-
gría el tirano, pues creen que, cuanto más necesitados
estén sus subditos, más sumisos le serán.

6 También, oh Simónides, quiero mostrarte, dijo, to-
dos aquellos placeres de los que yo disfrutaba cuando
era un simple particular y de los que ahora, desde que
2 me hice tirano, me veo privado. En efecto, yo me diver-
tía cuando estaba con mis compañeros que, a su vez,
se divertían conmigo, y me quedaba a solas cuando de-
seaba tranquilidad; muchas veces pasaba el tiempo en
banquetes hasta olvidarme de todo si alguna dificultad
había en mi vida de hombre, a veces, incluso, hasta zam-
bullir mi alma en cantos, fiestas y coros, y otras veces,
hasta satisfacer mi deseo de cama y el de los presentes.
3 Ahora, en cambio, estoy privado de los que se divertían
conmigo, por tener a los camaradas como esclavos, en
lugar de como amigos; estoy privado también de su agra-
dable trato, por no ver de su parte buena voluntad para
conmigo, y me guardo de la embriaguez y del sueño co-
4 mo de una emboscada. Temer a la multitud, temer la
soledad, temer la falta de vigilancia, temer a los mis-
mos guardianes y no querer tenerlos desarmados a mi
alrededor ni verlos con gusto armados, ¿cómo no va a
5 ser un asunto molesto [12]? Además, la confianza más en
extranjeros que en ciudadanos, más en bárbaros que en
griegos, el ansia de tener a los libres como esclavos y
la obligación de hacer a los esclavos libres, ¿no crees

[12] Higgins señala que el miedo de Hierón es fingido, pues su afir-
mación está llena de artificios retóricos: equilibrio de opuestos, anáfo-
ra constante, ingeniosa *variatio* en el último miembro.

que todo ello es prueba de un alma aterrorizada? Cier- 6
tamente, el terror no sólo es penoso si se asienta en
las almas, sino que, además, se convierte en destructor
de todo lo agradable a lo que vaya unido. Si eres ex- 7
perto en guerras, oh Simónides, y te alineaste ya alguna
vez frente a una formación enemiga, recuerda qué ali-
mento tomabas en aquel momento, qué sueño cogías.
Realmente, semejante a como entonces eran para ti pe- 8
nosas las cosas, son las de los tiranos y más terribles
aún, por cuanto los tiranos creen ver enemigos en todas
partes y no sólo en el frente.

Después de oír esto, Simónides respondió y dijo: 9

—Me parece que exageras algo cuando hablas [13],
pues la guerra es terrible, pero, sin embargo, oh Hie-
rón, cuando nosotros estamos en campaña ponemos al
frente vigilancia y con decisión conseguimos comer y
dormir.

—Sí, por Zeus, dijo Hierón, las leyes, oh Simónides, 10
velan efectivamente por ellos, puesto que temen por sí
mismos y por vosotros, pero los tiranos tienen guardias
a sueldo como tienen segadores. Sin duda es preciso, 11
antes que nada, conseguir guardias fieles, pero es mu-
cho más difícil encontrar a un guardia fiel que a muchí-
simos obreros para cualquier obra, sobre todo cuando
hacen guardia por dinero, pues es posible conseguir mu-
cho más dinero en poco tiempo, matando al tirano, de
cuanto reciben del tirano en mucho tiempo por hacer
guardia.

Lo que, sobre todo, nos envidiabas, que podemos 12
hacer bien a los amigos y someter a los enemigos mejor
que nadie, ni siquiera eso es así. Pues ¿cómo podrías 13
nunca considerar que haces bien a los amigos, cuando
sabes bien que quien recibe muchísimo de ti estaría muy
contento, si pudiera apartarse inmediatamente de tu vis-

[13] Debe verse, quizás, una gota de ironía en esta frase.

ta? Naturalmente, lo que se recibe del tirano nadie lo considera como suyo hasta que esté fuera de su domi-
14 nación. A su vez, ¿cómo puedes afirmar que los tiranos pueden someter generalmente a los enemigos, cuando sabes bien que sus enemigos son todos los tiranizados, y que no puede matarlos ni encarcelarlos a todos? (¿a
15 quiénes mandaría luego?); mas, aun a sabiendas de que son enemigos, debe guardarse de ellos y, al mismo tiempo, se ve obligado a utilizarlos.

Asimismo, no olvides esto, oh Simónides: que a los ciudadanos a los que temen los ven a su pesar vivos y, a su pesar, los matan. Lo mismo que el caballo, si es de buena raza, por miedo a que cometa algo irreparable, difícilmente lo mataría uno por sus cualidades
16 y difícilmente se serviría de él, vivo, por prevención a que, en situaciones peligrosas, hiciera algo irreparable, de igual forma, en cuanto a los demás bienes que son de difícil utilización, es molesto poseerlos y es molesto también carecer de ellos.

1 Después de oír eso, Simónides dijo:

—Oh Hierón, parece que el honor es una gran cosa, ya que por alcanzarlo los hombres se someten a cual-
2 quier trabajo y soportan cualquier peligro. Y vosotros, como se ve, aun teniendo la tiranía tantas dificultades como dices, vais, sin embargo, hacia ella con decisión, por tener honores, para que todos os ayuden en todo lo ordenado sin replicar, para que todos os miren en derredor, y todos los presentes se levanten de sus asientos y os cedan el paso y os veneren siempre con palabras y obras; pues, evidentemente, tales cosas hacen los súbditos a los tiranos y a otro cualquiera a quien le
3 toque recibir honores. Efectivamente, oh Hierón, me parece que en eso se distingue el varón de los demás seres vivos, en la ambición de honores. Por supuesto que es evidente que todos los seres vivos gozan por igual de comidas, bebidas, sueño y placeres sexuales, pero el

deseo de honores no es innato ni en los animales irracionales ni en todos los hombres. Mas en los que es innato el amor por los honores y alabanza, ésos son los que se distinguen, sobre todo, de las bestias, y son considerados varones y no sólo hombres [14]. Así pues, me 4
parece natural que soportéis todo eso que os acarrea la tiranía, ya que precisamente sois honrados con preferencia a los demás hombres, y realmente, ningún placer humano parece estar más cerca de lo divino que el de gozar de honores.

—Pero considero, oh Simónides, respondió Hierón, 5
que los honores de los tiranos son exactamente iguales que los placeres, que te mostré, del amor. En efecto, 6
ni los servicios de los que no comparten el amor los considerábamos favores ni, naturalmente, los placeres forzados del amor eran agradables. En la misma medida, tampoco los servicios de las personas que nos tienen miedo constituyen honores. Pues ¿cómo vamos a 7
decir que los que se levantan a la fuerza de sus asientos se levantan por honrar a quienes los ofenden, o que los que ceden el paso a los más poderosos lo ceden por honrar a quienes los agravian? También dan regalos a los 8
que odian, y ello, cuanto más temor tienen de que les suceda algo por su causa, pero, naturalmente, esas obras las puedo considerar, creo, propias de la esclavitud. Me parece, sin embargo, que los honores proceden de acciones opuestas a ésas; porque, cuando los hombres pien- 9
san que un varón es capaz de hacer bien, y aprecian poder disfrutar de sus bienes, y en consecuencia, lo tienen de boca en boca con sus elogios, y cada uno lo mira como a un bien familiar, le ceden el paso voluntariamente, se levantan de sus asientos por amor y no por

[14] Sobre esta aseveración, que choca en una primera lectura, M. Fernández-Galiano, dice que «el honor, para un griego, es algo típico y exclusivo de la virilidad». Cf., también, *Ciropedia* I 6, 25.

temor, lo coronan por sus virtudes públicas y por el título de bienhechor, y quieren concederle distinciones, me parece que esos mismos que le sirven en tales cosas le honran de verdad y que es honrado, realmente, quien
10 es digno de ellas. Yo felicito al que es honrado de esta manera, pues me doy cuenta de que no es blanco de conspiraciones, sino que es atendido para que no sufra nada, y pasa feliz su vida sin temor, sin envidia y sin peligros. Mas el tirano, entérate bien, oh Simónides, pasa las noches y los días como un condenado a muerte por injusticia por todos los hombres.

11 Después de oír todo esto, Simónides respondió:

—Oh Hierón, ¿cómo, si tan triste es ser tirano y tú lo sabes, no te apartaste de mal tan grande, y por el contrario, ni tú ni ningún otro se apartó jamás de la tiranía voluntariamente una vez conseguida?

12 —Porque, oh Simónides, también la tiranía es muy desgraciada en eso, respondió, ya que no es posible apartarse de ella; pues ¿cómo un tirano podría ser capaz jamás de devolver cuantos bienes confiscó o de sufrir, a su vez, cuantos encarcelamientos realizó, o cómo podría ofrecer a cambio tantas vidas como muertes cau-
13 só? Y si cualquier otro, oh Simónides, halla ventaja precisamente en ahorcarse, has de saber que yo encuentro esa única ventaja para el tirano, pues solamente a él no le es ventajoso ni soportar los males ni dejarlos.

8 Y Simónides dijo como respuesta:

—Oh Hierón, no me extraña ahora que estés desanimado con respecto a la tiranía, puesto que, deseando ser amado por los hombres, la consideras un impedimento para ello; sin embargo, creo poder enseñarte que el mandar no impide en absoluto el ser amado, sino que ofrece más posibilidades que la condición de particu-
2 lar. Al examinar si ello es así, no examinemos sólo si el que manda puede complacer más por tener mayor poder, sino, en el supuesto de que hagan cosas parecidas el particular y el tirano, cuál de los dos consigue mayor agradecimiento de hechos iguales. Empezaré por los ejemplos de menos importancia.

En primer lugar, supongamos que el gobernante y 3
el particular al ver a uno lo saludan amistosamente; en esa situación, ¿de cuál de los dos crees que alegra más el saludo a quien lo escucha? ¡Ea!, supongamos ahora que ambos elogian a la misma persona, ¿de cuál de los dos crees que producirá su alabanza más alegría? Supongamos que uno y otro tienen una atención después de un sacrificio[15], ¿de cuál de los dos crees que alcanzará su honor mayor agradecimiento? Supongamos que 4
cuidan de la misma manera a un enfermo, ¿verdad que esto es claro, que los cuidados recibidos de los más poderosos producen mayor alegría? Y supongamos, en fin, que hacen regalos iguales, ¿no es claro también que en ese caso, la mitad del regalo recibido de los más poderosos vale más que el regalo entero de un particular? Yo, al menos, creo que cierto honor y favor de los dio- 5
ses acompañan al gobernante. No es que, realmente hagan a la persona más bella, sino que vemos con más gusto a ese mismo cuando manda, que cuando es un simple particular, y nos gloriamos más de conversar con las personas que nos aventajan en honores, que con nuestros iguales.

Y en cuanto a los jovencitos, causa principal de tu 6
desprecio de la tiranía[16]. les desagrada muchísimo menos la vejez del gobernante y tienen menos en cuenta su fealdad cuando mantienen relaciones con él. Pues el hecho mismo de recibir honores le rodea de hermosura de tal modo que borra los rasgos más desagradables

[15] Sin duda, se refiere a atenciones especiales en el momento de proceder al reparto de la víctima entre los participantes, despues del sacrificio propiamente dicho.

[16] Cf. 1, 29 y ss.

7 y hace aparecer con más brillo los bellos. Y ya que
vosotros conseguís mayor agradecimiento por servicios
iguales, ¿cómo no va a ser lógico que vosotros seáis ama-
dos mucho más que los simples particulares, cuando
podéis ser infinitamente más útiles con vuestra actua-
ción y podéis hacer infinitamente más regalos?
8 Hierón respondió inmediatamente:
—¡Por Zeus! También es necesario, oh Simónides, que
nosotros nos ocupemos mucho más que los particulares
de aquellas cosas por las que son aborrecidos los hom-
9 bres; pues se ha de recabar dinero, si pensamos gastar-
lo en lo que se necesita; se ha de obligar a vigilar lo
que necesita vigilancia; se ha de castigar a los injustos;
se ha de impedir a cualquier persona cometer excesos,
y, cuando de pronto se presenta una ocasión por tierra
10 o por mar, no se ha de confiar en los indecisos. Además,
el tirano necesita mercenarios. No hay carga más pesa-
da que esa para los ciudadanos. Pues creen que se los
mantiene no para una igualdad de derechos con los otros
tiranos, sino para ventaja suya.
9 A eso respondió de nuevo Simónides:
—Oh Hierón, si no digo que no tenga que ocuparse
de todas esas cosas; lo que digo es que me parece que
de sus ocupaciones, unas acarrean enemistad, pero que
2 hay otras que traen reconocimiento. El hecho de ense-
ñar lo que es mejor y alabar y honrar a quien mejor
lo realiza, esa ocupación viene acompañada de recono-
cimiento; si bien censurar, coaccionar, multar y casti-
gar a quien actúa con negligencia, eso es necesario que
3 venga generalmente acompañado de aborrecimiento. Por
tanto, yo afirmo que el gobernante debe ordenar a otros
castigar al que lo precisa por exigencia legal y, en cam-
bio, entregar por sí mismo los premios. Que esto ha de
4 ser así lo prueban los hechos; pues cuando decidimos
que compitan coros, el arconte propone premios, pero

manda a los *coregos* [17] que los formen y a otras perso-
nas que los instruyan y les apliquen el rigor de la ley
a los que obran con negligencia. Así en esos hechos lo
atractivo procede del gobernante, y lo contrario de otros.
Realmente, ¿qué impide gestionar también así los de- 5
más asuntos políticos, si todas las ciudades están divi-
didas en tribus, o en secciones [18] o en compañías, y hay
gobernantes al frente de cada una de ellas? Así pues, 6
si también para ellos, como para los coros, se fijan pre-
mios por el buen estado de las armas, por la disciplina,
por la hípica, por el valor en el combate y la honradez
en las relaciones comerciales, es lógico que por emula-
ción se ejerciten intensamente en todo ello. Y, por Zeus, 7
se lanzarían más rápido donde fuera preciso, por aspi-
rar a honores, y aportarían dinero con más prontitud
cada vez que fuera el momento oportuno para ello y,
lo que es más útil de todo, aunque es lo que menos
suele hacerse por emulación, la misma agricultura pro-
ducirá más, si se propusieran premios por fincas o al-
deas para los que trabajen mejor la tierra [19] y obten-
drían muchos bienes los ciudadanos que se entreguen
a ello con decisión. También los ingresos aumentarían 8
y la moderación vendría mucho mejor acompañando a
la actividad, puesto que, sin duda, las malas acciones
nacen menos en los ocupados. Y si el comercio benefi- 9
cia a la ciudad, cuanto más se honre a quien a él se
dedica más comerciantes reunirá. Si se hiciera público
que quien encuentre alguna fuente de ingresos que no

[17] *Corego* es el que corre con los gastos de las representaciones escénicas y el que, lógicamente, recibe los premios que pueda ganar el grupo que prepara. La *coregía* es una de las *leitourgíai* o prestaciones públicas.

[18] El término usado es un laconismo, *mórai*.

[19] Recogemos la nota de M. Fernández-Galiano sobre esta frase, que convierte a Jenofonte en un precursor de los concursos agrícolas que se organizan en nuestros días.

perjudique a la ciudad será condecorado, no se descuidaría esa investigación.

10 Resumiendo, si estuviera claro, en todo, que no quedará sin premio quien aporte algún beneficio, eso impulsaría a muchos a proponer como actividad la búsqueda de bienes y, cuando muchos se preocupan de las cosas útiles, necesariamente se encuentran y se reali-
11 zan más. Pero si temes, oh Hierón, que se originen muchos gastos proponiendo premios para muchas actividades, observa que no hay mercancías más baratas que las que compran los hombres por premios. En los concursos hípicos, gimnásticos y corales, ¿no ves cómo pequeños premios acarrean grandes gastos, muchos esfuerzos y muchas preocupaciones a las personas?

10 —Creo, respondió Hierón, que has hablado bien en esa cuestión, pero sobre los mercenarios, ¿puedes hablar de que no soy odiado por su causa?, o ¿eres de la opinión de que si el gobernante se granjea amistades, ya no necesitará escolta?

2 —Sí, por Zeus, dijo Simónides, la necesitará efectivamente, pues sé que a algunos hombres les ocurre también lo que a algunos caballos: que son tanto más desenfrenados cuanto con más abundancia tienen cubier-
3 tas sus necesidades; generalmente el miedo a la escolta, vuelve prudentes a tales personas; y, al contrario, me parece que ninguna otra cosa puede ofrecer beneficios tan grandes a las personas que son como es debido co-
4 mo les ofrecen los mercenarios. Efectivamente, tú los mantienes como guardianes de tu persona, mas muchos dueños murieron antes violentamente a manos de sus esclavos [20]. Por consiguiente, los mercenarios tendrán como primera y única esta orden: ayudar a todos los ciudadanos pensando que son guardianes de todos, siempre que vean algún hecho que los reclame. Y como

[20] Cf. n. 10.

todos sabemos, existen delincuentes en las ciudades. Por tanto, si recibieran órdenes de vigilarlos, también en
esto se sentirían ayudados por ellos. Además de eso, 5
inspirarían confianza y seguridad principalmente a todos los trabajadores del campo y a sus rebaños, igual a los tuyos propios que a los que andan por el campo. También podrías dejar tiempo libre a los ciudadanos para que cuiden de sus asuntos particulares si vigilan
convenientemente. Además, ¿quiénes están, asimismo, 6
más dispuestos que ellos ya a prevenir ya a impedir las incursiones secretas e imprevistas de los enemigos, puesto que están siempre armados y preparados? E incluso en el ejército, ¿quién es más útil a los ciudadanos que los mercenarios?, pues es natural que sean los más dispuestos a esforzarse, correr riesgos y velar por ellos.
Y las ciudades vecinas, ¿no se ven obligadas a desear 7
la paz principalmente por causa de los que están siempre en armas, pues los preparados pueden generalmente salvar y proteger los bienes de los amigos y hacer
fracasar a los enemigos? Y cuando se den cuenta los 8
ciudadanos de que ellos no causan ningún mal a quien no comete ningún agravio, de que impiden a cualquier persona obrar mal, de que socorren a los agraviados y de que se preocupan y corren riesgos por los ciudadanos, ¿cómo no va a ser muy grato necesariamente incluso pagarles, cuando también privadamente mantienen guardianes por cosas de menos importancia que esas?

Es preciso, oh Hierón, no dudar en hacer gastos por 11
el bien público, incluso con los bienes privados, pues me parece que lo que se gasta en la ciudad por el tirano se invierte más en lo que debe que lo que gasta en sus
propios bienes. Examinemos cada cosa en detalle: pri- 2
mero, ¿crees que una casa amueblada con suntuosidad te ofrecería mayor ostentación que la ciudad entera con sus murallas, sus templos, sus pórticos, sus plazas y
sus puertos? ¿Acaso tú mismo parecerías más terrible 3

a los enemigos equipado con las armas más formida-
4 bles que si tienes una ciudad entera bien armada? ¿Crees
que las rentas serían mayores si sólo mantienes pro-
ductivos tus bienes privados, o si te las ingenias para
5 que sean productivos los de todos los ciudadanos? Y,
en cuanto a mantener cuadrigas, ocupación que es con-
siderada la más hermosa y lujosa de todas, ¿crees que
harás más ostentación si tú mismo mantienes el mayor
número de cuadrigas de los griegos y las envías a las
fiestas comunes [21], o si hay muchísimos más prepara-
dores de caballos de tu ciudad y compiten muchísimos
más? ¿Crees que es más hermoso vencer con el vigor
de un tronco que con la felicidad y prosperidad de la
6 ciudad que presides? Al menos yo afirmo que a un tira-
no jamás le conviene competir con particulares, ya que
si vences, no serás admirado sino envidiado, porque pien-
san que has gastado lo que muchas haciendas, y, si eres
vencido, serás despreciado por todos más que nadie.
7 Pero yo te digo, oh Hierón, que la competición ha de
ser con otras ciudades, y si tú ofreces la ciudad que
presides con más prosperidad que la de aquéllos, serás
proclamado vencedor del certamen más hermoso y más
espléndido para los hombres.
8 En primer lugar, lograrás al punto ese amor de tus
súbditos que tú estás deseando, y en segundo, no será
uno sólo quien proclame tu victoria, sino que todos los
9 hombres celebrarán con himnos tu valor. No sólo serás
contemplado por particulares, sino amado también por
muchas ciudades y admirado por todos, tanto en priva-
10 do como en público. Y podrás marchar a donde quieras
con total seguridad para asistir a un espectáculo, y tam-
bién podrás hacerlo permaneciendo aquí mismo; pues
siempre habrá a tu lado grupos de personas que deseen

[21] Píndaro y Baquílides, sobrino de Simónides, cantaron los triunfos de Hierón en los Juegos Olímpicos y Píticos.

mostrarte la sabiduría o bondad que cada uno posee y
que quieran ayudarte. Cualquier persona presente será 11
tu aliada y la ausente ansiará verte, de modo que no
sólo serás querido, sino también amado por los hom-
bres, y no será preciso seducir a los bellos mancebos,
sino más bien soportar sus seducciones. No serás presa
del miedo; antes bien, inspirarás en los demás temor
a que te ocurra algo, y tendrás a los súbditos contentos 12
y los verás velando por ti voluntariamente. Y si hubiera
algún peligro, los verás a tu lado y, a la vez, combativos
y animosos. Serás considerado digno de muchas recom-
pensas, y no te faltará con quién compartirlas, congra-
tulándose todos de tus bienes y luchando todos por los
tuyos como si fueran de ellos. Y tendrás como tesoros 13
todas las riquezas de tus amigos.
En fin, oh Hierón, enriquece a tus amigos decidida-
mente, pues te enriquecerás tú mismo. Engrandece la
ciudad, pues te rodearás tú mismo de poder. Gana alia-
dos para ella *** [22]. Considera tu patria como tu casa, 14
a los ciudadanos como camaradas, a los amigos como
tus propios hijos y a los hijos como tu propia alma, e
intenta ganarlos a todos ellos con un trato correcto.
Efectivamente, si rindes a los amigos tratándolos bien, 15
no te podrán resistir tus enemigos. Y si haces todo eso,
entiéndelo bien, habrás conseguido la adquisición más
hermosa y preciada de cuantas poseen los hombres, pues
siendo dichoso no serás objeto de envidias.

[22] Hay una laguna en los mss.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

adulación, 1, 15, 16.
agricultura (premios), 9, 7, 8.
alabanza, 1, 14.
ambición, 2, 2.
amigos, 6, 2, 3; 6, 12, 13; 11, 13, 15.
amor y amistad, 3, 1 y ss.
amor a los mancebos, 1, 29 y ss.; 11, 11.

banquetes, 6, 2.

comercio, 9, 9.
comidas y bebidas, 1, 17 y ss.
competiciones, 9, 11.
confianza, 4, 1, 2.
coregos, 9, 4.
coros, 9, 4, 6.
cuadrigas, 11, 5 y ss.

Daíloco, 1, 31, 33.

enemigos, 6, 14 y ss.; 11, 15.

favores, 6, 12; 8, 1 y ss.

gastos públicos, 11, 1 y ss.
guardias, 6, 10, 11.
guerra, 2, 7 y ss.; 6, 7 y ss.

Hierón, 1, 1, 3, 4 y *passim*.
honores, 7, 1 y ss.

mando (ventajas e inconvenientes), 8, 1 y ss.
matrimonio, 1, 27, 28.
mercenarios, 8, 10; 10, 1 y ss.

patria, 4, 3 y ss.
paz, 2, 7, 8.
premios (y castigos), 9, 2 y ss.

reconocimiento, estima, 9, 1; 11, 1 y ss.

Simónides, 1, 1, 4 y *passim*.

temor, recelo, 2, 17, 18; 5, 1 y ss.; 6, 4 y ss.
tiranía, tirano, 2, 3 y ss.; 4, 6 y ss.; 7, 11, 12.

vida del particular y del tirano, 1, 4 y ss.; 2, 8 y ss.; 4, 6 y ss.

AGESILAO

INTRODUCCIÓN

La obra es un encomio (o elogio) con dos partes bien diferenciadas: la primera, capítulos 1 y 2, resume brevemente la vida del rey Agesilao y sus intervenciones más importantes; la segunda, capítulos 3 al 9, exalta sus virtudes principales. El capítulo 10 se puede considerar como un epílogo y el 11 es, en realidad, un compendio o sumario de los siete capítulos dedicados a las diferentes virtudes.

El orden seguido en su exposición es el que marca el género de la obra, es decir, el habitual en los encomios. Así, empieza alabando la nobleza de sangre de Agesilao, que desciende de una dinastía de reyes que reinan en la ciudad más importante de Grecia y cuyas raíces arrancan del mítico Heracles. De este modo, el elogio es doble en una conjunción perfecta entre individuo y *pólis.*

Aunque repasa la vida entera del rey, se extiende más en la campaña de Asia, cuya realización por sí sola es ya un elogio para Agesilao por ser el primero que combate al persa de un modo permanente en su propio suelo, en el continente asiático, replicando a la actuación inversa de los reyes persas en el siglo anterior. Termina con su intervención en Egipto, que tiene la misma justificación: la lucha contra el bárbaro.

Entre aquel principio y este fin, los hechos históricos tratados son sus combates con Tisafernes, Titraus-

tes y Farnabazo en el capítulo 1; en el 2, el viaje de regreso, llamado por Esparta, con la batalla de Coronea, y las expediciones contra Argos, Corinto, Acarnania, Fliunte y Tebas. Se pasa por alto Leuctra, de cuya derrota queda al margen Agesilao, y se elogia su valor en la expedición contra Tegea que reanima a los abatidos espartanos, así como la defensa de la ciudad de Esparta atacada por los beocios y sus aliados. Asimismo, no olvida Jenofonte su actividad pacífica como embajador cuando los años ya no le permitían ir al frente de sus tropas, cargadas también de trofeos.

Luego se ocupa de las virtudes del rey por este orden: piedad, justicia, templanza, valor, sabiduría, patriotismo, amabilidad, dignidad y sencillez frente a la ostentación del rey persa (caps. 3-9); en fin, un modelo de virtud que justifica el encomio (cap. 10). Sigue una recapitulación que recoge las manifestaciones más importantes de su virtud.

Como broche final del encomio, resalta la célebre frase: «Pasó su vida sirviendo... perfectamente a su patria... incluso ya muerto», que, en este caso, no tiene nada de tópica ya que responde al hecho histórico referido al final de la primera parte. (Obsérvese, por cierto, la terminación idéntica de ambas.)

Vemos en esta exposición dos niveles [1] bien diferenciados: el cronológico o temporal y el atemporal o emblemático.

Fuentes de la obra

Marchant-Bowersock [2] nos recuerdan la influencia del *Evágoras* de Isócrates en el *Agesilao* o, mejor dicho,

[1] Cf. W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 80.

[2] E. C. Marchant, G. W. Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, págs. XIX y sigs.

que la primera parte o hechos del rey se inspira en la obra isocratea que, al parecer, es el primer encomio en prosa. La segunda parte o enumeración de las virtudes de Agesilao, que no tiene correspondencia en el *Evágoras*, en la enumeración sigue el mismo orden que el *Banquete* de Platón (196a y ss.), orden que, a su vez, procede de Gorgias. La misma posición encontramos al final de los *Memorables*, aunque aquí se añaden otras virtudes que no están en la lista del *Banquete* y *Memorables*.

El capítulo 10 es un epílogo y el 11 un sumario o recapitulación de parte de lo anterior, como hemos dicho. El sumario es un recurso introducido por Córax y consolidado por el *Palamedes* de Gorgias. Algunos autores toman también por sumario los fragmentos conservados del *Epitafio* u oración fúnebre de este mismo sofista. Isócrates lo utilizó en la *Antídosis*. Asimismo, Marchant defiende la autenticidad de este sumario influido a su vez por el *Evágoras*.

La originalidad del *Agesilao* está en la separación entre los hechos o hazañas y las virtudes, es decir, en las dos partes distintas de que hemos hablado. En la primera parte, la influencia es de Isócrates; en la segunda, de Gorgias.

Si se cotejan las *Helénicas* y el *Agesilao*, se ve que coinciden, en gran parte, en lo que atañe a los hechos históricos. Se ha observado que Jenofonte omite en el encomio ciertos detalles que pueden perjudicar a Agesilao, como la cojera del rey, a la que alude en las *Helénicas* al relatar su elección, y es lógico, pues no podemos pedirle imparcialidad a un encomio. Además, Jenofonte era amigo de Agesilao, lo acompañó después de la expedición de Ciro el Joven y, con él, luchó en Coronea. La recompensa por esta colaboración fue la finca de Escilunte.

Mas la cuestión no es tan sencilla. También omite en el *Agesilao* la escena de la pradera con motivo de

la entrevista con Farnabazo, que le venía como anillo al dedo para realzar su sencillez frente a la ostentación de los persas (cf. *Helén.* IV 1, 29 y ss.).

Si leemos la vida de Agesilao en las *Vidas Paralelas* de Plutarco, encontramos naturalmente una posición distinta, sin la omisión de los rasgos negativos, como que fue pequeño y de figura poco agradable, lo que compensó con su buen humor. Incluso cuenta la anécdota de que multaron a su padre por haberse casado con una mujer muy pequeña «porque, decían, no nos darás reyes sino reyezuelos» (cap. 2). Le critica, asimismo el nombramiento, como jefe de la flota, de su cuñado Pisandro, que no tenía capacidad para el cargo (cap. 10). Añade que era violento y terco, y aferrado a la guerra; que socavaba la paz general y molestaba a los amigos (cap. 35). Al hablar de su intervención en Egipto, dice que se desacreditó aún más sirviendo al rebelde Taco (cap. 36), al que luego traiciona pasándose al bando de Nectanabis (cap. 37). En la «comparación de Agesilao y Pompeyo I», censura las trampas que empleó para acceder al trono; el mal trato que dio a su amigo Lisandro, que le había ayudado a conseguir la corona y era su antiguo amante; y, para terminar, lo considera el principal culpable de la guerra de Beocia.

La resonancia de este encomio en los autores latinos (Cicerón, *Pro lege Manilia*, y Nepote) fue grande, igual que en la Segunda Sofística, precisamente por el buen uso que hace de los recursos retóricos [3]. Dionisio de Halicarnaso lo toma como modelo de encomio, y sus huellas se siguen en el *Agrícola* de Tácito, en el *Panegírico* de Plinio el Joven, en las *Vidas Paralelas* de Plutarco, en Amiano Marcelino, etc. F. Leo y A. Momigliano se han preocupado, especialmente, del estudio de esta

[3] *Ibid.*, págs. IX y sigs.

influencia del *Agesilao* en los biógrafos posteriores, en Livio y en el retrato en general.

En el Renacimiento es una de las obras que suscitan más interés, como el *Hierón*, y por la misma razón que aducíamos en la Introducción.

Cronología

Por los últimos acontecimientos que refiere, como la expedición a Egipto y la muerte de Agesilao, el encomio no puede ser anterior al año 360 a. C. Precisamente, ésa es la fecha que da E. Schwartz [4].

Para la cronología relativa entre el *Agesilao* y las *Helénicas*, sobre todo los capítulos III-V, que se corresponden con los hechos narrados en el encomio, véase lo que dijimos en la Introducción de las *Helénicas* de esta misma colección. De todos modos, recordemos que la opinión general es que la obra histórica es anterior al *Agesilao*.

Traducciones

En español podemos enorgullecernos de la traducción llevada a cabo por Diego Gracián de Alderete, editada en Salamanca en 1552, junto con las demás obras de Jenofonte (primera parte: *Ciropedia;* segunda parte: *Anábasis*, y, en la tercera parte, las *obras menores* siguientes: *Del oficio y cargo del capitán general de los de a caballo y de lo que se requiere en el caudillo; Del arte militar de caballería, y de los caballos, y de las partes que ha de tener el buen caballero para la guerra; De los loores y proezas de Agesilao, rey de los lacedemo-*

[4] HIGGINS, *Xen. the Athenian...*, pág. 131.

nios; De la república y gobernación de los lacedemonios; De la caza y montería, cuyo ejercicio es necesario para la guerra). De las incluidas en nuestro volumen faltan, pues, las traducciones del *Hierón, Los ingresos públicos o las rentas* y *La República de los atenienses.* Menéndez Pelayo, en «*Biblioteca de Traductores Españoles*» (4 vols., Madrid, 1952-53), II, pág. 191, dice: «El *Xenophonte* de Gracián disfruta de merecida fama, y es, con el *Heródoto* del P. Pou, lo mejor que en punto a traducciones de prosistas griegos posee nuestra lengua. Su estilo es claro, sencillo, puro y exento de toda afectación...». Como ya se sabe, en el año 1781 fue revisada y reeditada con el texto griego esta obra de Gracián por Casimiro Flórez Canseco, en Madrid.

De nuestros días es la versión de F. P. Samaranch, en *Biógrafos griegos*, Madrid, 1964, muy influida por la traducción inglesa de Marchant-Bowersock, de la colección «Loeb Classical Library». Del año siguiente, 1965, es la de Juan B. Xuriguera, en la colección «Obras Maestras» de la Editorial Iberia, que comprende, además de la *Vida de Agesilao* y de la *Anábasis*, otras obras menores como *La República de Esparta, La República de Atenas*, en el volumen primero, y en el segundo, *Las rentas del Ática*, precedida de *Las Helénicas.*

Son traducciones que hay que leer con cierta reserva, pues su fidelidad al texto original falla a veces. Recuérdese también lo que dijimos en la traducción de *Las Helénicas.*

En catalán hay también una traducción relativamente reciente, de 1967, por Teresa Sempere, en la colección «Fundación Bernat Metge».

Texto adoptado

El texto adoptado es el de E. C. Marchant,. en los «Oxford Classical Texts» (1920), con las variantes intro-

ducidas después para la edición, aquí citada como de marchant-Bowersock (1968 [= 1925]), de la «Loeb Classical Library».

Como en estos *opuscula* seguimos generalmente el texto de Oxford, nos parece conveniente indicar aquí los pasajes más importantes con lectura diferente:

	Ed. de Oxford	Ed. de la «Loeb»
2,27	οἴκαδε... ἄξια θαύματος	κἀνταυθα οὖν ἄξια θαύματος
3,2	φιλίαν...	φιλίαν· οἱ
5,1	καὶ λαιμαργίας... καὶ ἁμαρτίας	καὶ μανίας... καὶ ἀργίας
6,4	πειθόμενος... ⟨τοῖς δ'⟩ ἑταίροις	πειθόμενος ἑταίροις

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES PRINCIPALES:

J. REUCHLIN, *Agesilao*, Florencia, 1520. (Completa, con *Las rentas*, de 1525, la edición de F. GIUNTA, *Xenophontis Opera Omnia*, Florencia, 1516.)

F. RÜHL, *Xen. Scripta minora*, 2.ª ed., Leipzig, 1912.

TRADUCCIONES:

DIEGO GRACIÁN DE ALDERETE, *Las obras de Xenophon, trasladadas de Griego en Castellano por el Secretario Diego Gracián, divididas en tres partes. dirigidas al Serenísimo Príncipe don Philippe nuestro señor. Lo que cada parte en particular contiene, se verá desta otra parte en esta mesma hoja. Con privilegio para los Reynos de Castilla y Aragón*, Salamanca, 1552.

A. Ranz Romanillos y otros, *Biógrafos griegos*, Madrid, 1964 (*Agesilao*, trad. por F. de P. Samaranch).
Juan B. Xuriguera, *Jenofonte, Historia griega. Vida de Agesilao, Anábasis o La retirada de los diez mil, La República de Esparta, La República de Atenas, Las Helénicas, Las rentas del Ática*, I-II (Obras Maestras), Barcelona, 1965.

Estudios generales:

A. Momigliano, «L'egemonia tebana in Senof. e in Eforo», *Atene e Roma* 37 (1935), 101 y sigs.

Véase, además, la bibliografía citada en el *Hierón* relacionada también con el *Agesilao*.

Sé que no es fácil escribir el elogio que merece la virtud y fama de Agesilao, pero sin embargo se ha de intentar, pues no estaría bien que por ser un varón cabal no tuviera, al menos, la suerte de conseguir elogios mucho más modestos. 1

Realmente, sobre su nobleza, ¿qué elogio mayor y más bello se podría decir que el que aún hoy se recuerde que fue el número tal a partir de Heracles, uno de sus ilustres antepasados, y que éstos no fueron simples particulares sino reyes decendientes de reyes[1]? Y ni siquiera se le puede reprochar a su nobleza el que realmente sean reyes, pero reyes de una ciudad cualquiera; al contrario, así como su familia es la más estimada de su patria, también su ciudad es la más famosa de la Hélade; de modo que no son primeros entre segundones sino guías de guías. 2 3

Por esta fama particular y por la común, su patria y su linaje son dignos de elogio. Efectivamente, su ciudad nunca intentó abolir su poder por recelo de los honores presentes que recibían, y ellos, los reyes, nunca tuvieron mayores aspiraciones que aquellas que recibieron con la corona. En verdad, ningún otro régimen democrático ni oligárquico ni tiránico ni monárquico se ha visto perdurar sin división. Únicamente permanece 4

[1] Según la tradición, descendían de Heracles, su mítico antepasado. Agesilao ocupaba el número 25 en el árbol genealógico que hundía sus raíces en el citado héroe, según Heródoto, VIII 131, y Plutarco, *Vidas Paralelas: Licurgo* 1 y *Agesilao* 1.

5 incólume esa corona [2] Existen las siguientes pruebas
de que Agesilao era digno del trono antes de acceder
al poder. En efecto, tras la muerte del que era rey, Agis,
se disputaron la corona Leotíquidas, por ser hijo de Agis,
y Agesilao, por serlo de Arquidamo [3], pero la ciudad
consideró que Agesilao era preferible, por su linaje y
virtud, y lo erigió rey. Y si fue considerado por los me-
jores digno del cargo más hermoso en la ciudad más
poderosa, ¿qué clase de pruebas de su virtud, en el pe-
ríodo anterior a la toma del mando, se necesitan aún?
6 En consecuencia, voy a explicar ya lo que realizó du-
rante su reinado, pues pienso que a partir de sus obras
se hará evidente la nobleza de sus sentimientos. Real-
mente, Agesilao consiguió la corona cuando aún era jo-
ven [4] y, apenas ascendido al cargo, se anunció que el
rey de los persas estaba reuniendo una flota y un gran
ejército de tierra, al parecer para luchar contra los
7 griegos. Cuando los lacedemonios y sus aliados deli-
beraban sobre estos hechos, Agesilao prometió que, si
le daban treinta espartiatas, dos mil *neodamodes* [5] y un
contingente de seis mil aliados aproximadamente, pasa-
ría a Asia (Menor) [6] e intentaría hacer la paz; o bien,
si el bárbaro [7] prefería la guerra, le causaría proble-

[2] Era un tópico general poner al régimen espartano como ejemplo de estabilidad política. Cf., también, *Rep. de los lacedemonios* 15, 1.

[3] Agesilao era hermano de Agis. Véase, para el problema de la sucesión, *Helén.* III 3, 1 y ss.

[4] Agesilao fue designado rey en 398 a. C., probablemente, cuando ya tenía unos cuarenta años. Es comprensible este «cumplido» en un encomio. Vivió unos ochenta años, hasta el 361-360 a. C., seguramente.

[5] *Espartiatas:* formaban la clase privilegiada de Lacedemonia. También se les llamaba «los iguales». Vivían a costa de los *periecos*, que disfrutaban de derechos civiles pero no políticos, y de los *hilotas* o esclavos. Los *neodamodes* eran hilotas libertos. (Cf. Tuc., V 34; VII 58.)

[6] El texto emplea, en estos casos, el término *Asía.*

[7] Generalmente, como en este pasaje, se refiere al rey persa. Jenofonte no suele dar su nombre propio, sino que lo designa con los términos «el rey», «el bárbaro», «el persa» (cf. § 8), o el más claro

mas en su expedición contra los helenos. Como el per- 8
sa había invadido antes la Hélade, muchos le admira-
ron entonces porque deseaba hacer eso mismo, invadir
a su vez su país, ya que era mejor combatirlo atacando,
que resistiendo, y era preferible gastar en la guerra los
recursos de aquella zona antes que los recursos de los
griegos; y, especialmente, lo que se consideró más acer-
tado de todo ello fue que se celebrara el combate en
Asia (Menor), y no en la Hélade.
Después de hacerse a la mar con la expedición [8], 9
¿cómo se podría exponer de un modo más claro la for-
ma en que dirigió la campaña, que contando precisa-
mente lo que hizo? Pues bien, he aquí su primera ges- 10
tión en Asia: Tisafernes juró a Agesilao que, si se hacía
una tregua hasta que llegasen los mensajeros que había
enviado ante el rey, trataría de conseguirle que se deja-
ran autónomas las ciudades griegas de Asia; Agesilao
juró, a cambio, mantener las treguas sin dolo, fijando
para ello un plazo de tres meses. Pero Tisafernes que- 11
brantó pronto lo que juró; pues, en lugar de hacer la
paz, logró que se le enviara un ejército numeroso de
parte del rey, además del que tenía antes. Agesilao, en
cambio, aunque se daba cuenta de ello, permaneció
fiel a los pactos. En verdad, me parece que ese fue 12
el primer gesto noble que realizó, y consiguió que Tisa-
fernes apareciera bien a las claras ante todos como per-
juro e infiel, en tanto que él mismo se mostró, primero,
como firme cumplidor de los juramentos y consiguió
después, por no quebrantar los convenios, que todos,
helenos y bárbaros, se pusieran con decisión de su lado
cada vez que quería. Y cuando Tisafernes, envalentona- 13

de «el rey los persas». En esta época, era Artajerjes II Mnemón († 359). Le sucedió Artajerjes III Ochos, y a su muerte, tras una serie de revueltas, vendría Darío III Codomano, que caería ante el ímpetu de Alejandro Magno.

[8] La campaña empezó en el año 396 a. C.

do con el ejército que había llegado del interior, amenazó a Agesilao con la guerra si no se retiraba de Asia (Menor), los aliados y los lacedemonios presentes manifestaron claramente su descontento, pues pensaban que la fuerza actual de Agesilao era inferior a la dotación del rey. Pero Agesilao, con la sonrisa en el rostro, ordenó a los embajadores que comunicaran a Tisafernes el gran favor que le debía porque con su perjurio, él acababa de ganarse a los dioses como enemigos y los había hecho aliados de los helenos.

14 Después de esto, anunció inmediatamente a los soldados que se preparasen para una expedición, y ordenó a las ciudades por las que necesariamente iba a pasar en su marcha contra Caria que abasteciesen su mercado. Mandó también a jonios, eolios y helespuntios que le enviasen a Éfeso los soldados que iban a unirse a su expedición.

15 Tisafernes, como Agesilao no tenía caballería, y Caria no era tierra de caballos, y creía, además que estaba enojado con él por haberle engañado, pensando que realmente se lanzaría sobre sus posesiones de Caria, mandó pasar allí a toda su infantería y llevó la caballería a la llanura del Meandro[9], en la idea de que podría aplastar a los griegos con su caballería antes de que
16 llegaran a las zonas inaccesibles a ella. Pero Agesilao, en lugar de ir a Caria, dio la vuelta y marchó inmediatamente sobre Frigia. Avanzaba sumando todas las fuerzas que encontraba a su paso; sometía las ciudades y se apoderaba de muchísimas riquezas atacando de im-
17 proviso. Así pues, se consideró que había realizado esta campaña con mucha habilidad militar, porque, una vez que se declaró la guerra y, por ello, el engaño se tornó pío y justo, dejó a Tisafernes como un niño en las artes del engaño y se tuvo entonces como prudente que enri-

[9] De este río procede nuestra palabra «meandro».

queciera a los amigos con su astucia, pues como se ven- 18
dían todos los bienes casi regalados por ser muchas las riquezas capturadas, ordenó a los amigos que las compraran diciéndoles que muy pronto vendría con su ejército a la costa. Luego mandó entregar las riquezas a los vendedores del botín[10] anotando el precio de compra. De modo que, sin adelantar nada ni perjudicar el interés público, todos sus amigos recibieron muchísimo
dinero. Por otro lado, cada vez que los desertores deci- 19
dían pasar información sobre los tesoros que se enviaban al rey, cuidaba también de que sus amigos los capturaran para que se enriquecieran al mismo tiempo que se hacían famosos. Por eso, pronto logró que muchos desearan su amistad.

Como sabía que una región saqueada y desierta no 20
podía sustentar un ejército mucho tiempo, mientras que la habitada proporciona constantemente alimento si se cultiva, no sólo procuraba someter por la fuerza a los contrarios sino también captárselos con su mansedum-
bre. Muchas veces advertía a los soldados que no los 21
castigaran como si fueran malvados, sino que los vigilaran como hombres que eran; y frecuentemente, cuando cambiaba de campamento, si veía abandonados a niños muy pequeños de los mercaderes, que muchos vendían con el pretexto de que no podían llevarlos consigo y mantenerlos, cuidaba de que fueran recogidos en sitios de-
terminados[11]. A su vez, ordenaba cuidar a los prisio- 22
neros ancianos, que eran abandonados a causa de su vejez, para que no fueran presa de perros y lobos. De modo que no sólo los que conocían ese proceder, sino incluso los mismos prisioneros, lo miraban con simpatía. Excluía de todas las ciudades que ganaba para su

[10] El término griego es *laphyropôlai*.

[11] Sin duda se trata de niños apresados como botín y que no han podido ser vendidos.

bando los servicios que los esclavos deben a sus due-
ños, pero exigía la obediencia que los libres deben a
sus gobernantes. También sometió con su humanidad
murallas inexpugnables por la fuerza.
23 Por otro lado, después de no conseguir acampar en
la llanura por impedírselo la caballería de Farnabazo,
decidió dotarse de una propia de modo que no tuviera
que huir[12] luchando. Así preparó un catálogo de los
hombres más ricos de las ciudades de aquella zona en
24 la cría de caballos. Y dispuso que quien presentara ca-
ballo, armas y el jinete adecuado se le permitiría no
participar en la campaña. De esta manera consiguió que
cada uno lo pusiera en práctica con gusto, como si bus-
case con afán a la persona que fuese a morir en su lu-
gar. También dio órdenes a las ciudades que debían pre-
parar jinetes, con la intención de que con prontitud se
formaran criadores de caballos, personas llenas de or-
gullo obsesionadas con la hípica. En la realidad vio que
lo conseguía admirablemente, porque se prepararon con-
tingentes de caballería y pronto se logró un cuerpo fuerte
y activo.
25 Después que empezó a despuntar la primavera[13],
concentró todo el ejército en Éfeso. Como quería ejerci-
tarlo, propuso premios para los escuadrones de caballe-
ría que mejor montaran y los hoplitas que tuvieran me-
jor preparación física. También propuso premios para
los peltastas y arqueros que se considerasen los mejo-
res en las actividades correspondientes. Con este entre-
namiento se podían ver los gimnasios abarrotados de
hombres que se ejercitaban, el hipódromo lleno de jine-
tes a caballo montando y a los lanzadores de jabalina

[12] Emplea el término *drapeteyonta* (desertar el esclavo), que, referido a Agesilao, resalta la incomodidad del rey obligado a huir por carecer de caballería. Cf. W. E. Higgins, *Xen. the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 3.

[13] Año 395 a. C.

y a los arqueros, tirando al blanco. Convirtió la ciudad 26
entera, en la que estaba, en un espectáculo digno de
verse. Efectivamente, la plaza estaba abarrotada de to-
do tipo de armas y de caballos en venta y todos los cal-
dereros, carpinteros, herreros, zapateros y pintores pre-
paraban armas, de modo que habrías creído que real-
mente la ciudad era un taller de guerra[14]. Se confor- 27
taba uno al ver aquel espectáculo, primero a Agesilao,
y luego, a los demás soldados coronados que iban, des-
de los gimnasios a sus lugares, ofrendando las coronas
a Ártemis. Pues donde los hombres veneran sinceramente
a los dioses, se ejercitan en la guerra y se preocupan
de la disciplina ¿cómo no va a ser lógico que allí todo
esté lleno de grandes esperanzas?
Como sabía también que el desprecio por los enemi- 28
gos infunde cierta confianza en el combate, ordenó a
los heraldos que los bárbaros apresados por los piratas
se pusieran en venta desnudos. Y así, los soldados, al
verlos descoloridos, porque nunca se desvestían para
ejercitarse, y gordos y flojos, porque siempre andaban
en vehículos, pensaron que la guerra no era diferente
en absoluto de un combate que hubiera que sostener
contra mujeres. Asimismo, advirtió a los soldados que
los conduciría inmediatamente por el camino más corto
contra los lugares más próperos de la comarca, para
que allí mismo preparasen su cuerpo y mente para la
lucha.Tisafernes, en realidad, pensó que decía eso porque 29
quería engañarlo otra vez, pero que ahora atacaría de
verdad Caria. En consecuencia, hizo pasar el ejército
de tierra a Caria, como antes, y desplegó la caballería
en la llanura del Meandro. Pero Agesilao no mintió y,
según lo anunciado, avanzó inmediatamente hacia la zo-

[14] Compárese este pasaje con *Hierón* 9, 3 y ss., donde Simónides le propone al tirano que trate de fomentar las diferentes actividades con el estimulo del premio.

na de Sardes y, caminando durante tres días por zonas
libres de enemigos, consiguió muchas provisiones para
su ejército; pero al cuarto día llegaron los jinetes ene-
30 migos. El jefe dijo al que mandaba la sección de baga-
jes que cruzase el río Pactolo y acampase, mas al ver
a los acompañantes de los griegos dispersos en busca
de saqueo, mataron a muchos de ellos. Al darse cuenta
Agesilao, ordenó a su caballería acudir en su ayuda. Los
persas, cuando vieron las tropas de socorro, se concen-
traron y formaron en frente con numerosísimos escua-
31 drones de caballería. Entonces, Agesilao, que sabía que
la infantería enemiga aún no estaba allí y que, en cam-
bio, a él no le faltaba ninguna de sus efectivos, conside-
ró oportuno trabar combate si era posible.

Así, tras hacer el sacrificio, llevó inmediatamente su
formación contra los jinetes que estaban formados en
frente, ordenó a las diez clases más jóvenes de los ho-
plitas avanzar a la carrera contra ellos, mandó a los
peltastas marchar delante corriendo, y anunció también
a los jinetes que atacaran y que él con todo su ejército
32 los apoyaría. Los mejores de los persas resistieron a los
jinetes; mas, cuando el conjunto de todas las fuerzas
se presentó ante ellos, cedieron pronto y algunos caye-
ron al río y otros huyeron. Los griegos los persiguen
y toman incluso su campamento. Los «peltastas», como
es lógico, se entregaron al saqueo. Agesilao colocó to-
das las fuerzas, amigas y enemigas en círculo y acampó
alrededor de ellas.

33 Cuando oyó que los enemigos andaban revueltos por
las acusaciones mutuas sobre lo sucedido, inmediata-
mente marchó a Sardes. Y allí, al mismo tiempo que
incendiaba y saqueaba los alrededores de la ciudad, pre-
gonaba por medio de sus heraldos que se presentasen
ante él como aliados los que reclamaban la libertad; pe-
ro que se presentasen con las armas cuantos creían que
34 Asia era de su propiedad. Y como nadie salió a enfren-

tarse, prosiguió ya su campaña sin ningún temor; al con-
trario, viendo a los griegos, que antes eran obligados
a arrodillarse [15], honrados por aquellos por quienes se
consideraban oprimidos, y en cuanto a los que se consi-
deraban dignos de recibir honores hasta divinos, hacien-
do que éstos no pudiesen ni siquiera mirar de frente
a los griegos; y dejando, en fin, la zona aliada libre de
saqueos, y la de los enemigos, en cambio, tan esquilma-
da, que en dos años ofreció como diezmo al dios de Del-
fos más de cien talentos.

Por otra parte, el rey persa, como creyó que Tisafer- 35
nes era el culpable de la mala situación de su territo-
rio, envió a Titraustes y le cortó la cabeza. Después de
este hecho, las fuerzas de los bárbaros quedaron más
postradas aún y mucho más reforzadas las de Agesilao.
Efectivamente, le enviaban embajadas de todos los pue-
blos buscando alianzas; muchos, incluso, se pasaron a
él porque ansiaban la libertad. De modo que Agesilao
era ya el jefe no sólo de los griegos sino también de
muchos bárbaros.

Asimismo, es digno de admiración sobrehumana des- 36
de entonces; pues, aunque mandaba en multitud de ciu-
dades del continente, aunque mandaba en algunas islas,
desde que su ciudad le añadió la flota, aunque crecía
en fama y poder y le era posible emplear muchos y va-
lientes soldados como quisiera, y lo que es más impor-
tante que eso: aunque planeaba y esperaba destruir el
imperio que había luchado antes contra la Hélade [16],
sin embargo, no se dejó dominar por nada de esto, sino
que cuando le llegó de las autoridades de su patria la
orden de acudir en su ayuda, obedeció a la ciudad no
de otra forma a como si estuviera casualmente él sólo

[15] Se trata de la *proskynēsis*, saludo con prosternación y beso de los pies, practicada en la corte de Susa y a la que estaban obligados, incluso, los funcionarios de la máxima categoría.

[16] Es decir, el imperio persa.

ante los cinco *éforos* en el local de reuniones [17]: dejando muy claro que no aceptaría ni toda la tierra en lugar de su patria, ni los nuevos amigos en lugar de los antiguos, ni ganancias indignas y sin riesgo antes que las honestas y justas aunque vayan acompañadas de peligros.

37 Durante todo el tiempo que permaneció en el poder, ¿cómo no iba a demostrar que su conducta era propia de un rey digno de alabanza, quien, cuando se encargó de las ciudades sobre las que iba a mandar —que estaban todas revueltas por cambios en los regímenes políticos después que los atenienses dejaron su imperio—, se embarcó y actuó de modo que sin destierros y muertes, mientras él estuvo presente, permanecieron las ciu-
38 dades gobernadas con harmonía y prosperidad? Por ello, los griegos de Asia (Menor) se apenaron cuando marchó porque lo consideraban no sólo su jefe sino también su padre y compañero. Y, al final, probaron que no ofrecían una amistad fingida, pues algunos vinieron voluntariamente con él en ayuda de Lacedemonia, y eso, sabiendo que sería preciso combatir contra hombres no inferiores a ellos mismos. Ése fue, pues, el fin de sus actividades en Asia.

2 Después de atravesar el Helesponto, pasó por los mismos pueblos por los que había pasado el persa con multitud de tropas, y el trayecto que recorrió el bárbaro en un año, ese mismo lo realizó Agesilao en menos de un mes [18], pues estaba totalmente decidido a no llegar
2 tarde en socorro de su patria. Cuando dejó Macedonia, llegó a Tesalia, y los lariseos, crannonios, escotuseos y farsalios, que eran aliados de los beocios, y todos los

[17] *Éforos:* cinco magistrados lacedemonios, con un poder superior, en la práctica, al de los dos reyes. Se reunían en un local en el *ágora* de Esparta.

[18] Se refiere a la expedición de Jerjes contra Grecia en el año 480 a. C.

tesalios, en general, salvo aquellos que se encontraban entonces en el destierro, le perseguían y molestaban. Hasta entonces, él llevaba el ejército en cuadro [19] con la mitad de los jinetes a vanguardia y la otra mitad a retaguardia; pero cuando los tesalios le impidieron la marcha acosando a su retaguardia, manda a la cola al cuerpo de caballería que iba en cabeza, excepto los de su guardia personal. Cuando formaron en frente unos 3
de otros, los tesalios, pensando que no era un buen lugar para luchar la caballería contra los *hoplitas*, se volvieron lentamente y los demás los siguieron con cautela. Agesilao se dio cuenta de los fallos de ambos y manda a los valerosos jinetes de su escolta y ordena también comunicar a los demás que los persigan con brío y no les dejen ya dar la vuelta. Los tesalios, cuando los vieron avanzar sin esperarlo, algunos de ellos ni siquiera se volvieron y otros que intentaron dar la vuelta, como tenían la caballería de costado, fueron cogidos prisioneros. Sin embargo, el jefe de la caballería, el far- 4
salio Policarmo, se volvió y murió luchando con los de su escolta. Al ocurrir esta muerte, se produjo una fuga precipitada, y, en consecuencia, algunos fueron muertos y otros apresados vivos, pues no se detuvieron hasta que llegaron al monte Nartacio. Y, por fin, entonces 5
Agesilao erigió un trofeo entre el Prante y el Nartacio y se quedó allí muy contento con la hazaña, ya que había vencido a enemigos que se jactaban de su caballería con la suya improvisada.

Al día siguiente, después de pasar los montes aqueos de Ftía [20], empleó todo el resto del día en la marcha hasta la frontera de Beocia por tierras amigas. Allí se 6
encontró de frente con las formaciones de tebanos, ate-

[19] *Plaísion* en griego (en cuadrado o rombo), posición normal de marcha cuando temen ser sorprendidos. En los ángulos iban los hoplitas; en medio, las tropas ligeras y bagages.

[20] Es la tierra de Aquiles, según Homero.

nienses, argivos, corintios, enianes, eubeos y locros[21] de ambos lados; mas no dudó, sino que formó también en frente, en un lugar bien visible, con una sección y media de lacedemonios, de los aliados de aquella zona con solamente focenses y orcomenios, y con el resto del
7 ejército que había traído consigo. Y no voy a decir que, teniendo muchos menos y muy inferiores, a pesar de eso, atacó, pues si lo dijera, presentaría a Agesilao como un insensato y a mí mismo como un tonto por elogiar al que se expone con ligereza a los mayores peligros, sino que admiro mucho más en él lo siguiente: que se preparó un número en nada inferior al de los enemigos y lo equipó de tal manera que parecía todo
8 bronce y todo púrpura. Se preocupó de que los soldados estuvieran en disposición de soportar las fatigas; llenó también sus almas de valor para que fueran capaces de luchar contra quienes hiciera falta; infundió, además, emulación en los que le acompañaban para que cada uno se mostrara como el mejor; los llenó también a todos con la esperanza de que obtendrían muchos bienes, si eran valientes, pues pensaba que hombres de tales sentimientos combaten decididamente contra los ene-
9 migos. Y, en verdad, no se equivocó.

Pero voy a describir la batalla[22]. Realmente fue cual ninguna otra de nuestra época. Se reunieron en la llanura de Coronea, los de Agesilao, del lado del Cefiso, y los de los tebanos, del lado del Helicón. Se veían muy iguales ambas formaciones; la caballería era también casi igual en número. Agesilao ocupaba el ala derecha de su ejército; los orcomenios eran los últimos de su ala izquierda. A su vez, los tebanos estaban a la
10 derecha y los argivos ocupaban su ala izquierda. Ambos

[21] Son los locros *opuntios*, al norte de Fócide, en el golfo de Eubea; y los locros *ózolos*, al oeste de Fócide, en el golfo de Corinto.

[22] Tuvo lugar en el verano del 394 a. C.

venían al encuentro en medio de un silencio total. Y cuando distaban entre sí casi un estadio, dando los tebanos el *alalá*[23], se lanzaron juntos a la carrera. Cuando aún quedaban por medio unos tres *pletros*[24], salieron a su encuentro, de la formación de Agesilao, los soldados que mandaba Herípidas (eran éstos unos po- 11
cos de su patria que hicieron la campaña con él y, además, algunos de la expedición de Ciro[25]), y a continuación los jonios, eolios y helespuntios. Todos éstos fueron los que atacaron juntos a la carrera y, al llegar a tiro de lanza, hicieron retroceder a los de su lado. Mas los argivos no resistieron a los de Agesilao, sino que huyeron al Helicón. Entonces, algunos extranjeros iban ya a coronar a Agesilao, cuando uno le anunció que hay tebanos entre los del bagaje y que han dividio en dos grupos a los orcomenios. Inmediatamente, él desplegó la formación y los llevó contra ellos. A su vez, los tebanos, cuando vieron a los aliados que habían huido al Helicón, avanzaron con decisión, pues querían abrirse paso por medio hacia los suyos. Entonces se puede ca- 12
lificar sin ambigüedades a Agesilao de valiente, pero, en cambio, no tomó la decisión más segura. En efecto, aunque podía dejarles que se abriesen paso, seguirlos después y someter a la retaguardia, no lo hizo, sino que irrumpió de frente contra los tebanos y, una vez entrechocados los escudos, se acosaban, luchaban, mataban y morían. No había estruendo ni silencio realmente, sino el propio de la saña del combate. Por fin, algunos tebanos escaparon hacia el Helicón, y muchos murieron en la retirada.

[23] *Alalá* era el grito de guerra que lanzaban los griegos al iniciar el combate.

[24] Un *pletro* equivalía a 30 m., aproximadamente.

[25] Se trata de Ciro el Joven y de su célebre expedición contra su hermano Artajerjes en las que participó Jenofonte, que nos dejó su relato o *Anábasis*.

13 Después que la victoria se inclinó a favor de Agesilao y éste fue llevado herido junto a su formación, se le acercaron algunos jinetes para decirle que había dentro del templo ochenta soldados enemigos armados y le preguntaron qué se debía hacer. Aunque tenía muchas heridas por todo el cuerpo y de toda clase de armas, sin embargo no se olvidó del precepto divino, y ordenó que les dejaran marchar a donde quisieran y no permitió que los molestaran e, incluso, mandó a los jinetes de su escolta que los acompañaran hasta que estuvieran a salvo [26].

14 Al término del combate, se podía ver la tierra donde se enfrentaron empapada en sangre, cadáveres de amigos y enemigos que yacían unos junto a otros, escudos destrozados, lanzas rotas, puñales sin sus vainas: unos en el suelo, otros en los cadáveres, otros aún en
15 las manos. Entonces (pues ya era muy tarde), tras arrastrar los cadáveres del enemigo al interior de la formación, cenaron y se acostaron. Muy temprano ordenó al *polemarco* [27] Gilis formar el ejército y erigir un trofeo [28] y a todos los soldados ofrecer coronas al dios [29] y a los
16 flautistas tocar la flauta. Ellos hacían esto. Los tebanos, en cambio, enviaron un heraldo para pedir una tregua

[26] Son soldados que se refugian en el templo amparándose en el derecho sagrado de los suplicantes. Cf. 11, 1 de esta obra.

[27] *Polemarco* no tiene aquí el antiguo valor de estratego o general del ejército, sino, simplemente, el de «jefe de sección o *mora*» —600 hombres—.

[28] *Trópaion* «trofeo»: señal de victoria dedicada a Zeus. Era levantado en el lugar de la victoria, según ciertas convenciones, donde las líneas enemigas habían sido arrolladas. (Una de las primeras normas era que se reconocía oficialmente la derrota cuando se pedía la entrega de los cadáveres bajo un pacto.) El trofeo se hacia de material perecedero, generalmente con armas colgadas, capturadas al enemigo, con una inscripción en una tabla. En las batallas navales se hacía con una nave capturada, que se arrastraba a tierra en las inmediaciones.

[29] Al dios Apolo.

y enterrar los cadáveres; entonces se pactaron las treguas y Agesilao se retiró a su patria, ya que prefería mandar y ser mandado en ella cumpliendo las leyes de su patria a ser el más importante en Asia (Menor).

Después de este hecho, hizo una expedición contra 17
los argivos cuando estaban recogiendo sus frutos porque se habían anexionado Corinto y habían iniciado la guerra muy alegremente; y, saqueada toda la región, al punto pasó desde allí, por un desfiladero, hacia Corinto, derriba la muralla que se extiende sobre el Lequeo y, una vez abiertas las puertas del Peloponeso, regresó a su patria para asistir a las Jacintias [30]. Allí participó en la composición de un peán [31] en honor del dios, que le había encargado el director de un coro.

Más tarde se enteró de que los corintios guardaban 18
todo el ganado en el Pireo y que cultivaban y recolectaban toda la zona del puerto y, lo que consideraba más importante, que los beocios, partiendo de Creusis, por esa zona, ayudaban fácilmente a los corintios.

Emprendió, pues, una expedición contra el Pireo; pero, al ver que estaba defendido por muchos y que la ciudad cedería antes trasladó el campamento a la villa después del almuerzo. Informado de que por la noche 19
habían acudido en socorro de la ciudad con todas las fuerzas del Pireo, volvió por sorpresa al amanecer y tomó el Pireo que se hallaba sin vigilancia, se apoderó de todo lo que había dentro y, además, de la muralla que se había levantado. Una vez hecho esto, se retiró a su patria.

[30] Fiestas que se celebraban cada ano en Amiclas, en el valle del Eurotas, a una hora de camino al sur de Esparta, al comienzo del verano, en honor de un héroe local, Jacinto, suplantado en época histórica por el gran dios dorio Apolo. En estas fiestas, el primer día se consagraba al duelo; los otros dos, a las manifestaciones de gozo (peán, comida, concursos), ya que su origen era la celebración de la muerte y resurrección del dios.

[31] Himno dirigido a Apolo con motivo de una victoria.

20 Mas como los aqueos estaban ansiosos por concluir una alianza común y exigían que hicieran con ellos una campaña a Acarnania***[32] y atacando los acarnanios en unos desfiladeros, [con las tropas ligeras] tomando previamente las alturas que estaban sobre ellos trabó combate y, después de dar muerte a muchos de ellos, erigió un trofeo y no paró hasta hacer a los acarnanios,
21 atolios y argivos amigos y aliados de los aqueos. Cuando los enemigos enviaron embajadores porque deseaban la paz[33]. Agesilao se opuso a ella hasta forzar a las ciudades a que acogieran en sus patrias a los corintios y tebanos desterrados por ser partidarios de los lacedemonios. Más tarde consiguió, a su vez, que regresasen los fliasios desterrados por la misma causa, emprendiendo una campaña contra Fliunte. Sin duda habrá razones para criticar estos hechos, pero es evidente que fueron realizados por simpatía con sus partidarios.

22 Cuando los contrarios condenaron a muerte a los lacedemonios que se hallaban en Tebas, también emprendió una campaña contra ella para socorrerlos[34]. Encontrando toda la zona protegida con fosos y empalizadas, pasó Cinoscéfalas y saqueó la comarca hasta la capital, dispuesto a luchar contra los tebanos donde quisieran, tanto en la llanura como en el monte. Al año siguiente salió de nuevo con otra expedición contra Tebas y, después de pasar las empalizadas y fosos de Escolo, saqueó el resto de Beocia.

23 Tanto él como la ciudad fueron afortunados en los hechos ocurridos hasta este momento. Mas cuantos fracasos sobrevinieron después, nadie puede asegurar que se debieran a que Agesilao detentaba el liderazgo. En cambio, tras el desastre de Leuctra[35], cuando sus riva-

[32] Hay una laguna en el texto.
[33] La paz de Antálcidas (387 a. C.).
[34] En el año 377 a. C.
[35] Este desastre ocurrió en el año 371 a. C.

les junto con los mantineos, unidos ya todos los beocios, arcadios y eleos, dieron muerte a sus amigos de Tegea y a los extranjeros, emprendió una expedición con sólo las fuerzas lacedemonias, precisamente en un momento en que muchos pensaban que los lacedemonios no podrían salir ni siquiera de su país por mucho tiempo. Después de saquear la comarca de los asesinos de sus amigos, entonces se retiró de nuevo a su patria.

Más tarde emprendieron una expedición conjunta[36] 24
contra Lacedemón los arcadios, argivos, eleos y beocios, y con ellos, los focenses, los locros, de ambos lados, tesalios, enianes, acarnanios y eubeos; además, habían desertado los esclavos y muchas ciudades vecinas de los alrededores; de los propios espartiatas no eran menos los que habían perecido en Leuctra, que los que quedaban y, sin embargo, defendió la ciudad a pesar de que estaba sin murallas, no llevando a los enemigos a donde tenían mayores ventajas en todo, sino a donde las iban a tener sus ciudadanos: apostándolos con decisión y pensando que serían rodeados por todas partes si salían a zona abierta, pero que dominarían completamente en zonas estrechas
y elevadas. Después de la retirada de la expedición, ¿có- 25
mo no se va a decir que se comportó con gran discreción?; pues, cuando la vejez le impedía servir a pie o a caballo, pero veía que la ciudad necesitaba dinero si pensaba atraerse algún aliado, se impuso a sí mismo la obligación de conseguirlo; y lo que podía, lo realizaba quedándose en su patria, pero lo que era oportuno, no dudaba en buscarlo, ni se avergonzaba de salir como embajador en lugar de estratego, siempre que lo consideraba útil para su ciudad.

No obstante, en sus funciones de embajador realizó 26
hazañas propias de un estratego, pues Autofrádates, que

[36] Se refiere a la expedición de Epaminondas con los tebanos y sus aliados. Cf. *Helén.* VII 5, 9 y ss.

sitiaba en Aso a Ariobárzanes, su aliado, emprendió la huida por temor a Agesilao. A su vez, Cotis, que sitiaba Sesto, entonces aún de Ariobárzanes, también dejó el asedio y se alejó. De modo que no le habrían faltado razones para erigir un trofeo sobre sus enemigos por su actuación como embajador. Asimismo, Mausolo[37], que con cien naves sitió por mar esas dos zonas, no ya por temor sino por
27 persuasión, se retiró a su patria***. Allí realizó cosas dignas de admiración. En efecto, tanto los que se consideraban bien tratados por él como los que le rehuían le dieron dinero. Y, por cierto, Taco y Mausolo, que también dio dinero a Lacedemón movido por su anterior condición de huésped de Agesilao, le enviaron a su patria con una magnífica escolta.

28 Después de esto, cuando ya tenía unos ochenta años, se enteró de que el rey de Egipto deseaba combatir contra el persa con muchos infantes, muchos jinetes y mucho dinero; escuchó muy contento la noticia de que venía
29 a buscarle y aceptó la dirección de esa campaña, pues con esa incursión pensaba devolver al egipcio el favor que había hecho a Lacedemón, dejar libres de nuevo a los griegos de Asia Menor e imponer un castigo al persa por los agravios anteriores y por haber ordenado, hacía poco, in-
30 dependizar Mesenia cuando se proclamaba aliado. Sin embargo, dado que el que le había mandado llamar no le confiaba el mando, Agesilao, sintiéndose víctima de un gran engaño, meditaba qué debería hacer. A continuación, primero, una parte de los egipcios que se habían alineado en dos bandos se separaron del rey, y luego, lo abandonaron también todos los demás; el rey, aterrorizado, huyó a Sidón de Fenicia, y los egipcios en luchas internas eli-
31 gieron a dos reyes. Agesilao se dio cuenta entonces de que

[37] Del colosal sepulcro monumental, una de las obras más deslumbrantes del siglo IV a. C., cuyas obras se iniciaron alrededor del año 352 por el mismo Mausolo, viene la palabra «mausoleo».

nadie le libraría el sueldo de los griegos, si no tomaba partido por ninguno de los dos bandos; se dio cuenta, asimismo, de que ninguno le aprovisionaría, y de que el que venciera de los dos ése sería su enemigo, si se unía al otro, y si éste tenía éxito, naturalmente sería su amigo. En consecuencia, después de examinar cuál de los dos parecía simpatizar más con los griegos, luchó de parte de éste, sometió el bando hostil a los helenos, derrotándolo en una batalla, y aseguró el poder del primero. Una vez que lo convirtió en aliado de Lacedemón y que consiguió, además, mucho dinero, entonces zarpó para su patria aunque era pleno invierno[38], dándose prisa para que la ciudad no quedara inactiva en el verano siguiente frente a sus enemigos.

Se han relatado ya todos esos hechos realizados por 3
él en presencia de muchísimos testigos, por lo que no se necesitan pruebas, sino que sólo basta mencionarlos y al punto se creen. Ahora, en cambio, voy a intentar mostrar la virtud de su alma, gracias a la cual realizó estos hechos, ansiaba todo lo hermoso y se apartaba de todo lo vulgar.

Verdaderamente, Agesilao respetaba tanto lo divino, 2
que los enemigos consideraban sus juramentos y sus pactos más fieles, incluso, que la amistad entre ellos mismos*** vacilaban en unirse y, en cambio, se ponían en manos de Agesilao.

Para que nadie tenga dudas, quiero dar los nombres
de las personas más conocidas. Así, el persa Espitrídates, 3
que sabía que Farnabazo trataba de casarse con la hija del rey y pretendía conseguir a su hija sin matrimonio, se sintió ultrajado y se puso bajo la protección de Agesi-

[38] Probablemente, en el año 361-360 a. C. De esta campaña en Egipto no hablan las *Helénicas,* que terminan con la batalla de Mantinea, ocurrida poca antes. El dinero que se menciona aquí es, sin duda, lo que justifica la frase del párrafo final de este encomio que habla de la ayuda que presta Agesilao a su ciudad después de muerto.

4 lao con su esposa e hijos y todos sus bienes. El jefe de los paflagonios, Cotis, no obedeció al rey cuando le ofrecía su amistad [39] y, temiendo que, una vez apresado, tuviera que pagar una gran suma de dinero o que fuese muerto, confiado también en los pactos de Agesilao, vino a su campamento, concluyó una alianza y prefirió luchar del lado de Agesilao con sus mil jinetes y sus dos mil *pel-*
5 *toforos* [40]. Asimismo, Farnabazo llegó a tratar con Agesilao y convino que se separaría del rey, si no le nombraba general de todo el ejército, «mas si yo llego a ser general, afirmó, lucharé contra ti, Agesilao, con todas las fuerzas que pueda»; y, al decir eso, estaba seguro de que no le ocurriría nada que fuese contra la tregua. ¡Tan grande y hermoso bien es para todos los hombres, e incluso para un general, ser piadoso y fiel y saber que uno lo es! Baste esto sobre su piedad.

4 Y acerca de su justicia en cuestiones de dinero, ¿puede haber pruebas meyores que las siguientes? En efecto, nunca jamás confesó nadie haber sido privado de algo por Agesilao; en cambio, muchos reconocieron haber sido favorecidos con muchas cosas. Y a quien le era agradable dar de lo suyo en beneficio de la Humanidad, ¿cómo ése mismo iba a quitar lo ajeno y ser criticado por ello? Realmente, si hubieses ambicionado riquezas, le hubiera resultado mucho más fácil guardar las suyas, que tomar las
2 que ocasionan inconvenientes. Y, evidentemente, quien no quiere defraudar en los favores, que no conllevan penas para quien no los devuelve, ¿cómo iba a querer quitar lo que la ley prohíbe? Y Agesilao consideraba injusto no só-

[39] El texto dice que le envía la diestra, muestra de fidelidad o amistad. En *Helén.* IV 1, 3 y ss., figura Cotis con el nombre de Otis.

[40] En *Helén.* IV 1, 3, emplea el término corriente *peltastaí* «soldados con escudos ligeros», frente a los pesados de los *hoplitas*, aquí *peltophóroi*. Sin duda es más apropiado el último término por su sentido más general, pues no son tropas griegas, sino bárbaras, que llevan escudos parecidos.

lo no devolver los favores, sino incluso el no hacerlo en mayor proporción que quien tiene mayores posibilidades. ¿Cómo se le iba a acusar con razón de sustraer los bie- 3
nes públicos a él que entregaba a su patria, incluso, los obsequios que debía guardar para sí? ¿No es también una prueba contundente de su falta de ambición, cuando podía, si quería favorecer a la ciudad o a los amigos, ayudarlos con dinero tomado de otros? Realmente, si hubie- 4
ra vendido los favores o hecho beneficios a sueldo, nadie habría pensado que le debía nada. Mas los que son tratados con gran generosidad siempre sirven con gusto a su bienhechor, tanto por ser tratados con generosidad como por creer que vale la pena que los consideren como un depósito de agradecimiento [41]. A su vez, quien eligió tener 5
menos con nobleza, que más con injusticia, ¿cómo no iba éste a huir abiertamente de ganancias reprobables? Por cierto, cuando la ciudad dictó sentencia de que le pertenecían todos los bienes de Agis [42], él repartió la mitad entre sus familiares por línea materna, porque veía que lo necesitaban. De esta verdad es testigo toda la ciudad lacedemonia. Y, cuando Titraustes le ofreció muchísimos 6
regalos si se retiraba del país, Agesilao respondió: «Oh Titraustes, entre nosotros se considera que es más hermoso para el que manda enriquecer a su ejército, que a sí mismo, e intentar apoderarse del botín enemigo más que recibir obsequios.»

Por otra parte, ¿se sabe que Agesilao haya sido domi- 5
nado por algún placer de cuantos dominan a la mayoría de los hombres? Él creía una obligación apartarse de la embriaguez, igual que de la glotonería, y del exceso de alimentos superfluos, igual que de una falta.

[41] Hay aquí una metáfora que traducimos con esta comparación para mayor claridad, creemos.

[42] Al designarlo sucesor de su hermano, recibe también su herencia.

Aunque recibía doble ración en las comidas, no consumía ambas, sino que las distribuía y no dejaba para sí ninguna, porque pensaba que se le daba doble al rey, no para saciarse, sino para poder distinguir, incluso con ello,
2 a quien quisiera. En verdad, no se entregaba al sueño como a un déspota, sino obligado por la necesidad, y si no tenía el lecho más humilde de los presentes, no eran secretos sus reparos, pues reconocía que al jefe no le convenía ser superior a los particulares en molicie, sino en
3 entereza. Sin embargo, no se avergonzaba de tener más de las cosas siguientes: sol en verano y frío en invierno. Y verdaderamente, si alguna vez el ejército debía aguantar fatigas, él voluntariamente las soportaba con los demás, pues pensaba que todo esto era un consuelo para los soldados. En una palabra, Agesilao presumía de las fatigas y nunca se entregaba a la molicie. .

4 Por otro lado, sobre su continencia en los placeres amorosos, ¿no es digno de ser recordado con asombro, aunque no fuese más que por ella? Realmente, se puede decir que es muy humano el no querer privarse de ellos. Por cierto, él se enamoró de Megabates, hijo de Espitrídates, como un temperamento muy impulsivo podía amar al joven más bello. Ahora bien, cuando, según costumbre persa de dar un beso a las personas que estiman, Megabates intentó besar a Agesilao, abiertamente luchó con todas sus fuerzas para impedir que le besara. ¿No es éste
5 un noble rasgo de máxima moderación? Como Megabates se consideraba ofendido y en adelante no intentó jamás besarle, él habló con uno de los camaradas para que persuadiera a Megabates a seguir estimándolo. Al preguntarle si, en el caso de que Megabates fuese convencido, le daría el beso, entonces Agesilao se quedó un momento callado y después dijo: «¡Por los dos dioses [43], no, aunque

[43] Emplea el término laconio *siō*. Los dos dioses son Cástor y Pólux venerados de un modo especial en Lacedemonia.

ahora mismo yo me convirtiese en la persona más hermosa, fuerte y veloz! ¡Juro solemnemente por todos los dioses que prefiero entablar otra vez la misma lucha a que se me convierta en oro todo cuanto veo!»

No ignoro, por supuesto, ciertas sospechas de algunos, 6
pero creo saber que la mayoría puede vencer a sus enemigos mejor que a tales personas; mas si pocos lo saben, puede ser que desconfíen muchos. Lo que todos sabemos es que los actos de los hombres más ilustres pasan menos inadvertidos, pero que Agesilao hubiera hecho tal cosa nadie le notificó por haberlo visto, ni, al parecer, lo habría afirmado basándose en conjeturas dignas de crédito, ya que, en sus viajes, no se hospedó en ninguna casa 7
particular, sino siempre en un santuario, donde era imposible que ocurriera algo semejante, o al aire libre, de modo que los ojos de todos los hombres se convertían en testigos de su moderación. Por ello, si yo falseara los hechos contra lo que sabe la Grecia entera, no contribuiría en absoluto a su elogio y, al mismo tiempo, labraría mi propio desprestigio.

A su vez, me parece que dio pruebas nada confusas 6
de su valor, ya que siempre se ofreció a su ciudad y a la Grecia entera para la lucha contra los enemigos más poderosos y, en sus enfrentamientos con ellos, formó siempre en primera fila. Realmente, consiguió la victoria donde 2
los enemigos quisieron trabar batalla con él no haciéndoles huir por miedo, sino que, imponiéndose en duras batallas, erigió trofeos, después de dejar recuerdos imperecederos de su virtud personal y ofrecer señales claras de su valentía en la lucha; de modo que se podía garantizar la disposición de su ánimo al verlo y no de oídas.

Es justo considerar como trofeos de Agesilao cuantas 3
campañas realizó y no sólo cuantos erigió realmente, pues de ningún modo su victoria era menor cuando los enemigos no querían combatir con él, sino que era menos arriesgada y más conveniente para la ciudad y sus aliados. Tam-

bién en los certámenes coronan a los que vencen sin combate, no menos que a los que triunfan luchando.

4 Y, en cuanto a su sabiduría, ¿qué actuación suya no la corrobora? Él servía a su patria de tal forma que había adquirido amigos serviciales sobre todo con la obediencia*** y el entusiamo con los camaradas, y consiguió que los soldados le fueran al mismo tiempo sumisos y afectos. ¿Es que puede existir realmente una formación más sólida que la bien disciplinada por la obediencia y fiel en su amor al jefe?

5 Tenía enemigos que no podían despreciarlo, pero que se veían obligados a odiarlo. En efecto, siempre se preocupaba de que sus aliados fuesen más fuertes que ellos, engañándolos cuando convenía, anticipándose cuando era preciso, pasando inadvertido cuando era oportuno y haciendo a sus enemigos todo lo contrario de lo que hacía
6 a sus amigos. En verdad empleaba la noche como día y el día como noche [44]: no se sabía muchas veces dónde estaba, adónde iba ni qué hacía; de modo que hasta los lugares seguros para sus enemigos se los volvía inseguros dándoles de lado unas veces, asaltándolos otras y, otras,
7 cogiéndolos por sorpresa. A su vez, cuando hacía una marcha, a sabiendas de que era posible que se luchase con los enemigos si querían, llevaba el ejército en orden cerrado, para que pudiera defenderse, y avanzaba tranquilo, como la más sensata doncella, pensando que, en tal proceder, se hallaba la calma y el medio más eficaz contra el pánico, la confusión, el error y el ataque por sorpresa.
8 Actuando, pues, así, era terrible para sus enemigos e infundía fuerza y audacia a sus amigos. En consecuencia, pasó su vida sin sufrir el desprecio de sus enemigos, la condena de sus conciudadanos, la crítica de sus amigos, y fue muy querido y alabado por todos los hombres.

[44] Se encuentra la misma idea en *Helén.* VI 1, 15; *Rep. lac.* 5, 7, y *Cirop.* I 5, 12.

A su vez, sería largo de escribir en detalle cada testi- 7
monio de su amor por la patria. Verdaderamente creo que no hay ningún hecho de los realizados por él que no esté empapado de ese amor.

En una palabra, todos sabemos que, cuando creía que iba a reportarle alguna utilidad a su patria, Agesilao no rehuía esfuerzos ni se apartaba de los peligros ni escatimaba dinero ni alegaba como pretexto su debilidad o su vejez, sino que consideraba obra propia de un buen rey hacer el mayor bien posible a sus subditos. Entre los me- 2
jores servicios a su patria, yo cuento el siguiente: por encima de todo se mostraba esclavo de las leyes a pesar de ser el más poderoso de la ciudad. Y así, ¿quién iba a desobedecer viendo al rey obedeciendo?¿Quién, que reconociese tener menos de lo que debía, iba a intentar cualquier revolución, si sabía que el rey también soportaba la tiranía de la ley? En la ciudad trataba también a sus 3
adversarios como un padre trata a sus hijos, pues aunque los reprendía por sus errores, los premiaba si realizaban algún acto bueno y les ayudaba si les ocurría alguna desgracia; no considerando a ningún ciudadano como enemigo, sino afanándose por alabarlos a todos, juzgando una ventaja el salvarlos a todos y teniendo por una pérdida incluso la muerte del más insignificante. Estaba claro que, en su opinión, la patria siempre sería próspera y dichosa, si permanecían firmes en las leyes, y fuerte, siempre que los griegos fueran moderados.

Por otra parte, si es hermoso que un griego sea aman- 4
te de lo griego, ¿se sabe de algún otro estratego que no quisiera tomar una ciudad si creía que iba a ser saqueada, o que considerase una desgracia la victoria en una guerra contra griegos? Así, cuando le llegó la noticia de que 5
en la batalla de Corinto habían muerto ocho lacedemonios y cerca de diez mil enemigos, claramente se vio que él no se alegraba; al contrario, dijo con toda razón: «¡Ay de ti, oh Grecia, porque los que ahora están muertos, si

estuviesen vivos, serían suficientes para vencer en com-
6 bate a todos los bárbaros.» A su vez, cuando le dijeron los desterrados corintios que la ciudad se rendiría y le enseñaron las máquinas con las que pensaban derribar la muralla entera, no quiso atacar alegando que no se debía esclavizar a las ciudades griegas, sino volverlas sensatas, y añadió: «Si aniquilamos a aquellos de nosotros mismos que cometen algún error, es evidente que no contaremos con hombres suficientes para someter a los bárbaros.»

7 Por otro lado, si es noble también odiar al persa, porque en otro tiempo emprendió una campaña para esclavizar la Hélade y ahora se aliaba con éstos siempre que creía que iba a causarles más daño, obsequiaba a aquellos con los que pensaba que acarrearía mayores perjuicios a los griegos y negociaba la paz si estaba convencido de que así nos pelearíamos aún más entre nosotros, entonces, eso todos lo saben. Pero ¿quién se preocupó jamás, salvo Agesilao, de que se separara algún pueblo del persa, o de salvar al que se había separado, o de dañar al rey todo lo posible para impedirle causar dificultades a los griegos? Incluso cuando su patria luchaba contra otros griegos, él no abandonó el bien general de Grecia y zarpó para infligir al bárbaro el mayor daño posible.

8 Por otra parte, es justo no silenciar su amabilidad. Por lo menos, aunque gozaba de honores, y tenía poder y, además, la corona —una corona no cuestionada, sino mirada con simpatía [45]—, nadie hubiera visto su arrogancia, sino que habría reconocido su amor entrañable y servi-
2 cial para con los amigos, aun sin buscarlo. Por cierto, tomaba parte con gran placer en las conversaciones sobre temas amorosos, aunque ayudaba con prontitud a los amigos en todo lo que necesitaban. Por su carácter optimis-

[45] Plutarco, en las *Vidas Paralelas: Agesilao* 30, habla del malestar de los lacedemonios contra él, después del desastre de Leuctra y de que le echaban la culpa de la derrota recordando el oráculo sobre su cojera.

ta, bondadoso y siempre bromista conseguía que muchos se acercasen a él, no sólo para gestionar sus asuntos, sino también para pasar un rato muy agradable; y aunque era incapaz de hablar con jactancia, sin embargo escuchaba sin molestarse a los que hablaban bien de sí mismos, pues reconocía que no causaban ningún daño y que, en el fondo, tenían la idea de ser buenos.

A su vez, tampoco se ha de dejar a un lado la dignidad 3
que mostró en momentos oportunos. Así, cuando le llegó una carta del rey por medio del persa que acompañaba al lacedemonio Calias [46], con el ofrecimiento de su hospitalidad y amistad, no la aceptó y le dijo al portador que comunicase al rey que, en privado, no debía jamás enviarle cartas, pues si se mostraba amigo de Lacedemón y simpatizante de Grecia, también él por fuerza sería su amigo. Ahora bien, dijo, si se le sorprende conspirando, no piense que me va a tener como amigo por más cartas que
yo reciba. En verdad, admiro este gesto de Agesilao: que 4
mirase con indiferencia la hospitalidad del rey con tal de agradar a los griegos. Alabo también este otro: que no admitía que se tuviese por más importante a quien tenía más riquezas y mayor mando, sino a quien era mejor y dirigía
a los mejores. Asimismo, alabo especialmente aquel ejem- 5
plo suyo de previsión: que, considerando bueno para Grecia separar del rey el mayor número posible de sátrapas, no fuese inducido ni por sus regalos ni por su poder a aceptar su hospitalidad, sino que evitó que desconfiaran de él quienes querían separarse.

Y ¿quién no admiraría su proceder en lo siguiente?: 6
el rey persa, pensando que, si tenía muchísimas riquezas, conseguiría poner a todo el mundo bajo su mando, intentaba por eso acaparar todo el oro, toda la plata y todas las cosas de más valor de la tierra. Él, en cambio, dispu-

[46] Este nombre propio presenta algunas variantes: *Kallías-ou*, la más común; *Kalléa* o *Kalléas-a*, que tenemos en este pasaje.

so su casa de tal forma que no necesitaba ninguna de esas
7 cosas. Y si alguien duda de ello, vea con qué vivienda se contentaba y contemple, en particular, sus puertas. Se podría conjeturar que eran las mismas que colocó Aristodemo, descendiente de Heracles, a su regreso [47]; entre y contemple también su mobiliario; observe cómo se comportaba en las comidas que seguían a los sacrificios, y entérese de cómo iba ⟨su hija⟩ a Amiclas [48] en un carrua-
8 je público. En resumen, ajustaba sus gastos a sus ingresos para no verse nunca forzado a actuar injustamente por causa del dinero. Y si bien parece magnífico tener murallas inexpugnables frente a los enemigos, en verdad, a mi juicio, es mucho más hermoso prepararse un alma inaccesible al dinero, los placeres y el miedo.

9 Por otra parte, diré la conducta que observó en contraste con la altanería del rey persa. En primer lugar, aquél se creía respetado dejándose ver muy rara vez; Agesilao, en cambio, presumía de estar siempre en público, pues pensaba que el encubrimiento era propio de un proceder reprobable, mientras que la luz embellece aúm más
2 una vida dedicada a nobles ideales. En segundo lugar, aquél se creía respetado dificultando el acercamiento a él; éste disfrutaba con ser fácilmente accesible a todos; aquél se vanagloriaba de atender a las personas con lentitud; y éste se ponía contento, sobre todo, cuando las despachaba con prontitud y conseguían lo que pedían.

3 Vale la pena observar también cuánto más simples y asequibles eran los gustos de Agesilao. Pues para el persa miles de personas recorren la tierra entera buscando

[47] Véase n. 1 de esta obra. Los hijos de Aristodemo, Eurístenes y Procles, fueron la primera pareja de reyes de Lacedemón. Recuérdese que había dos reyes desde tiempo inmemorial. Con Agesilao reinaron, en Esparta, Agesipolis y Cleómbroto († 371), y otros de la rama de los Agíadas. Agesilao era de la rama de los Euripóntidas.

[48] Una de las cinco aldeas —*obaí*— que formaban Esparta. En Amiclas se celebraban las fiestas Jacintias (cf. n. 30).

la bebida que pudiera gustarle; emplean su ingenio en hallar la comida que le apetecería, y no se pueden contar los que se desvelan para que él duerma. Agesilao, en cambio, como era hombre activo, bebía con gusto cualquier bebida; comía con apetito cualquier plato que le presentaran, y cualquier lugar era bueno para dormir tranquilo.
Y, al obrar así, no sólo era feliz, sino que además estaba 4
orgulloso, porque, personalmente, él se arreglaba con las comodidades corrientes, mientras que comprobaba que al bárbaro había que traerle desde los confines de la tierra las cosas que le agradaban, si quería vivir sin mo-
lestias. También disfrutaba sabiendo que podía adaptar- 5
se sin molestias a las disposiciones divinas, y en cambio veía al otro huir del calor ardiente y de los rigores del frío, imitando, por debilidad de carácter, no el método de vida de los hombres valientes, sino el de los animales más débiles.

A su vez, ¿no es hermoso y de nobles sentimientos que 6
adornase su propia casa con las obras y bienes propios de un varón, criando muchos perros de caza y caballos de guerra y que persuadiera a su hermana Cinisca a criar caballos de carreras y demostrara, con su victoria, que esa cría no es prueba de virtud varonil sino de riqueza? [49].

Además, ¡con qué gran señal de su nobleza compren- 7
dió que no sería más famoso si vencía con un carro a personas particulares, sino que si tenía una ciudad querida por todos, si adquiría numerosos amigos y los mejores de toda la tierra, y si vencía haciendo bien a su patria y a sus camaradas y castigando a sus rivales, entonces realmente sería el vencedor de las competiciones más hermosas e importantes y se haría muy famoso, tanto en vida como después de muerto!

Yo, pues, por tales cualidades hago el encomio de 10
Agesilao. Éstas no son como si uno se encontrara un

[49] Cf. *Hieron* 11, 5.

tesoro, que realmente se volvería más rico, pero en absoluto mejor administrador; ni como si por haberse apoderado una enfermedad de los enemigos los venciera, que en verdad sería más afortunado, pero nunca mejor estratego; sino que el que es el primero en fortaleza cuando llega el momento de pasar fatigas, en fuerza cuando el certamen exige valor y en sabiduría cuando es asunto de consejo, ése, a mi juicio, debe ser tenido con ra-
2 zón por un varón dechado de virtud. Si es un hermoso invento humano la cinta y la vara de medir[50] para proceder con rectitud, creo que la virtud de Agesilao también podría ser un bello ejemplo para los que desean ejercitarse en las virtudes humanas; pues, ¿quién se haría impío imitando a un hombre piadoso; o injusto, imitando a un hombre justo; o imprudente, imitando a un hombre prudente; o desenfrenado, imitando a un hombre moderado? En verdad, presumía no tanto de reinar sobre otros como de gobernarse a sí mismo; no tanto de dirigir a sus conciudadanos contra el enemigo, como de guiarlos hacia todo tipo de virtud.

3 Por otra parte, que nadie, por el hecho de alabar a un hombre que está muerto, tome este discurso por un treno[51] en vez de un encomio; pues, en primer lugar, lo que ahora se dice de él aquí, es lo mismo que él oyó en vida; en segundo lugar, ¿qué está más lejos de un treno que una vida famosa y una muerte tardía?, ¿qué es más digno de encomios que las victorias más glorio-
4 sas y las obras de más valor? Con toda justicia puede considerarse feliz a quien, desde su infancia, anduvo ansioso de gloria y la alcanzó por encima de los de su edad; a quien, siendo por naturaleza el más ambicioso de honores, nunca fue derrotado en su vida desde que

[50] Los términos griegos son *státhme* y *kanôn*. El primero viene a equivaler a «cordel», «hilo», «plomada».

[51] Canto fúnebre que suele combinar el lamento y el elogio del difunto. Con el correr de los siglos, acabó trasformándose en un discurso fúnebre en prosa.

se convirtió en rey, y a quien, habiéndole llegado la edad más extrema de la vida humana, murió sin conocer el fracaso, tanto en sus relaciones con los que él mandaba como ante aquellos con los que combatía.

Quiero ahora hacer un resumen de su virtud para 11
que sea más fácil de recordar su elogio.

Agesilao reverenciaba los lugares sagrados, incluso los del enemigo, por su convicción de que a los dioses convenía hacérselos aliados, no menos en la tierra enemiga que en la amiga.

No maltrataba a los suplicantes de los dioses, aunque fueran sus enemigos, pues pensaba que era absurdo llamar saqueadores de templos a los que roban en los santuarios, y considerar, en cambio, piadosos a los hombres que arrancan de los altares a los suplicantes.

Él, realmente, nunca dejó de proclamar su creencia 2
de que los dioses no se contentan menos con actos piadosos, que con víctimas puras.

A su vez, incluso cuando tenía éxito, no miraba con altanería a los demás, sino que agradecía a los dioses el favor; y celebraba más sacrificios cuando estaba seguro, que súplicas cuando se encontraba indeciso.

Tenía por costumbre mostrarse alegre cuando estaba preocupado y ser modesto en los éxitos.

No era más afectuoso con los amigos más poderosos, 3
sino con los más dispuestos. No odiaba al que se defendía si era maltratado, sino a quien en los favores se mostraba desagradecido.

Se alegraba de ver a los codiciosos arruinados, y enriquecidos a los justos, pues quería que la justicia quedase siempre con más ventajas que la injusticia.

Tenía por costumbre tratarse con toda clase de per- 4
sonas, pero intimar sólo con los buenos.

Siempre que oía criticar o alabar a alguien, creía informarse no menos del carácter de los que hablaban que del de aquellos sobre quienes hablaban.

No censuraba a los que eran engañados por sus amigos, sino que despreciaba abiertamente a los que lo eran por sus enemigos, y juzgaba cosa sabia engañar a los desconfiados y cosa impía hacerlo con los crédulos.

5 Se alegraba si era alabado por personas que están dispuestas a criticar lo que no les agrada, y no se molestaba con nadie que hablase con excesiva libertad[52]; en cambio, de los hipócritas se guardaba como de las emboscadas. Aborrecía más a los calumniadores que a los ladrones, pues consideraba mayor daño ser privado de amigos que de dinero.

6 Soportaba tranquilamente los errores de los particulares, pero consideraba graves los errores de los gobernantes, pues opinaba que aquéllos acarrean pocos males, y éstos, muchos.

Pensaba que a la realeza no le convenía la indolencia, sino la perfección de cuerpo y alma.

7 No permitió que le erigieran una estatua, aunque muchos querían dedicársela; pero se esforzaba constantemente por dejar recuerdos de su alma, convencido de que aquello era obra de escultores, y esto, obra de uno mismo; y aquello, propio de los ricos, y esto, de los buenos.

8 No sólo utilizaba el dinero con justicia, sino también con generosidad, por creer que al justo le basta con respetar lo ajeno, y el generoso, en cambio, tiene que ayudar a los demás, incluso con lo suyo propio.

Era siempre temeroso de los dioses, considerando que los que viven bien no son felices todavía, y en cambio, aquellos que han muerto gloriosamente son ya bienaventurados

9 Consideraba mayor desgracia descuidar el bien conociéndolo que ignorándolo.

Nunca ansió fama que no se ganase a pulso.

---

[52] En griego *parresiádsomai.*

En mi opinión, era de las pocas personas que no juzgaban la virtud como un duro esfuerzo, sino como un cómodo placer; por eso, disfrutaba más con las alabanzas que ganando dinero.

A su vez, daba pruebas de un valor acompañado de prudencia, más que de riesgos, y practicaba la sabiduría con obras, más que con palabras.

Aunque era realmente muy afable con sus amigos, 10
para sus enemigos era muy terrible; y, aunque resistía firmemente las fatigas, cedía muy gustoso ante los camaradas, pues prefería las obra bellas a los cuerpos hermosos.

En verdad, aunque sabía ser moderado en el éxito, podía ser muy decidido en el peligro.

No cifraba la práctica de la amabilidad en las bro- 11
mas, sino en el modo de comportarse. Y acompañaba la magnanimidad no de insolencia, sino de reflexión; por eso, cuando despreciaba a los soberbios, era más humilde que el término medio de los hombres, pues se pavoneaba de la insignificancia de su cuerpo y del espléndido atavío de su ejército; de reducir al mínimo sus necesidades y, en cambio, de ayudar al máximo a sus amigos. Además de eso, fue un rival muy pesado, pero 12
el más ligero en la victoria; con sus enemigos muy cauto, pero muy condescendiente con sus amigos.

Siempre ponía a salvo las cosas de sus amigos y tenía como tarea diaria aniquilar las de sus enemigos.

Sus familiares le llamaban «enamorado de los su- 13
yos»; los amigos íntimos, «el que no falla nunca»; sus sirvientes, «el inolvidable»; los agraviados, «protector»; sus compañeros de aventuras, «el salvador después de los dioses».

Al menos a mí también me parece que fue el único 14
hombre que dio pruebas de lo siguiente: de que la fuerza corporal envejece, pero que no decae el vigor del alma de los hombres buenos, pues él nunca se cansó de

buscar la grandeza de una gloria espléndida mientras
15 el cuerpo pudo soportar el vigor de su alma. Pues, realmente, ¿no fue su vejez mejor que la juventud de cualquier otra persona? En verdad, ¿quién, en pleno vigor, fue tan terrible para sus enemigos como Agesilao cuando era de edad muy avanzada? ¿De qué pérdida se alegraron más sus enemigos que de la de Agesilao, aunque fuese ya un anciano? ¿Quién infundió a sus aliados tanto valor como Agesilao, aunque iba ya a abandonar la vida? ¿A quién, joven, añoraron más los amigos que a Agesilao, viejo, a su muerte?

16 Pasó su vida este varón sirviendo tan perfectamente a su patria, que incluso ya muerto, en un extraordinario servicio a su ciudad [53]. fue llevado a la morada eterna, tras dejar por todo el mundo monumentos de su virtud y alcanzar en su patria la tumba propia [54] de los reyes.

[53] PLUTARCO, en la vida de Agesilao, cuenta que el rey de Egipto Nectanabis o Nectanebo II le dio 230 talentos por haberle ayudado a derrotar al bando rival y que murió en el viaje de regreso, a los 84 años. Su cadáver, cubierto de cera a falta de miel, fue llevado a Esparta (cf. *Vidas Paralelas: Ages.* 40). E. C. MARCHANT, G. W. BOWERSOCK (*Xen. VII. Scripta minora* [Loeb], Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968), en n. *ad. loc.*, correspondiente, dicen que si el rey moría en el extranjero y su cuerpo no podía ser traído a su patria, como ocurrió con Agesilao, era enterrado un retrato suyo.

[54] Según *La Rep. de los lacedemonios* 15, 9, las pompas fúnebres que tributaban a los reyes eran las que convenían a héroes y no a simples mortales.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

Acarnania, acarnanos, 2, 20, 24.
Agesilao, 1, 1, 5-7, 10-11, 13, 15-16, 27, 29-32, 35; 2, 1, 3, 5, 7, 9 y ss., 16, 21, 23, 26-27, 30-31; 3, 2, 5; 4, 1, 2, 6; 5, 1, 3-6; 6, 3; 7, 1, 7; 8, 4; 9, 1, 3; 10, 1-2; 11, 1, 15.
Agis, 1, 5; 4, 5.
amabilidad, 8, 1 y ss.; 11, 3, 10, 11.
Amiclas, 8, 7.
amor a la patria, 7, 1 y ss.
aqueos, 2, 20.
arcadios, 2, 23, 24.
argivos, 2, 6, 9, 11, 17, 20.
Ariobárzanes, 2, 26.
Aristodemo, 8, 7.
Arquidamo, 1, 5.
Artemis, 1, 27.
Asia (Menor), 1, 7, 8, 10, 13, 33, 38; 2, 1, 6, 29.
Aso, 2, 26.
atenienses, 2, 6.
Autofradates, 2, 26.

Beocia, beocios, 2, 2, 5, 22-24.

Calias, 8, 3.
Caria, 1, 14-16, 29.
Cefiso, 2, 9.
Cinisca, 9, 6, 7.
Cinoscéfalas, 2, 22.
Ciro (el Joven), 2, 11.
continencia, 5, 4 y ss.
corintios, Corinto, 2, 6, 17, 21, 24; 7, 5, 6.
Coronea, 2, 9.
Cotis, 2, 26; 3, 4.
cramnonios, 2, 2.
Creusis, 2, 18.

Delfos, 1, 34.
Dignidad, 8, 3 y ss.; 11, 1.

Éfeso, 1, 14, 25.
Egipto, egipcios, 2, 28, 30.
eleos, 2, 23, 24.
encomio, 10, 1, 3.
enianos, 2, 6, 24.
eolios, 1, 14; 2, 11.
Escolo, 2, 22.
escotuseos, 2, 2.
Espitridates, 3, 3; 5, 4.
etolios, 2, 20.
eubeos, 2, 6, 24.

Farnabazo, 1, 23; 3, 3, 5.

farsalios, 2, 2.
fliasios, Fliunte, 2, 21.
foceos, 2, 6, 24.
Frigia, 1, 16.
Ftía, 2, 5.

Gilis, 2, 15.

Hélade (Grecia), 1, 3, 8, 36; 5, 7; 6, 1; 7, 5, 7; 8, 3, 5.
Helesponto, helespuntios, 1, 14; 2, 1, 11.
Helicón, 2, 9, 11, 12.
Heracles, 1, 2; 8, 7.
Herípides, 2, 10.

Jacintias, 2, 17.
jonios, 1, 14; 2, 11.
justicia, 4, 1 y ss.; 11, 8.

Lacedemón, lacedemonios, 1, 38; 2, 6, 21-24, 27, 29, 31; 7, 5; 8, 3.
lariseos, 2, 2.
Leotíquidas, 1, 5.
Lequeo, 2, 17.
Leuctra, 2, 23-24.
locros, 2, 6, 24.

Macedonia, 2, 2.
mantineos, 2, 23.
Mausolo, 2, 26-27.
Meandro, 1, 15, 29.
Megabates, 5, 4, 5.
Mesenia, 2, 29.
modestia, 11, 3.

Nartacio, 2, 4, 5.
neodamodes, 1, 17.

orcomenios, 2, 6, 9, 11.

Pactolo, 1, 30.
paflagonios, 3, 4.
Peloponeso, 2, 17.
piedad, 3, 2 y ss.; 11, 1-2.
Pireo (pequeña penísula de Corinto), 2, 18-19.
Policarmo, 2, 4.
Prante, 2, 5.
premios, 1, 25.

rey de los persas, el persa, el bárbaro, 1, 6, 7, 35; 2, 1, 28; 3, 3, 5; 7, 7; 8, 3, 5-6; 9, 3.

sabiduría, 6, 4 y ss.; 11, 9.
Sardes, 1, 29, 33.
sencillez, 9, 1 y ss.; 11, 4.
Sesto, 2, 26.

Taco, 2, 27.
tebanos, Tebas, 2, 6, 9, 11, 12, 16, 21, 22.
Tegea, 2, 23.
templanza, 5, 1 y ss.
Tesalia, 2, 2.
Tisafernes, 1, 10-13, 15, 17, 29, 35.
Titraustes, 1, 35; 4, 6.
treno, 10, 3.

valentía, 6, 1 y ss.; 11, 9.

LA REPÚBLICA DE LOS LACEDEMONIOS

INTRODUCCIÓN

La impresión que produce en el lector *La República de los lacedemonios* es la de que se encuentra ante una obra que sigue las pautas tradicionales de los círculos filolaconios, es decir, ante un escrito de alabanza y admiración del régimen político de Esparta. Desde el primer párrafo, el autor lo deja bien claro: la pasada grandeza de Esparta se debe a su sistema de vida, superior al del resto de los griegos, que ha compensado con creces su escasa población.

La comparación de ambos sistemas, siempre favorable para el primero, llega a hacerse rutinaria, pues se repite prácticamente en cada capítulo y en cada tema de los considerados.

Por la misma razón, se explica, en el capítulo 14, la decadencia lacedemonia. La causa es que sus dirigentes se han apartado de las leyes de Licurgo y se han dejado arrastrar por la codicia, la ambición y por influencias extrañas a sus antiguas costumbres.

Por eso, parece un tanto exagerada la postura tomada por Higgins[1], que mantiene la teoría, contraria a la opinión general, de que este tratado es, en realidad, una

---

[1] W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, págs. 65 y ss., y especialmente, págs. 72 y 73.

crítica a las leyes de Licurgo esencialmente represivas y enraizadas en el temor, el engaño y la desconfianza; una obra contra la tiranía, como el *Hierón*[2], planteada quizás como réplica a la de Critias sobre el mismo tema.

Marchant-Bowersock[3] la incluyen dentro de la tradición filolaconia de que hemos hablado. Es interesante recoger sus opiniones, sobre otros aspectos de la obra, compartidas en general por la mayoría de los autores[4]. La primera de ellas se refiere a la inexactitud del título de la obra, ya que no es un tratado de la constitución lacedemonia, de la que sólo toca algunos aspectos. Ellos interpretan desde una perspectiva unitaria los capítulos 1-10, mientras que los demás los consideran fuera de tema, añadidos más tarde por Jenofonte como apéndices sobre el ejército (11 y 12), funciones de los reyes (13), violación de las leyes de Licurgo (14) y la posición de los reyes en la constitución (15). En el capítulo 14, Marchant-Bowersock ven una probable alusión a la actuación de Fébidas en Tebas, en el año 381 a. C., y de Esfodrias en el Pireo, en el 378[5]. Por último, según ellos, Jenofonte, en el método seguido y en algunos pormenores, imita a su predecesor Critias, que había escrito en verso y prosa una *Constitución de los lacedemonios*, utilizada por Platón en las *Leyes*.

Veamos brevemente el contenido de la obra. En el capítulo 1 se ocupa de la procreación; en los capítulos 2, 3 y 4, de la educación de los niños y jóvenes en sus diversos estadios: *paides, meirákia, hēbôntes;* en el 5, de ciertos aspectos de la vida en común: tiendas, comidas,

[2] *Ibid.*, pág. 75.
[3] E. C. MARCHANT, G. W. BOWERSOCK, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, págs. XXI y XXIV.
[4] Cf., por ejemplo, M. RICO, *La República de los lacedemonios*, Madrid, 1957, págs. VII y otras.
[5] Cf. *Helénicas* V 2, 24 y ss.; V 4, 15, 20 y ss.

gimnasio; en el 6, de la autoridad de los adultos sobre los niños y del uso en común de ciertos bienes; el 7 prohíbe dedicarse a los negocios; en el 8 habla de la obediencia a las leyes y autoridades, así como de los poderes de los éforos; en el 9, de la humillante vida que le espera al cobarde; en el 10, del respeto que se les tiene a los ancianos y de sus prerrogativas en la *Gerousía.* Al contenido de los capítulos 11 a 15 ya nos hemos referido en las líneas anteriores.

Fecha de composición

La obra respira una atmósfera de pasada grandeza, y esto ya es algo para fijar al menos un *terminus post quem.* Marchant-Bowersock[6], al hablar del capítulo 14, fecha su redacción antes de la batalla de Leuctra (371 a. C.) y después del 378 por las probables alusiones ya citadas.

Higgins[7] no cree que sea de los años que pasó Jenofonte en Escilunte, ni que se pueda mantener el año 378 a. C., porque hable, en el capítulo 14, de una alianza de sus adversarios; este autor la sitúa en la década de los años 360 cuando la actividad antiespartana era mayor.

M. Rico[8] se muestra partidaria de una redacción temprana, de una obra de juventud, incabada, que ha sufrido retoques posteriores.

Traducciones

En nuestra lengua, además de la de Gracián, contamos con la versión de M. Rico, en «Clásicos Políticos»,

[6] MARCHANT, BOWERSOCK, *Xen. Scripta minora*, pág. XXII.
[7] HIGGINS, *Xen. the Athenian...*, pág. 72.
[8] RICO, *La Rep. de los lac.*, pág. VI.

Madrid, 1957, revisada por M. Fernández-Galiano, con una amplia introducción muy útil para aclarar ciertos puntos oscuros. Hay otra de Juan B. Xuriguera en la colección «Obras Maestras» de la Editorial Iberia, de 1965, la *República de Esparta*, como vimos en la bibliografía del *Agesilao*. Téngase en cuenta el juicio emitido allí.

El catalán cuenta con la traducción de Teresa Sempere, de 1967, en la colección «Fundación Bernat Metge».

En francés puede mencionarse, entre otras, la de F. Ollier, de 1934; y en inglés, la de Marchant-Bowersock, en la «Loeb Classical Library» (1968 [= 1925]).

Texto adoptado

El texto adoptado es el de E. C. Marchant, en los «Oxford Classical Texts» (1920), salvo las lecturas que citamos a continuación, introducidas por Marchant-Bowersock para su edición posterior de la «Loeb».

	Ed. de Oxford	Ed. de la «Loeb»
3,5	καὶ αὐτῶν τῶν ἐν τοῖς ὀφθαλμοῖς παρθένων.	καὶ αὐτῶν ἐν τοις θαλάμοις παρθένων.
5,5	ἐν τῇ Σπάρτῃ ἀνέμειξε... παιδεύεσθαι.	ἐν τῇ Σπάρτῃ ἀνέμιξε παιδεύεσθαι.
5,8	ὡς μήποτε † αὐτοὶ ἐλάττους.	ὡς μὴ πόνους αὐτοῖς ἐλάττους.
12,2,3	προορῷεν εἰ [δέ] τις προσίοι. νύκτωρ ⟨δε⟩ ἔξω.	προορῷεν. εἰ δέ τις προσίοι νύκτωρ ἔξω.

BIBLIOGRAFÍA

Además de las ediciones, traducciones y estudios citados en la bibliografía de los demás *opúsculos* y que

se refieren también a éste, deben mencionarse los siguientes:

M. Rico Gómez, *La República de los lacedemonios* (Clásicos Políticos), Madrid, 1973 (= 1957).

Teresa Sempere, *Jen. opuscles. Text revisat i traducció de... (Hiero, Agesilau, La republica des Lacedemonís)* (Fund. Bernat Metge), Barcelona, 1967.

—, *Xén. Républiques de Sparthe et Athenes*, París [s. a.].

K. M. T. Chrimes, *The respublica Lacedaemoniorum, ascribed to Xenophon. Its manuscript tradition and general significance*, Manchester, 1948.

—, *Ancient Sparta*, Manchester, 1952.

Yo observé hace tiempo que Esparta fue muy pode- 1
rosa y célebre en la Hélade, como es evidente, aunque
era una de las ciudades con menos habitantes, y me sor-
prendió entonces cómo pudo ocurrir eso. Sin embargo,
después que me fijé en la ocupaciones de los espartia-
tas [1], ya no me causó sorpresa.

A Licurgo [1bis], que les dio las leyes con cuya obser- 2
vancia consiguieron su prosperidad, lo admiro y lo con-
sidero el culmen de la sabiduría; pues él, sin imitar a
las demás ciudades sino incluso tomando decisiones con-
trarias a la mayoría de ellas, demostró que su patria
las superaba en prosperidad.

Por ejemplo, sobre la procreación, para empezar por 3
el principio [2], los demás mantienen con una comida, lo
más racionada que se pueda tolerar y con el menor con-
dimento [3] posible, a las jóvenes que van a dar a luz y
que parecen estar bien educadas; y, por supuesto, las
mantienen privadas de vino totalmente o se lo sirven
aguado. Como la mayoría de los artesanos son sedenta-

---

[1] Son los espartanos con plenos derechos políticos y civiles. Recuérdese que los *periecos* sólo tenían derechos civiles, pero no políticos, y que los *hilotas* o esclavos carecían de ambos.

[1bis] Téngase en cuenta que es un tópico atribuir a Licurgo todas las leyes vigentes en Lacedemón, sin que ello suponga que históricamente tengamos sólidos fundamentos para admitirlo. Véase M. Rico, *La República de los lacedemonios*, Madrid, 1973 (= 1957), págs. VI y sigs.

[2] Según E. C. Marchant, G. W. Bowersock *(Xen. VII. scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968), en la n. *ad. loc.* correspondiente, Critias comenzaba con el mismo tema en su *Rep. de los lacedemonios*.

[3] El término griego es *ópson*.

rios, los demás griegos estiman conveniente que las jóvenes trabajen la lana llevando una vida inactiva. Ahora bien, ¿cómo se va a esperar que jóvenes criadas de esta
4 manera engendren algo grandioso? Licurgo, en cambio, pensó que las esclavas también bastaban para producir vestidos y, como consideraba que la procreación era la principal misión de las mujeres libres, en primer lugar, dispuso que el sexo femenino ejercitase sus cuerpos no menos que el masculino. Luego, organizó para las mujeres competiciones entre ellas de carreras y pruebas de fuerza, exactamente igual que lo hizo con los varones, convencido de que de parejas vigorosas también los hijos nacen más robustos.

5 A su vez, viendo que los demás tienen relaciones con sus mujeres desde el primer momento, sin ninguna restricción, desde que una mujer efectúa la entrada nupcial en casa de un hombre, tomó decisiones contrarias a ello. Estableció, en efecto, que debían avergonzarse de que se les viera tanto entrar como salir. Si mantienen relaciones de esta forma, el deseo mutuo será mayor necesariamente, y nacerá una criatura más robusta, si procrean entonces, mucho más que si están
6 hartos el uno del otro. Además de esas medidas, para poner fin a que cada uno tome mujer cuando quiera, ordenó contraer matrimonio en plena madurez, considerando que ello también es conveniente para una bue-
7 na descendencia. Por cierto, siempre que se daba el caso de que un viejo tenía por esposa a una joven, al ver que los de tal edad guardaban celosamente a sus mujeres, estableció una ley contraria a esa costumbre, pues obligó al anciano a atraerse a un varón cuyo cuer-
8 po y espíritu él admirase, para que él procreara. Si alguien, a su vez, no quería cohabitar con su mujer, pero deseaba tener hijos dignos, en ese caso convirtió en legal lo siguiente: procrear con cualquier mujer que viese con buena prole y noble, si convencía a su marido.

Sancionaba, además, muchas cosas semejantes, pues 9
las mujeres quieren tomar a su cargo dos casas y los esposos sumar hermanos a sus hijos que participen de su linaje e influencia, sin hacerlos, en cambio, partícipes de su fortuna.

Sobre la procreación, examine quien quiera si logró 10
para Esparta varones que se distinguiesen por su estatura y por su fuerza con la adopción de estas decisiones, contrarias a los demás.

Yo por mi parte, después de ocuparme de la pro- 2
creación, quiero clasificar también la educación de unos y otros.

Pues bien, de los demás griegos, los que dicen que educan mejor a sus hijos, tan pronto como sus niños entienden lo que se les dice, les asignan criados *pedagogos* y los envían en seguida a los maestros para que aprendan las letras, la música [4] y los ejercicios de la palestra. Además, mantienen delicados los pies de sus hijos con diversas clases de calzado, embotan sus cuerpos con cambios de vestidos y toman lo que su vientre les pide como norma de sus comidas.

En cambio, Licurgo, en lugar de asignar individual- 2
mente a cada uno pedagogos esclavos, encomendó su dirección a un varón, precisamente de los que forman las magistraturas más importantes, el llamado *paidónomo*, y le dio autoridad para reunir a los niños y para corregirlos enérgicamente cada vez que observase negligencia en su conducta. Le confió, además, un grupo de jóvenes provistos de látigos [5] para castigarlos cuando fuera preciso, de modo que allí les acompañaba siempre un gran respeto y una rígida disciplina.

[4] Recuérdese que, en griego, la palabra *mousikḗ* tiene un significado más amplio que nuestro término «música», comprendiendo, por así decirlo, toda la parte cultural.

[5] Son los *mastigophóroi*.

3 A su vez, en lugar de mantener delicados sus pies con calzado, ordenó fortalecerlos andando descalzos, convencido de que, si se ejercitaban en eso, realizarían las marchas por terrenos abruptos con mucha mayor facilidad, correrían más seguros por las pendientes, y efectuarían más rápidos los saltos de longitud y altura y las carreras, [si ejercitaban sus pies descalzos, mejor
4 que calzados]. Y en lugar de enervarse con vestidos, impuso la costumbre de llevar uno solo durante todo el año, pues creía que también así se prepararían mejor
5 contra los rigores del frío y el calor. Ordenó, asimismo, que el joven[6] tuviese tal cantidad de comida, que jamás sintiese pesadez por saciarse, pero que tampoco careciera de cierta experiencia en pasar necesidad, considerando que, en caso necesario, los educados así podrían resistir más sin comer y que, con el mismo alimento, mantendrían mejor la formación durante más tiempo si se les ordenaba que utilizasen menos condimento, que se adaptasen mejor a cualquier comida y que llevaran una vida más sana; y decidió que tomaran el tipo de alimentación más apropiada para el desarrollo de cuerpos esbeltos y de mayor talla, antes que la que los engorda.

6 Para que no sintieran demasiado las punzadas del hambre, no les permitió tomar sin trabajo lo que necesitaban, sino que los impulsó a robar a veces para sa-
7 ciar el hambre. Que no les movió a ingeniárselas para buscar el sustento por carecer de qué darles, creo que nadie lo ignora; sino que es evidente que el que va a robar por la noche debe pasarla en vela y por el día preparar trucos y estar al acecho y disponer de informadores, si piensa sustraer alguna cosa. Está claro, pues, que educó a los niños de esta forma en todo eso, porque los quería hacer más ingeniosos en recursos y más aptos para la guerra.

Mas se podría objetar que si consideraba bueno el 8
robo, ¿por qué, entonces, imponía muchos azotes al que era cogido? Porque, afirmo yo, también en las demás cosas que se enseñan, los hombres castigan a quien no las realiza bien. En consecuencia, ellos castigan a los que son cogidos, por robar mal. [Sentó como honrosos 9
y ordenó a otros que azotaran a los que intentaban arrebatar el mayor número posible de quesos del altar de Ártemis Ortia[7], porque con ello quería mostrar, asimismo, lo siguiente: que se puede ser feliz y famoso durante mucho tiempo por unos momentos de sufrimiento]. Se indica además con ello que, cuando hay urgencia, el perezoso sirve de muy poco y, en cambio, ocasiona muchísimas dificultades.

Para que los niños no quedasen nunca sin jefe, si se 10
ausentaba el paidónomo, dispuso que el ciudadano que estuviera presente entonces tomase el mando y diese las órdenes que considerara oportunas y que los castigara siempre que cometieran alguna falta. Con esa actuación consiguió que los niños fuesen más respetuosos, pues nada respetan tanto los niños y los varones como a los que mandan. Para que los niños no queda- 11
sen nunca sin jefe, incluso cuando no se encontraba presente ningún varón, encomendó el mando de los jóvenes de cada sección al más listo. De modo que allí jamás los niños están sin jefe.

[6] *Eirēn* en griego. Jenofonte no habla con detalle de las secciones de niños y jóvenes, que conocemos por otras fuentes. El interesado por este tema puede consultar H. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, 1965, págs. 22 y sigs., y M. Rico, *Rep. lac.*, págs. XV y sigs.

[7] Se unen aquí dos hechos: robo y flagelación. Jenofonte no especifica mucho el rito aquí aludido. Por otros autores sabemos que los que mejor soportaban esta *diamastígōsis* eran coronados. El pasaje es uno de los más conflictivos del texto. Cf. M. Rico, *Rep. lac.*, págs. XXXI y sigs.

12 Asimismo, me parece que se ha de tratar el tema del amor a los mancebos, pues también esto es cosa que atañe a la educación. Realmente, los demás griegos, o bien, como los beocios, varón y muchacho mantienen relaciones unidos bajo el mismo yugo; o bien, como los eleos, se aprovechan de los jóvenes a base de favores; hay también quienes impiden totalmente a los amantes tratar con los mancebos.

13 Licurgo adoptó decisiones contrarias a todos ellos, y si alguien que fuese como debía ser, se prendaba del alma de un muchacho e intentaba convertirlo en un amigo intachable y mantener relaciones con él, lo elogiaba y tenía ésta por la mejor educación; en cambio, si era evidente que sentía atracción por su físico, lo consideraba muy deshonroso y estableció que en Lacedemonia los amantes se apartaran de los muchachos, no menos que los progenitores se apartan de sus hijos o los hermanos de sus hermanos, en cuanto a los placeres del amor.

14 No me extraña que algunos no crean esto, ya que en muchas ciudades las leyes no se oponen a la pasión por los muchachos.

Se ha hablado ya de la educación laconia y de la del resto de los griegos. De cuál de ellas dos se consiguen varones más obedientes y respetuosos y más dueños de sí en lo que conviene, exáminelo, igualmente, el que quiera.

3 Cuando pasan de la infancia a la adolescencia, en esa edad los demás griegos les suprimen los pedagogos, les suprimen los maestros y nadie manda ya en ellos, sino que los dejan independientes. Licurgo, en cambio,
2 tomó también decisiones contrarias a ellos; pues, como se daba cuenta de que es muy grande el orgullo que surge en esos años y que, en especial, la insolencia emerge por encima de todo, y aparecen con más intensidad los deseos de placeres, les impuso en dicha edad gran

cantidad de tareas y les procuró una ocupación continua, y, añadiendo, además, que si alguno rehuía esas 3
cosas, no obtendría en adelante ningún privilegio, consiguió que no tanto las autoridades, como los últimos de cada uno de ellos, trataran de que no se desacreditasen totalmente en la ciudad por cobardía. Además de 4
eso, con la intención de que el sentido del respeto surgiera con fuerza en ellos, les ordenó mantener las manos dentro del manto incluso en las calles, marchar en silencio y no mirar en torno, sino ver solamente lo que tenían delante de sus pies.

También allí se ha demostrado que el sexo masculino es más capaz de guardar moderación que la condición femenina. En efecto, tendrías menos probabilida- 5
des de oír su voz que la de las estatuas de piedra, tendrías menos probabilidades de hacer volver su mirada que la de las estatuas de bronce, y los podrías creer más respetuosos que las mismas novias en su cámara nupcial [8], y cuando llegan a la comida en común [9]. hay que contentarse con oírles responder a la cuestión propuesta. Así, en efecto, se cuidó de los muchachos [10].

También se preocupó muchísimo más de los jóvenes, 4
pues pensaba que ellos se inclinarían completamente a lo que es bueno para la ciudad si llegaban a ser como debían. Viendo, en efecto, que en aquellos en los que 2
se crea un alto espíritu de rivalidad, sus coros resultan muy agradables al oído y sus competiciones gimnásticas extraordinariamente admirables, juzgó que, si estimulaba a los jóvenes a rivalizar en virtud, también éstos llegarían así a la cima de la perfección humana. Voy a explicar, pues, cómo los impulsaba.

---

[8] Recuérdese el texto adoptado aquí. Véase Introducción.

[9] La palabra griega es *philítion*.

[10] Es llamativo que muchas de las normas de los §§ 4 y 5 las encontremos más tarde en las reglas de ciertas órdenes religiosas.

3 Para ello, los éforos eligen tres varones de entre los que están en plena madurez. Son los llamados *hipagretes*. Cada uno de ellos inscribe en una lista cien varones explicando por qué dan ese honor a unos y rechazan a
4 otros. En consecuencia, los que no alcanzan distinciones contienden con los que los rechazan y con los que son elegidos en su lugar y se vigilan mutuamente por si actúan con negligencia contra lo que por norma es correcto.
5 Realmente, esa rivalidad es la más grata a los dioses y la más adecuada a la ciudad; con ella se hace una demostración de lo que debe hacer el hombre de bien y, además, cada uno se ejercita en ser siempre el mejor y, si fuera preciso, en defender la ciudad uno por uno
6 con toda su fuerza. Asimismo, tienen como una obligación el cuidado de su buen estado físico y, por rivalidad, llegan a la lucha a puñetazos en cualquier sitio; pero cualquier persona que se halle presente tiene autoridad para separar a los combatientes; si alguien desobedece al que los separa, el paidónomo lo lleva ante los éforos. Éstos le imponen un castigo importante con la intención de que jamás la cólera prevalezca hasta llegar a desobedecer a las leyes.
7 Por su parte, a los que han pasado ya la edad juvenil, de los que precisamente se eligen los cargos principales, el resto de los griegos los dispensa entonces de la preocupación por el vigor físico y, sin embargo, les ordena hacer campañas; Licurgo, en cambio, estableció la caza como la mejor norma para los de esa edad, a menos que se lo impidiese una función pública, para que también ellos sean capaces de soportar las fatigas de la vida militar, no menos que los jóvenes.
5 Las ocupaciones que Licurgo fijó por ley a cada edad, se han referido ya casi todas. Ahora intentaré explicar el régimen de vida que estableció para todos.
2 Licurgo, pues, que había encontrado que los espartiatas, igual que los demás griegos, hacían sus comidas

en casa, dándose cuenta de que en ellas se comportaban muchas veces con negligencia, sacó fuera las comidas comunes[11], a cielo abierto; pues pensaba que de esa forma las prescripciones transgredidas se reducirían en gran parte. Les racionó también el alimento, de modo 3
que no incurrieran en excesos ni pasaran necesidad. Además, muchos platos imprevistos se consiguen de las piezas de caza; los ricos a veces aportan el pan; de esta forma la mesa nunca está falta de alimentos hasta que se separan y no supone mucho gasto. A su vez, con la 4
supresión de las bebidas [in]necesarias, que debilitan los cuerpos y embotan la mente, obligó a que cada uno bebiese cuando tuviera sed, juzgando que así la bebida resulta menos perjudicial y más agradable.

Con esta clase de banquetes, ¿cómo se iban a arruinar uno mismo o su familia, por glotonería o embriaguez? Por cierto, en las demás ciudades, los compañeros 5
de la misma edad generalmente se relacionan entre sí y entre ellos hay muy poco repeto; mas, en Esparta, Licurgo los mezcló de modo que los más jóvenes se educaran[12] en muchos aspectos con la experiencia de los más veteranos. Por ello, es costumbre que se cuenten 6
en las comidas comunes[13] las nobles acciones que se realizan en la ciudad; de esa forma allí tienen muy poco que hacer la insolencia, la embriaguez y los hechos y dichos groseros. Además, la comida fuera trae las ventajas siguientes: se ven obligados a pasear para regre- 7
sar a casa, y a preocuparse de no caer bajo los efectos del vino, conscientes de que no permanecerán mucho tiempo donde comen y de que han de hacer en la oscuridad cuanto hacen durante el día, pues ni a la luz de una linterna se permite caminar al que aún está en guardia.

[11] Jenofonte usa el término *syskênia* y no el común *syssítia* que alude a la vida en común, y no sólo a las comidas en común.
[12] El texto seguido es el de la «Loeb».
[13] Cf. n. 9.

8 Al observar también Licurgo que, con las mismas
comidas, los que hacen ejercicio tienen buen color, bue-
nos músculos y son robustos, y, en cambio, los que no
se ejercitan parece que están hinchados, torpes y débi-
les, tampoco descuidó esto; al contrario, dándose cuen-
ta, incluso, de que, cuando se ama el trabajo por con-
vencimiento personal, se ve que está en buenas condi-
ciones físicas, ordenó que, cada vez que fuesen al gim-
nasio, el más veterano en ese momento cuidase de que
los ejercicios nunca fuesen inferiores a las raciones de
9 comida [14]; y creo que no falló en este caso, pues no se
encontrarían fácilmente hombres más sanos y prepara-
dos físicamente que los espartiatas, pues ejercitan sus
piernas, brazos y cuello al mismo tiempo.
6 Tomó también las siguientes decisiones contrarias
a la mayoría: en efecto, en las demás ciudades cada uno
manda en sus propios hijos, criados y bienes; Licurgo,
en cambio, con la intención de conseguir que los ciuda-
danos disfrutasen recíprocamente de sus bienes sin cau-
sarse ningún perjuicio, estableció que cada uno manda-
2 se en los propios y en los ajenos sin distinción. Y cuan-
do uno sabe cuáles son los padres de los niños sobre
los que él manda, tiene que mandarlos exactamente de
igual modo a como querría que se mandase a los suyos
propios. Si alguna vez un niño que ha recibido azotes
de otro padre, se lo cuenta luego al suyo, está mal visto
que no le aplique más azotes a su hijo. ¡Tanta confianza
tienen unos en otros de que no imponen a los niños na-
da inconveniente!
3 Estableció también que se utilizaran incluso los ser-
vicios de los criados ajenos, si alguno los necesitaba.
Igualmente, fomentó la propiedad en común de los pe-
rros de caza, de modo que los que los necesitan invitan
a cazar al dueño y éste, si no tiene tiempo, se los presta

[14] Lectura de la «Loeb».

con mucho gusto. Utilizan los caballos de la misma for-
ma. En consecuencia, el que está enfermo o necesita
un vehículo o quiere llegar pronto a algún sitio, si ve
un caballo en cualquier parte, lo coge para utilizarlo
y después lo devuelve noblemente.
Introdujo otra costumbre que no es habitual entre 4
los demás; pues, para el caso en que necesitasen provi-
siones, por llegar tarde de la caza y no encontrasen na-
da preparado, estableció que los que tienen de sobra
dejen lo que tienen hecho, y que los necesitados abran
los sellos, cojan cuanto necesiten y lo dejen después de
volver a poner el sello. En consecuencia, con este sis- 5
tema de reparto mutuo, participan de todo lo que hay
en el país, incluso los que tienen poco, cuando necesi-
tan alguna cosa.
A su vez, Licurgo estableció en Esparta las siguien- 7
tes normas legales contrarias al resto de los griegos.
Por supuesto, en las demás ciudades, todos se enrique-
cen cuanto pueden: uno trabaja la tierra, otro es arma-
dor, éste se dedica al comercio, aquéllos viven de sus
oficios de artesanos. En cambio, en Esparta, Licurgo 2
prohibió a los ciudadanos libres tocar nada que se rela-
cionase con el lucro y, al contrario, ordenó que sólo con-
siderasen actividades propias todas las que procuran li-
bertad a las ciudades. Realmente, ¿cómo se van a afa- 3
nar por las riquezas allí donde, con la misma aporta-
ción obligatoria para cubrir las necesidades y el mismo
sistema de vida impuesto, consiguió que no aspirasen
a ellas movidos por la vida cómoda que proporcionan?
Pero, ellos tampoco se tienen que enriquecer a cau-
sa del vestido; pues no se atavían con vestidos suntuo-
sos, sino con el perfecto estado físico de su cuerpo.
Por supuesto, tampoco tienen que amontonar dinero pa- 4
ra poder gastarlo con sus compañeros de tienda, puesto
que sentó como de más prestigio ayudar a sus compa-
ñeros con el trabajo personal que con el pago de sus

gastos; y demostró que aquello es producto del alma, y esto, de la riqueza.

5 A su vez, impidió enriquecerse injustamente, con medidas especiales: en efecto, en primer lugar, estableció una moneda de tales características que, aunque metieran únicamente en su casa la cantidad de diez minas [15], no pasara inadvertido a dueños ni a criados, pues se necesitaría un local grande y un carro para su trans-
6 porte [16]. Además, se busca si hay oro y plata, y si aparece algo en algún sitio, su poseedor es multado. En fin, ¿cómo se va a andar afanoso tras el lucro allí donde la posesión de riquezas causa más molestias, que comodidades su empleo?

8 Por otra parte, sabemos todos, sin excepción, que en Esparta obedecen escrupulosamente a las autoridades y a las leyes. Mas yo no creo que Licurgo intentara introducir esa disciplina rigurosa antes de poner de acuerdo, primero, a los hombres más importantes de la ciu-
2 dad. Baso esta conjetura en que, en las demás ciudades, los más poderosos no quieren siquiera dar la impresión de sentir un temor respetuoso ante las autoridades y consideran que esto es un síntoma de falta de libertad; en cambio, en Esparta, los más poderosos estiman sobremanera a las autoridades, y se glorían de acatarlas y de acudir corriendo, y no al paso, cuando son llamados, pues piensan que, si ellos empiezan por obedecer con prontitud, seguirán luego los demás; lo que realmente ha ocurrido.

3 Es lógico que esos mismos hayan creado, de común acuerdo, el cargo de éforo, cuando reconocieron que la

[15] La mina valía cien dracmas y la dracma seis óbolos. Sesenta minas equivalían a un talento.

[16] Como se sabe, no había realmente moneda de metales preciosos, y, de ahí, la afirmación del texto. Véase, por esto, M. Rico, *Rep. lac.*, pág. XXIV y la nota correspondiente para este punto, y también, para el párrafo siguiente.

obediencia era un bien importantísimo, tanto en la ciudad como en el ejército y en la familia, pues se dieron cuenta de que cuanto mayor poder tuviera la autoridad, tanto más infundiría temor a los ciudadanos para
obedecer [17]. Por ello, los éforos tienen facultades para 4
multar a cualquiera, tienen poder de demanda inmediata [18] y tienen poder para cesar, encarcelarlos y citar a juicio con pena de muerte, a los magistrados.

Y al tener tanta autoridad, no permiten, como las demás ciudades, que los elegidos en cada ocasión gobiernen a capricho durante el año, sino que, como hacen los tiranos y los presidentes de las competiciones atléticas, si advierten que alguien comete un abuso, lo castigan en el acto.

Aunque Licurgo tenía otros muchos buenos recursos 5
para que los ciudadanos quisieran obedecer voluntariamente a las leyes, me parece que entre los mejores está el siguiente, que no entregó las leyes a la multitud hasta ir a Delfos, con los más influyentes, para consultar al dios si era más favorable y mejor para Esparta obedecer a las leyes que él en persona había establecido. Y cuando respondió que en todo era mejor, entonces las entregó, dejando bien sentado que no obedecer a las leyes inspiradas por el oráculo no sólo era ilegal, sino, además, impío [19].

Asimismo, es digno de admiración este logro de Li- 9
curgo: haber conseguido que en su ciudad sea preferible una muerte gloriosa a una vida deshonrosa; y, realmente, si se examina esto, se encontrará que son muchos más los que han muerto que los que han preferido

[17] El texto no es seguro. Muchos suprimen *toû hypakoúein.*

[18] *Ekpráttein parakhrēma* en el texto original.

[19] Obsérvese que emplea al comienzo del párrafo la palabra *mekhánēma.* No cabe duda de que aquí se ve el valor *político* de la religión y del oraculo de Delfos en particular. Véase Attilio Levi, *La lucha política en el mundo antiguo,* Madrid, 1968, págs. 68 y sigs., y 148.

2 ceder por miedo. A decir verdad, su salvación va acompañada de valor, la mayoría de las veces, más que de cobardía. Y en realidad, el valor es más fácil, más agradable, más accesible y más fuerte [20]. Es evidente que la fama acompaña preferentemente al valor y, en cierto modo, todos quieren ser aliados de los valientes.

3 Por otra parte, es interesante no dejar de lado cómo se las ingenió para conseguir esa actitud. Él procuró abiertamente la prosperidad para los valientes y la des-
4 gracia para los cobardes. Porque en las demás ciudades, cuando uno se muestra cobarde, lo único que tiene es el apodo de cobarde, pues va a la misma plaza que el valiente, se sienta en el mismo sitio y va al mismo gimnasio si lo desea. Mas, en Lacedemón, cualquier persona se avergonzaría de tener como compañero de tienda a un cobarde y de ser su compañero de gimnasio
5 en la lucha. Muchas veces ése queda de más sin un puesto entre los dos grupos que se forman para jugar a la pelota [21], y en los coros es relegado a los lugares más despreciados; en las calles tiene que apartarse, y en los asientos, levantarse incluso ante los más jóvenes que él; tiene que alimentar en su casa a las jóvenes de la familia y explicarles la causa de que no tengan marido [22]: ha de ver su hogar falto de esposa y, además de eso, ha de pagar una sanción [23]; no puede pasearse alegremente ni imitar a las personas irreprochables o, de lo contrario, tendrá que recibir los azotes de los más

[20] Pensamiento tomado de Tirteo, según Marchant-Bowersock.

[21] Marchant-Bowersock nos recuerdan que el término griego *sphairéis* «jugadores de pelota» tiene una significación especial en Esparta. Son los jóvenes que ya no son efebos, pero tampoco completamente hombres. Cf. Introducción, pág. XXIII. Para más detalles, véase M. Rico, *Rep. lac.*, págs. XX y XXI.

[22] Es decir, que sus hijas o las jóvenes de su familia se quedaban solteras por no pretenderlas ningún varón espartiata a causa del deshonor que el cobarde acarrea a toda la familia.

[23] O impuesto de soltería. Cf. n. *ad loc.* de M. Rico, *Rep. lac.*

valientes. Lógicamente, no me extraña en absoluto que, 6
ante privación tan rigurosa de los derechos de ciudadanía [24], se prefiera allí la muerte a una vida tan deshonrosa y llena de ignominia.

Me parecen muy acertadas las disposiciones que es- 10
tableció Licurgo para que practicaran la virtud incluso en la vejez; porque, al fijar al final de la vida la elección de los gerontes [25], consiguió que no se descuidara tampoco en esa edad la perfección de cuerpo y alma [26].
Asimismo, es digno de admirar en él su preocupación 2
por los valientes en su vejez, pues concedió a los ancianos la capacidad de decisión en juicios de pena capital con lo que consiguió hacer la vejez más valiosa que la fortaleza física de los que están en la flor de la edad.
Naturalmente, ese certamen supera en seriedad a todos 3
los humanos; pues si bellos son también los atléticos, ésos son certámenes del cuerpo; mientras que el certamen sobre la gerusía representa un juicio sobre la bondad del alma; en consecuencia, en la medida en que el alma es superior al cuerpo, en esa misma medida los certámenes del alma son más serios que los del cuerpo.

A su vez, ¿cómo no va a merecer gran admiración 4
Licurgo, quien, al darse cuenta de que los pueblos, donde sólo practican la virtud los que quieren, no son capaces de engrandecer su patria, en Esparta les obligó públicamente a todos a practicar todas las virtudes. En consecuencia, como, en el caso de los particulares respecto a los particulares, aventajan en virtud los que la practican a los que la descuidan, así también Esparta

[24] *Atimía* en griego.

[25] En griego *krísis tês gerontías*. Se refiere, sin duda, a la elección para la *gerousía* o Consejo de ancianos, como se ve en el párrafo siguiente al hablar de sus facultades.

[26] *Kalokagathía* en griego. Se trata del ideal educativo de los griegos, que entraña el desarrollo integral de las cualidades físicas y espirituales de la persona.

lógicamente aventaja en virtud a todas las ciudades; pues sólo ella ejercita públicamente la perfección de cuerpo
5 y alma[27]. Realmente, ¿no es hermoso también que, mientras las demás ciudades imponen castigos siempre que una persona ofende a otra, él aplique castigos no inferiores, siempre que se vea que alguien no se preocu-
6 pa de ser lo mejor posible? Efectivamente, pensaba, como es de suponer, que por los traficantes, esclavos, defraudadores y ladrones solamente unos pocos, los que reciben el daño, son víctimas de injusticia; mientras que por los malvados y cobardes, ciudades enteras son traicionadas. De ahí que a mí, por lo menos, me parezca lógico que se les imponga sanciones muy graves.

7 Asimismo, impuso como obligación inexcusable la práctica del conjunto de virtudes cívicas, pues a los que cumplen las leyes, a todos sin excepción, les dio iguales derechos de participación en la ciudad, sin tener jamás en cuenta la debilidad física ni económica. Mas si alguno se acobardaba ante el esfuerzo que entraña el cumplimiento de las leyes, él le daba pruebas evidentes de que ni siquiera lo consideraba de los iguales[28].

8 Por otra parte, es claro que esas leyes son muy antiguas, pues se dice que Licurgo vivió en tiempos de los Heraclidas; pero, a pesar de ser tan antiguas, todavía hoy son muy recientes para los demás. En fin, realmente, lo más sorprendente de todo es que todos alaban tales normas, pero ninguna ciudad quiere imitarlas.

11 Esas normas son, por supuesto, bienes públicos, tanto en tiempos de paz como de guerra. Ahora bien, si se desea conocer la organización que, mejor que la de los demás, proyectó con respecto a las expediciones del ejército, también es posible informarse.

[27] W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 69, nota lo retórico de este pasaje y del § 7 de este mismo capítulo.

[28] Véase M. Rico, *Rep. lac.*, págs. XXI y sigs.

Primero, pues, los éforos proclaman por un heraldo 2
los años hasta los que hay obligación de participar en las campañas, tanto para jinetes como para hoplitas, luego también para los artesanos. De forma que los lacedemonios, en las expediciones poseen con abundancia todo aquello que utilizan los hombres en la ciudad; asimismo, se dan órdenes de presentar todo el conjunto de aparejos de guerra comunes que el ejército necesita, unos con carros, otros con bestias de carga; pues, de este modo, lo que falta no pasa en absoluto inadvertido.

Para la lucha con las armas proyectó lo siguiente: 3
llevar un vestido de rojo púrpura, por considerar que ese tiene muy poco que ver con el vestido de la mujer y que es muy apropiado para la guerra, y un escudo de bronce, pues le sale el brillo muy pronto y tarda mucho en mancharse. Permitió, además, llevar la cabellera larga a los que han pasado la edad juvenil, pues creía que de esa forma parecían más altos, distinguidos y terribles.

A su vez, a los jinetes y hoplitas así equipados los 4
dividió en seis *moras*. Cada mora de hoplitas tiene un *polemarco*, cuatro capitanes, ocho *penteconteres*, dieciséis *enomotarcos*. De esas moras, a una consigna dada, se pasa unas veces a*** [29]: otras, a tres; otras, a seis.

Lo que piensa la mayoría, que la formación laconia 5
de hoplitas es muy enmarañada, es una suposición totalmente contraria a la realidad, porque, en la formación laconia, los que están los primeros son los que man-
dan y cada fila tiene todo lo que debe ofrecer. Es tan 6
fácil entender esa formación que cualquier persona que sepa reconocer a los hombres no se podrá equivocar nunca. En efecto, a unos se les ha encomendado dirigir y a los demás se les ha ordenado seguir. Los movimientos tácticos[30] son indicados verbalmente por el enomo-

[29] En el texto hay una laguna. Probablemente debe sobreentenderse «una».

[30] *Paragōgaí* en el original.

tarco, como lo hace un heraldo, y su formación se pue-
de volver más estrecha o más profunda. Y nada de ello
7 es difícil de entender en absoluto. Ahora bien, el hecho
de que, aunque se desordenen en un momento dado, lu-
chen de la misma forma, esa organización ya no es fácil
de entender, salvo para los educados en las leyes de
Licurgo.
8 Con mucha soltura ejecutan también los lacedemo-
nios aquellas formaciones que les parecen muy difíciles
a los instructores tácticos. Efectivamente, en las mar-
chas en columna, a la retaguardia una *enomotía* sigue
⟨a otra enomotía⟩, por supuesto; y si en tal caso, apare-
ce de frente una formación enemiga, se transmite la con-
signa al enomotarco de formar en línea por la izquier-
da, y así toda la columna hasta que la formación de
combate quede enfrentada. A su vez, si los enemigos apa-
recen por la retaguardia cuando están en esta forma-
ción, se da la vuelta cada fila para que las más fuer-
9 tes estén siempre frente al enemigo. Si el jefe queda
entonces a la izquierda, no piensan por eso que estén
en peores condiciones, al contrario, piensan que inclu-
so a veces están en ventaja; pues, aunque algunos inten-
taran cercarlos, no los rodearían a pesar de ello por
el lado desguarnecido, sino por el protegido [31]. Si algu-
na vez por cualquier razón creen que les conviene que
el jefe esté en el ala derecha, las tropas [32] dan la vuel-
ta en columna y hacen girar la formación hasta que el
jefe esté a la derecha y la retaguardia pase a la izquier-
10 da. A su vez, si una formación enemiga aparece a su
derecha cuando marchan en columna, no toman otra
medida que hacer girar cada compañía contra los con-
trarios como una trirreme que ataca de proa; a su vez,
la compañía de retaguardia gira, igualmente, a la dere-

[31] El protegido es, lógicamente, el que lleva el escudo, esto es, el izquierdo.

[32] *Ágema* en griego.

cha. Si, por el contrario, los enemigos se acercan por
la izquierda, tampoco se lo permiten, sino que los re-
chazan, o bien hacen girar las compañías a la izquierda
frente a sus contrarios, y de la misma forma, a su vez,
la compañía de retaguardia se coloca a la izquierda.
Diré también cómo piensa Licurgo que se debe acam- 12
par. Lógicamente por ser los ángulos del cuadrado inú-
tiles, estableció el campamento de forma circular si no
había un monte seguro o no tenían una muralla o un
río detrás. A su vez, estableció puestos de guardia du- 2
rante el día que miran hacia el interior junto a las ar-
mas, pues esos no se montan a causa del enemigo sino
de los amigos. A los enemigos los vigilan jinetes desde
lugares en que se pueda ver con anticipación a una gran
distancia si alguien se acerca. De noche, fuera de la for- 3
mación, estableció que las guardias fuesen realizadas
por los escirítas [33]. (Ahora, por supuesto, también por
extranjeros*** si es que algunos están con ellos.) La 4
obligación de hacer rondas, constantemente provistos
de lanza, debe saberse bien que sirve para lo mismo,
para mantener a los esclavos lejos de las armas [34]. No
hay que extrañarse tampoco de que, los que se retiran
por alguna necesidad [35], no se alejen de los demás ni
de las armas más de lo imprescindible para no moles-
tarse mutuamente. Naturalmente, proceden así por se-
guridad.
Asimismo, cambian de campamento con frecuencia 5
para causar daños a sus enemigos y ayudar a sus amigos.
La ley ordena públicamente a todos los lacedemo-
nios que hagan ejercicio físico mientras están de expe-

[33] Son como la infantería ligera. La Escirítide es una región montañosa de Laconia contigua a arcadia, cf. n. 29 de *Helén.* (publ. en esta misma col.)

[34] Siempre surge, de una forma u otra, el recelo constante de los espartiatas hacia la clase sometida a esclavitud, los hilotas.

[35] Creemos que el texto griego tiene otro sentido que el reflejado en la versión de M. Rico. Cf. *tà anankaia toû bíou* de otros pasajes.

dición; con tal de que estén con mejor moral respecto a sus propias fuerzas y su aspecto sea más noble que el de los demás. No se pueden hacer paseos o carreras más allá del espacio que ocupa su mora, para que nadie se encuentre lejos de sus armas.

6 Tras los ejercicios físicos, el polemarco proclama por
heraldo que se sienten. Esto es una especie de revista.
Después almuerzan e, inmediatamente, relevan los pues-
tos avanzados de guardia. Luego hay entretenimiento [36]
y tiempo de descanso, antes de los ejercicios físicos de
7 la tarde. A su vez, después de esto, se anuncia la cena
por heraldo y, a continuación, entonan canciones a los
dioses cuyos sacrificios resultaron favorables y descan-
san junto a las armas.

No debe extrañar que sea prolijo al escribir, ya que difícilmente se encontrarán cuestiones militares que necesiten atención y que los lacedemonios hayan dejado de lado.

13 Voy a exponer también el poder y honores que Licurgo otorgó al rey en el ejército. En primer lugar, naturalmente, la ciudad mantiene al rey y a los que le asisten cuando están de guarnición. Los polemarcos son sus compañeros de tienda para que, al estar siempre con él, le aconsejen mejor en común en caso necesario. Son también sus compañeros de tienda otros tres varones de los iguales. Éstos se encargan de todo lo que les hace falta, a fin de que puedan dedicar todo su tiempo al cuidado de los asuntos de guerra.

2 Mas voy a volver al tema y decir cómo parte el rey con el ejército.

En primer lugar, pues, hace un sacrificio en su patria a Zeus *Agetor* y a los dos dioses [37]. Si el sacrificio

[36] En griego *diatribaí*, término de mucha raigambre en la historia del pensamiento, y que dio nombre, más adelante, a una forma literaria dentro del género filosófico.

[37] Esto es, Cástor y Pólux. *Agetor* equivale a nuestro término «conductor» o «guía».

es favorable, entonces el portador del fuego toma el fue-
go del altar y marcha delante hacia los límites del país.
Allí, el rey sacrifica de nuevo a Zeus y a Atenea. Cuan- 3
do el sacrificio es propicio a esos dioses, entonces atra-
viesa las fronteras del país y el fuego de esos sacrificios
se lleva delante sin apagarlo jamás, y siguen detrás víc-
timas de todas las clases [38]. Siempre, cuando sacrifica,
empieza ese acto cuando todavía está oscuro, con la in-
tención de atraerse la benevolencia del dios anticipán-
dose. Asisten al sacrificio, colocándose alrededor, pole- 4
marcos, capitanes, penteconteres, jefes de los aliados,
jefes de la sección de aprovisionamiento y un estratego
voluntario de las ciudades. Están presentes también dos 5
éforos, que no tienen ninguna función asignada, si el
rey no los invita, pero que observan el comportamiento
de cada uno y mueven a todos a mantener el respeto
conveniente. Al acabar los sacrificios, el rey los convo-
ca a todos y transmite las órdenes que se han de poner
en práctica. De modo que, al ver eso, reconocerás, sin
duda, que los demás son meros improvisadores en las
cuestiones militares, y los lacedemonios los únicos ar-
tistas en los asuntos de guerra.

A su vez, cuando él lleva la dirección, si no aparece 6
ningún contrario, nadie le precede, salvo los esciritas
y los jinetes de exploración. Si piensa que habrá que
combatir, el rey toma las tropas de la primera mora,
gira a la derecha y las lleva hasta colocarse en medio
de dos moras y dos polemarcos. El más veterano de los 7
miembros de la tienda real ordena quién tiene que for-
mar después de ésos. Éstos son todos los iguales que
son compañeros de tienda y los adivinos, médicos, flau-
tistas y jefes del ejército, más algunos voluntarios si
los hay, de modo que nada de lo que tiene que haber
ocasione dificultades, porque nada es improvisado.

[38] Son los animales destinados al sacrificio.

8 Asimismo, Licurgo proyectó las cosas siguientes [39]
de la forma más ventajosa para la lucha con las armas,
en mi opinión al menos. En efecto, cuando se sacrifica
una cabrita, ya a la vista del enemigo, es costumbre que
todos los flautistas presentes toquen la flauta y que nin-
gún lacedemonio esté sin coronar. También se anuncia
9 públicamente que se tengan brillantes las armas. Igual-
mente, se permite al joven ir bien peinado para trabar
combate y que esté alegre y bien considerado. Dan las
órdenes al enomotarco, porque cada enomotía entera
no puede enterarse al quedar lejos cada enomotarco.
El polemarco debe preocuparse de que se haga bien.
10 A su vez, cuándo parece conveniente acampar, esto
es facultad del rey e, igualmente, indicar dónde hay que
hacerlo. Mas el despachar embajadas tanto a los alia-
dos como a los enemigos, eso no está en poder del rey.
Cuando quieren tramitar algún asunto, empiezan por
11 recurrir al rey. Si alguien viene reclamando justicia, el
rey lo envía a los *helanodicas* [40]: si lo que reclama es
dinero, a los tesoreros; si trae botín, a los vendedores
de botín [41]. Tramitadas estas gestiones, no le queda al
rey en guarnición otra función que las que tiene como
sacerdote para con los dioses y como estratego para con
los hombres.
14 Si alguien me pregunta si yo creo que las leyes de
Licurgo permanecen inmutables aún hoy, ¡por Zeus!, ya
2 no podría afirmarlo con seguridad. Realmente, sé que
antes los lacedemonios preferían vivir ellos solos en su
patria con sus bienes corrientes, a gobernar las ciuda-
des [42] y recibir sus adulaciones y, así, ser víctimas de
3 la corrupción. Sé también que, antes, ellos temían que

[39] Los §§ 8 y 9 deberían figurar en el cap. 11.
[40] O jueces.
[41] *Laphyropôlai.*
[42] Se refiere a los gobernantes espartiatas o *harmostes*, jefes militares en el extranjero. Véanse las notas correspondientes de M. Rico.

se les viera con oro; en cambio, ahora, hay algunos que
se pavonean de poseerlo. También conozco que, antes, 4
había expulsiones de extranjeros [43], debido a eso y que
no se permitía salir del país para que los ciudadanos
no se contaminaran con la molicie de los extranjeros.
Ahora, en cambio, sé que los que se tienen por los pri-
meros, se esfuerzan por ser gobernadores en el extran-
jero y que nunca llegue su cese. Y hubo un tiempo en 5
que se preocupaban por ser dignos de llevar la direc-
ción; en cambio, ahora, se ocupan mucho más de conse-
guir el mando, que de ser merecedores de él. En conse- 6
cuencia, los griegos iban antes a Lacedemón y les pe-
dían que tomaran el mando contra los que pretendían
ofenderlos; en cambio, ahora, muchos se llaman en auxi-
lio unos a otros para impedirles que vuelvan a tomar
el mando. Ahora bien, nada debe extrañar que surjan 7
estos reproches contra ellos, puesto que es notorio que
no obedecen ni al dios ni a las leyes de Licurgo.
Quiero explicar también los pactos que Licurgo es- 15
tableció entre el rey y la ciudad, pues realmente es la
única institución que se conserva exactamente igual a
como se creó en un principio, mientras que se encon-
trará que han cambiado las demás formas de gobier-
no [44] y que todavía hoy siguen cambiando.
Dispuso, pues, que el rey fuera el encargado de cele- 2
brar todos los sacrificios públicos por la ciudad, ya que
procedía de un dios, y de tomar el mando del ejército,
cualquiera que fuese el destino determinado por la ciu-
dad. Le otorgó también el privilegio de recibir parte de 3
las víctimas sacrificadas y le asignó tierras reservadas
en muchas de las ciudades vecinas, las suficientes para
no carecer de los bienes corrientes y no tener excesivas
riquezas.

[43] O *xenēlasiai.*
[44] Sólo aquí se emplea la palabra *politeia* equivalente a nuestra «constitución».

4 Para que los reyes vivieran en tiendas al aire libre,
se les asignó una tienda pública, y los honró con doble
ración en las comidas, no para que comieran el doble,
sino para que pudieran distinguir con ello a quien qui-
5 sieran. Concedió también a cada rey la elección de dos
compañeros más de tienda, a los que llaman, por cierto,
«pitios» [45]. Les concedió, igualmente, tomar un cochini-
llo de la camada de todas las cerdas, para que el rey
nunca carezca de las víctimas necesarias, si necesita
cualquier consulta a los dioses.
6 Asimismo, un estanque junto a su casa les propor-
ciona agua abundante, pues también el agua es útil pa-
ra muchas cosas, bien lo saben quienes no la tienen.
Además, todos se levantan de sus asientos en honor del
7 rey, salvo los éforos de sus asientos oficiales. También
intercambian juramentos cada mes, los éforos en nom-
bre de la ciudad, el rey en el suyo propio. El juramento
del rey es que reinará de acuerdo con las leyes vigentes
de la ciudad; y el de la ciudad, que mantendrá inque-
brantable la corona mientras aquél cumpla fielmente
su juramento.
8 En resumen, ésos son los honores que se otorgan
al rey en vida; honores que no son muy superiores a
los de las personas privadas, porque no quiso imbuir
a los reyes de un orgullo despótico, ni crear en los ciu-
9 dadanos envidia de su poder. En cambio, con los hono-
res [46] que se rinden al rey después de su muerte [47], pre-
tenden dejar claro las leyes de Licurgo que no honran
a los reyes de los lacedemonios como hombres, sino co-
mo héroes [48].

---

[45] Cuya misión era la de consultar al oráculo délfico.

[46] Para estos honores, véase n. 53 de nuestro *Agesilao*.

[47] Hay un anacoluto en el original.

[48] El texto termina en un hexámetro espondaico defectuoso por el ictus. Cf. Higgins, *Xen. the Athenian...*, pág. 75.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

adivinos, 13, 7.
amor a los mancebos, 2, 12-14.
Ártemis Ortia, 2, 9.
Atenea, 13, 2.
autoridad(es), 3, 3; 8, 1-3.
autoridad paterna, 6, 1-2.

bebida, 5, 4.
beocios, 2, 12.

caballos (uso común de), 6, 3, 5.
calzado, 2, 13.
caza, 4, 7; 5, 3; 6, 4.
cobarde, cobardía, 3, 3; 9, 1 y ss.; 10, 6, 7.
comidas comunes, 3, 5; 5, 2, 6, 7; 15, 4.
competiciones atléticas, 4, 2; 8, 4; 10, 3.
competiciones atléticas femeninas, 1, 4.
coros, 4, 2; 9, 5.
criados (uso común de), 6, 3, 5.

Delfos, 8, 5.
derechos de ciudadanía, 9, 6.
disciplina, 2, 1 y ss.; 8, 1-5.

educación de los adolescentes, 3, 1 y ss.
educación de los jóvenes, 4, 1 y ss.
educación de los niños, 2, 1 y ss.
éforos, 4, 3, 6; 8, 3, 4; 11, 2; 13, 5; 15, 6, 7.
ejercicio físico, 5, 8; 12, 5, 7.
ejército: organización, 11, 1 y ss.; 12, 5; 13, 6; acampadas, 12, 1 y ss.; 13, 10; *polemarcos* y otros jefes, 11, 4-6; 12, 6; 13, 1, 4, 6, 9; horario o distribución del tiempo, 12, 5-7.
eleos, 2, 12.
esciritas, 12, 3; 13, 6.
esclavos, 1, 4; 12, 4.
Esparta, 1, 1, 10; 5, 5; 7, 1, 2; 8, 1, 2, 5; 10, 4.
espartiatas, 1, 1; 5, 2, 9.
espulsiones de extranjeros, 14, 4.

flautistas, 13, 7, 8.

gimnasio, 5, 8; 9, 4.
guerra, 2, 7.

hambre, 2, 6.
hegemonía espartana, 14, 5.
Hélade (Grecia), 1, 1.
helanodicas, 13, 11.
Heraclidas, 10, 8.
hipagretes, 4, 3.

iguales (los), 10, 7; 13, 1, 7.

juego de pelota, 9, 5 (véase n. 30).

Lacedemón, 2, 13; 9, 4; 14, 6.
lana, 1, 3.
Licurgo, 1, 2, 4; 2, 2, 13; 3, 1; 4, 7; 5, 1, 2, 5, 7; 6, 1; 7, 1; 8, 1, 5; 9, 1; 10, 1, 4, 8; 12, 1; 13, 1, 8; 14, 1, 7; 15, 1, 9 entre otros.
lucro, enriquecimiento o ganancia, 7, 1-6; 14, 3.

maestros, 2, 1; 3, 1.
matrimonio, 1, 5, 6.
médicos, 13, 7.
moneda (mina), 7, 5.

paidónomos, 2, 2, 10; 4, 6.
pedagogos, 2, 1, 2; 3, 1.
perros de caza (uso común de), 6, 3, 5.
pitios, 15, 5.
portador del fuego, 13, 2.
procreación, 1, 3-10.

régimen de alimentos, 2, 5; 5, 3.
reyes: funciones, 13, 1 y ss.; derechos y honores, 15, 1 y ss.
robo, 2, 6-9; 10, 6.

sacrificios, 13, 2-5; 15, 2.

tesoreros, 13, 11.

valentía, valor, 9, 1 y ss.
vejez, 10, 1 y ss.
vendedores del botín, 13, 11.
vestido, 2, 1, 4; 7, 3.
vino, 1, 3; 5, 7.
virtud (práctica oficial de la), 10, 4-7.

Zeus *(Agetor)*, 13, 2; 14, 1.

LOS INGRESOS PÚBLICOS O LAS RENTAS

INTRODUCCIÓN

Este opúsculo constituye, probablemente, el último escrito de Jenofonte. Por las alusiones a la guerra de Atenas con sus aliados y a la guerra sagrada de Delfos (cf. 4, 40 y 5, 9, 12), no puede ser anterior al año 355 a. C. E. Schwartz[1] lo fecha en el 354, y E. C. Marchant-Bowersock[2], en el 355, unos meses antes de la muerte de su autor.

Una vez más, Higgins[3] ve en esta obra la influencia socrática en Jenofonte, ya que el conocimiento de sí mismo se cifra, en este caso, en el conocimiento de su propio país, de su economía, como parte de la vida política de su ciudad.

Por otra parte, el sello de su espíritu socrático se refleja, asimismo, en el término medio en que pretende situarse huyendo del exceso y asimilando, por otro lado, la lección que las *Helénicas* enseñaban a todos y, especialmente, a los atenienses; esto es, que la salvación de la ciudad no radica desde luego, en el imperialismo.

---

[1] Cf. W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 131.

[2] E. C. Marchant, G. W. Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, pág. XXV.

[3] Higgins, *Xen. the Athenian...*, págs. 139 y sigs.

Por supuesto, esta idea no es original de Jenofonte. Es algo que flota en el ambiente de la época y que está presente en Isócrates *(Sobre la paz)*, en el programa de gobierno de Eubulo, en Licurgo, etc.

Marca inconfundible de Jenofonte es, sin embargo, la religiosidad que respira el párrafo final, donde se exige la aprobación divina de sus proyectos económicos como requisito imprescindible previo para su realización.

Los puntos tratados por Jenofonte en este proyecto de desarrollo económico del Ática son la agricultura (cap. 1), los *metecos* (cap. 2), el comercio (cap. 3), las minas de plata (cap. 4, el más largo con mucho), la paz como condición necesaria para este desarrollo (cap. 5). Se menciona también la vivienda, de una manera u otra, en los caps. 2, 3, y 4, al tratar los otros temas mencionados. Como colofón, en el capítulo 6 se enumeran las ventajas del plan, si se pone en práctica con el beneplácito de los dioses.

El fin del opúsculo creo que está muy claro en el mismo escrito y no es otro que alcanzar la *autarquía* en el terreno económico, ya que la vía imperialista ha resultado un fracaso estrepitoso que no ha dejado más que el recelo de los demás pueblos griegos.

Para terminar, añadiremos que P. Gauthier[4] no ve en esta obra un planteamiento de economía política, sino únicamente una finalidad política o fiscal.

Traducciones

Hay una versión moderna, *Las rentas del Ática*, de Juan B. Xuriguera, de 1965, que mencionamos al hablar de las traducciones del *Agesilao*. Existe otra mu-

[4] P. GAUTHIER, *Un commentaire historique des «Poroi» de Xénophon*, Ginebra-París, 1976.

cho más antigua de Ambrosio Ruy Bamba, con notas históricas, políticas y cronológicas (Madrid, 1786), que no hemos podido manejar.

Texto adoptado

El texto adoptado es el de E. C. Marchant, en los «Oxford Classical Texts» (1920), salvo en los siguientes ejemplos, en que hemos preferido la lectura de Marchant-Bowersock, en la edición de la «Loeb Classical Library» (1968 [= 1925]).

	ED. DE OXFORD	ED. DE LA «LOEB»
2,2	ἀπὸ των τέκνων καὶ τῶν οἰκιων.	ἀπὸ τῶν τέχνῶν καὶ των οἰκείων.
4,13	παροιχόμενα πάντες.	παροιχόμενα παρὰ τῶν πατέρων.
4,19	τεμένη [κα· ἱερά] καὶ οἰκίας.	τεμένη καὶ οἰκίας. σύμφημι.
4,51	† ὡς ἐμῃ δόξῃ παραγγέλλω. σκοπουσιν †.	ὡς ἐμοὶ δοκεῖ παραλόγως σκοποῦσιν.

BIBLIOGRAFÍA

Además de las ediciones ya citadas en páginas anteriores, pueden verse para este tratado los siguientes libros:

Traducción castellana de AMBROSIO RUY BAMBA, *La economía y los medios de aumentar las rentas públicas de Atenas. Dos tratados de Jenofonte... con notas históricas, políticas y cronológicas, por el Ldo. D. Ambrosio Ruy Bamba, abogado de los Reales Consejos*, Madrid, 1786; y P. GAUTHIER, *Un commentaire historique des «Poroi» de Xénophon*, Ginebra-París, 1976.

Yo siempre he pensado que, según sean los gober- 1
nantes, así acaban siendo también las formas de gobierno. Y ya que algunos gobernantes de Atenas solían decir que conocían la justicia no menos que los demás hombres, pero al mismo tiempo afirmaban que se veían obligados por la pobreza del pueblo a ser injustos en su trato con otras ciudades[1], por eso determiné investigar si de algún modo podrían mantenerse los ciudadanos con sus propios recursos, pensando que, si así sucedía, se pondría remedio a la vez, de la forma más justa, a su pobreza y a las suspicacias de los griegos[2].

Cuando ya estaba investigando lo que me propuse, 2
en seguida se me reveló que el país reúne las condiciones adecuadas y puede proporcionar la mayoría de sus ingresos. Para que se compruebe la verdad de lo que digo, voy a describir primero las condiciones naturales del Ática.

Que las estaciones son aquí muy suaves, lo demues- 3
tran sus mismos productos, pues aquí fructifica lo que en muchos lugares ni siquiera podría germinar. E igual que la tierra, también es muy productivo el mar que rodea el país. Realmente, cuantos bienes proporcionan los dioses en las estaciones, todos ellos comienzan aquí
muy temprano y terminan muy tarde. No sólo es abun- 4

[1] El término *pólis* (ciudad-estado) muchas veces es difícil de traducir con exactitud. Aquí empleamos «país», «estado», «ciudad», según cada contexto.

[2] Que les acusaban de imperialistas, diríamos hoy, como se ve en este mismo párrafo y en otros. Cf., especialmente, el cap. 5.

dante en los bienes que florecen y mueren en el año, sino que también el país tiene bienes perennes; efectivamente, hay en él piedra abundante, con la que se hacen bellísimos templos, bellísimos altares y magníficas estatuas para los dioses, y además la necesitan muchos griegos y bárbaros [3].

5 También hay tierras que, aunque se siembren, no dan, sin embargo, cosechas; pero si se abren minas en ellas, alimentan a muchos más, por cierto, que si produjesen trigo. Evidentemente contienen plata por un azar divino; pese a que hay muchos estados vecinos por tierra y mar, y a ninguno de ellos llega ni un pequeño filón de mineral de plata [4].

6 Se podría creer, no sin razón, que el país está situado en el centro de la Hélade y de todo el mundo habitado [5]; ya que cuanto más alejados están algunos países, con tanta mayor crudeza encuentran el frío y el calor. A su vez, cuantos quieren ir de un extremo a otro de Grecia, todos pasan cerca de Atenas por mar o por tie-
7 rra, como si fuese el centro de un círculo. Y aunque, ciertamente, no está rodeada de agua por todas partes, sin embargo, por todos los vientos [6] importa lo que necesita y exporta lo que quiere como una isla [7], porque tiene mar por ambos lados. Además, por ser continente,
8 con el comercio recibe muchos productos por tierra. Por otra parte, a la mayoría de las ciudades los bárbaros

[3] Naturalmente, se refiere al mármol del Pentélico y otras canteras. El mármol era también exportado o importado, como comprobamos con las obras escultóricas o arquitectónicas.

[4] Alude a las minas de Laurión en el sur del Ática. A ellas dedicará el cap. 4 entero. Este nombre no aparece en esta obrita.

[5] Esta idea es muy querida de los griegos. Recuérdese que el santuario de Delfos era tenido por el «ombligo» del mundo.

[6] Es decir, en todas las direcciones. Los cuatro vientos para los griegos son nuestros puntos cardinales.

[7] Otra idea muy repetida al hablar del Ática. Cf. *La República de los atenienses*, entre otras obras, caps. 2, 14 y ss., y n. 43.

que viven cerca les causan dificultades; en cambio, las que tienen los atenienses como vecinas están muy alejadas de los bárbaros.

Así pues, de todas esas ventajas, como dije, pienso 2
que la causa es la situación de nuestro propio país.

Pero, ¡ojalá! que, además de los bienes naturales, se prestara atención ante todo a los *metecos!* [8]. Esa fuente de ingresos me parece que es una de las más idóneas, ya que ⟨ellos mismos⟩ se mantienen y son muy útiles a las ciudades sin recibir un salario, sino que, por el contrario, aportan el impuesto que lleva su nombre.
Me parece suficiente la atención actual, siempre que 2
suprimamos todo cuanto, sin beneficiar en absoluto al Estado, se mira por los metecos como una restricción de los derechos de ciudadanía, y suprimamos también la obligación de que los metecos sirvan en el ejército como *hoplitas* junto con los ciudadanos, porque es grande el riesgo personal y grave también el estar alejado de sus oficios y de sus hogares.

Por otra parte, la ciudad se vería mucho más benefi- 3
ciada, si los ciudadanos hicieran las campañas juntos, que si forman al lado de ellos, como ahora, lidios, frigios, sirios y otros bárbaros de todas clases, pues tales son muchos de los metecos.

Además de la ventaja de que se les dispense del ser- 4
vicio militar, sería también una gloria para la ciudad el que los atenienses se decidieran a confiar más en sí mismos, respecto a los combates, que en los oriundos de otras partes. Y si decidiéramos que los metecos par- 5
ticipen de otras cosas en que me parece bien su colaboración y, especialmente de la caballería, los volveríamos mejor dispuestos y, a la vez, la ciudad se mostraría más fuerte y más importante.

[8] Se les llamaba así a los residentes extranjeros en Atenas. Disfrutaban de derechos civiles, pero no políticos. El impuesto que pagaban era llamado *metoíkion*.

6 Luego, puesto que también hay gran escasez de viviendas dentro de la muralla, si la ciudad permitiera adquirir solares que edificar si lo solicitan y reúnen los requisitos indispensables, creo que con ello muchas más personas de buena posición pondrían más interés en adquirir una vivienda en Atenas.

7 Si instituyéramos también el cargo de guardianes de metecos como existe el de guardianes de huérfanos, y hubiese, además, distinciones para aquellos que más metecos prsentasen, también esto volvería a los metecos mejor dispuestos, y, como es lógico, todos los hombres sin patria aspirarían a la condición de metecos en Atenas y aumentarían los ingresos.

3 A su vez, de qué forma más cómoda y lucrativa puede dedicarse la ciudad al comercio, voy a decirlo ahora. Efectivamente, en primer lugar, tiene, sin duda, refugios excelentes y muy seguros para las naves donde se
2 puede anclar y descansar sin miedo al mal tiempo. Por otro lado, en la mayoría de las ciudades, los comerciantes se ven también obligados a importar algo a cambio de lo que exportan, pues fuera no existe moneda de curso legal. Mas en Atenas es posible exportar, a su vez, muchísimas más cosas que necesitan los hombres, y si no quieren importar algo a cambio, exportan una buena mercancía con la exportación de plata, pues donde quiera que la vendan, siempre obtienen más de lo inicial.

3 Y si por los responsables del comercio se propusieran premios [9] para quien resuelva las cuestiones dudosas del modo más justo y rápido, con el fin de no entorpecer la navegación a la persona que lo desee, también con ello se dedicaría al comercio más gente y con más
4 gusto. Asimismo, es bueno y hermoso premiar a comerciantes y armadores con los asientos de preferencia [10]

[9] Esta misma fe en los premios la vemos en el *Hierón* 9, 3 y ss.

[10] *Proedrίai:* asientos reservados en la primera fila del teatro para las autoridades y otras personas de relieve.

y, de cuando en cuando, ofrecer los derechos de hospitalidad a quienes se estime que benefician a la ciudad por la importancia de sus barcos y mercancías, pues con esos premios, como si se tratase de ayudar a los amigos, serían más diligentes no sólo por la ganancia, sino, además, por el premio.

Es evidente que cuantos más se establecieran aquí 5
y nos visitaran, tanto más se importaría, se exportaría, se despacharía y se vendería, y además, se cobrarían mayores sueldos y entrarían más impuestos [11].

Por supuesto, para tal incremento de los ingresos, 6
es preciso no prever ningún gasto más de los aprobados por votación para obras de beneficencia y administración. En cuanto a otras actividades que, a mi parecer, pueden convertirse en fuente de ingresos, reconozco que hará falta una inversión para ellas; pero, realmente, no 7
pierdo la esperanza de que con decisión puedan contribuir los ciudadanos a tales empresas, cuando considero que la ciudad contribuyó mucho cuando acudió en ayuda de los arcadios a las órdenes de Lisístrato [12] y también con Hegesilao [13]. Sé también que muchas veces se 8
envían trirremes con gran gasto, y †que así ha ocurrido† sin estar claro si resultará mejor o peor, pero, en cambio, sí que nunca recuperarán lo que invierten y ni siquiera una parte de lo que †invierten†. Por supuesto, 9
no harían ninguna adquisición tan buena como la que obtendrían del adelanto para esta inversión. A quien haga una inversión de diez minas, se le convertirán casi en un veinte por ciento más, como el sueldo de un marino, ganando un trióbolo por día; quien aporte cinco mi-

[11] Se encuentra la misma idea en *La República de los atenienses* I, 17 y ss.

[12] Año 366 a. C., según E. C. Marchant, G. W. Bowersock *(Xen. VII. Scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968).

[13] Año 362-61, en la batalla de Mantinea.

10 nas, recibirá más de un tercio de beneficio[14]. La mayoría de los atenienses en un año recibirán más de lo que han invertido, pues por cada mina adelantada tendrán unos ingresos de dos minas aproximadamente, y, además, es una inversión estatal que se considera como
11 el negocio más seguro y estable. También creo yo que, si quedaran inscritos como bienhechores a perpetuidad, harían inversiones muchos extranjeros e, incluso, algunas ciudades que aspirasen a figurar registradas con esta distinción. Espero que ciertos reyes, tiranos y sátrapas también desearían participar de tal favor.

12 A su vez, cuando hay recursos, resulta bueno y hermoso para los armadores construir posadas alrededor de los puertos, además de las existentes; bueno también para los comerciantes construir albergues públicos en lugares adecuados para la compra y la venta y para los
13 visitantes. Igualmente si se preparasen establecimientos y locales de venta para los pequeños comerciantes en el Pireo y en la capital, se embellecería la ciudad y, al mismo tiempo, se lograrían considerables ingresos.

14 Me parece que estaría bien tratar de ver si lo mismo que la ciudad posee trirremes públicas, también sería posible adquirir mercantes públicos y alquilarlos con garantías, como los demás bienes públicos; pues si esto se demostrara como factible, también se conseguiría una importante renta de ellos.

4 A su vez, si se explotasen las minas de plata como es preciso, pienso que se sacaría de ellas grandes sumas de dinero, aparte de los demás ingresos. Quiero mostrar también las posibilidades de esas minas a los que no las conocen; ya que si las conocierais, podríais estu-
2 diar mejor la manera de explotarlas. Por supuesto, para

[14] La mina tenía 100 dracmas; la dracma, 6 óbolos; el talento, 60 minas. Tres óbolos al dia dan al año unas 180 dracmas, casi dos minas, esto es, un poco menos del 20 por ciento sobre las 10 minas anticipadas; si son 5 las invertidas, entonces suponen un 36 por ciento.

todos está claro que se encuentran en explotación desde hace mucho tiempo, ya que nadie intenta decir siquiera la fecha en que se empezó[15]. Pero, a pesar de ser un filón de plata descubierto y explotado desde hace tanto tiempo, observad qué parte tan pequeña forman las escombreras al lado de las colinas naturales.
Realmente, la zona rica en plata no se ha reducido, más 3
bien es obvio que se prolonga indefinidamente.

A su vez, en la época en que había más hombres en ellas, jamás nadie careció de trabajo; al contrario, siempre fueron más los puestos que los trabajadores.
Incluso ahora, de los que poseen esclavos en las minas 4
ninguno reduce el número, sino que contrata continuamente a todos los que puede. Realmente, si perforan y buscan el filón pocos, creo que también se encuentra poco rendimiento; mas, si hay muchos, el filón de plata
descubierto es también infinitamente mayor. De modo 5
que es la única actividad que yo conozca en que nadie recela del aumento de las explotaciones.

Abundando en lo dicho, los que poseen tierras pueden decir cuántas yuntas bastan para sus fincas y cuántos trabajadores; y si se emplean más de los necesarios, lo consideran una ruina. En cambio, en los trabajos de las minas de plata todos dicen que faltan trabajadores.
Y, efectivamente, no ocurre, como cuando hay muchos 6
caldereros, que no se valoran las labores de forja y tienen que abandonar el oficio, y lo mismo, por cierto, en el caso de los herreros. Igualmente, cuando la producción de trigo y vino es grande, al abaratarse el producto los cultivos se vuelven ruinosos; de modo que muchos dejan de trabajar la tierra y se dedican al comercio, al por mayor y al detalle, o a prestamistas. Mas

[15] Se descubrieron, probablemente, en el siglo VI a. C. Algunos ya hablan de ellas en tiempos de Pisistrato. En la década de los años 480, Temístocles explotó nuevos filones para costear el aumento de la flota.

en el caso del filón, cuanto más se descubre y más plata
se produce, tanta más gente se dedica a este trabajo.
7 Y es que, en realidad, cuando se tienen los muebles su-
ficientes para la casa no se compran más, pero en lo
tocante a la plata nunca nadie posee tanta que no exija
más; antes bien, quienes tienen mucha, entierran la so-
brante y no disfrutan menos que si la utilizasen.

8 En verdad, cuando las ciudades progresan, las per-
sonas reclaman plata. Efectivamente, los varones quie-
ren emplearla como adorno de sus magníficas armas,
de sus buenos caballos, de sus casas y de su espléndido
ajuar; y sus esposas buscan el vestido costoso y las jo-
9 yas de oro. Y, a su vez, cuando las ciudades están en
crisis debido a la escasez de las cosechas o a la guerra,
entonces, al volverse la tierra improductiva, necesitan
mucho para sus necesidades y para su defensa.

10 Si alguien declara que no es menos útil el oro que
la plata, por supuesto que no le replico; pero bien sé
que, cuando aparece mucho oro de improviso, se deva-
lúa, y en cambio, hace subir el precio de la plata.

11 Expuse las consideraciones anteriores con el fin de
que llevemos decididamente a las minas de plata el ma-
yor número posible de hombres y para que las explote-
mos convencidos de que jamás se agotará el filón ni se
12 devaluará la plata. Y me parece que la ciudad se ha
dado cuenta de eso antes que yo, pues permite a cual-
quier extranjero trabajar en las minas en las mismas
condiciones que a los ciudadanos en cuanto a impuestos.

13 Para hablar con mayor claridad sobre el manteni-
miento, voy a explicar ahora cómo deben explotarse las
minas de plata para que sean del mayor provecho para
el Estado. Por eso pienso que de nada de lo que voy
a decir hay que admirarse como si hubiera hecho un
gran descubrimiento; pues parte de lo que voy a decir
lo constatamos todos incluso hoy y, a su vez, lo ya pasa-
do todos lo oímos a nuestros padres de la misma forma.

En cambio, de la ciudad nos resulta muy sorpren- 14
dente el hecho de que viendo cómo muchos particula-
res se están enriqueciendo en vez de ella, no trate de
imitarlos. En efecto, entre los que se encargaron de las
minas en el pasado, hemos oído que Nicias [16], el hijo
de Nicérato, en cierta ocasión tuvo en ellas mil hom-
bres que le contrató al tracio Sosias con la condición
de abonar un óbolo de beneficio neto al día por cada
uno y de mantener siempre el mismo número. Igual- 15
mente, Hipónico tuvo seiscientos esclavos cedidos en las
mismas condiciones, que aportaban una mina de bene-
ficio neto al día. Filemónides, trescientos por media mi-
na; y otros, creo, según los medios de que cada uno dis-
ponía. Mas, ¿para qué vamos a hablar del pasado? En 16
efecto, todavía ahora hay muchos hombres en las minas
de plata cedidos en esas condiciones.

Si se intentara lo que yo propongo, lo único nuevo 17
sería el que el Estado adquiriese esclavos públicos has-
ta llegar a tres por cada ateniense, igual que lo hicieron
los particulares procurándose una fuente de ingresos
inagotable. En cuanto a nuestras afirmaciones, estúdie- 18
las quien quiera una por una y juzgue después sobre
su posibilidad.

Es evidente que la comunidad podría procurar me-
jor que los particulares el precio de los esclavos. Al me-
nos al Consejo le es fácil proclamar por heraldo que
aporte esclavos el que quiera y comprarlos luego. Y, 19
una vez hecho el trato, ¿es lógico que se les pague me-
nos por ser de la ciudad, que por ser de los particula-
res, si se los va a tener en las mismas condiciones? Ade-
más, también se paga alquiler por los recintos sagrados
y se compran casas y cargos al Estado.

A su vez, para conservar los comprados, la ciudad 20
puede tomar fiadores de los que los contratan, como

[16] Es el famoso político del siglo v, durante la guerra del Pelopo-
neso, que murió en la expedición de Sicilia.

se hace con los que compran los inpuestos. Por otra parte, también le es más fácil faltar a la ley a quien com-
21 pra los impuestos que a quien contrata esclavos. Pues, ¿cómo se podría averiguar el dinero sustraído a la ciudad, si ese dinero es idéntico al privado?; mas a esclavos marcados con el sello oficial, cuando además hay penas establecidas para quien los venda o los rapte, ¿cómo va a ser posible robarlos? En consecuencia, es evidente hasta ese extremo que la ciudad puede adquirir
22 y controlar los esclavos. Ahora bien, si alguien piensa aquello de que, cuando haya muchos trabajadores, cómo se conseguirá que aparezcan también muchas personas que los tomen en préstamo, anímese observando que muchos de los que ya tienen suficiente mano de obra contratarán también a los trabajadores públicos (pues son grandes sus recursos) y de ellos, de los obreros, son muchos los que se hacen viejos. Igualmente, hay otros muchos atenienses y extranjeros que no quieren ni pueden trabajar físicamente, pero que ofrecerían gustosos la aportación técnica que se precisa.

23 Por cierto, si para empezar se reúnen mil doscientos esclavos, es factible que con el mismo ingreso en cinco o seis años se conviertan ya en no menos de seis mil; y a partir de ese número, si cada uno aporta un óbolo neto al día, los ingresos serán sesenta talentos al año.
24 Tomando como base estos datos, si se envierten veinte talentos en adquirir más esclavos, le será posible a la ciudad emplear los otros cuarenta en lo que necesite. Y cuando llegue a los diez mil, los ingresos serán de
25 cien talentos. Que se recibirá mucho más que eso, me lo podrían confirmar los que viven aún y recuerdan a cuánto ascendía el impuesto obtenido de los esclavos antes de los sucesos de Decelia [17]. Lo atestigua también

[17] Durante la guerra del Peloponeso, en el año 413 a. C., desertó un gran número de esclavos que trabajaban en las minas.

el hecho de que, a pesar de haber trabajado en las minas de plata un sinnúmero de hombres en todo tiempo, ahora en nada son inferiores estas minas a como nos las recordaban nuestros antepasados. Todo lo que ocu- 26
rre ahora prueba que nunca habría más esclavos allí de los que necesitan las obras; pues los que perforan no encuentran el fin de la veta ni en pozos ni en galerías.

Y, realmente, no hay menos posibilidades ahora que 27
antes para abrir nuevos cortes. En efecto, ni siquiera un experto podría decir si el filón es mayor en las vetas que ya se han explotado, o en las que están sin explotar.

¿Por qué, entonces, podría decir alguien, no se abren 28
también ahora, como antes, muchos cortes nuevos? Simplemente, porque ahora son más pobres los que se ocupan de las minas, pues hace poco tiempo que se han reinstalado. Además, hay un riesgo grande para el que abre nuevos cortes: unos encuentran buena producción 29
y se hacen ricos; pero otros no la encuentran y pierden todo lo que invierten. En consecuencia, a ese riesgo de ningún modo quieren exponerse voluntariamente los de ahora. Ahora bien, sobre este punto, yo creo que puedo 30
sugerir la posibilidad de abrir nuevos cortes con la mayor seguridad. Son, en efecto, diez las tribus atenienses; y si la ciudad diera a cada una igual número de esclavos y, abriendo nuevos cortes, probasen suerte, entonces, cuando una encuentre plata, resultaría venta- 31
joso para todos; y si la encuentran dos o tres o cuatro o la mitad, es evidente que esas obras resultarían más ventajosas aún. Que no tenga suerte ninguna, no es lógico para nadie de los presentes. También existe la po- 32
sibilidad, para mayor seguridad, de que se asocien personas particulares y prueben unidas la suerte. Mas no temáis siquiera que con estos planes la ciudad perjudique a los particulares, o los particulares a la ciudad. Al contrario, así como los aliados, cuantos más se reúnen, más fuertes se hacen entre ellos, así también cuan-

tos más trabajen en las minas de plata, tanto mayores
serán los beneficios que encuentren y consigan.
33 Yo he explicado cómo pienso que se ha de organizar
el país para que todos los atenienses tengan suficientes
34 alimentos de los recursos públicos. Mas si algunos opi-
nan que para todo eso se precisa muchísimo dinero y
estiman que nunca se aportará capital suficiente, no se
35 desanimen tanto. Pues la situación no es tal que tengan
que hacerse todos estos proyectos a la vez o, en caso
contrario, no obtener beneficios. Si se edifica, se cons-
truyen naves o se alquilan esclavos, esto inmediatamen-
te traerá beneficios.
36 Ahora bien, también en este caso es más convenien-
te realizarlo por partes que todo a la vez; pues si cons-
truimos al mismo tiempo, resultará mucho más caro y
peor que por partes, ya que, al necesitar muchísimos
esclavos, nos veríamos obligados a comprarlos peores
y más caros.
37 En verdad, realizando en lo posible lo que ha sido
bien estudiado creemos además que sería más ventajo-
so para nosotros. Y si algo falla, nos podríamos retirar
38 de ello. Abundando en lo dicho, si se empezase todo a
la vez, tendríamos que áportar el total del capital; pero,
si unas obras ya están en marcha, cuando se proyectan
otras, los recursos sobrantes servirán para hacer los pre-
parativos necesarios.
39 Asimismo, en cuanto a lo que, al parecer, más temen
todos, que si la ciudad adquiere más esclavos de la cuen-
ta se sobrecargarían los trabajos, también estaríamos
libres de ese temor, si no colocamos al año más hom-
40 bres que los que piden las mismas obras. Entonces me
parece que se haría eso justamente de la manera más
fácil y a la vez mejor.
Por otro lado, si consideráis que no se puede apor-
tar lo más mínimo, debido a las contribuciones realiza-

das en la guerra actual [18]. vosotros administrad la ciu-
dad durante el próximo año con las cantidades que se
disponían antes de la paz, pero tomad las que se recau-
den gracias a la paz que ahora tenemos, al cuidado que
se presta a metecos y comerciantes, al aumento de las
importaciones y exportaciones a causa de la mayor po-
blación, al crecimiento de las instalaciones portuarias
y los mercados, y disponed las medidas precisas para
que los ingresos sean los mayores posibles.
Igualmente, si algunos temen que pueda resultar inú- 41
til esa preparación si se suscita la guerra, tengan pre-
sente que, si ocurre eso, la guerra será mucho más te-
rrible para quienes la provoquen que para la ciudad.
Efectivamente, ¿qué adquisición más útil para la gue- 42
rra, que hombres? Con ellos podrían equipar muchas
naves públicas y formar a muchos hombres de infan-
tería que, si se los cuida, serán un peligro para los
enemigos.
Si se produjera una guerra, yo calculo que también 43
seria posible no abandonar las minas de plata, porque
existe, por cierto, cerca de las minas, en [la costa] del
Sur, una fortaleza, en Anaflisto y existe también otra
en la del Norte, en Tórico. Entre ellas hay una distancia
de sesenta estadios [19] aproximadamente. Por tanto, si 44
en medio de ellas hubiera una tercera en lo más alto
de Besa, las minas se unirían, gracias a todas las fortifi-
caciones, y, cuando se observase algún enemigo, cada
uno podría retirarse a un sitio seguro. Si viniesen ene- 45
migos mucho más numerosos, es evidente que, en caso
de encontrar trigo o vino o ganado fuera, se lo lleva-
rían; mas si dominasen el filón de plata, ¿qué podrían
utilizar que no fuesen piedras? Y ¿cómo se lanzarían 46

[18] La llamada «Guerra de los aliados» contra Atenas, años 357-55 a. C.

[19] El *estadio* tenía unos 185 m.

nunca los enemigos contra las minas? Efectivamente, dista la ciudad más cercana, Mégara, de las minas de plata mucho más de quinientos estadios. Después de ésa, la ciudad más próxima, Tebas, dista mucho más de seis-
47 cientos. En consecuencia, si marchan desde algún punto de esas zonas sobre las minas, tendrían que pasar junto a la ciudad. Si son pocos, es lógico que perezcan a manos de la caballería y los guardias de fronteras. Realmente, es difícil que se pongan en marcha con muchas fuerzas y dejen abandonado su territorio, ya que la villa de Atenas está mucho más cerca de sus capita-
48 les que ellos de las minas. Mas si a pesar de todo vinieran, ¿cómo podrían durar sin contar con medios de subsistencia? En verdad, que una parte se dedique a buscar provisiones es un riesgo, tanto para los participantes como para el propio objetivo de la lucha, pues todos los que están continuamente interviniendo acaban siendo sitiados más que sitiadores.

49 Además, el rendimiento de los esclavos no sólo acrecentaría el mantenimiento de la ciudad, sino que al concentrarse una población numerosa alrededor de las minas, también se originarían muchos ingresos del mercado de allí, de las casas de la ciudad en torno a las minas
50 de plata, de los hornos y de todo lo demás. En consecuencia, la propia ciudad se haría muy populosa, si así se dispusiera. Asimismo, los terrenos no tendrían menos valor para quienes los poseen allí, que para quienes los tienen cerca de la capital.

51 Si se lleva a la práctica lo que he dicho, yo prometo que la ciudad no sólo tendría mayor abundancia de bienes, sino que también se volvería más sumisa, discipli-
52 nada y eficiente en la guerra. Pues los que tienen el deber de ejercitarse lo harían con más cuidado en los gimnasios, si toman más alimentos de como lo hacen en las carreras de antorchas a las órdenes de los *gimnasiarcos*. Y los que prestan servicio en las guarniciones, los que sirven como *peltastas* y los que guardan las fronteras del país, harían mejor todo ello, si recibiesen el alimento adecuado para cada uno de los servicios.

Mas si parece claro que debe reinar la paz para que 5
todos los ingresos vayan en aumento, ¿acaso no vale la pena establecer el cargo de guardianes de la paz? Por supuesto, si se crea esa magistratura se conseguiría que la ciudad se volviese más familiar y querida por todos
los hombres. Pero, si algunos opinan que de este modo 2
la ciudad, si se empeña en mantener la paz, será menos influyente, famosa y renombrada en Grecia, también ésos, a mi parecer, andan descarriados en sus cálculos. En efecto, sin duda, se dice que las ciudades próperas son, precisamente, las que viven en paz más tiempo. Y Atenas, más que todas, ha nacido para crecer en paz.
En efecto, si la ciudad conserva la tranquilidad, ¿quién 3
no recurriría a ella, empezando por los armadores y comerciantes? ¿Acaso no, los ricos cultivadores de granos, ni los cosecheros de vino? Y ¿qué decir de los ricos olivareros, de los ricos ganaderos y de los que pueden
enriquecerse con la especulación? ¿Y de los artesanos, 4
los sofistas, los filósofos, los poetas y sus administradores, los que se afanan por las cosas divinas y humanas dignas de ser vistas u oídas? Por cierto, también los que necesitan vender o comprar con urgencia muchos productos, ¿dónde los conseguirían mejor que en Atenas?

Y si a esto nadie se opone, pero algunos, en su deseo 5
de que la ciudad recupere la hegemonía, creen que lo lograría mejor con la guerra que con la paz, que piensen antes en las Guerras Médicas, si obtuvimos el mando de la flota y del tesoro de la Liga[20] por la coacción,
o haciendo el bien a los griegos. Además, cuando la 6
ciudad, por haberse mostrado con demasiada dureza en

[20] Se refiere a la primera Confederación o Liga ático-délica constituida después de las Guerras Médicas, año 478-77 a. C.

su gobierno, fue privada del mando, ¿no es verdad que
también entonces, al dejar de cometer abusos, nueva-
mente, por libre voluntad de los isleños nos converti-
7 mos en jefes de la flota? ¿No entregaron los tebanos
a los atenienses la presidencia [21] sobre ellos por el
buen trato recibido? Más aún, los lacedemonios sin ser
coaccionados por nosotros, sino debido al buen trato,
nos encomendaron a los atenienses llevar la dirección
a nuestra voluntad.

8 Y ahora, por la confusión reinante en Grecia, me
parece que se le ha brindado a la ciudad la posibilidad
de ganarse nuevamente a los griegos sin esfuerzo, sin
riesgos y sin gastos. Pues es posible intentar separar
a las ciudades que combaten entre ellas y es posible
también unir a las que están internamente revueltas.
9 Y si se viera que os cuidáis de que el santuario de Del-
fos sea autónomo como antes, sin concluir alianzas mi-
litares, sino enviando embajadores por la Grecia ente-
ra, yo creo que no sería nada extraordinario que os pon-
gáis a todos los griegos de vuestra parte, unidos por
juramento y alianza contra quellos que intentan apode-
rarse del santuario cuando se marchen los focenses [22].

10 Asimismo, si se viera que os preocupáis porque haya
paz sobre la tierra entera y el mar, yo creo que todos
harían votos para que, después de su propia patria, se
11 conserve sana y salva Atenas. Pero si, por el contrario,
alguien opina que para la ciudad es más lucrativo, cara
a la obtención de riqueza, la guerra que la paz, yo no
conozco medio mejor para decidir esto, que volver a exa-
minar lo que le ocurrió en el pasado.

[21] Entre una y otra presidencia hay un siglo aproximadamente, pues aquí se alude, sin duda, a la segunda Liga ática.

[22] Esto es la «Guerra sagrada» en la que los focenses se apoderaron de los tesoros del santuario de Delfos y sostuvieron con ellos una larga guerra contra Tebas en los años 355 y ss. Esta referencia y la de 4, 40, n. 18, tiene una importancia enorme para fechar el opúsculo.

Encontrará, efectivamente, que antes muchas rique- 12
zas fueron introducidas en la ciudad en tiempos de paz
y que todas ellas se gastaron en la guerra. Se enterará
también, si investiga, de que también en nuestro tiem-
po muchos ingresos se perdieron por causa de la gue-
rra [23] y que, los que entraron, se han derrochado en to-
do tipo de gastos; mientras que, desde que la paz se
ha extendido por el mar, aumentan los ingresos y los
ciudadanos pueden emplearlos en lo que quieran. Y si 13
alguien me replicara: «¿Es que afirmas que se ha de
mantener la paz incluso con quien ataque a la ciudad?»,
le diría que no; pero afirmo que nos vengaríamos mu-
cho antes de ésos, si no fuéramos injustos con nadie,
ya que a nadie tendrían como aliado.

Si nada de lo dicho es imposible, ni difícil, y lo po- 6
nemos en práctica, seremos más estimados por los grie-
gos, viviremos más seguros, seremos más famosos, el
pueblo encontrará sustento y los ricos se librarán de
los gastos militares; y al existir recursos de sobra, cele-
braremos fiestas todavía más espléndidas que ahora, re-
pararemos los santuarios, reconstruiremos murallas y
arsenales y restituiremos a los sacerdotes, al Consejo,
a las magistraturas y a los caballeros las costumbres
patrias. ¿Es que no merece la pena que inmediatamente
pongamos manos a ello, de modo que, incluso en nues-
tros días, veamos la ciudad próspera, feliz y segura?
Si de verdad decidierais realizarlo, yo os aconsejaría 2
que enviéis a alguien a Dodona [24] y a Delfos y pregun-
téis a los dioses si, para el presente y el futuro, será
más ventajoso y mejor a la ciudad que esté dispuesta
así [25].

[23] Cf. 4, 40 y n. 18.

[24] Dodona: célebre santuario y oráculo del Epiro dedicado a Zeus.

[25] Clara alusión a la forma en que sancionó Licurgo sus reformas (cf. *Rep. lac.* 8, 5).

3 Y si lo aprueban, entonces afirmaría también la necesidad de consultar a qué dioses hay que atraerse para ponerlo en práctica de la mejor manera. Es lógico que empecemos la obra, después de obtener los sacrificios favorables de los dioses que indicase el oráculo; pues es natural que las actividades que se realicen con la ayuda de un dios se encaminen siempre hacia lo más ventajoso y mejor para la ciudad [26].

[26] W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 143, observa que la obra comienza con un *egṓ* y concluye con un *pólei*, que es seguramente la última palabra que escribió y publicó Jenofonte. Este inicial *egṓ* y el *pólei* final serán como un reflejo de toda una época ya pasada en que individuo y *pólis* viven un maridaje perfecto. Cf. 4, 32.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

administración, 3, 6; 4, 40.
albergues o posadas, 3, 12.
Anaflisto, 4, 43.
Atenas, 1, 1; 2, 6, 7; 3, 2; 4, 47; 5, 2, 4, 10.
Ática, 1, 2.

beneficencia, 3, 6.
beneficios, 4, 35, 38.
Besa, 4, 44.
bienes públicos, 3, 14; 4, 42, 49, 51.
bienhechores, 3, 11.

caballería, 2, 5; 4, 47.
caldereros, 4, 6.
capital, 4, 34, 38.
clima, 1, 3.
comercio, comerciantes, 1, 7; 3, 1-4, 12; 4, 6, 40; 5, 3, 4.
Consejo, 4, 18; 6, 1.

Decelia, 4, 25.
Delfos, 5, 9; 6, 2.
Dodona, 6, 2.

esclavos, 4, 4, 15, 17 y ss., 30, 35, 36, 39, 49.
establecimiento, 3, 13; 4, 40.
extranjero, 4, 12, 22.

Filemónides, 4, 15.

ganado, 4, 45.
gastos (públicos), 3, 6, 8; 5, 8; 6, 1.
guardias, guardianes, 2, 7; 4, 47, 52; 5, 1.
guerra, 4, 9, 40 y ss., 51; 5, 5, 11, 12.

Hegesilao, 3, 7.
Hélade (Grecia), 1, 6; 5, 2, 8, 9.
herreros, 4, 6.
Hipónico, 4, 15.
hoplitas, 2, 2.

impuestos, 2, 1; 3, 5, 6; 4, 20, 25.
ingresos, recursos, 2, 1; 3, 6, 13; 4, 1, 17, 23, 33, 40, 49; 5, 1, 12; 6, 1.
inversión, 3, 6, 8 y ss.; 4, 24, 28.

justicia, 1, 1.

liga (ático-délica), 5, 5.
Lisístrato, 3, 7.

Mégara, 4, 46.
minas de plata: plata, 1, 5; 3, 2; 4, 1 y ss.; explotación, 4, 13 y ss.

Nicérato, 4, 14.
Nicias, 4, 14.

oro, 4, 10.

paz, 4, 40; 5, 1, 2, 5, 10 y ss.
piedra (mármol), 1, 4.
Pireo, 3, 13.
premios, 3, 3.

Sosias, 4, 14.

Tebas, 4, 46.
Tórico, 4, 43.
trigo, 1, 5; 4, 6, 45; 5, 3.

vino, 4, 6, 45; 5, 3.
viviendas, 2, 6.

EL JEFE DE LA CABALLERÍA O EL HIPÁRQUICO

INTRODUCCIÓN

Este opúsculo es un tratado técnico sobre los deberes que ha de tener en cuenta el jefe de la caballería para conseguir mejorarla y granjearse, a la vez, las simpatías del Consejo. Pertenece, pues a la literatura didáctica.

El tratado está dirigido a un jefe o *hiparco* determinado, como se lee en los primeros capítulos, donde nos encontramos con una segunda persona que va desapareciendo a medida que avanza la obra. Se ha pensado que esta persona podía ser su hijo Diodoro[1], aunque quizás sea más prudente considerarlo como un recurso literario. A este respecto, conviene recordar que, en *Mem.* III, también se dirige Sócrates a un joven al hablar de los deberes del hiparco.

La caballería ateniense fue organizada por Pericles antes de la guerra del Peloponeso. Estaba compuesta, en teoría, por mil jinetes, cien por cada tribu. En realidad contaba con seiscientos cincuenta cuando Jenofonte escribe el tratado, y de ahí sus esfuerzos y sugerencias en el capítulo 9 para completar el número con cuerpos extranjeros[2]. Al frente de ella había dos jefes o hi-

[1] Cf. E. Delebecque, *Xénophon. Le commandant de la cavalerie*, París, 1973, págs. 6 y 7.

[2] Cf. *Los ingresos... o Las rentas* 2, 2 y 5.

parcos, elegidos anualmente, que en tiempo de guerra estaban a las órdenes de los estrategos. El escuadrón de cada tribu lo mandaba un *filarco*. Cada caballero cuenta con un criado o palafrenero (5, 6) que no forma en las filas y no va armado. También hay auxiliares o ayudantes de campo (4, 4). El filarco tiene un pelotón especial, los llamados *pródromoi*, que se encargan de las comunicaciones entre otras misiones (1, 25). La infantería podía acompañar a la caballería, aunque no era lo habitual en la época de Jenofonte (5, 13). Asimismo, el autor habla de otros jefes de fila de diez y de cinco hombres (2, 2 y ss.; 4, 9 y 10).

El adiestramiento comenzaba a los dieciocho años y el servicio era para toda la vida (1, 11). Había alistamientos anuales para cubrir las bajas producidas por la edad y otras causas. Caballo y caballero debían pasar previamente una revista o examen ante una comisión del Consejo. Cada jinete recibía una paga para costear los gastos que ocasionaba el servicio. El presupuesto asignado por la ciudad a la caballería era de cuarenta talentos al año.

Llama la atención la importancia que concede la obrita al engaño, como recurso para imponerse al enemigo (cap. 5).

Sorprende la frecuencia de las citas que aconsejan pedir la ayuda de los dioses. Las encontramos al principio, medio y fin de la obra. El mismo autor advierte al lector que no se extrañe de esta constante presencia del «a dios rogando y con el mazo dando», recordándole que nadie sabe, en la refriega, «por dónde van los tiros» y que quien se ha visto en apuros comprende de sobra la necesidad del auxilio divino.

Para muchos autores [3], esta llamada a la religiosidad es una marca característica de Jenofonte y, a la

[3] E. C. Marchant, G. W. Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, pág. XXXI.

par, la confirmación de que se trata de un escrito fruto de la propia experiencia del autor, que sirvió en la caballería de los Treinta y en los años anteriores (409 y ss. a C.): aparece en la *Anábasis* por primera vez montado a caballo; organiza un pequeño destacamento para cubrir la retirada y que le permitirá salvarse *(Anáb.* III 3, 16-20); probablemente fue el promotor y consejero de la caballería creada por Agesilao en Asia Menor *(Helén.* III 4 y IV 3, 4-9; *Ages.* 1, 23-24, 31). En la *Ciropedia* encontramos el mismo tono cuando se trata de la caballería; incluso ciertos consejos, como el de 8, 12 (cuando se enfrente con un enemigo más numeroso, debe arriesgarse únicamente una pequeña parte de sus fuerzas), son el resultado de hechos vividos por él (cf. *Helén.* VI 5, 52). Las reglas que da ese joven jefe de la caballería rezuman la experiencia de una vida dedicada a la equitación. Con razón dice Higgins [4] que Jenofonte tiene «sentido del caballo».

La influencia de Jenofonte en la organización de la caballería ateniense tuvo que ser muy importante, debido a este doble papel representado por él con sus tratados y su propio servicio activo. Así, Marchant [5] piensa que, probablemente, hay que atribuir a nuestro autor el restablecimiento de la caballería ateniense, como se vio en Mantinea, después de una etapa de cierto abandono. Igualmente, la utilización regular de la infantería en la época de Aristóteles se debería a sus consejos, así como el rechazo de los caballos indómitos por la comisión del Consejo destinada al efecto.

Según Delebecque [6], Jenofonte propone las reformas fundamentales en el último capítulo, y las reformas de menor importancia, en diversos pasajes a lo largo de

[4] W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 135.

[5] Marchant, Bowersock, *Xen. Scripta minora*, pág. XXIX.

[6] Delebecque, *Xén. Le commandant de la cavalerie*, pág. 25.

la obra, como en 3, 5 (perfeccionamiento de las cabalgatas), en 3, 12-13 (tercera maniobra en el carrusel de entrenamiento militar), en 8, 23 (nuevo método de ataque o carga: galope cortado con media vuelta inesperada, seguida de repliegue) y, en general, en 8, 10-12, donde sienta el principio básico: compensar la inferioridad numérica con la superioridad técnica de la maniobra.

Fecha de composición

Como, en el capítulo 7, habla del inminente peligro de guerra con el poderoso vecino tebano, en principio parecería fácil fechar la composición de este opúsculo. Sin embargo, no es tan sencillo, pues unos autores piensan en los años inmediatamente anteriores a la batalla de Mantinea (362-61) y otros en los que precedieron al 357, año en que se temió una incursión tebana en el Ática, que no se produjo, aunque sí invadieron Eubea.

Entre los que mantienen la fecha posterior se encuentra Delebecque [7]. Marchant [8] y Schwartz [9] apoyan la primera (*ca.* 365 a. C.).

Traducciones

Salvo la versión española de Diego Gracián y la reedición de Casimiro Flórez Canseco en 1781, no conocemos otra en nuestra lengua.

En francés está la de E. Delebecque de «Les Belles Lettres», con una larga introducción, extensas notas, y un léxico especializado, como apéndice, muy útil; y las anteriores de P. Chambry, de 1932, con la *Ciropedia* y

[7] *Ibid.*, págs. 19 y sigs.
[8] Marchant-Bowersock, *Xen. Scripta minora*, pág. XXVIII.
[9] Higgins, *Xenophon the Athenian...*, pág. 131.

De la equitación, y la de 1807 de P. L. Courier, oficial de caballería, que también tradujo *De la equitación*.

En inglés debemos citar la de E. C. Marchant-W. C. Bowersock, en la «Loeb Classical Library» (1968 [= 1925]).

Texto adoptado

Seguimos el texto establecido por E. C. Marchant en los «Oxford Classical Texts» (1920), salvo en 1,13, donde preferimos la lectura de Delebecque: τούς γε μὴν ⟨βλάκας⟩ ὄντας ἵππους, a la de Marchant: τούς γε μὴν ὄντας ἱππέας.

BIBLIOGRAFÍA

Además de las ediciones, traducciones y estudios citados en los opúsculos anteriores, ténganse en cuenta los siguientes:

P. Cerochi, *Xenophontis Hipparchicus*, Berlín, 1901.

Ediciones bilingües:

E. Delebecque, *Xénophon. Le commandant de la cavalerie* (Les Belles Lettres), París, 1973.

Traducciones al francés:

P. L. Courier, *Du commandant de la cavalerie et De l'équitation, deux livres de Xénophon traduits par un officier d'artillerie à cheval*, París, 1807.

P. Chambry, *Xénophon, Cyropédie, Hipparche, Equitation*, París, 1932.

ESTUDIOS GENERALES O ESPECIALIZADOS:

J. K. ANDERSON, *Ancient Greek Horsemanschip*, Univ. of California Pr., 1961.

A. MARTIN, *Les cavaliers athéniens*, París, 1886.

P. VIGNERON, *Le cheval dans l'antiquité* I-II, Nancy, 1968.

E. EKMAN, *Zu Xenophons Hipparchikos*, Upsala, 1933 (tesis doctoral). Muy útil para el estudio del texto.

El interesado por la caballería puede ver los artículos especializados que se citan en la bibliografía de la mencionada traducción de Delebecque.

En primer lugar[1], debes empezar por hacer un sa- 1
crificio a los dioses y pedirles que tus pensamientos, palabras y obras les sean muy gratos y favorables, honrosos y de la mayor utilidad para ti mismo, para tus
amigos y para tu ciudad. Una vez que los dioses sean 2
propicios, has de alistar soldados de caballería para que se complete el número previsto por la ley[2] y no se reduzca la caballería actual, pues si no se consiguen nuevos jinetes, serán cada vez menos, ya que necesariamente unos se retiran por la edad y otros la dejan por diversos motivos.

Cuando esté cubierto el cupo de caballería, se ha 3
de cuidar de que los caballos estén alimentados, a fin de que puedan soportar las fatigas[3]; pues los que se dejen vencer por ellas, no podrán dar alcance ni escapar. Se ha de cuidar también de que sean útiles; pues, asimismo, los indóciles son aliados más bien de los ene-
migos que de los amigos. A su vez, los caballos que co- 4
cean al ser montados deben eliminarse, ya que muchas veces ésos causan mayores daños que los enemigos. Es

[1] A los interesados en el tema de la caballería les convendría leer *De la equitación*, pues hay muchos puntos comunes en ambas obras y algunos se tratan con más detalle.

[2] Mil, como se dijo en la Introducción.

[3] E. DELEBECQUE (*Xénophon. Le commandant de la Cavalerie*, París, 1973) nos hace notar que *pónos* (esfuerzo, fatiga) se encuentra frecuentemente en la obra y que forma un trío con *kíndynos* (riesgo, peligro) y *dapánē* (gasto).

preciso también cuidarse de sus cascos[4] para que pue-
dan cabalgar, incluso, en zonas escabrosas, sabiendo que,
cada vez que sientan molestias cuando son montados,
ya no son útiles.
5 Además, cuando se tengan los caballos con las cua-
lidades requeridas, se ha de ejercitar a los jinetes, pri-
mero, para que sepan saltar sobre el caballo[5]; pues la
salvación para muchos se debe a esto; segundo, para
que puedan cabalgar en toda clase de terrenos; porque
las guerras se desarrollan cada vez en terrenos diferen-
6 tes. Y cuando estén en condiciones de montar, es nece-
sario, asimismo, preocuparse de que lancen a caballo
la jabalina con la mayor rapidez posible y puedan hacer
las demás cosas que necesitan los soldados de caballería.
Después de eso, se ha de armar a caballo y caballero
de modo que, a ser posible, no sean heridos lo más mí-
nimo y causen el mayor perjuicio posible a los enemi-
7 gos. Luego hay que tomar las disposiciones necesarias
para que los soldados sean disciplinados, pues sin esto
de nada sirven los buenos caballos, los jinetes seguros,
ni las magníficas armas.
Para que todo esto se haga bien, es lógico que esté
8 al frente el jefe de caballería. Pero, puesto que la ciu-
dad, reconociendo que es difícil que el jefe de caballe-
ría realice solo todo eso, eligió además a jefes de escua-
drón de cada tribu para que colaborasen con él y, asi-
mismo, encargó al Consejo el cuidado de la caballería,
también es útil, a mi parecer, que se forme a estos jefes
para que aspiren contigo al perfeccionamiento de la ca-
ballería y tengan en el Consejo oradores adecuados que,
con sus discursos, infundan temor en los soldados de
caballería (pues si sienten temor, serán mejores) y cal-

[4] Téngase en cuenta que no conocían la herradura. Cf. *Equit.* 4, 3, y *Mem.* III 3, 4.

[5] Era más difícil de lo que parece, pues no tenían estribos. Cf. *Equit.* 3, 4; 6, 6, 12, 16; 7, 1-4.

men al Consejo cada vez que se incomode por algo in-
oportuno. Ésas son las reglas que debes observar. 9
Ahora voy a intentar decir el procedimiento mejor
para cumplir cada una de ellas.
Pues bien, es evidente que se ha de reclutar según
la ley, como soldados de caballería, a los mejor dotados
de bienes y condiciones físicas bien por citación ante
el tribunal o convenciéndolos. Yo creo que se debe citar 10
ante el tribunal a aquellos que, si uno no los lleva, pare-
ce que lo hace por venalidad; pues los menos pudientes
pronto se echarán atrás si no obligas primero a los más
pudientes. También hay jóvenes a quienes, si se les ha- 11
bla de las glorias de la caballería, me parece que les
entraría el deseo de montar a caballo, y que sus tutores
se opondrían menos si se les dice que serán obligados
a criar caballos, si no por ti, por otro, a causa de sus
bienes. Y que si montan a tus órdenes, apartarás a sus 12
hijos de las costosas y locas manías de comprar caba-
llos y cuidarás de que lleguen a ser rápidamente bue-
nos jinetes. Se ha de hablar así e intentar lograrlo.
En cuanto a los caballos que son flojos, si el Con- 13
sejo advierte que, en adelante, deberán hacer el doble
de prácticas y que el caballo que no pueda seguir será
eliminado, me parece que intentarán alimentarlos me-
jor y preocuparse más de ellos. También me parece 14
bien que se declare públicamente que se prescindirá de
los caballos indómitos, porque esa amenaza los impul-
sará más a tratar a los tales como potros y a comprar
con más prudencia. Es bueno también que se declare 15
públicamente que serán excluidos los que cocean du-
rante la equitación, pues no es posible que ésos entren
en la formación, sino que necesariamente irán los últi-
mos cada vez que sea preciso dirigirse a cualquier sitio
contra el enemigo, de modo que por el vicio del caballo
se vuelve inútil también el caballero.

16 Asimismo, para que sean más fuertes los pies del caballo, si alguien tiene un medio más fácil y económico, valga ése; en caso contrario, yo afirmo por experiencia que conviene echar con profusión piedras del camino, como de una mina de peso más o menos y que el caballo se roce y se meta por medio cuando salga del pesebre. Pues, si anda entre las piedras, el caballo nunca se parará cuando se roce ni cuando sea picado por los mosquitos. Quien lo intente verá torneados los pies de su caballo y creerá en las otras normas que le estoy diciendo.

17 A su vez, explicaré cómo los propios jinetes pueden llegar a ser mejores, cuando los caballos tienen las cualidades requeridas.

Podríamos convencer a los reclutas para que aprendan a montar de un salto. Si les presentas un instructor, conseguirías con razón elogios. Ayudarías también a los más veteranos, si los acostumbras a que aprendan
18 a montar apoyados en otros, al modo persa. Asimismo, para que los jinetes sepan montar seguros en toda clase de terrenos, el hacer salidas frecuentes cuando no hay guerra quizás sea molesto, pero es necesario convocar a los jinetes y aconsejarles que se ejerciten cada vez que vayan al campo o a cualquier otro sitio, y que se salgan de los caminos y galopen por terrenos de toda clase; pues eso ayuda tanto como una salida y no causa las mismas molestias.

19 Es oportuno recordar también que la ciudad sostiene unos gastos de caballería de cerca de cuarenta talentos al año, para que, si hay guerra, no haya que improvisar cuerpos de caballerías y pueda servirse de la que tiene dispuesta y a punto. Es conveniente, pues, que los soldados de caballería reflexionen sobre ello y que practiquen la equitación; para que, si se declara la guerra, no tengan que luchar por su ciudad, por su honor y por su vida desentrenados.

Es bueno advertir a los jinetes que también tú los 20
sacarás alguna vez y que los llevarás por toda clase de terrenos. En las prácticas previas de enfrentamiento de dos escuadrones de caballería[6] también es útil efectuar salidas a lugares distintos cada vez, pues es mejor para jinetes y caballos.

A su vez, creo que se pueden ejercitar muchísimos 21
en el lanzamiento de jabalina a caballo de la siguiente manera, si por tu parte adviertes a los jefes de los escuadrones de cada tribu que deben enseñar, montados, dicho ejercicio a los lanzadores de su tribu, pues, como es lógico, considerarán un honor presentar cada uno a la ciudad el mayor número posible de tiradores.

Realmente, creo que los jefes de los escuadrones pue- 22
den contribuir enormemente a que los de caballería estén bien equipados, si se convencen de que es mucho más honroso ante la ciudad adornarse con el lucimiento del escuadrón de su tribu, que aisladamente con su
atuendo particular. Es natural que no resulte difícil 23
convencerlos de tales cosas a ellos, que deseaban ser jefes por sus ansias de fama y honores; además, pueden armarlos según las disposiciones legales, sin gastos personales, exigiendo a sus hombres que se equipen con
su sueldo[7] de acuerdo con la ley. Sin embargo, para 24
que los subordinados sean sumisos, es importante enseñar de palabra cuántos ventajas hay en la obediencia al mando; pero es importante también conseguir, de hecho, que los disciplinados tengan más [según la ley], y menos en todo los indisciplinados.

[6] El término griego es *anthippasía*. Estos enfrentamientos de la caballería dividida en dos cuerpos o destacamentos se practicaban también en las Panateneas como parte del espectáculo de la cabalgata.

[7] Sobre el sueldo no hay unanimidad en los diversos autores, tanto sobre el importe exacto como sobre su cobro (sólo en tiempos de guerra o también en tiempos de paz). Probablemente era de una dracma diaria y únicamente se percibía en época de guerra; en tiempos de paz recibían una cantidad determinada para cuidar del caballo.

25 Me parece que es un gran estímulo, para que cada
uno de los jefes de los escuadrones tenga por un honor
ir al frente del escuadrón de su tribu magníficamente
equipado, que adornes con las armas más bellas el pelo-
tón de escolta [8], le obligues a hacer el mayor número
posible de prácticas de lanzamiento de jabalina y lo ins-
26 truyas en ese ejercicio tú mismo bien entrenado. Y si
se pudieran proponer premios [9] a los escuadrones de
las tribus, por todos los ejercicios de la caballería que
se consideran bellos en las paradas, creo que ello lleva-
ría a todos los atenienses a la mayor emulación. Es evi-
dente esto mismo en los coros: que, por pequeños pre-
mios, se realiza un gran esfuerzo y muchos gastos. Mas
es preciso buscar jueces tales que los vencedores se ufa-
nen aún más de alcanzar el triunfo ante ellos.

2 Si tú has ejercitado a los soldados de caballería en
todo eso, deben conocer también la formación concre-
ta con la que harán más bellas las procesiones en
honor de los dioses, cabalgarán con mayor prestan-
cia, lucharán mejor, si fuera preciso, y realizarán mar-
chas y cruzarán ríos con más soltura y menos desor-
den; en resumen, voy a intentar mostrar la formación
con que, a mi parecer, realizarán maravillosamente esas
actividades.

2 Sabemos que hay ⟨diez⟩ escuadrones de tribu asig-
nados por ciudad. En ellos yo afirmo que, en primer
lugar, es necesario establecer jefes por cada grupo de
diez hombres [10], de acuerdo con cada jefe de escuadrón
de entre los que estén en plena madurez y tengan ma-
yor ambición por emprender hermosas hazañas y ad-
quirir mejor reputación, y ellos deben de ser los prime-

[8] Los *pródromoi*. Véase la Introducción.

[9] Sobre la proposición de premios, recordaremos que también la encontramos en *Hierón* 9, 6, 11; *Ages.* 1, 25; *Rentas* 3, 3, e igualmente, en *Cir.* 1 6, 18.

[10] Cf. *Rep. laced.* 11, 5, de donde toma la idea probablemente.

ros de la fila. De ésos, es necesario elegir otro número 3
igual, de entre los más veteranos y sensatos, que serán
los últimos de cada grupo de diez. Si se necesita una
comparación, diré que el hierro corta mejor al hierro
cuando el filo es potente y quien lo mueve capaz.

Asimismo, en cuanto a los que están entre los pri- 4
meros y los últimos, si los jefes de las filas de diez hom-
bres eligen a los primeros y sucesivamente los demás
eligen a los siguientes, entonces es lógico que cada uno
tenga delante al más fiel. En todo caso, es preciso po- 5
ner en la cola a una persona cualificada; pues, si es bue-
no, cuando haya que marchar contra el enemigo, ani-
mará e infundirá fuerza a los que van delante; y, por
el contrario, cuando sea preciso retirarse, guiará con
prudencia y salvará mejor, como es lógico, a los solda-
dos de su tribu.

Por cierto, si el número de jefes de los grupos de 6
diez hombres es par, podrá dividirse mejor que si es
impar en secciones iguales.

Esa formación me gusta por lo siguiente: porque, ante todo, se convierten en jefes todos los primeros de fila, y las mismas personas cuando mandan creen que, en cierto modo, les conviene más realizar cualquier acción buena que cuando son simples particulares; luego, cuando se ha de hacer alguna cosa, también es mucho más eficaz transmitir las órdenes a jefes que a soldados rasos.

Por otra parte, cuando se tenga esta formación, es 7
necesario que, igual que el jefe de caballería comunica-
ba a los jefes de escuadrón de las tribus la posición
que cada uno debía ocupar en la cabalgata, también se
transmitan órdenes a los jefes de los grupos de diez hom-
bres por medio de los jefes de escuadrón por donde de-
be marchar cada uno; pues si se les dan esas instruccio-
nes, estarán organizados mucho mejor que si salen al
azar, como sale la gente del teatro, estorbándose unos
a otros.

8 Asimismo, si se produce un ataque frontal, los primeros prefieren luchar sabiendo que ése es su puesto; y lo mismo los últimos, si ocurre algo en la retaguardia, porque saben que es vergonzoso abandonar su forma-
9 ción. Mas si están en desorden, se molestan unos a otros en los pasos estrechos y en los vados, y voluntariamente nadie ocupa su posición para luchar contra los enemigos.

Es preciso también que estas normas sean practicadas con el esfuerzo de todos los soldados de caballería, si van a ser colaboradores incondicionales del que dirige.

3 Es preciso que el jefe de la caballería se preocupe de lo siguiente: primero, de ofrecer sacrificios a los dioses que velan por la caballería; después, de preparar en las fiestas cabalgatas que sean dignas de contemplar; asimismo, realizará, del modo más bello posible, todas las demás paradas que hay que ofrecer a la ciudad, como las de la Academia, las del Liceo, las de Falero y las del hipódromo. Éstas son otras cuestiones a tener en cuenta. Pero ahora te voy a decir el procedimiento mejor para ponerlas en práctica.

2 En efecto, creo que las procesiones serían muy gratas a los dioses y también a los espectadores, si en honor de los dioses, de cuantos hay templos y estatuas en el ágora, dieran la vuelta alrededor de todos ellos comenzando por los Hermes. También en las Dionisias los coros intentan complacer a todos los dioses y, especialmente, a los doce con sus actuaciones corales. Cuando estén de nuevo junto a los Hermes, después de haber realizado a caballo el recorrido, sería muy vistosa, a mi parecer, la subida a galope por escuadrones hasta
3 el Eleusinio. No omitiré tampoco que deben inclinar las lanzas lo menos posible unos contra otros. Efectivamente, pienso que se ha de mantener cada una en medio de las orejas del caballo, si se quiere que infundan miedo, sean bien visibles y, a la vez, den la impresión

de ser muchas. Después de realizar el desfile a galope, 4
entonces resulta hermoso que recorran lentamente el resto hasta los santuarios exactamente igual que antes, y así todo cuanto hay de original en un caballo monta-
do se mostrará a los dioses y a los hombres. Sé que 5
los jinetes no están acostumbrados a hacer esto, pero estoy seguro de que será bueno, hermoso y agradable para los espectadores. Igualmente me doy cuenta de que los jinetes introdujeron innovaciones en otras paradas, cuando los jefes de la caballería consiguieron que sus deseos fuesen aceptados.

A su vez, cuando pasen por el Liceo, antes del lanza- 6
miento, resultará vistoso que los dos destacamentos, de cinco tribus cada uno, cabalguen de frente, como si el jefe de la caballería y los jefes de escuadrones los guiaran al combate, con la formación adecuada para que
se llene la anchura de la pista. Una vez que sobrepasen 7
el punto más alto de la parte que se encuentra frente al teatro[11], sería también útil, a mi juicio, que desplegaras los soldados cabalgando a galope, si es posible, por la pendiente en el número de grupos que convenga.
Por cierto, no ignoro que, si creen que se puede cabal- 8
gar a galope, harán la prueba con mucho más gusto; y si están desentrenados, es preciso mirar por que no les obliguen los enemigos a realizarlo algún día.

Se ha descrito la formación con que se harán los 9
desfiles más vistosos. A su vez, si el que manda tiene un caballo adecuado y va ordinariamente en la fila exterior, entonces él siempre irá al galope y los que, sucesivamente, estén con él en la fila exterior irán también a galope, de modo que el Consejo los contemplará siempre galopando; además, los caballos no se negarán, ya que descansan por turno.

---

[11] Según la n. *ad. loc.*, correspondiente, de DELEBECQUE, no se trata del teatro de Dioniso, sino del teatro natural, que formaba el terreno cerca del Liceo en dirección al Licabeto.

10 Ahora bien, cuando la exhibición se realice, primero,
en el hipódromo quedará bien claro entonces formar
de frente al principio, de tal forma que, llenando el hi-
pódromo de caballos, echen al público de en medio.
11 Será vistoso también que, mientras los escuadrones se
ponen en fuga y se persiguen a galope en el enfrenta-
miento recíproco de los dos destacamentos, con los je-
fes de la caballería al frente de los dos grupos de cinco
escuadrones de las tribus, cada grupo pase a través de
la formación del otro. En efecto, resulta sobrecogedor
ese espectáculo de avanzar unos contra otros frente a
frente, e impresionante el colocarse otra vez frente a
frente, una vez recorrido el hipódromo. En segundo lu-
gar, también resulta vistosa una galopada más rápida
12 a toque de trompeta. En tercer lugar, cuando estén
parados, deben, a su vez, al toque de trompeta, ir al
encuentro mutuo a un galope mucho más rápido, y cuan-
do hayan cruzado y todos se dispongan ya a romper fi-
las, entonces cargar en dirección al Consejo con la for-
13 mación habitual. A mi parecer, estos ejercicios resultan
más adecuados desde el punto de vista militar y son más
novedosos. En cambio, avanzar con más lentitud que los
jefes de escuadrón y cabalgar del mismo modo que ellos,
no es adecuado al cargo de jefe de la caballería.

14 Por otra parte, cuando haya que cabalgar en la Aca-
demia, en un suelo que resuena [12], puedo aconsejar lo
siguiente: cabalgar echados hacia atrás, de espaldas, para
no ser arrojados del caballo, y retenerlo un poco en las
vueltas, para que no se caiga, pero en los tramos rectos
se debe ir a galope. De esta manera, el Consejo verá
una actuación segura y vistosa.

4 En las marchas, el jefe de la caballería siempre debe
prever el modo de dar descanso a los cuerpos de los
caballos y, asimismo, al jinete en su cabalgar, montan-

[12] Es decir, duro.

do un tiempo prudencial y marchando luego a pie suce-
sivamente, pero, hay que procurar no equivocarse en
el cálculo justo, pues cada uno tiene su propia medi-
da [13] para no dejar pasar inadvertido cuando se fatiga
demasiado.

Lógicamente, cuando marches a algún sitio, sin sa- 2
ber si te encontrarás con enemigos, es necesario dar
descanso a los escuadrones por turno, pues sería peno-
so que los enemigos se aproximaran cuando todos han
desmontado.

Si marchas por pasos estrechos, se ha de dirigir la 3
formación en columna por una orden verbal; y si te ha-
llas en caminos anchos, también por orden verbal se
ha de abrir el frente de cada escuadrón; a su vez, cuan-
do llegues a una llanura, se han de llevar todos los es-
cuadrones en línea de combate, pues es bueno hacer
eso por ejercicio y para que realicen el trayecto más
cómodamente, variando las marchas con las formacio-
nes de la caballería.

Cuando marches fuera de los caminos, por zonas di- 4
fíciles, ciertamente es muy útil, tanto en zona enemiga
como amiga, que vayan delante algunos ayudantes de
cada escuadrón, y si se encuentran en valles frondosos
de difícil paso, irán por las zonas accesibles para mos-
trar a los jinetes por dónde deben pasar, de modo que
no anden errantes formaciones enteras. Si alguna vez 5
avanzáis por zonas peligrosas, es deber de un jefe de
la caballería prudente mandar delante soldados que in-
formen de los avances (pues ver con anticipación al ene-
migo es de lo más útil, tanto para atacar como para
defenderse), y esperar en los pasos para que los últimos
no golpeen demasiado a los caballos por seguir al jefe.

[13] E. C. Marchant, G. W. Bowersock (*Xen. VII. Scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968) quieren ver aquí una alusión a la célebre frase de Protágoras «el hombre es la medida de todas las cosas».

Es obvio que casi todos saben estas cosas, aunque muchos no quieren ser constantes en su cumplimiento.

6 Incluso en tiempo de paz, conviene que el jefe de la caballería se preocupe de tener un conocimiento práctico de los países enemigos y de los amigos; y si careciera de él, que lleve consigo a otras personas que tengan un gran conocimiento de la zona; ya que, si el que dirige conoce los caminos, tiene una gran ventaja sobre el que no los conoce, y el que ataca al enemigo y conoce la zona tiene muchas ventajas sobre el que no la cono-
7 ce. Asimismo, antes de que haya una guerra, es preciso haberse cuidado de los observadores para que sean de las ciudades neutrales y de los comerciantes, pues todas las ciudades sin excepción reciben con buena disposición a los importadores de cualquier producto. A ve-
8 ces, también son útiles los falsos desertores. Mas no se debe, por confianza en los informadores, descuidar la guardia; al contrario, es necesario estar siempre preparado, como si se anunciase que van a llegar los enemigos. Realmente, por muy fieles que sean los informadores, es difícil que pasen la información en el momento debido, pues en la guerra ocurren muchos contratiempos.

9 A su vez, los enemigos tendrán menos posibilidades de enterarse de las salidas de la caballería, si se hacen por orden verbal, y no por heraldo o por un aviso escrito. Para preparar la salida por una orden verbal, es útil también establecer jefes de grupo de diez hombres y, además, jefes de grupo de cinco hombres para que cada
10 uno pase la orden al menor número posible; y, así, los jefes de grupo de cinco podrían alargar la cabeza de la formación sin desorden, desplegándose al lado de los demás siempre que fuera oportuno.

Por otro lado, cada vez que sea preciso mantener un puesto de guardia avanzado, yo siempre apruebo a los observadores y centinelas ocultos, pues de este modo

se protege a los aliados y, al mismo tiempo, se tienden emboscadas a los enemigos. Además, es mucho más di- 11
fícil atacarlos por ser invisibles, y son más temibles para el enemigo. Efectivamente, saber que hay centinelas en algún sitio, pero sin saber dónde y cuántos son, resta decisión al enemigo y le obliga a sospechar de todas las zonas. En cambio, los centinelas al descubierto muestran claramente las zonas peligrosas y también las tranquilas. Además, quien tiene centinelas ocultos, si monta 12
guardia con unos pocos visibles delante de los camuflados, podrá intentar con astucia llevar al enemigo a una emboscada. Es bueno, igualmente, para la captura acechar con otros hombres visibles detrás de los ocultos; pues también este procedimiento, lo mismo que el citado anteriormente, es una trampa para el enemigo.

Por otra parte, es propio del jefe prudente no arries- 13
garse nunca voluntariamente, salvo cuando esté bien claro que tendrá ventaja sobre el enemigo. La traición de los aliados se puede juzgar, con razón, que presta un servicio mucho más grato al enemigo que su propio valor. Asimismo, es sensato lanzarse por donde las fuer- 14
zas enemigas sean débiles, aun cuando se hallen lejos. En efecto, es menos arriesgado un esfuerzo intenso, que un combate contra un enemigo superior. Y si alguna 15
vez el enemigo entra en la zona intermedia entre dos fortificaciones aliadas, aunque sean muy superiores, entonces es bueno que ataques por cualquiera de los dos lados si te presentas sin ser visto, y también que ataques a la vez por ambos lados, pues cuando los de un flanco se replieguen, los del otro atacarán y confundirán al enemigo y salvarán a los amigos. El tratar de 16
saber las intenciones del enemigo por medio de informadores se ha dicho hace poco que es útil también. Mas yo pienso que lo mejor de todo es que uno mismo, observando, si es posible, al enemigo desde algún lugar seguro, intente descubrir si incurre en algún fallo.

17 Si se puede tomar una posición por sorpresa, se debe enviar a los hombres adecuados para realizarlo, y sobre lo que se presta a ser tomado por la fuerza, lanzar a los hombres que lo lleven a cabo. Mientras el enemigo marcha hacia algún sitio determinado, si se desgaja alguna sección más débil que las propias fuerzas o se dispersa confiado, tampoco esto debe pasar inadvertido; ahora bien, hay que cazar siempre al más débil
18 con el más fuerte. Quien preste atención puede darse cuenta de ello, puesto que también animales de presa, como los milanos, de mente más corta que el hombre, saben apresar lo que no está vigilado y retirarse a un lugar seguro antes de ser cogidos; también los lobos cazan lo que carece de vigilancia y roban lo que está en
19 sitios de difícil visibilidad, y cuando aparece un perro corriendo detrás de uno de ellos, si es inferior, le ataca, pero si es más fuerte, arroja lo que tiene y se retira. Y siempre que los lobos menosprecian la guardia, ordenan a algunos de entre ellos alejarla y a otros arrebatar la presa y, de este modo, se procuran lo que necesitan.
20 Si los animales de presa pueden cometer sagazmente tales rapiñas, verdaderamente, ¿cómo no va a ser lógico que el hombre se manifieste mucho más inteligente que esos animales que son apresados con las artes humanas?

5 A su vez, también es un deber de un buen soldado de caballería saber a qué distancia puede coger a un hombre que va a pie, y a qué distancia unos caballos lentos pueden huir de otros veloces. Igualmente es propio del jefe de la caballería conocer las zonas donde los de infantería son superiores a los de caballería y donde los de caballería son superiores a los de infante-
2 ría. Asimismo, es necesario ser ingenioso para que numerosos jinetes parezcan sólo unos pocos, y, a la inversa, pocos los numerosos; también, para que dé la impresión de estar cerca, encontrándose lejos, y de encontrarse lejos, estando cerca, y finalmente, para no sólo sustraer las fuerzas enemigas, sino también, disimulando los propios jinetes, atacar de improviso al enemigo.
Otro buen ingenio es saber infundir miedo al enemigo 3
para que no ataque cuando las fuerzas propias son débiles, y cuando son fuertes, infundirle temeridad para que lo intente; porque de este modo tú mismo sufrirás muy pocos daños y cogerás a un enemigo que incurre en muchísimos errores.

Para que no parezca que mando imposibles, voy a 4
escribir también cómo se hará realidad aquello que se considera más difícil. Pues bien, el conocimiento práctico de la fuerza del caballo impide caer al intentar la persecución o la retirada. Y ¿cómo podrías adquirir esa experiencia? Sencillamente, si en los choques amistosos prestas atención a lo que ocurre como consecuencia de las persecuciones y de las retiradas. Cuando quieras 5
que los jinetes parezcan numerosos [14], debe darse una primera condición, si cabe, que es no intentar engañar al enemigo cuando está cerca, pues es más seguro, y también más fácil, intentar el engaño a cierta distancia. Luego, es necesario saber que si los caballos están agrupados, parecen muchos, a causa del tamaño del animal; en cambio, si están dispersos, es fácil contarlos. Aún 6
te parecería la caballería mayor de lo que es, si colocas a los palafreneros con lanzas entre los jinetes [15], y si no, con objetos parecidos a lanzas, ya sea que exhibas la caballería parada o en movimiento; pues, forzosamente el grueso de la formación así dará la impresión de que es mayor y más compacto.

[14] Como en otros puntos, aquí coincide con Jenofonte Eneas el Táctico.

[15] Parece que Jenofonte no pretende engañar al enemigo sobre la importancia de los efectivos con que cuenta, sino más bien ocultar la debilidad numérica de la caballería, según Delebecque.

7 Por el contrario, si quieres que muchos den la im-
presión de ser pocos, si tú dispones de zonas adecuadas
para el encubrimiento, es evidente que puedes disimu-
lar a los jinetes, teniendo unos al descubierto y otros
ocultos en zonas que no estén despejadas. Mas si toda
la zona es despejada, se deben formar grupos de diez
para la marcha y conducirlos de flanco, dejando inter-
valos y que los jinetes de cada grupo de diez del lado
del enemigo mantengan las lanzas rectas, y los demás
abatidas sin que sobresalgan.
8 También se puede asustar al enemigo con falsas em-
boscadas, con falsas expediciones de socorro y también
con falsas informaciones, pues el enemigo cobra enor-
me valor cada vez que oye que los contrarios tienen pro-
blemas y dificultades.
9 Además de esto que se ha escrito, es necesario que
el jefe se las ingenie siempre para engañar en la cir-
cunstancia en que se halle, pues en la guerra, realmen-
10 te, no hay nada más provechoso que el engaño. Siendo
así que los niños cuando juegan a cuántas piedrecitas
tienen en la mano, saben hacer trampa al presentar la
mano dando la impresión de que tienen muchas, cuan-
do en realidad tienen pocas, o pocas, cuando tienen mu-
chas, ¿cómo unos hombres no van a poder ingeniárse-
las para hacer trampas parecidas, si se lo proponen?
11 Si uno reflexiona, encontrará que en las guerras la ma-
yor parte de las ganancias y, asimismo, las más impor-
tantes se han conseguido con astucia. En consecuencia,
o no se ha de intentar coger el mando o, además de
otras condiciones, hay que pedir a los dioses la capaci-
dad de hacerlo y ponerse a ello.
12 Los que, además, tienen mar, es una trampa muy
fácil para ellos preparar barcos y realizar alguna ma-
niobra por tierra simulando un ataque, pero intentarlo
realmente por mar.

Asimismo, es un deber del jefe de la caballería con- 13
vencer a la ciudad de que es débil la caballería que ca-
rece de auxiliares a pie que acompañan a la caballería
con respecto a otra que los tiene. También es propio
del jefe de la caballería que utilice los infantes que ten-
ga. Es posible camuflarlos no sólo entre los jinetes, si-
no también detrás, pues descuella mucho más el jinete
que el infante.
Todos esos ardides y cuantos otros tramare uno con 14
el deseo de capturar al contrario por la fuerza o por
la astucia, yo aconsejo ponerlos en práctica con la ayu-
da del dios, para que la suerte los apruebe también, si
los dioses son propicios. A veces es una trampa muy 15
efectiva fingir una preocupación excesiva y ningún de-
seo de arriesgarse, pues muchas veces eso mueve más
a los enemigos, descuidando su guardia, a incurrir en
errores. Mas, una vez que se tiene fama de amar el ries-
go, es posible también causar dificultades al enemigo
manteniéndose inactivo, pero fingiendo emprender al-
guna acción.
Ahora bien, nada podría modelarse, si la materia con 6
la que se va a modelar no está preparada previamente
para obedecer a la voluntad del artesano; ni tampoco
con hombres, si no están preparados con la ayuda de
un dios, de tal manera que sean afectos hacia su jefe
y piensen que aquél es mucho más inteligente que ellos
en los combates contra el enemigo [16].
Por supuesto, es lógico que los subordinados se mues- 2
tren benévolos, siempre que el jefe los trate cordialmente
y parezca que se preocupa de que tengan alimentos, de
que se retiren con la mayor seguridad y de que descan-
sen con buena vigilancia. En las guarniciones debe que- 3
dar claro que se cuida y preocupa del forraje, de las
tiendas, del agua y de la leña y de otras cosas necesa-

[16] Véase la misma idea en *Cir.* I 6, 21; *Ages.* 6, 4, y *Mem.* III 3, 9.

rias, y que se mantiene en vela por sus subordinados.
Siempre que tenga algo de más, repartirlo es una venta-
ja para quien está al frente.

4 En una palabra, nunca menospreciarán al jefe,
si todo lo que les pide se ve que él lo hace mejor que
5 ellos. Por tanto, es preciso que se ejercite en todo lo
referente a la caballería comenzando por montar a ca-
ballo y saltar muros, lanzarse desde los ribazos y efec-
tuar el lanzamiento con habilidad. Realmente, todas esas
6 cosas contribuyen a que no lo menosprecien. Si, a su
vez, se dan cuenta de que sabe formarlos y que puede
prepararlos de modo que sean superiores al enemigo
y si, además, están mentalizados de que no los va a lle-
var contra el enemigo al azar ni en contra de los dioses
cuando los sacrificios no son favorables, todo esto vuel-
ve a los subditos más obedientes al jefe.

7 A todo jefe, por supuesto, le conviene ser prudente.
Mas el jefe de la caballería ateniense debe aventajar con
mucho en el culto a los dioses y en las artes de la gue-
rra, ya que tiene vecinos con caballería más o menos
igual en calidad y cantidad y, además, gran número de
2 hoplitas. Y si intenta penetrar en zona enemiga sin el
resto de las fuerzas de la ciudad, con sólo los jinetes
contra ambas fuerzas, correrá algunos riesgos. Por una
parte, si los enemigos invaden el territorio ateniense,
no vendrán de otra forma que con otros jinetes además
de los suyos y, asimismo, con el número de hoplitas que
crean preciso para que los atenienses no sean capaces
de combatirlos.

3 Ahora bien, si la ciudad entera sale a defender el
territorio contra tantos enemigos, las esperanzas serán
buenas. En efecto, con la ayuda del dios, los soldados
de caballería serán superiores, si se les cuida como es
preciso; los hoplitas no serán menos en número y no
contarán, además, con condiciones físicas inferiores ni
con almas más amantes del honor si se ejercitan correc-

tamente, con la ayuda del dios. Igualmente, los atenien-
ses no sienten menos orgullo que los beocios por sus
antepasados.

Por otra parte, si la ciudad se vuelve a la flota, le 4
bastará con salvar las murallas, y si, como cuando la
invadieron los lacedemonios con el resto de los griegos,
estima conveniente que la caballería salve la zona exte-
rior a la muralla y que únicamente se arriesgue ella
sola contra todos los contrarios, entonces yo creo, pri-
mero, que se necesitan dioses aliados poderosos; luego,
que conviene que el jefe de la caballería sea un varón
cabal, puesto que necesitará mucha prudencia y auda-
cia contra enemigos mucho más numerosos, cuando la
ocasión se presente. Es preciso también, a mi parecer, 5
que sea previsor. Efectivamente, si se arriesga contra
el ejército presente, contra el que no quiere enfrentarse
la ciudad entera, es evidente que sufrirá la ley del más
fuerte y no será capaz de hacer nada.

Mas si guarda la zona exterior de la muralla con el 6
número preciso para observar al enemigo y para retirar
a lugar seguro todo lo que pueda y sea necesario —pocos
no serán menos capaces de prever que muchos, y, en
cambio, no más inoportunos para vigilar y retirar los
bienes queridos los que no confían en sí mismos ni en
sus caballos, porque el miedo es, según parece, un po- 7
deroso compañero de guardia—, designando, ⟨pues,⟩ de
entre ésos a los guardianes, tal vez se tomaría una de-
cisión correcta. Pero si alguien piensa que se va a
tener un ejército con los sobrantes de las guardias,
pequeño le parecerá, pues carecerá de todo como para
arriesgarse abiertamente; pero si los emplea para ata-
car por sorpresa, igual que piratas, tendrá, como es na-
tural, una fuerza muy adecuada para realizar esas
acciones.

A mi parecer, es preciso también que tenga siempre 8
hombres preparados para emprender alguna acción y

que observe sin ser visto si el ejército enemigo incurre
9 en algún fallo. Por cierto, los soldados, cuanto más nu-
merosos son, tanto más suelen incurrir en fallos. En
efecto, o se dispersan atentos al aprovisionamiento o
marchan en desorden adelantándose unos y retrasándo-
10 se otros más de lo conveniente. En consecuencia, no
hay que dejar tales fallos sin castigo (de lo contrario,
el territorio entero sería un campamento), previendo bien
el anticiparse en la acción y el retirarse antes de que
el grueso de las fuerzas acuda en ayuda.

11 Muchas veces una expedición marcha por caminos
en los que en nada tienen más valor muchos que pocos.
Asimismo, en los vados, le es posible al que está atento
seguir con seguridad al enemigo y medir sus pasos con
tal de atacar al número de ellos que se quiera.

12 A veces, también, es una ocasión magnífica empren-
derla contra el enemigo mientras está acampado, almor-
zando o cenando o, incluso, levantándose del lecho; por-
que, en todo esos casos, los soldados están desarmados
—por menos tiempo los hoplitas y por más los de ca-
13 ballería—. Naturalmente, nunca se debe atacar sin con-
tar con observadores y puestos avanzados, ya que éstos
siempre están apostados en número escaso pero están
14 muy lejos, a veces, del grueso de las fuerzas. Y cuan-
do los enemigos están ya bien guardados con tales me-
didas, es bueno penetrar sin ser visto en la zona enemi-
ga, con ayuda del dios, procurando observar cuántos
hay de cada lado y en qué lugar están los puestos de
guardia. Verdaderamente no hay presa tan excelente co-
mo dominar los puestos de guardia. Además, es bien
fácil tender una trampa a los que están de vigilancia,
15 pues persiguen lo que ven que es poco, porque piensan
que esa es su misión. No obstante, es necesario cuidar
de que el repliegue no se efectúe enfrentándose con los
que acuden en socorro.

Por otro lado, los que piensan que pueden dañar con 8
seguridad a un ejército mucho más fuerte, deben ser
tan claramente superiores, y mostrarse hasta tal punto
ejercitados en el arte ecuestre de la guerra, que los ene-
migos aparezcan como unos profanos [17]. Y eso sería 2
posible, ante todo, si los que van a saquear se preparan
con esfuerzo para la incursión, de modo que se habi-
túen a soportar las fatigas militares; pues los que des-
cuidan esa preparación, tanto caballos como hombres,
lógicamente lucharían como mujeres contra hombres.
Pero, los instruidos y habituados a saltar fosos, pasar 3
por encima de muros, lanzarse sobre ribazos, bajar se-
guros de alturas y galopar por pendientes, ésos, en cam-
bio, aventajarían tanto a los que descuidan esos ejerci-
cios, como los animales alados a los que andan. A su
vez, los que tienen sus pies entrenados aventajarían tanto
a los no acostumbrados al roce por terrenos duros, co-
mo las personas normales a los cojos; y los que conocen
bien los lugares aventajarían tanto a los inexpertos en
las incursiones y retiradas, como los que ven a los ciegos.

Asimismo, es necesario saber que están bien prepa- 4
rados los caballos, bien alimentados y tan habituados
al esfuerzo, que no se sofoquen con las fatigas. Es nece-
sario también, ya que bocados y arneses dependen de
correas, que nunca carezca de ellas el jefe de la caballe-
ría, pues un pequeño gasto ganará para el servicio a
los que se ven en apuros.

Mas si alguien piensa que tendrá muchos problemas 5
si debe ejercitar de esa forma a la caballería, tenga pre-
sente que los que se entrenan en las competiciones gim-
násticas encuentran muchos más problemas y dificulta-
des que los que más se cuidan de la caballería, pues 6
la mayor parte de los ejercicios atléticos se realizan con
sudores, mientras que la mayoría de los ecuestres se

[17] Propone la misma meta en *Rep. laced.* 10, 4, y *Cir.* I 5, 11.

hacen con agrado, ya que, precisamente, no hay nada
entre las actividades humanas que se parezca más al
7 deseo de tener alas. Realmente, la victoria en una gue-
rra es mucho más gloriosa que la obtenida en un pugi-
lato y, por supuesto, la ciudad tiene cierta participa-
ción en esa gloria. Y, como generalmente los dioses
coronan las ciudades por una victoria militar con la
felicidad y prosperidad, lógicamente yo no comprendo
por qué va a ser más conveniente ejercitarse en otras
8 actividades antes que en la de la guerra. Es necesario
tener en cuenta también que los piratas de mar, por
molestarse en estar ejercitados, pueden vivir a costa de
hombres mucho más poderosos. Realmente, piratear por
tierra no interesa a los que recogen sus cosechas, sino
a quienes carecen de alimentos; pues, o se cultiva la
tierra, o hay que mantenerse de los que la cultivan. No
hay otro modo de vivir ni de encontrar la paz.

9 Asimismo, se debe recordar esta norma: no marchar
nunca contra enemigos más fuertes, dejando detrás un
paso difícil para los caballos, pues la caída no es igual
10 para el que huye que para el que persigue. Además,
quiero recordar y advertir lo siguiente: hay algunos, por
cierto, que cuando van contra el enemigo confiados en
su propia seguridad, van con fuerzas completamente in-
suficientes, de modo que muchas veces sufren el daño
que pensaban hacerle; y cuando van contra enemigos
cuya inferioridad reconocen claramente, llevan todas las
fuerzas que tienen.

11 Sin embargo, yo afirmo que se debe hacer todo lo
contrario: cuando uno marche convencido de que va a
vencer, no escatime todas las fuerzas que tenga, pues
12 nunca nadie se arrepintió de una victoria total. En cam-
bio, cuando la emprenda contra enemigos mucho más
fuertes y sepa de antemano que hay que hacer lo que
se pueda y luego huir, para tales situaciones, yo asegu-
ro que es mucho mejor llevar unos pocos que todos,

pero que los elegidos, tanto en caballos como en hom-
bres, sean los mejores; pues siendo así, podrán empren-
der alguna acción y, luego, replegarse con más seguri-
dad. Mas si quiere retirarse y los ha llevado a todos 13
contra los más fuertes, necesariamente unos serán apre-
sados sobre los caballos más lentos, otros caerán por
desconocer la equitación y otros serán estorbados por
las dificultades del terreno. Efectivamente, es difícil tam-
bién encontrar tanto espacio como uno desearía. Ade- 14
más, a causa de su gran número también podrían cho-
car y obstaculizarse y, en consecuencia, causarse gra-
ves daños unos a otros. En cambio, los buenos caballos
y jinetes, ellos solos saben escapar, sobre todo si se las
ingenia uno para infundir pánico en los perseguidores
con los jinetes sobrantes. Para ello son adecuadas tam- 15
bién las emboscadas simuladas. Igualmente, es útil bus-
car desde qué posición segura apareciendo de improvi-
so los soldados amigos podrían hacer más lenta la velo-
cidad de los perseguidores.

Pero también está claro que, en esfuerzo y rapidez, 16
tendrían muchas más ventajas pocos, frente a muchos,
que muchos, frente a pocos. Mas no digo que, por ser
pocos, puedan esforzarse más y ser más rápidos, sino
que es más fácil encontrar pocos que muchos, que se
preocupen de los caballos como se debe y que practi-
quen la equitación con sensatez.

Si alguna vez ocurre que hay que luchar contra ji- 17
netes más o menos iguales, yo creo que no será peor
formar cada escuadrón de tribu en dos, y que el jefe
del escuadrón dirija uno, y el otro grupo el que se con-
sidere que es mejor; y éste seguirá en la cola de la for- 18
mación al jefe del escuadrón cierto tiempo; pero cuan-
do ya estén cerca los adversarios, a una orden verbal
avanzará contra los enemigos, pues creo que así les cau-
sará mayor terror y el combate les resultará más difícil.

19 Además, si cada uno de los dos tuviesen infantes y
se mantuvieran ocultos detrás de los jinetes, y aparecie-
sen de improviso por los flancos para lanzarse a una,
conseguirían, a mi parecer, la victoria mucho mejor,
pues veo que lo inesperado, si es bueno, les gusta más
a los hombres, y si es funesto, mayor terror les infunde.
20 Uno puede darse cuenta de ello, si piensa que los sor-
prendidos en las emboscadas se aterrorizan sobremane-
ra, aunque sean muchos más, y que los primeros días
están muy asustados, cuando los enemigos toman posi-
21 ciones unos frente a otros. No es difícil disponer de ese
modo la formación, pero encontrar soldados que se lan-
cen sobre el enemigo con prudencia, valentía y decisión,
22 eso depende ya de un buen jefe de caballería. Es pre-
ciso que él sepa decir [18] y hacer cosas adecuadas para
que los subordinados comprendan que es bueno obede-
cerle, seguirle y avanzar todos a una contra el enemigo
y para que estén deseosos de oírle proponer alguna ac-
ción gloriosa y sepan mantenerse constantes en sus
proyectos.
23 Por otro lado, si alguna vez están dos formaciones
enfrentadas, o bien ocupan posiciones un tanto separa-
das cada una de las dos, y los soldados de caballería
realizan medias vueltas, ataques y repliegues en el cen-
tro, ambas suelen, la mayoría de las veces, arrancar con
lentitud de sus posiciones en las medias vueltas y galo-
24 par en el centro. Mas si uno, primero, da la impresión
de que va a actuar así y, luego, después de la media vuel-
ta, ataca y se repliega al galope, podrá causar daños
enormes al enemigo; y, por supuesto, actuará con gran
seguridad si ataca al galope mientras está cerca de sus
propias fuerzas, y se retira también a galope de las fuer-
25 zas enemigas. Igualmente si puede dejar, sin ser visto,
cuatro o cinco caballos y hombres de los mejores de

[18] Cf., en *De la equit.* 8, 13, la importancia del *lógos*.

cada formación, tendría una gran ventaja para caer so-
bre el enemigo cuando se vuelva para enfrentarse.
Basta leer esas normas unas cuantas veces, aunque 9
el jefe de la caballería debe observar lo que le sucede
en cada actuación y tratar de hacer lo que conviene exa-
minando cada circunstancia. Sin embargo, escribir to-
do cuanto hay que hacer no es más factible, en reali-
dad, que saber todo lo que va a ocurrir [19]. Mas, a mi 2
parecer, el mejor de todos los preceptos es que, cuanto
reconozca que es bueno, procure realizarlo, aunque só-
lo el conocimiento, por acertado que sea, no da frutos
en la agricultura [20] ni en la navegación ni en el cargo,
si no se intenta llevarlo a la práctica con la ayuda de
los dioses.
Yo afirmo también que se completaría mucho antes 3
el número total de mil jinetes asignado a la caballería
e, igualmente, resultaría mucho más fácil para los ciu-
dadanos estableciendo doscientos jinetes extranjeros. En
efecto, me parece que, al añadir ese contingente, se vol-
vería el conjunto de la caballería más disciplinado y com-
petirían más entre ellos en virtud varonil. Al menos yo 4
sé que la caballería lacedemonia empezó a tener fama
después que aceptaron también jinetes extranjeros. Y
veo que las fuerzas extranjeras son tenidas en cuenta
en las demás ciudades en todas partes, porque la nece-
sidad añade gran valor. Pienso que ellos disponen de 5
dinero para el pago de los caballos, incluso los que re-
chazan tajantemente alistarse en la caballería, ya que
están dispuestos a pagar dinero para no servir en ella
aquellos a los que se les obliga a hacerlo, al menos los
ricos incapacitados físicamente y creo que también los
huérfanos de las casas importantes. Pienso también que 6
algunos *metecos* considerarían un honor enrolarse en

[19] Cf. Tuc., II 64.
[20] Cf. *Econ.* 11, 8.

la caballería, pues veo que en todas partes las demás actividades encomiables que les asignan los ciudadanos, algunos realizan perfectamente y con gusto las encomendadas con afán de distinguirse [21].

7 Asimismo, me parece que la infantería es muy eficaz al lado de la caballería, siempre que esté formada por los hombres más enérgicos frente al enemigo.

Todas esas medidas podrían efectuarse con la volun-
8 tad de los dioses [22]. Y si alguien se admira de que haya escrito muchas veces la frase «realizarlo con la ayuda de un dios», sepa bien que se extrañaría menos si hubiera corrido riesgos muchas veces y observara, además, que, en una guerra, los contrarios se acechan mutuamente, pero pocas veces saben qué sentido tiene el
9 enfrentamiento; y no se podrá pedir consejo a nadie que sea capaz de darlo salvo los dioses. En cambio, ellos lo saben todo y se lo advierten a quien quieren, por medio de sacrificios, de augurios, de oráculos y de sueños; y es natural que prefieran aconsejar a aquellos que no preguntan únicamente qué deben hacer, cuando están necesitados, sino que, también, en la buena suerte, honran a los dioses todo lo que pueden.

---

[21] Véase esta misma idea en *Los ingresos públicos o Las rentas* 2, 5.

[22] Termina la obra como la empezó, pidiendo la ayuda de los dioses.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

Academia, 3, 1, 14.
alimentación del caballo, 1, 3; 8, 4.
armadura, 1, 6.
arnés, 8, 4.
auxiliares (de infantería), 5, 13; 8, 19.
ayuda de los dioses, 9, 7 y ss.
ayudantes, 4, 4.

beocios, 7, 3.

caballos (selección), 1, 3, 4, 13, 14, 15.
camuflaje, 4, 11, 12; 8, 25.
cascos, 1, 4, 16.
centinelas, 4, 10 y ss.
conocimiento (del país enemigo), 4, 6.
Consejo, 1, 8, 13; 3, 9, 12, 14.
coros, 1, 26; 3, 2.

Dionisias, 3, 2.
disciplina, 1, 24.

Eleusinio, 3, 2.
emboscadas, 3, 8; 8, 15.
engaño, 5, 2, 3 y ss.
entrenamiento (de jinetes), 1, 5, 6; 8, 3, 4.
escuadrones, 2, 2; 4, 2, 3.
errores (del enemigo), 7, 8 y ss.

Falero, 3, 1.

gastos de la caballería, 1, 19.
guerra, 1, 18, 19; 8, 7; 9, 8.

Hermes, 3, 2.
hipódromo, 3, 1, 10, 11.

infantería, 5, 1; 9, 7.
informadores, 4, 7, 8, 16, 20.

jefe de caballería (hiparco), 1, 7, 8; 2, 7; 3, 1, 5, 6, 11, 13; 4, 1, 6; 5, 1, 9, 13; 6, 1-5; 7, 1-5; 8, 21-24; 9, 1.
jefe de escuadrón, 1, 8, 21 y ss.; 2, 2, 7; 3, 6, 13; 8, 17, 18.
jefes de grupo, 2, 2 y ss.; 4, 9, 10.
jinetes extranjeros, 9, 3-6.
juegos de niños, 5, 10.

lacedemonios, 7, 4; 9, 4.

lanzamiento de jabalina, 1, 6, 21, 25.
Liceo, 3, 1, 6.
lobos, 4, 18-20.

marchas, 4, 1 y ss.
metecos, 9, 6.
milano, 4, 18, 20.
montar (forma de), 1, 17, 18.

número de jinetes, 1, 2, 3, 9-12; 9, 3.

palafreneros, 5, 6.
pelotón de escolta, 1, 25.
piratería, 8, 8.
premios, 1, 26.
prevención (ante el enemigo), 8, 9 y ss.
procesiones (cabalgatas), 2, 1; 3, 2 y ss.
puestos de guardia, 4, 10; 7, 12, 14.

retaguardia, 2, 7.

salidas (de entrenamiento), 1, 18, 20.

táctica (en caso de invasión), 7, 1 y ss.
teatro, 2, 7; 3, 7.

DE LA EQUITACIÓN

INTRODUCCIÓN

El opúsculo *De la equitación* es, sin duda, el mejor de los tratados técnicos de Jenofonte. Para Marchant-Bowersock [1]. es una pieza maestra y subrayan su perfecta ordenación en contraste con el *De la caza;* para Higgins [2]. es un notable ejemplo de este género de escritos imbuidos de espíritu filosófico.

No es el único libro que conocemos sobre la materia, pero sí el más antiguo que conservamos íntegro. su fecha de composición suele situarse en la mitad de la década de los años 360 a. C. [3]. De la obra de Simón a que hace referencia Jenofonte al comienzo de este opúsculo [4] y cuya influencia reconoce, sólo se conserva, en Cambridge, un fragmento de cierta extensión.

El tratado va unido al *El jefe de la caballería, o El hipárquico*, cuyos contenidos se complementan según el propio autor [5].

A pesar de su tecnicismo, no es una obra fría, sino que en ella se refleja un hombre compenetrado con su

---

[1] E. C. Marchant, G. W. Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1971, págs. XXXII y XXXV.

[2] W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 135.

[3] *Ibid.*, pág. 131.

[4] Cf. 1, 1, 3.

[5] Véase 12, 4.

caballo, por el que siente afecto y hasta admiración y al que acaba por transformar en corcel de dioses y héroes [6].

Sobre el buen trato al noble animal son muy expresivas las propias palabras de Jenofonte: «los dioses otorgaron al hombre el enseñar con la palabra lo que se debe hacer, aunque es obvio que con la palabra no puedes enseñar nada al caballo; mas si, cuando actúa como deseas, le muestras tu agrado a cambio, y cuando desobedece, lo castigas, entonces reconocerá generalmente cuál es su deber» [7].

Igualmente no podemos olvidar lo que dice W. Jaeger [8] a este respecto: «El éxito... se presenta aquí como el resultado de una acertada educación...». Cf., en *De la equitación,* sobre la *paideia* del mozo de silla. La idea de la educación, en su cruzada triunfal del siglo IV, no se detiene ante ningún terreno» [9]. Como dice Higgins [10], el éxito del entrenamiento depende más de la persuasión que de la fuerza, y esto es válido también para el caballo.

Veamos brevemente su contenido.

En el capítulo 1, después de aducir que su experiencia en la materia le autoriza a escribir este libro y de, como hemos referido, aludir a la obra de Simón sobre el mismo tema, cuya influencia reconoce, empieza a des-

[6] Cf. 11, 8.

[7] Cf. 8, 13 y 10, 12; 11, 5, 6.

[8] W. JAEGER, *Die Formung des griechischen Menschen = Paideia: los ideales de la cultura griega* [trad. J. XIRAU, W. ROCES], Méjico, 1978 (= 1962), pág. 973.

[9] No es extraño, pues, que en el opúsculo nos encontremos cinco veces con el término *didáskō* (6, 9; 8, 13 —dos veces—; 10, 3 y 11, 4); dos veces, con *dídagma* (6, 13; 9, 10); una, con *didaskálion* (11, 5); dos, con *paideúo* (5, 1; 10, 6), amén de otros términos afines.

[10] HIGGINS, *Xen. the Athenian...*, pág. 137.

cribir las partes del caballo empezando por los cascos delanteros, de modo que se conozca bien al animal y se sepa comprar un buen potro. En el capítulo 2 da unas instrucciones muy breves sobre la doma del potro. En el 3 se ocupa de las cualidades que debe tener el caballo que se compra ya domado. En el 4, de las condiciones del establo o caballeriza. En el 5, de las reglas que debe saber el palafrenero sobre el modo de atar al caballo, sobre el bozal y, principalmente, sobre la manera de almohazarlo. En el 6 se hacen otras observaciones sobre el almohazamiento, sobre la forma de llevar el caballo, sobre la colocación del freno y el modo de tratarlo cuando está encabritado. En el 7, de las riendas, de la forma de montar y de sentarse, de iniciar la carrera, de las clases de equitación y cómo hay que concluirlas. En el capítulo 8 presenta los diversos ejercicios que deben realizarse: saltos de fosos, saltos en general, carreras por pendientes, cuestas y en oblicuo; entrenamientos con otra persona. En el 9 habla de cómo tratar al caballo brioso y al flojo. En el 10, de la forma de conseguir un aire arrogante, de las clases de frenos y del modo de llevar al animal con gallardía. El 11 lo dedica a las cualidades especiales que debe poseer y a los ejercicios que debe realizar el caballo de exhibición o de procesiones y cabalgatas para procurar un bello espectáculo. En el capítulo último expone las armas defensivas y ofensivas, tanto del caballo como del caballero, y el modo de lanzar estas últimas.

Concluye el tratado con una alusión al libro dedicado al jefe de la caballería imprecindible para completar el tema, sobre todo en el aspecto militar.

Como se ve, no falta nada de lo esperado en un tratado técnico, desde una introducción y conclusión con bibliografía, diríamos hoy, pasando por una exposición perfectamente hilvanada de los diversos aspectos de la materia. Y todo ello, para lograr el doble objetivo de

atraer en las procesiones la admiración de los espectadores ante un caballo magnífico, pues también «cabalgando en caballos semejantes son representados dioses y héroes, y los hombres que los utilizan con prestancia causan una impresión magnífica»[11], y aventajar al enemigo en un futuro enfrentamiento. En una palabra, conseguir que un hombre excelente sobre un caballo excelente preste un servicio mejor a los dioses y a la ciudad.

Traducciones

En nuestra lengua no podemos citar más que la conocida traducción de Gracián.

La más antigua de las europeas es, sin duda, la italiana de 1580, *Il modo del cavalcare scritto da Xenofonte.*

P. L. Courier, oficial del ejército de Napoleón, la tradujo al francés junto con *El Hipárquico.* De este siglo son las versiones de P. Chambry, que comprende también la *Ciropedia* y *El hipárquico*, y la más reciente de E. Delebecque, año 1950, en «Les Belles Lettres».

En inglés debe citarse la de Marchant-Bowersock, dentro de los *Scripta minora* de 1968 (= 1925), y la de J. K. Anderson, de 1961, que figura como apéndice de su *Ancient Greek Horsemanship.*

Por último, no se puede olvidar la traducción alemana de Kl. Widdra, de 1965.

Texto adoptado

El texto adoptado es el de E. C. Marchant, en los «Oxford Classical Texts» (1920), salvo en los pasajes siguientes, que se han traducido adoptando la lectura de

[11] Cf. 11, 8, 9.

la edición de Marchant-Bowersock, en la «Loeb Classical Library» (1968 [= 1925]).

	Ed. de la «Loeb»	Ed. de Oxford
1,17	θαρροῦντες δοκιμάζοιμεν ἄν· πολλῷ γάρ...	θαρρῶν τις δοκιμάζοι ἄν· πολὺ γαρ...
6,3	κάλλιστα δ' ἄν	πλεῖστα δ' ἄν
10,13	ὡς παύσασθαι βουλόμενον	ὡς ἱππάσασθαι βουλόμενον
11,9	σφόδρα ἀγαστόν, ὡς...	σφόδρα [ἢ καλόν ἢ δεινὸν ἢ] ἀγαστὸν [ἢ θαυμαστόν], ὡς...

BIBLIOGRAFÍA

Además de las ediciones y otras obras relacionadas con *De la equitación,* ya citadas, ténganse en cuenta las siguientes:

Kl. Widdra, *De re equestri* (Teubner), Leipzig, 1964 (= 1945).

Texto y traducción:

E. Delebecque, *Xénophon. De l'art équestre* (Les Belles Lettres), París, 1978.

Kl. Widdra, *Xenophon: Reitkunst,* Berlin, 1965.

Traducciones:

J. K. Anderson, *Ancient Greek Horsemanship,* Univ. of California Pr., 1961 (con traducción, en un apéndice, de *On Equitation).*

Como nos consideramos expertos en equitación por haber sido jinetes durante mucho tiempo[1], deseamos también enseñar a los amigos más jóvenes el procedimiento que juzgamos más correcto en su trato con los caballos. También escribió, por cierto, sobre la equitación Simón[2], quien, además, ofrendó un caballo de bronce en Atenas, en el Eleusinio, y grabó en la base sus propias hazañas. En verdad, nosotros al menos no vamos a eliminar de nuestro tratado todo cuanto se reconozca que coincide con el suyo; al contrario, lo transmitiremos a los amigos con mucho más gusto, pues opinamos que merecen mucho más crédito las ideas suyas que coinciden con las nuestras, ya que era un buen jinete. Además, todo lo que a él se le pasó por alto trataremos de descubrirlo nosotros. 1

En primer lugar, describiremos cómo a uno se le puede engañar en la compra de un caballo.

Es evidente que se debe comprobar, incluso, el buen estado físico del potro aún no domado, ya que todavía no presenta pruebas claras de su carácter el caballo que aún no ha sido montado.

---

[1] Jenofonte formó en las filas de la caballería ateniense en los últimos años de la Guerra del Peloponeso, 409 a. C. y sigs., durante el breve régimen oligárquico de los Treinta, organizó un pequeño escuadrón para cubrir la retirada de los Diez mil, y probablemente, participó con Agesilao en la creación de la caballería y luchó con ella durante la campaña del rey en Asia Menor.

[2] De la obra de este autor sólo se conserva un fragmento de cierta extensión.

2 A su vez, en lo que se refiere al cuerpo, afirmamos que es necesario examinar, ante todo, los pies. Efectivamente, como no tendría ninguna utilidad una casa si la parte superior fuese muy hermosa, pero no estuviesen los cimientos como es necesario, igualmente no sería de ninguna utilidad un caballo dedicado a la guerra si fuese de pies defectuosos aunque bueno en todo lo demás, pues lógicamente no podría sacar ningún provecho de ninguna de sus buenas cualidades.

3 Se podrían comprobar sus pies examinando, primero, los cascos. Realmente, los gruesos aventajan mucho a los delgados para la buena disposición de sus patas. Luego, no debe pasar inadvertido, además, si los cascos, delante y detrás, son altos o bajos, o incluso a ras del suelo; pues los altos mantienen lejos del suelo la llamada golondrina [3], mientras que los bajos andan a la vez con la parte más dura y la más blanda del pie, como las personas patizambas. Afirma Simón que también por el ruido se muestran los buenos pies, y habla con razón, ya que el casco cóncavo, al golpear el suelo, resuena como un címbalo.

4 Ya que empezamos por aquí, subiremos por esta parte hacia el resto del cuerpo [4].

Es preciso, asimismo, que los huesos situados encima del casco y por debajo de las cuartillas no sean demasiado rectos como los de una cabra. Efectivamente, si son demasiado resistentes, tales pies fatigan con sus sacudidas al que monta y se abrasan con más facilidad. Tampoco deben ser demasiado bajos esos huesos, pues se despellejarían y se ulcerarían las cuartillas al andar el caballo entre terrones o entre piedras.

5 Es necesario, igualmente, que los huesos de las piernas sean fuertes, pues ellos son los soportes del cuerpo;

[3] O «hueco bajo la córnea del pie» *(Dicc. de la Real Academia)*.

[4] En realidad, este orden no es casual, pues lo sigue también Simón.

pero, por supuesto, no gruesos en venas ni en carnes, de lo contrario, cuando ande por terrenos duros acabarán llenándose de sangre, se originarán varices, se hincharán las patas y caerá la piel, y al perderla, también se dislocará el peroné [5] con frecuencia volviendo cojo al caballo. A su vez, si el potro dobla las rodillas con 6 soltura al andar, puedes conjeturar que, cuando sea montado, también tendrá soltura en las piernas, pues con el tiempo todos doblan las rodillas con demasiada soltura. Las sueltas son estimadas justamente, ya que vuelven al caballo más infatigable y sin pasos en falso, mejor que las patas duras.

En cambio, los muslos que están bajo [6] los omópla- 7 tos o espaldilla, si son gruesos, parecen más fuertes y de mejor aspecto, como los del hombre. Asimismo, el pecho, si es bastante ancho, es por naturaleza más bello y fuerte, y más adecuado para mantener las patas separadas y no cruzadas.

A su vez, su cuello, que no nazca del pecho caído co- 8 mo el del jabalí, sino que llegue recto a la cresta como el del gallo, pero que sea flexible en la juntura; y la cabeza, huesuda, pero que tenga mejillas pequeñas. Así, su nuca estará delante del que monta y su vista verá lo que tiene ante sus pies; en consecuencia, el que tenga tal figura será forzado lo mínimo aunque sea muy brioso. En efecto, los caballos no intentan lanzarse doblando el cuello y la cabeza, sino tensándolo. Es necesario 9 examinar también si las quijadas son duras o blandas ambas, o sólo una de ellas, pues los que no las tienen iguales llegan a ser de quijadas diferentes en sensibilidad la mayoría de las veces.

[5] E. C. Marchant, G. W. Bowersock *(Xen. VII. Scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1971) recuerdan que este término no es adecuado en el caso de la pierna del caballo.

[6] Son, sin duda, los antebrazos o brazuelos, y no los encuentros.

Asimismo, el caballo de ojos saltones parece que es más despierto que el de ojos hundidos y puede ver mejor.
10 Igualmente, los ollares dilatados son más adecuados para respirar que los recogidos y, a la vez, hacen al caballo más sobrecogedor, pues cuando se encabrita a un caballo con otro caballo o se llena de brío en la equita-
11 ción, efectivamente ensancha más las narices. También una cresta un tanto grande y unas orejas un poco pequeñas vuelven, realmente, más característica la cabeza del caballo.

A su vez, la cruz alta ofrece al que monta un asiento más seguro, y a los hombros y al cuerpo una adherencia más fuerte. El lomo que dobla en dos[7] es más blando para sentarse y más agradable a la vista que el sencillo.

12 También las costillas un tanto hundidas e infladas hacia el vientre hacen al caballo de asiento más sólido y, a la vez, más fuerte, y da la sensación de estar mucho mejor alimentado.

Por otra parte, cuanto más anchas y cortas sean las ancas, con tanta mayor facilidad alza el caballo el cuarto delantero y recoge el cuarto trasero. Además, el vientre parece entonces muy pequeño; el cual, por un lado, si es grande, afea especialmente al caballo, y por otro, hace también al caballo más débil y pesado.

13 En cambio, los ijares deben ser anchos y musculosos para que estén en proporción con las costillas y el pecho. Si todas las partes son sólidas, serán más ligeras las que se relacionan con la carrera y volverán más ve-
14 loz al caballo. Si, además, tiene los muslos de debajo de la cola separados con un trazo ancho, entonces también recogerá bajo el vientre sus patas traseras bien extendidas. Al hacer esto, hará más terrorífica y, a la vez,

[7] Recuérdese que no conocían la silla, propiamente dicha, ni la herradura, el estribo o la barbada.

más fuerte la montura, e igualmente la carrera, y será en todo superior a sí mismo. Además, puede probarlo por lo que hacen los hombres. Efectivamente, cuando quieren levantar algo del suelo, todos intentan realizarlo abriendo las piernas y no juntándolas.

Es preciso también que no tenga grandes los testícu- 15
los, cosa que no se puede observar en el potro.

Sobre las partes bajas traseras, corvejones y cañas, y cuartillas y cascos, decimos lo mismo que sobre las delanteras.

Quiero escribir otra cosa sobre la alzada en que uno 16
difícilmente fallaría. Lógicamente, si las cañas de cualquier recién nacido son muy largas, ese llegará a ser alto, pues andando el tiempo las patas de todos los cuadrúpedos no crecen mucho de tamaño, y con relación a ellas crecerá, a su vez, el resto del cuerpo como si
estuviese acorde en la medida. Si se comprueba de este 17
modo el aspecto del potro, me parece natural que, especialmente así, consigamos uno de buenos pies, fuerte, musculoso, de buen porte y buena alzada; y, aunque algunos al crecer cambien, lo comprobaríamos, sin embargo, de este modo sin dudar[8], pues en verdad, muchísimos más de los deformes se vuelven útiles, que deformes, de entre los que tienen tales cualidades.

Por otra parte, no nos parece que tengamos que expli- 2
car cómo se debe domar a los potros. Realmente, en las ciudades, los mejor dotados de bienes y que no tienen una participación pequeña en el gobierno de ella, son los que forman en la caballería; y es mucho mejor para el joven cuidarse de su buen estado, que de domar potros, y, si conoce ya la equitación, ejercitarse en cabalgar. Para el mayor de la familia, es, de igual modo, mejor cuidarse de sus amigos y de los asuntos políticos y militares, que gastar el tiempo en domar potros.

[8] Seguimos aquí el texto de la «Loeb».

2 El que opine como yo sobre la doma de potros es evi-
dente que entregará en arriendo el potro. Pero debe en-
tregarlo, lo mismo que cuando entrega a su hijo para
que aprenda un oficio, después de haber redactado por
escrito lo que debe saber cuando se lo devuelvan. En
consecuencia, el domador de potros tendrá las subsi-
guientes reglas, que cumplirá obligatoriamente si pre-
3 tende cobrar un sueldo a cambio. Ahora bien, hay que
preocuparse por entregar al domador el potro manso,
acostumbrado a la mano y amigo del hombre. Realmen-
te, la mayoría de las veces se consigue eso en casa por
medio del palafrenero, siempre que sepa arreglárselas
para que coincida el que sienta hambre y sed y picadu-
ras de tábanos con su ausencia, y, en cambio, coma,
beba y sea librado de lo que le molesta por medio de
las personas. Si se realiza esto, es lógico que, por fuer-
za, los hombres no sólo sean queridos por los potros,
4 sino, incluso, añorados. Es preciso, además, tocar aque-
llas partes del caballo que le gusta que sean acariciadas,
esto es, las más pilosas y las que el propio caballo no
5 puede atender cuando siente molestias. Encárguese tam-
bién al palafrenero pasar entre la multitud y acostum-
brar sus ojos a todo tipo de cosas y sus oídos a toda
clase de ruidos. Sin irritarlo, sino calmándolo, es nece-
sario enseñar al potro que no es peligroso todo lo que
le infunde pavor.

Sobre la doma de potros me parece que ya se han dicho al profano las cosas más importantes que se realizan.

3 A su vez, para cuando se compre un caballo que ya
ha sido montado, vamos a escribir las reglas que debe
conocer bien quien pretenda no ser engañado en la com-
pra. En primer lugar, no le pase inadvertido, por su-
puesto, la edad que tiene. Efectivamente, el que no ten-
ga ya ningún diente indicador [9] no gozará de muchas es-

[9] En griego, en realidad, sólo se dice «indicadores» *(gnṓmonas).*

peranzas ni tampoco se podrá librar fácilmente de él.

Mas cuando su juventud es evidente, es preciso, a 2
su vez, que no pase inadvertido cómo acepta el freno
en su boca y la correa superior alrededor de sus orejas.
Esto no se puede ocultar, si, en presencia del compra-
dor, pone el freno y, en su presencia, se lo quita.

Luego, es preciso fijarse en cómo acoge en su lomo 3
al que le monta, ya que muchos caballos admiten difí-
cilmente aquello que les es manifiesto que, una vez ad-
mitido, les supondrá forzosamente un trabajo.

Hay que atender también a lo siguiente: si, una vez 4
montado, quiere apartarse de los caballos o si, cabal-
gando junto a otros que están parados, no sale de junto
a ellos. Hay algunos que por una defectuosa educación
huyen de las maniobras hacia las salidas que llevan al
establo.

A su vez, delatan a los caballos de quijadas de cons- 5
titución diferente el llamado galope de «traba» [10] y mu-
cho mejor el cambio de la marcha, ya que muchos no
aceptan salir, a menos que coincida la quijada defecto-
sa con la salida a casa. Asimismo, es preciso saber tam-
bién si cuando se lanza al galope, se detiene en breve
espacio y quiere volver. Es bueno también no carecer 6
de experiencia, si, cuando es levantado a golpes, quiere
igualmente obedecer. Pues, sin duda, es inútil un cria-
do o un ejército desobediente, pero un caballo desobe-
diente no sólo es inútil, sino que, además, muchas veces
se comporta como un traidor.

Puesto que nos proponemos comprar un caballo ap- 7
to para la guerra, lógicamente se ha de comprobar todo

[10] Sin duda se refiere, como dan a entender Marchant-Bowersock, a un ejercicio con un recorrido corto de ida y vuelta parecido, en esquema, a la «traba», que es lo que significa el término griego *pédē*, o en figura de ocho y no al paso de ambladura, andadura o paso portante. Cf. 7, 13.

cuanto ésta exige, esto es, saltar fosos, pasar sobre muros, lanzarse sobre ribazos y bajar de ellos, y comprobar, asimismo, que marcha por cuestas y pendientes y en oblicuo, pues todos esos ejercicios garantizan un brío
8 constante y un cuerpo sano. No obstante, no hay que desestimar al caballo que no haga perfectamente todo eso, pues muchos se quedan atrás en esos ejercicios no porque no puedan, sino porque carecen de experiencia; pero, una vez que han aprendido, se han acostumbrado y ejercitado, pueden hacer perfectamente todo eso, siempre que, por otra parte, estén sanos y no sean defectuosos. En cambio, se han de evitar los de natural receloso,
9 pues a los demasiado asustadizos no se les puede utilizar para dañar al enemigo, y, muchas veces, hacen caer al que monta y lo ponen en situaciones muy difíciles.

10 Se debe examinar, asimismo, si el caballo tiene alguna dificultad, sea con otros caballos sea con el hombre, y también si es difícil de almohazar, pues todas esas cosas son molestas para sus dueños.

11 Los impedimentos relacionados con el freno y la montura y los demás movimientos de cabeza los podría reconocer uno mucho mejor, si, cuando el caballo ya está cansado, intenta hacer de nuevo todo exactamente igual que antes de empezar a cabalgar. Naturalmente, los que, estando fatigados, aceptan someterse a nuevas fatigas, esto es suficiente prueba de un brío resistente.

12 Resumiendo, cualquier caballo que sea de pies bien formados, manso, bastante rápido, que acepte y pueda soportar esfuerzos y que, sobre todo, obedezca, ése será, lógicamente, el menos molesto y el mejor protector del que monta en las acciones de guerra; mas los que necesitan de un gran acicate a causa de su flojedad, o por ser demasiado fogosos requieren muchos halagos y atenciones, distraen las manos del que monta y le infunden desánimo en los peligros.

Por otro lado, si un hombre queda prendado de un 4
caballo, lo compra y se lo lleva a su casa, es bueno que el establo esté en tal lugar de la casa, que el dueño pueda verlo a menudo. Es bueno también arreglar la caballeriza de modo que no se pueda robar el alimento del pesebre del caballo con mayor facilidad que el de la despensa del dueño. Quien es negligente en esto, en mi opinión se despreocupa de sí mismo, pues es evidente que, en los peligros, el dueño deposita su propia vida
en el caballo. Es bueno un establo seguro no sólo para 2
que no sea sustraído el alimento, sino para que se vea si el caballo lo tira, pues si uno se da cuenta de esto, puede saber que el cuerpo requiere cuidado por exceso de sangre, o que necesita descanso por estar excesivamente cansado o que le aqueja una indigestión de cebada o cualquier otro achaque. Como en el hombre, igualmente en el caballo todo es más fácil de curar al principio que después que se encona y, sobre todo, si se aplica un tratamiento erróneo a la enfermedad.

Del mismo modo que hay que cuidar del alimento 3
del caballo y de los ejercicios para que el cuerpo sea vigoroso, exactamente igual hay que ejercitar sus remos. Naturalmente, los establos húmedos y suaves perjudican, incluso, a los cascos sólidos. Para evitar la humedad, deben tener un desagüe, y para que no sean blandos, piedras incrustadas unas en otras, de tamaño parecido al de los cascos... pues los tales establos... endurecen además los pies que lo pisan.

A su vez, el caballo debe ser sacado por el palafrene- 4
ro al lugar donde lo almohaza, y lo debe desatar lejos del pesebre después del almuerzo, para que, luego, vaya a cenar con más ganas. El patio del establo será mejor y fortalecerá sus pies de la siguiente manera: echando cuatro o cinco carros de piedras redondas mezcladas, de un tamaño que se llenen las dos manos y con un peso de una mina aproximadamente, y rodeándolas,

además, de un cerco de hierro para que no queden sueltas. Efectivamente, pisarlas es como caminar habitual-
5 mente parte del día por un camino pedregoso. Forzosamente cuando es almohazado y picado por tábanos, usará los cascos igual que cuando anda; además, las piedras echadas de esa forma endurecen las golondrinas de sus pies.

Igual que en relación con los cascos hay que cuidar de que sean sólidos, del mismo modo hay que cuidar de que las partes de la boca sean blandas. Las mismas cosas que tornan suaves las carnes del hombre tornan suave la boca del caballo.

5 Nos parece que es propio de un buen jinete enseñar, además, al palafrenero lo que debe hacer con el caballo.

Primero, ciertamente, debe él saber que nunca se hace el nudo del cabestro que lo sujeta al pesebre donde se pone la correa superior, pues el caballo se rasca a menudo la cabeza en el pesebre y, si no se coloca el cabestro con holgura alrededor de las orejas, se puede hacer llaga generalmente. A su vez, si se llagan esas partes, necesariamente el caballo será algo díscolo al em-
2 bridarlo y almohazarlo. Asimismo, es bueno que el palafrenero tenga el encargo de retirar cada día el estiércol y la cama del caballo a un sitio determinado, pues si lo hace, lo sacará con mayor facilidad y, a la vez,
3 será beneficioso para el caballo. También es necesario que el palafrenero sepa poner el bozal al animal cuando lo saque para almohazarlo y llevarlo al revolcadero. Igualmente, a donde lo lleve sin freno siempre debe ir embozado, pues el bozal no impide respirar, pero sí morder. Además, si lo tiene puesto, se evita mejor que el caballo ataque.

4 Se debe atar al caballo por la parte superior de la cabeza, pues todos tienden instintivamente a esquivar hacia arriba todo lo que les molesta en torno a su cara.

Si está atado así, al levantar la cabeza, más bien afloja las ataduras, pero no las rompe.

Cuando se almohaza, empiécese por la cabeza y las 5
crines, ya que si no están limpias las partes superiores, es inútil limpiar las inferiores. Después, pasando a contrapelo por el resto del cuerpo con todos los instrumentos de limpieza, hay que sacudir el polvo en la dirección natural del pelo. Mas no se deben tocar los pelos del espinazo con ningún instrumento, sino frotar y suavizar con las manos según la inclinación natural que tienen; pues, así, jamás se dañará el asiento del caballo.
Es necesario lavar bien la cabeza con agua, ya que, co- 6
mo es huesuda, si se limpia con instrumentos de hierro o de madera, se lastima al caballo. También es necesario mojar el copete, dado que esas crines, aunque sean muy largas, no impiden ver al caballo y espantan de sus ojos lo que le molesta. Se debe creer que los dioses han dado al caballo esas crines, en lugar de las grandes orejas que dieron a los asnos y mulos como defensas de sus ojos.

Debe lavarse también la cola y las crines, puesto que 7
es necesario que crezcan las crines: las de la cola, para que alcancen lo más posible y así espante el caballo aquello que le molesta, y las del cuello, para que el que monta tenga un asidero lo más generoso posible. En verdad, 8
han sido dadas al caballo de parte de los dioses y como ornato crines, copete y, además, cola. La prueba es que, efectivamente, las yeguas no soportan lo mismo a los asnos en el acoplamiento, mientras tienen el pelo largo [11]. Por lo cual, para la cubrición cortan el pelo a las yeguas todos los que hacen que sean montadas por asnos.

Suprimimos, en cambio, el lavado de los pies, pues 9
no ayuda nada y daña los cascos el mojarlos cada día.

[11] Esta observación no es correcta, según los entendidos.

Hay que disminuir también la limpieza excesiva del vientre, pues molesta enormemente al animal. Cuanto más limpias estén esas partes, tanto más se concentran bajo el vientre bichos molestos. Además, aunque uno se esfuerce mucho en limpiar esas partes, en cuanto sale fuera el caballo, inmediatamente se pone igual que aquellos que no se lavaron. En consecuencia, es necesario dejar esas partes. Igualmente, el almohazamiento de las extremidades hecho sólo con las manos es suficiente.

6 Enseñaremos, además, cómo se puede almohazar de la forma menos peligrosa para uno mismo y más beneficiosa para el animal. Por supuesto, si lo limpia mirando en la misma dirección que el caballo, corre el riesgo de recibir un golpe en el rostro con la rodilla y el casco,
2 mas si lo hace mirando en dirección contraria al caballo y fuera de sus remos, y lo cepilla apoyándose en sus omóplatos, entonces no le ocurrirá nada y podrá, incluso, atender la golondrina del caballo levantando el casco. De la misma manera limpie también los remos
3 posteriores. Quien anda con caballos debe saber que hay que acercarse lo menos posible a la cara y cola del animal, tanto para limpiarlo como para todo lo demás que tenga que hacer, pues si el caballo intenta atacar por estos dos lados puede con el hombre; pero si uno se acerca de lado, podrá utilizarlo sin el menor daño para él y de la mejor forma [12].

4 Cuando haya que llevar el caballo, el conducirlo yendo detrás no lo aprobamos por las siguientes razones: porque así es imposible que se pueda guardar quien lo lleva y, en cambio, el caballo puede hacer muchísimo
5 mejor lo que quiera. Por otra parte, nos parece mal también enseñar al caballo a ser conducido de lejos, con un cabestro largo, ya que, naturalmente, puede el caballo molestar por cualquier lado, y puede, además, volverse y enfrentarse al que lo lleva. Y si se lleva de esa 6
forma a varios caballos juntos, ¿cómo se los podría separar unos de otros? En cambio, un caballo acostumbrado a ser conducido por el lado, podrá molestar menos a otros caballos y a las personas y estará muy bien preparado siempre que el jinete necesite montar con rapidez.

[12] Se sigue el texto de la «Loeb».

Para que el palafrenero coloque correctamente el fre- 7
no, que se acerque, primero, por la izquierda del caballo. Luego, después de haber pasado las riendas sobre su cabeza, que las deje caer sobre la cruz, levante con la derecha la correa superior y coloque el bocado con
la izquierda. Si lo acepta, naturalmente se debe poner 8
la frontalera, y si no abre la boca, se debe mantener el freno junto a los dientes y empujarlo hacia el interior de la mandíbula del caballo con el dedo gordo de la mano izquierda, pues si se hace esto, la mayoría relajan la boca. Mas, si ni aun así hay que oprimir su labio contra el diente canino. Realmente, muy pocos no aceptan si sufren esa presión.

Tenga bien aprendido, además, el palafrenero lo si- 9
guiente: primero, que nunca lleve de la rienda al caballo, pues lo vuelve de diferente sensibilidad en las quijadas; luego, qué distancia debe haber del bocado a las quijadas, pues unas suelen encallecer su boca en esa parte tanto que no es lo bastante sensible, y otros, haciéndolo caer hacia el fondo de la boca, le permiten mor-
der el bocado y no obedecer a él. Es necesario, tam- 10
bién, que el palafrenero observe lo siguiente: si el caballo no acepta fácilmente el freno al darse cuenta de que debe trabajar. Efectivamente, tan importante es que el caballo consienta en tomar el freno, que el que no lo
acepta es completamente inútil. Mas si no se le embri- 11
da únicamente cuando va a hacer un esfuerzo, sino también cuando va a comer y cuando regresa de la equita-

ción a casa, no sería nada extraño que espontáneamen-
te arrebate el freno que se le pone delante.
12 Asimismo, es bueno que el palafrenero sepa montar
al modo persa [13], de modo que el propio dueño, cuan-
do esté enfermo o sea de edad avanzada, tenga quien
le facilite montar y atienda con agrado a cualquier otra
persona si desea que le ayuden a montar.
13 No acercarse jamás a un caballo encolerizado, esto
solo es la mejor lección y norma con respecto al ani-
mal, pues la cólera es irreflexiva, y muchas veces mue-
14 ve a hacer cosas de las que hay que arrepentirse. Cuan-
do el caballo recela de algo y no quiere acercarse, hay
que enseñarle que no es peligroso, especialmente para
un caballo de brío; y en caso contrario, tocar uno mis-
mo lo que parece peligroso e ir acercando al caballo
15 suavemente. En cambio, aquellos que los obligan a gol-
pes les infunden mayor terror aún, pues creen los caba-
llos, cuando en tal situación sufren algún castigo, que
16 su causa es aquello que temían. Cuando el palafrenero
entregue el caballo al que monta, que el caballo sepa
agacharse, de forma que sea fácil subirse, no nos pare-
ce mal; ahora bien pensamos que el jinete debe ejerci-
tarse y saber montar aun cuando el caballo no lo facili-
te; pues unas veces la ocasión nos brinda un caballo
distinto, y otras, el mismo actúa de forma diferente.
7 Ahora describiremos todo aquello que, si lo hace el
jinete, puede ser muy útil para sí mismo y para el ani-
mal en la equitación cuando reciba el caballo para mon-
tarlo. Primero, se debe tomar con apresto en la mano
izquierda la rienda que cuelga del bridón o de la anilla
del freno, y tan floja, que no tire para atrás del caballo
si pretende subir cogiéndose de las crines próximas a
las orejas, ni si salta apoyado en la lanza. Con la dere-
cha tome las riendas y, a la vez, las crines junto a la

[13] Cf. *El jefe de la caballería o El hipárquico* I, 17.

cruz para que, al montar, nunca dé un tirón con el fre-
no de la boca del caballo.
Segundo, después que se alce para la acción de mon- 2
tar, con la izquierda tire de su cuerpo como con una
correa y, al mismo tiempo, extienda la derecha y súba-
se apoyado así; pues si monta de esta manera, no ofre-
cerá por detrás un desagradable espectáculo con la pier-
na contraída. Igualmente, no ponga la rodilla sobre el
lomo del caballo, mas pase por encima la pierna sobre
el costado derecho. Y cuando pase el pie, ponga tam-
bién entonces sus nalgas sobre el caballo.
Si se da el caso de que el jinete conduce el caballo 3
con la izquierda y sostiene la lanza con la derecha, nos
parece bueno también que se ejercite en saltar por el
lado derecho.
No se necesita saber hacer nada más que lo que, en
un caso, se hacía con la parte derecha del cuerpo, ha-
cerlo con la parte izquierda, y lo que, en otro, con la
izquierda, hacerlo con la derecha. Recomendamos esa 4
forma de montar, porque se puede, al mismo tiempo,
estar montado y tener todo preparado por si hubiera
que enfrentarse de improviso con el enemigo.
Cuando se siente, sea a pelo o sobre un paño [14], no 5
recomendamos la posición como si fuera sobre un ca-
rro, sino recto, como si estuviese andando, con las pier-
nas bien abiertas, pues así se agarrará mejor al caballo
con los dos muslos, y, si está recto, podrá disparar y
herir desde el caballo con más fuerza, si fuera pre-
ciso. Es necesario, además, dejar suelta desde la rodi- 6
lla la pierna y el pie, pues si la mantiene fija y choca
con algo, se puede romper. En cambio, si la pierna que-
da libre y cae algún objeto sobre ella, cederá y no

[14] El término griego *tò ephípion* no puede traducirse por nuestra silla o sillín, pues los griegos no lo conocían. Cf., sin embargo, E. Delebecque, *Xénophon. De l'art équestre*, París, 1978, págs. 77 y sigs.

7 moverá el muslo en absoluto. Es preciso, asimismo, que
el jinete se acostumbre a que su propio cuerpo, de ca-
deras arriba, quede lo más libre posible, pues de este
modo podrá hacer mayores esfuerzos, e incluso si al-
guien lo arrastra o empuja, caerá con menos facilidad.
8 Asimismo, cuando esté ya sentado, debe, primero,
enseñar al caballo a mantenerse quieto hasta que estire
los faldones en caso necesario, ponga simétricas las rien-
das y tome la lanza de la forma más cómoda, y segun-
do, mantener el brazo izquierdo pegado al costado, pues
9 así el jinete será muy ligero y su mano muy firme. Tam-
bién recomendamos que las riendas sean iguales, y que
no sean débiles ni resbaladizas ni gruesas para que la
mano pueda coger la lanza cuando sea necesario.
10 Cuando se dé al caballo la señal de avanzar, comien-
ce paso a paso, pues esto evita al máximo cualquier in-
conveniente. Llévelo más alto con las riendas en las ma-
nos, si el caballo se inclinase excesivamente a un lado,
y más bajo, si levantase demasiado la cabeza, ya que
11 de esta forma adornará más su figura. Después de esto,
si corre al trote que le es natural, relajará su cuerpo
de la forma menos molesta y llegará a correr al galope
muy a gusto. Asimismo, puesto que realmente es mejor
visto, en general, comenzar con el izquierdo, puede em-
pezar, de ordinario, por ese lado de la siguiente mane-
ra: si, cuando va al trote, pisa con el derecho, entonces
12 se da al caballo la señal de correr al galope, pues al
ir a levantar el izquierdo puede comenzar por ése, y
cuando se vuelve sobre los remos de la parte izquierda,
entonces desea incluso iniciar el primer salto de la ca-
rrera a galope. En consecuencia, cuando se vuelve ha-
cia la derecha, es natural guiar al caballo con la dere-
cha, y cuando se vuelve hacia la izquierda, con la
izquierda.
13 Igualmente, recomendamos la equitación llamada de
«traba», pues acostumbra al caballo a volverse sobre

ambas mandíbulas. Asimismo, es bueno cambiar la equi-
tación para que ambas mandíbulas se ejerciten del mis-
mo modo con cada una de las dos clases de equitación.
Recomendamos, además, la de «traba de distinto reco- 14
rrido» en cada sentido, con preferencia a la «circu-
lar» [15], pues así el caballo dará la vuelta con más gus-
to, por estar ya harto de hacer siempre lo mismo, y se
ejercitará al mismo tiempo en carreras y en vueltas.
Hay que detenerlo un poco en las vueltas, pues no 15
es fácil ni seguro para el caballo doblar en poco espa-
cio cuando va al galope, sobre todo si la zona es dura
o resbaladiza.
A su vez, al detenerlo, jamás se debe inclinar uno 16
mismo; de lo contrario, hay que saber bien que el me-
nor pretexto bastará para echarle por tierra a él y al
caballo. Después que el caballo tenga ante su vista el 17
tramo recto desde la misma vuelta, en ese momento lán-
celo a toda velocidad, pues es evidente que en las gue-
rras las medias vueltas son causadas por tener que per-
seguir o retirarse. Es bueno, pues, entretenerse en
tomar velocidad una vez dada la vuelta. Y cuando pa- 18
rezca que el ejercicio es ya suficiente para el caballo,
después de descansar, es bueno también volver a lan-
zarse de repente a la mayor velocidad posible, por su-
puesto desde y no hacia otros caballos, y pararse en
el menor espacio posible en medio de la carrera, y, una
vez parado, dar media vuelta y lanzarse de nuevo, por-
que es previsible que venga un día en que precise cada
uno de esos dos ejercicios. A su vez, cuando llegue el 19
momento de apearse, jamás se apee entre caballos ni
junto a un grupo de personas ni fuera del lugar de la
equitación, sino que, precisamente, allí donde el caba-
llo es forzado a trabajar, allí también logre su bienestar.

[15] Los términos griegos son *pédē heteromēkēs* y *kykloterēs*. Cf., también, n. 10. Marchant-Bowersock traducen el primero por *manage*.

8 Puesto que hay zonas donde el caballo tendrá que correr por pendientes, por cuestas y en oblicuo, pasar saltando, lanzarse fuera y saltar de arriba abajo, es preciso enseñarle todos estos ejercicios, y ejercitarse uno mismo y ejercitar al caballo, pues así se salvarán mutuamente y, en unión, se mostrarán más eficaces.

2 Si alguien piensa que nos repetimos, porque ahora hablamos de lo mismo que tratamos antes, esto no es una repetición, pues, al comprar, exigíamos comprobar si el caballo podría hacerlo, y ahora afirmamos que es necesario enseñarlo al caballo propio y vamos a escri-
3 bir cómo se le debe enseñar [16]. Naturalmente, quien tome un caballo completamente inexperto en el salto, debe atravesar el foso él primero sujetándolo con las rien-
4 das, y luego, debe tirar de ellas para que salte. Si no quiere, con un látigo o vara láncelo con el mayor ímpetu posible. Y, así, no saltará sólo la distancia exacta, sino incluso mucho más de lo que el caso requería; y, en adelante, jamás necesitará golpearle, sino que, con tal que vea a alguno que venga detrás, saltará.

5 Después de que, así, se acostumbre a pasar saltando, llévelo, primero, por cuestas poco pronunciadas y, luego, de mayor importancia, y cuando vaya a saltar, golpéelo con la espuela. Igualmente, enséñelo a saltar en cuestas y en pendientes arreándolo con la espuela. Si el caballo realiza todos estos ejercicios con el cuerpo recogido, será más seguro para el propio animal y para quien va montado, que si salta o se lanza por cuestas y pendientes abandonando su cuarto trasero.

6 En lo que atañe a pendientes, hay que enseñarlo, primero, en terreno blando, y, después que se acostumbre a ello, terminará por correr mucho más a gusto por terrenos inclinados que por cuestas. Quienes temen que se descoyunten sus espaldas si marchan por terrenos

[16] Alude al cap. 3 y, especialmente, al 7.

inclinados, anímense sabiendo que persas y odrisos, todos en general, luchan en pendientes y no tienen, por ello, caballos menos sanos que los griegos.

Asimismo, no omitiremos cómo debe ayudar el que 7
monta en cada uno de esos ejercicios. Naturalmente, es necesario inclinarse hacia delante al lanzar el caballo de repente, pues esquivará y lanzará con menos facilidad al que monta; además, agacharse un poco y echarse
hacia atrás, pues el caballo se golpeará menos. Al saltar 8
un foso o lanzarse por una cuesta, es útil agarrarse de las crines, de modo que el caballo no se agobie por la dificultad del terreno y, a la vez, con el freno. A su vez, por pendientes, se ha de echar uno mismo un poco de espaldas y tirar del caballo con el freno, para que ni él ni el caballo sea llevado por la pendiente caído hacia delante.

Es correcto también practicar la equitación cada vez 9
en sitios diferentes, y unas veces, durante largo tiempo y, otras, breve, pues es un tanto odioso para el caballo realizar siempre los mismos ejercicios y en la misma zona.

Puesto que el jinete, al ir a toda carrera, debe estar 10
seguro y poder utilizar correctamente las armas desde el caballo, donde hay zonas apropiadas y fieras, es irreprochable practicar la equitación cazando; donde no exista, es una buena práctica que dos hombres a caballo, de común acuerdo, emprenda uno la huida por toda clase de terrenos y se ejercite en la retirada arrojando la lanza hacia atrás, y el otro lo persiga con jabalinas emboladas y manejando la lanza de la misma manera, y, cuando esté al alcance de la jabalina, dispare contra el otro que huye con ellas emboladas y, cuando esté al alcance
de su lanza, acometa con ella contra el apresado. Tam- 11
bién es útil, cuando llegan al encuentro, arrastrar hacia sí al enemigo y después empujarlo de repente, pues eso puede derribarlo. Igualmente es correcto para quien es

arrastrado lanzar su caballo sobre el otro, pues al ha-
cer eso, el arrastrado podría derribar al que arrastra
antes que caer él mismo.

12 Siempre que haya otro campamento establecido en
frente, hagan cargas de la caballería entre sí, efectúen
persecuciones de los contrarios hasta las filas enemigas
y retiradas hasta llegar a las propias. Entonces es útil
también saber que, mientras uno está entre amigos, es
bello y seguro dar media vuelta y atacar con fuerza en-
tre los primeros, pero, cuando lleguen cerca del enemi-
go, retener el caballo bien sujeto, pues es lógico que
así podrá dañar gravemente al enemigo y no ser dañado
por él.

13 Evidentemente, los dioses otorgaron al hombre el en-
señar con la palabra lo que se debe hacer, aunque es
obvio que con la palabra no puedes enseñar nada al ca-
ballo; mas si, cuando actúa como deseas, le muestras
tu agrado a cambio, y cuando desobedece, lo castigas,
entonces reconocerá, generalmente, cuál es su deber.
14 Esta regla se puede decir en breves palabras, pero se
aplica a la equitación en su conjunto. Efectivamente,
admitirá mejor el freno, si siempre que lo acepta, reci-
be alguna recompensa. Igualmente, saltará, se lanzará
y servirá en todo lo demás, si luego espera cierto bie-
nestar cada vez que realiza todo lo que se le indica por
medio de una señal.

9 Se ha dicho ya cómo se evitará el más mínimo enga-
ño al comprar un potro o un caballo, cómo se utilizará
el animal sin el menor daño y, sobre todo, cómo se pue-
de enseñar un caballo con todo lo que el soldado de
caballería necesita para la guerra, si hace falta. Pero
tal vez sea oportuno también describir, por si alguna
vez se tuviera que utilizar un caballo más fogoso o más
flojo de lo normal, la forma más correcta de tratar al
uno y al otro.

Primero, pues, es necesario conocer que para el ca- 2
ballo el brío es lo que para el hombre la cólera; porque
como al hombre no se le irrita si no se le dice o hace
algo molesto, igualmente quien no molesta al caballo
no lo irritará jamás. En consecuencia, se debe cuidar, 3
ya al montar, de no molestarlo en absoluto. Después
de montarlo, quedándose parado más tiempo del que
suele hacerse, hay que ponerlo en marcha suavemente
por medio de señales. Luego, comenzando así muy len-
tamente, hay que ir pasando a velocidad, de modo que
el caballo no se dé cuenta siquiera de la velocidad que
alcanza. Lo mismo que perturban al hombre imágenes, 4
ruidos y otras sensaciones inesperadas, así también es-
panta al caballo cualquier señal imprevista. Por ello,
es necesario darse cuenta de que lo inesperado causa
confusión al caballo.

Si quieres retener al caballo que va lanzado a mayor 5
velocidad de la adecuada, no hay que tirar de repente,
sino ganarlo con el freno suavemente y no pararlo a
la fuerza. También calman al caballo las carreras lar- 6
gas mejor que las vueltas constantes; asimismo, las ca-
rreras de larga duración los ablandan y calman y no
excitan al fogoso. Por más que uno declare, basándose 7
en hechos, que emprendiendo carreras una y otra vez
se calma al caballo, su opinión está en contra de lo que
realmente ocurre, pues en tales carreras, generalmente,
el fogoso emprende la marcha forzado y encolerizado
como un hombre irascible, e incluso muchas veces se
causa daños irreparables a sí mismo y al que va monta-
do. Hay que evitar lanzar al caballo fogoso a toda ca- 8
rrera y negarle abiertamente el correr con otro que va-
ya a su lado, pues ordinariamente los caballos fogosos
son también los que más ambicionan el triunfo.

Igualmente, los frenos «suaves» son más adecuados 9
que los «ásperos». Si se coloca uno áspero, hay que ase-
mejarlo al suave dejándolo flojo. Es bueno, asimismo,

acostumbrarlo a estar quieto, sobre todo al caballo fogoso, y a no tocarlo en absoluto con nada, salvo con las partes que tocamos para sentarnos seguros.

10 Se debe saber, además, otra lección, que es calmarlo con el castañeteo y excitarlo con el cloqueo; y si desde el principio se le apacigua con el cloqueo y se le induce al esfuerzo con el castañeteo, el caballo aprenderá a avivarse con el castañeteo y a calmarse con el cloqueo.
11 Es preciso, igualmente, que, ante un alboroto o ante un toque de trompeta, no le dé uno mismo al caballo muestras de turbación ni le acerque nada que pueda turbarlo; al contrario, en tal circunstancia, calmarlo en lo posible y facilitarle, si cabe, el almuerzo o la comida.
12 Es un consejo magnífico no adquirir para la guerra un caballo demasiado fogoso.

A su vez, en cuanto a un caballo flojo, me parece que basta con escribir que debe hacerse todo lo contrario de cuanto aconsejamos para tratar al brioso.

10 Si se quiere utilizar un caballo apto para la guerra y cabalgar como si fuera uno magnífico y famoso, debe evitarse tirar de su boca con el freno, picarlo con la espuela y arrearlo con el látigo, cosas que hacen muchos creyendo que resulta vistoso; el resultado es todo
2 lo contrario de lo que ellos pretenden, ya que, al tirar de la boca hacia arriba, en lugar de que los caballos vean lo que tienen delante, los ciegan, y, espoleándolos y pegándoles, los asustan, de modo que se quedan turbados y corren peligro. Este proceder es propio de caballos que se molestan muchísimo con la equitación y que actúan de un modo desagradable e incorrecto.
3 En cambio, si enseña al caballo a cabalgar con el freno libre y a mantener alzado su cuello, a arquearlo a partir der la cabeza, entonces conseguirá que el caballo actúe como a él le gusta y que se sienta orgulloso.
4 Hay pruebas de que al animal le gusta ese proceder, pues cuando quiere realzar su figura entre otros caba-

llos, sobre todo si está entre yeguas, entonces alza excesivamente su cuello, arquea notablemente su cabeza, piafa, hace cabriolas y tensa y levanta su cola. En conse- 5
cuencia, cuando se le lleva a aquello que él hace, precisamente, para realzar su figura, sobre todo cuando se pavonea, entonces exhibirá un caballo que se recrea en la equitación, un caballo magnífico, impresionante y admirado. Cómo pensamos que se conseguirá esto, vamos ahora a intentar explicarlo.

Primero, por cierto, es preciso poseer, al menos, un 6
par de frenos. Uno de ellos, que sea «suave»[17], con las cabezas o copas[18] bastante grandes; el otro, con las cabezas pesadas y pequeñas y el bocado punzante, para que, cuando lo tome, no pueda sufrir su aspereza y lo suelte, y, en cambio, cuando tome el «suave», guste de su suavidad, de modo que aquello que le fue enseñado mediante el «áspero», lo haga también con el «suave».
A su vez, si se burla de su suavidad y se apoya frecuen- 7
temente en él, entonces aplicaremos al «suave» las cabezas grandes, para que, forzado por ellas a estar con la boca abierta, suelte el bocado. Es posible además hacer con el «áspero» todo tipo de variaciones retorciéndolo y tensándolo.

De cualquier clase que sean los frenos, que todos 8
sean «móviles» o articulados, pues cuando el caballo toma uno inmóvil o «fijo», lo mantiene entero contra la mandíbula, exactamente igual que, cuando se coge un asador por la parte que sea, se levanta el asador completo. El otro tipo, en cambio, actúa como una cadena, 9
porque únicamente aquella parte que se mantenga permanece sin doblar, mientras que la otra queda colgando. Como siempre está al acecho de lo que se le escapa de su boca, expulsará el bocado de sus mandíbulas. Por

[17] En 9, 9, ya anticipó esta clasificación del freno.
[18] El término griego es *trochós*.

la misma razón, hay unas anillas o eslabones sueltos en medio de los ejes, para que vaya tras ellos con su lengua y con sus dientes y descuide recobrar el freno contra las mandíbulas [19].

10 Por si se ignora qué es un freno «móvil» y qué es uno «fijo», vamos a describirlo también. Es «móvil», pues, cuando los ejes tienen las articulaciones holgadas y lisas, de modo que giran con facilidad; y, si todo cuanto se coloca alrededor de los ejes es de abertura holgada
11 y no es fijo, entonces tiene aún mayor movilidad. En cambio, si cada pieza del freno corre con dificultad y también todo el conjunto, en eso consiste el que sea «fijo».

Sea cual sea su tipo, de acuerdo con él se ha de realizar todo lo que sigue, si realmente se quiere exhibir un caballo como se ha dicho.

12 No hay que echar hacia atrás la boca del caballo con tanta brusquedad que intente zafarse, ni con tanta suavidad que no se entere. Después de echarla para atrás y de que levante su cuello, se le ha de aplicar inmediatamente el freno. Por lo demás, es preciso, como no dejamos de decir, complacer al caballo cuando realice un
13 servicio perfecto. Después de observar que el caballo acepta, gustoso y con soltura, mantener su cuello en alto, entonces no es necesario causarle ninguna molestia para obligarlo a realizar un esfuerzo, sino halagarlo como si se quisiese descansar, porque, animándolo de esta forma, generalmente llegará a correr con pronti-
14 tud. Hay pruebas de que al caballo le gusta lanzarse a la carrera. Efectivamente, para escapar, no marcha ninguno paso a paso, sino corriendo; es natural, pues, que le guste eso, si no se le obliga a correr más de lo justo. Jamás a nadie, ni hombre ni caballo, le gusta nada que sobrepase el punto exacto.

[19] Sin duda son los equivalentes a los *coscojos, sabores* y *saliveras* de los frenos modernos. La persona interesada en estos pormenores del freno griego debe leer la Introducción y las notas correspondientes de Marchant-Bowersock.

Sólo cuando se ha conseguido cabalgar con arrogan- 15
cia, es costumbre nuestra, en los primeros ejercicios, lanzarlo a mayor velocidad después de cada vuelta. En cambio, si se retiene con el freno al caballo que ha aprendido este ejercicio y, al mismo tiempo, se le indica con una señal de espuelas que efectúe algún movimiento, agobiado por el freno y excitado por la señal de lanzarse, entonces echa su pecho hacia delante e irritado lanza al aire sus pies, y no sólo, ciertamente, por ligereza, porque realmente los caballos no emplean en vano sus piernas a la ligera cuando se ofenden. Pero si se le aflo- 16
ja el freno cuando está inflamado de esta manera, por el placer de creer, debido a esta flojedad del freno que está suelto, entonces con una figura arrogante se deja llevar ufanándose de la ligereza de sus piernas imitando exactamente el pavoneo ante otros caballos. Los que 17
contemplan semejante caballo lo llaman libre, voluntarioso, apto para la equitación, brioso, impetuoso y de apariencia agradable e impresionante al mismo tiempo.

Concluyan aquí estas normas escritas por nosotros por si a alguien le interesan.

Por otro lado, si alguien quiere llegar a servirse de 11
un caballo apto para las procesiones, airoso y brillante, tales cualidades no nacen con frecuencia en cualquier animal, sino que es imprescindible que tenga un ánimo arrogante y un cuerpo robusto. Por cierto, eso que creen 2
algunos, de que el que tenga ligeras las piernas podrá, igualmente, elevar su cuerpo, no es así, sino que lo hará mucho mejor, el que tenga las ancas ligeras, cortas y vigorosas (y no nos referimos a las partes de junto a la cola, sino, naturalmente, a las que están entre los costados y los ijares y el vientre, pues ése podrá extender perfectamente los remos posteriores bajo los anteriores, porque cuando él los extiende, si se le hace re- 3

troceder con el freno, dobla los posteriores por los corvejones y alza su cuarto delantero, de modo que muestra a quienes están enfrente el vientre y los genitales. Cuando hace eso, hay que librarle el freno, para que los que lo vean crean que realiza voluntariamente las cosas más hermosas propias de un caballo.

4 Por supuesto, hay quienes le enseñan esto golpeándolo con una vara bajo los corvejones, y otros, mandando a uno que pase corriendo y con un bastón le pegue
5 en los muslos por la parte interior. En cambio, nosotros consideramos la mejor enseñanza, como decimos siempre, el que a cualquier ejercicio que realice conforme a la intención del que va montado, le acompañe siempre la concesión por su parte de alguna satisfacción,
6 pues lo que el caballo hace obligado, como dice también Simón, ni lo comprende mejor ni es más bello que si uno dirigiese a un bailarín al son del látigo y del aguijón. Realmente, quien soporte tal trato, sea hombre o caballo, más que hacer algo con arte lo ejecutará torpemente. Al contrario, a una señal dada, debe exhibir voluntariamente toda sus cualidades más hermosas y bri-
7 llantes. Igualmente, si se cabalga hasta que avance lleno de sudor y, cuando realice cabriolas llenas de gracia, se afloja y suelta el freno inmediatamente, se debe saber bien que realizarán cabriolas voluntariamente.

8 Lógicamente, cabalgando en caballos semejantes son representados dioses y héroes, y los hombres que los utilizan con prestancia producen una impresión magní-
9 fica. Y causa una admiración tan grande el caballo que cabriolea, que atrae las miradas de todos cuantos lo ven, jóvenes y viejos. Realmente, nadie deja ni renuncia a contemplarlo, al menos mientras se exhibe con tanta brillantez.

10 A su vez, si un día alguien de los que poseen semejante caballo se encuentra con que es jefe de escuadrón o jefe de la caballería, no debe proponerse únicamente

el modo de conseguir relumbre personal, sino, más bien, cómo se volverá el cortejo entero un digno espectácu-
lo[20]. Si lo dirige, pues, de la forma que se atraen el 11
aplauso tales caballos, y marcha delante el caballo que realiza las cabriolas más altas y frecuentes recogiendo mucho su cuerpo, es evidente que le seguirán paso a paso los demás caballos; mas, ¿qué puede haber de bri-
llante en esa contemplación? En cambio, si despiertas 12
al caballo y no lo diriges con velocidad ni excesiva lentitud, como los caballos muy briosos se vuelven muy impresionantes y de la mejor prestancia a la vez, si los llevas así, el ruido de sus cascos, el relincho y el resuello de los caballos irán al unísono de modo que no sólo él, sino también todos los que le escoltan, ofrecerán un espectáculo maravilloso.

Verdaderamente, si uno se compra un caballo exce- 13
lente, lo alimenta para soportar las fatigas y lo utiliza correctamente en las maniobras militares, en las cabalgatas para exhibición y en las luchas contra el enemigo, ¿qué le impide entonces volver sus caballos mucho mejores que cuando los recibió, tener caballos famosos y adquirir él mismo fama en la equitación, si no se interpone algún ser divino?

También queremos tratar cómo tiene que armarse 12
quien va a arriesgarse sobre un caballo.

Primero, pues, afirmamos que la coraza esté hecha para ajustarse al cuerpo, porque todo el cuerpo soporta la que queda justa; en cambio, las excesivamente flojas únicamente las soportan los hombros, y, al contrario, las muy estrechas son una atadura y no una armadura.
Puesto que el cuello es una de las partes vitales, sos- 2
tenemos también que hay que hacer una protección adaptada a él y que arranque de la misma coraza, porque al propio tiempo que sirve de adorno, si está hecha co-

[20] Cf. *El jefe de la caballería o El hipárquico* 1, 22.

mo es debido, cubre, cuando se quiere, el rostro del que
3 va montado hasta la nariz. A su vez, consideramos que
el mejor casco es el fabricado en Beocia, pues es el que
mejor cubre todo lo que está más arriba de la coraza
y no impide ver. Asimismo, hágase de tal manera que
4 no impida sentarse ni inclinar la cabeza. Las «alas» que
rodean el vientre, los genitales y lo que le rodea, sean
de tal tamaño y calidad, que protejan contra los proyectiles.

5 Puesto que si sufre algún daño la mano izquierda, anula al jinete, recomendamos, igualmente, la armadura inventada para ella, la llamada «mano»[21], pues cubre el hombro, el brazo, el codo y lo que está en contacto con las riendas y se extiende y se dobla. Además,
6 cubre el espacio libre de la coraza bajo la axila. A su
vez, como hay que levantar la mano derecha siempre
que se quiera lanzar la jabalina o asestar un golpe, en
consecuencia se debe rebajar la parte de la coraza que
lo impida. En su lugar, se han de acoplar alas en las
articulaciones para que, al levantar el brazo, se desplie-
7 guen al mismo tiempo y, al bajarlo, se cierren. Por otro
lado, para el brazo nos parece que es mejor la que se
pone como si fuera una canillera, que la que va sujeta
al resto de la armadura. Igualmente, la parte próxima
a la coraza que queda desguarnecida al levantar la diestra, se ha de cubrir con piel de becerro, o bien con una
lámina de bronce; de lo contrario, quedará sin protección una parte tan vital.

8 Como, siempre que el caballo sufre algún daño, también el que monta se mete de lleno en un peligro, es preciso armarlo con testera, peto y piezas que protejan los flancos. Para el que va montado, realmente éstas se convierten, al mismo tiempo, en quijotes. De todas

[21] El término griego es *cheír* «mano». Marchant-Bowersock también traducen *hand.*

las partes del caballo es preciso proteger, especialmente, el vientre, pues es una parte vital y muy débil a la
vez. Se le puede proteger también con el arnés[22]. Es 9
necesario, asimismo, que el asiento[23] esté cosido de tal manera que el jinete quede sentado con la máxima seguridad y que no dañe el lomo del caballo. Por supuesto, también en las restantes partes caballo y caballlero
pueden ser armados de esta manera. Piernas y pies pue- 10
den sobresalir, naturalmente, de los quijotes, aunque quedarán armados también si se preparan una especie de botas de cuero, del mismo del que se hacen los zapatos, pues así serían a la vez armadura para las piernas y calzado para los pies.

Naturalmente, esa armadura es para defenderse, 11
siempre que los dioses sean propicios; pero, para atacar al contrario[24], recomendamos el sable corto mejor que la espada, pues debido a la posición elevada del jinete le será más adecuado el golpe de puñal[25] que el de espa-
da. A su vez, en lugar de lanza de pértiga, como es débil 12
y difícil de manejar, recomendamos, más bien, las dos jabalinas de madera de cornejo[26], porque la persona experta puede lanzar una y servirse de la que le queda para atacar de frente, de lado y por detrás. Además, son más fuertes que la lanza y más fáciles de manejar.

Recomendamos también el lanzamiento muy largo, 13
pues así el mayor tiempo facilita dar la vuelta y tomar el otro dardo. Asimismo, vamos a escribir brevemente cómo se efectuará mejor el lanzamiento. Si se adelanta

[22] *Tò ephípion.* Cf. n. 14.

[23] *Tò épokhon.* Se debe tener en cuenta lo dicho sobre *tò ephípion.* Marchant-Bowersock traducen: «the quilting of the cloth».

[24] Ha tratado de las armas defensivas y ahora va a tratar de las ofensivas.

[25] *Kopídos... hē plēgē.* Marchant-Bowersock nos recuerdan que *kopís* es el término especial para esta arma corta.

[26] También debidas a la influencia persa como el puñal anterior.

el lado izquierdo, se levanta el lado derecho, se eleva el cuerpo desde los muslos y se lanza el arma echándose un poco hacia atrás, entonces el arma arrojadiza llevará un gran impulso y será un tiro muy largo y muy certero, realmente, si cada vez que se lanza el arma mira al blanco.

14 Concluyan aquí estas notas, instrucciones y prácticas redactadas por nosotros para el profano; en cambio, lo que al jefe de la caballería le conviene saber y hacer, se han expuesto en el otro tratado [27].

[27] *El jefe de la caballería o El hipárquico.*

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

almohazar, 3, 10; 4, 4, 5; 5, 1-10; 6, 1, 2, 3.
armas, 8, 10.
armaduras, 12, 1-11.
arnés, 12, 8.
arriendo del potro, 2, 2.

Beocia, 12, 3.
botas, 12, 10.
bozal, 5, 3, 4.

cabalgatas (procesiones), 11, 1-13.
caballo brioso, 9, 1-12; 11, 12.
caballo flojo, 9, 1, 12.
cabriolas, 10, 4; 11, 7, 9, 11.
canilleras, 12, 7.
carrera, 7, 11, 12, 15, 16, 17, 18; 9, 6, 7, 8; 10, 14.
cascos, 12, 3.
castañeteo, 9, 10.
cloqueo, 9, 10.
compra (del caballo: condiciones), 3, 1-13.
compra del potro, 1, 1-16.
conducción del caballo, 6, 4, 5, 6; 7, 3, 10; 9, 3.
coraza, 12, 1, 5, 6, 7.
caza (como entrenamiento), 8, 10.

dardo, 12, 13.
doma de potros, 2, 1-4.
domador, 2, 2, 3.

edad (del caballo), 3, 1.
ejercicios de entrenamiento, 8, 1-14.
Eleusinio, 1, 1.
espada, 12, 11.
espuela, 8, 5; 10, 1, 15.
establo, 4, 1-5.
equitación (clases), 3, 5; 7, 13, 14.

freno, 3, 2, 11; 5, 3; 6, 7-11; 7, 1; 8, 8, 14; 9, 9; 10, 1, 3, 6-16; 11, 3.

guerra, 3, 7; 7, 17; 9, 12; 10, 1.

jabalina, 8, 10, 11; 12, 6, 12, 13.
jefe de caballería, 11, 10; 12, 14.
jefe de escuadrón, 11, 10.

lanza, 7, 3, 8, 9; 8, 10; 12, 12.

«mano» (o guante), 12, 5.
montar (acción de), 3, 11; 6, 6, 12, 16; 7, 1-7; 8, 7.

odrisos, 8, 6.

palafrenero, 2, 3-5; 4, 4; 5, 1-10; 6, 1-16.
parada (o detención del caballo), 7, 15-19; 9, 5.
patio (del establo), 4, 4.
persas, 8, 6.
peto, 12, 8.
piedras (en establo), 4, 3, 4, 5.
puñal, 12, 11.

quijotes, 12, 8, 10.

recompensa (al caballo), 8, 13, 14; 10, 12, 13; 11, 5, 6.
riendas, 6, 7, 9; 7, 1, 8-10.

sable; 12, 11.
Simón, 1, 1, 3; 11, 6.

testera, 12, 8.

DE LA CAZA

INTRODUCCIÓN

La primera cuestión que plantea este opúsculo *De la caza* es su propia paternidad. ¿Es de Jenofonte, no lo es, o lo es sólo parcialmente? Los tres interrogantes tienen respuestas afirmativas según quién sea el que responda, aunque la paternidad parcial a muchos les parece lo más acertado.

Higgins [1] rechaza categóricamente su autenticidad sin entrar en discusiones. E. Delebecque [2] la admite, pues ve en las ideas, sentimientos y estilo de la obra la huella de Jenofonte. E. C. Marchant y G.W. Bowersock [3] niegan su paternidad sobre el capítulo 1, exordio retórico de estilo diferente al resto, que no puede ser anterior a la era cristiana y que ha de situarse, con Norden, dentro de la Segunda Sofística, en el reinado de Adriano, por varias razones; en cambio, la parte técnica (2-11) y el curioso epílogo (12-13) los admite como contemporáneos de Jenofonte. El ataque a los sofistas puede ser del siglo IV, cuando filósofos y sofistas discuten sobre la teoría y la práctica educativas y proliferan los libros sobre este tema. Las dificultades para

[1] W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, pág. 12.

[2] E. Delebecque, *Xén. L'art de la chasse*, París, 1970, pág. 33.

[3] E. C. Marchant, G. W. Bowersock, *Xen. VII. Scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, págs. XXXVI y sigs.

Marchant-Bowersock están en la desigualdad estilística: se echan de menos sentencias seguidas de largos períodos; abundan las elipsis, asíndeton, quiasmo e infinitivos imperativos que no encontramos en sus obras auténticas. Por eso sugieren que puede ser uno de los primeros escritos de Jenofonte y redactado antes de dejar Atenas. Desde luego, el autor es ateniense y ofrece cierto parecido con los escritos de los primeros cínicos, con Antístenes concretamente. Sin embargo, se tropieza con otro obstáculo importante en el párrafo 13, 3-7: el pasaje más retórico donde curiosamente se desprecia la retórica. Tal lugar se contradice con el aprecio manifestado en otras obras por los máximos representantes de la oratoria que sirven de modelo en el siglo IV, Gorgias y Pródico. La cuestión la deja en el aire con la pregunta no contestada de si cambió de opinión luego. Lesky[4] mantiene sus dudas sin pronunciarse abiertamente.

El problema es complejo y resulta difícil hallar pruebas contundentes que alejen reticencias sobre la postura que se adopte, como suele ocurrir en esta problemática textual. No obstante, parece arriesgado sostener la autoría de Jenofonte sobre la totalidad de la obra.

Plutarco es el primer autor antiguo que menciona *De la caza* como de Jenofonte, aunque ya antes Demetrio de Magnesia, contemporáneo de Cicerón, la incluye en la lista de sus obras. En el siglo III d. C., Filóstrato, el ateniense, en su *Biografía de Apolonio* incluye una alusión irónica a la gran extensión que dedica a la caza de la liebre[5].

[4] A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur = Historia de la literatura griega* [trad. J. M.ª Díaz Regañón y B. Romero], Madrid, 1976, pág. 651.

[5] Marchant, Bowersock, *Scripta minora*, pág. XIII. Hay otras dos obras con este nombre de *De la caza* o *Cinegético:* una, de Flavio Arriano *(ca.* 95-175), gran admirador de Jenofonte; otra, de Opiano de Apamea, en verso, dedicada al emperador Caracalla. (Cf. Lesky, *Hist. Lit. gr.*, págs. 846 y 879-81.)

El opúsculo consta de trece capítulos cuyo contenido es el siguiente: el capítulo 1, prólogo o exordio sobre el origen y mitología de la caza, presenta a los héroes que la practicaron. El 2 habla del equipo del cazador, del guarda-redes y de las redes mismas. El 3, de las razas de perros, de sus cualidades y defectos y de sus formas de rastreo. Si el capítulo 3 muestra cómo son los perros de caza, el 4 indica cómo deben ser: condiciones físicas que han de reunir y cómo deben rastrear. El 5 se dedica a la liebre: rastro, clases, defectos y condiciones especiales que posee para la carrera. Como anécdota, observemos que este capítulo 5 concluye pidiendo respeto para los cultivos, frutos y aguas de las tierras de labor por dos razones, una profesional: evitar que vean con recelo la práctica de la caza y otra moral. El capítulo 6 se ocupa del equipo y del adiestramiento de los perros; de la colocación de las redes y del modo de empezar la caza y llevarla a término. El 7, de la reproducción y cría de los perros. El capítulo 8, del rastreo, seguimiento de huellas y captura de la liebre en la nieve. El 9 se ocupa de la caza de ciervos y cervatos; de la colocación de cepos y de la caza con ellos. El 10, del jabalí, del equipo preciso y de su captura con redes. El 11, de los procedimientos seguidos para capturar las fieras. El 12, de las ventajas de la caza, para quien la practica: mantener en perfectas condiciones físicas y adiestrar para la guerra, sin que ello suponga el abandono de los asuntos particulares[6]. El capítulo 13 remata la obra con un duro ataque contra los sofistas[7], como ya vimos, y su enseñanza, y traza un paralelismo

[6] Esta objeción vendría de Aristipo, según algunos. Cf. Marchant, Bowersock, *Scripta minora*, pág. XLII, quienes ven también un ataque contra él en 13, 10.

[7] Que le habrían criticado su obra por su estilo descuidado y falto de elegancia. Cf. Marchant, Bowersock, *Scripta minora*, pág. XXXIX, y Delebecque, *L'art de la chasse*, pág. 27.

entre los políticos ambiciosos que van a la caza de amigos y los auténticos cazadores de fieras. El broche final es el habitual en Jenofonte: reiteración de la mención inicial de los dioses y exhortación para que la practiquen los jóvenes.

Aunque, como dice Larra, «la invención de la pólvora fue sin duda uno de los primero golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar»[8], el contenido de este opúsculo sigue siendo interesante para el hombre de nuestros días y muchas observaciones son aún válidas.

E. Delebecque[9] nota que el 71,5% está reservado a la liebre (caps. 2-8), el 11% a los cérvidos, el 16% al jabalí y el 1,5% a las fieras. Es curiosa su observación sobre el valor educativo de la caza y el amor progresivo que inspira por el peligro, como es patente en esta escala ascendente: de la inofensiva liebre se pasa a la caza del ciervo que entraña ciertos riesgos, luego a la del peligroso jabalí, a continuación a las fieras, para culminar con el enemigo más temible: el sofista. Mas ahí está Jenofonte con los dioses de la caza para ayudarle a capturarlo.

Por otra parte, E. R. Curtius[10] considera el *Cinegético* como modelo de *laudatio* de un arte y ve en él el tópico del «inventor» el *prôtos heuretḗs* o el «quién lo inventó».

Sobre la fecha de composición, ya hemos dicho algo al hablar de su autenticidad. Delebecque[11] la sitúa, asimismo, en una fecha temprana, entre los años 392-388 a. C., en la época de su estancia en Escilunte, del escrito de Polícrates contra Sócrates, y está, según él, en

[8] MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Artículos de costumbres*, Barcelona, 1979, pág. 643 («La caza»).

[9] DELEBECQUE, *L'art de la chasse*, págs. 22 y 23.

[10] E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, I-II, trad. española, Méjico-Madrid-Buenos Aires, 1976, pág. 761.

[11] DELEBECQUE, *L'art de la chasse*, págs. 33 y sigs.

la misma línea de las obras de Platón, de Isócrates y Alcidamante sobre los sofistas y, especialmente, de *Contra los sofistas* de Isócrates, tratado con el que tiene muchos parecidos. En fin, precisando más, lo fecha en el 391/390 a. C.

Traducciones

En nuestra lengua hay una versión de Teresa Sempere (1966), autora de otras traducciones al catalán de obras menores de Jenofonte, además de la versión de Gracián: *De la caza y montería, cuyo ejercicio es necesario para la guerra.*

En francés merece que se ponga de relieve la de E. Delebecque, de 1970, en «Les Belles Lettres», con una amplia introducción, apéndices sobre las redes y esquemas de las mismas, un léxico especializado de términos de caza y notas complementarias muy útiles.

El inglés cuenta, entre otras, con la muy fiel de E. C. Marchant-G. W. Bowersock en la colección «Loeb», tantas veces citada.

Texto

El texto de este opúsculo ofrece unas dificultades especiales, sobre todo el capítulo 1 con sus dos versiones diferentes. Los interesados por esta problemática pueden ver la edición ya citada de G. Pierleoni, de 1937, que estudia estas cuestiones, y Delebecque, aunque el planteamiento de fondo es totalmente distinto, pues el primero no admite como jenofonteas ninguna de las dos versiones, mientras que para Delebecque lo son las dos.

La traducción presente se basa, como es nuestra norma, en el texto de E. C. Marchant, de la edición de Oxford, salvo algunas lecturas tomadas de la que venimos considerando como de Marchant-Bowersock, en la «Loeb

Classical Library». Indicamos a continuación las que suponen una modificación de sentido.

	Ed. de la «Loeb»	Ed. de Oxford
6,18	παιε δή, παῖε δή.	παῖ δή, παῖ δή.
10,2	ἱκαναὶ δὲ πεντεκαίδεκα.	ἱκανὰ δὲ πεντεκαίδεκα.
13,10	τα βελτίω ἐπίφθονοι δ' εἰσίν.	τα βελτίω ἐπίπονοι δ' εἰσίν.

Asimismo, en 10,7 seguimos el texto de E. Delebecque: συνέχονται γὰρ ἐν τοῖς λίνοις αἱ ῥᾶχοι, en lugar de las lecturas de Marchant-Bowersock, Oxford: οὐχ ἰσχυραὶ γὰρ ἐν τοῖς ψιλοῖς αἱ ῥᾶχοι; y Loeb: συνέχονται γὰρ ἐν τοῖς ψιλοῖς αἱ ῥᾶχοι.

BIBLIOGRAFÍA

Además de las ediciones, traducciones y estudios generales citados en la bibliografía de otros opúsculos y que incluyen, igualmente, al *De la caza* (téngase en cuenta especialmente la ed. de G. Pierleoni para las cuestiones textuales), deben recordarse las obras siguientes:

Ediciones bilingües:

E. Delebecque, *Xén. L'art de la chasse* (Les Belles Lettres), París, 1970.

Traducción al español:

Teresa Sempere, *Jen. Cinegética o arte de la caza* (El mirlo blanco), Madrid, 1966.

Estudios generales:

D. B. Hull, *Hounds and hunting in ancient Greece*, The Univ. of Chicago Press, 1964.

H. Rézette, *La chasse dans l'oeuvre de Xénophon*, Lovaina, 1945 (tesis doct.).

M. José de Larra, *Artículos de costumbres*, Barcelona, 1979 (págs. 641-48: «La caza»).

Invento de dioses, de Apolo y Ártemis, son la caza 1
y los perros. Lo entregaron y honraron con él a Quirón a causa de su rectitud. Éste recibió el regalo con satis- 2
facción y lo utilizó. Fueron sus discípulos en la caza y en otras nobles enseñanzas Céfalo, Asclepio, Melanión, Néstor, Anfiarao, Peleo, Telamón, Meleagro, Teseo, Hipólito, Palamedes, Menesteo, Odiseo, Diomedes, Cástor, Pólux, Macaón, Podalirio, Antíloco, Eneas y Aquiles. Cada uno de ellos fue honrado por los dioses en vida. Nadie se extrañe de que muchos de éstos murieran a 3
pesar de ser gratos a los dioses, pues es la ley natural, pero grande fue su prestigio; ni tampoco de que no hayan alcanzado todos ellos la misma edad, pues la vida de Quirón sobrepasa a la de todos. Zeus y Quirón eran, en efecto, hermanos por parte del padre, aunque la madre de uno era Rea y la del otro, la ninfa Nais, de modo 4
que Quirón había nacido antes que ellos, pero murió después, tras educar a Aquiles. Destacaron por el ejer- 5
cicio de la caza y de los perros y por el resto de la educación [1], y fueron admirados por su virtud.

[1] El resto de la educación lo constituyen la equitación, el lanzamiento de jabalina, los juegos, la cortesía caballeresca e, incluso, la cirugía y farmacopea. Cf. H. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, 1956, págs. 6 y sigs.

6 Céfalo fue arrebatado por una diosa [2], mas Asclepio
logró honores mayores: resucitar a los muertos y sa-
nar a los enfermos; por eso, mantiene entre los hom-
7 bres una gloria inmortal como un dios. Melanión sobre-
salió tanto en el amor al esfuerzo, que, de entre los
mejores de su tiempo que fueron sus rivales en amor,
sólo él consiguió a Atalanta, el matrimonio más impor-
tante de su época. La virtud de Néstor se ha propagado
en las tradiciones de los griegos, de modo que no po-
8 dría decir sino lo que ya saben. Anfiarao, cuando hizo
la expedición contra Tebas, logró gran prestigio y con-
siguió de los dioses el honor de la inmortalidad. Peleo
inspiró incluso, en los dioses el deseo de entregarle a
Tetis y cantar en himnos sus bodas en casa de Quirón.
9 Telamón llegó a ser tan importante, que se casó con
la mujer que él deseaba, natural de la ciudad más gran-
de, con Peribea, la hija de Alcato, y cuando el primero
de los griegos, Heracles, hijo de Zeus, repartió los pre-
mios al valor después de la toma de Troya, le dio a He-
10 síone. Los honores que recibió Meleagro son notorios,
aunque fue desgraciado por olvidarse su padre de la
diosa [3] en la vejez, no por su propia causa. Teseo, él
solo destruyó a los enemigos de la Hélade entera y aún
hoy es admirado por haber engrandecido mucho su pro-
11 pia patria. Hipólito fue honrado por Ártemis y estaba
en la boca de todos, y cuando murió fue considerado
feliz por su moderación y santidad. Palamedes, mien-
tras vivió, aventajó en sabiduría a todos sus coetáneos,
aunque, después de una muerte injusta, obtuvo tal ven-
ganza de los dioses cual ningún otro hombre. Mas su
muerte no fue obra de quien se piensa [4], pues enton-
ces no sería el uno casi el mejor y el otro igual a los

[2] Aurora, que se enamoró de él.

[3] Su padre Eneo se olvidó de Ártemis.

[4] Ulises y Diomedes. JEN., en *Mem.* IV 2, 3 sigue la versión común que atribuye la causa a Ulises.

buenos; malvados realizaron la acción. Menesteo, por 12
el ejercicio de la caza, tanto descolló en amor por el
esfuerzo, que se reconocía que los primeros de entre
los griegos eran inferiores a él en lo referente a la gue-
rra, salvo Néstor, e incluso de éste no se dice [5] que le
aventajase sino que era su rival. Odiseo y Diomedes fue- 13
ron brillantes, cada uno, en hazañas singulares y, en
común, son los causantes de la toma de Troya. Cástor
y Pólux son inmortales por la consideración de las en-
señanzas recibidas de Quirón de que dieron prueba.
Macaón y Podalirio, educados igual en todo, fueron bue- 14
nos en sus oficios [6], en hablar en público y en la gue-
rra. Antíloco, que murió por salvar a su padre, consi-
guió gloria tan grande, que únicamente él fue declarado
públicamente entre los griegos *philopátor* [7]. Eneas se 15
granjeó fama de piadoso por haber salvado a los dioses
paternos y maternos y por haber salvado a su propio
padre, de modo que incluso los enemigos le otorgaron
únicamente a él, de entre los que vencieron en Troya,
el honor de no ser despojado. Aquiles, criado con esa 16
educación, dejó tan bellos y grandes recuerdos, que na-
die cesa de hablar ni de oír hablar de él.

Ésos llegaron a ser tales por el ejercicio, aprendido 17
de Quirón, a quien aún hoy los buenos lo aman y los
malvados lo detestan, de modo que si en Grecia le ocu-
rre alguna desgracia a alguien, ciudad o rey, se libran
gracias a ellos; y si Grecia entera mantenía disputas o
guerras con todos los bárbaros, gracias a ellos los grie-
gos vencían, de modo que volvieron invencible a la Hé-
lade.

En consecuencia, yo aconsejo a los jóvenes que no 18
desprecien la caza ni el resto de la educación, pues por

[5] Cf. *Ilíada,* B 555.

[6] Según la tradición, eran médicos e hijos de Asclepio.

[7] «Que ama a su padre.» Murió delante de Troya por salvar a su padre Néstor.

ella se hacen expertos en las cosas de la guerra y en las demás que exigen pensar, hablar y obrar correctamente.

2 Es preciso que el que ya deja atrás la infancia [8] se dedique, primero, al ejercicio de la caza y, luego, a las demás enseñanzas, teniendo en cuenta su fortuna: para quien ésta sea suficiente, de una manera digna de su propia utilidad, y para quien no lo sea, que ponga al menos voluntad sin escatimar ningún esfuerzo personal.

2 Voy a decir el número y el tipo de cosas que deben prepararse para dedicarse a ella, y a dar una explicación de todas y cada una para que se las conozca antes de emprender la tarea. Que nadie las considere fútiles, pues realmente sin ellas no sería posible su práctica.

3 Es necesario que el guarda-redes le tenga afición a este ejercicio, que hable griego [9], de veinte años de edad aproximadamente, de cuerpo ágil y fuerte y de espíritu firme, para que con esas cualidades supere las fatigas y disfrute practicándolo.

4 Las redes, de lino fino de Fasis [10] o de Cartago, e igualmente las redes de camino y los paneles [11]. Asimismo, sean las redes de nueve hilos de lino con tres cuerdas, y cada cuerda de tres hilos, de cinco palmos [12] de largo; las mallas de ocho dedos [13], y que estén rodeadas de cordones corredizos sin nudos para que se deslicen fácilmente. Las redes de camino, de doce hilos; los 5
paneles, de dieciséis; las redes de camino, del tamaño de dos, tres, cuatro, cinco brazas [14]; los paneles, de diez, veinte, treinta brazas. Si son mayores, serán difíciles de manejar; ambas, de treinta nudos [15], y la separación de las mallas, la misma que en las redes.

En los extremos de la malla, las redes de camino 6
tendrán botones [16]: los paneles, anillas que se deslicen por las cuerdas. Las estacas ahorquilladas sean de cua- 7
renta dedos de largo, las de las redes, y algunas, más pequeñas; las desiguales empléense en los terrenos de distinta inclinación para alcanzar la misma altura, y en los llanos, las iguales. Ésas serán fáciles de arrancar y lisas. Las estacas de las redes de camino serán el doble de largas: las de los paneles, de cinco palmos, con horcas pequeñas y acanaladuras poco profundas. Que todas sean sólidas y que su grosor no esté desproporcionado con la longitud. Pueden emplearse muchas o 8
pocas en los paneles. Pocas, si se tensan fuertemente en el soporte; más, si se tensan suavemente.

Haya también, en cualquier sitio que estuvieran las 9
redes y las de camino y los paneles, un saco de piel de becerro [17] y hoces para que se pueda cortar la maleza y obstruir la zona que se precise.

---

[8] Desde los siete años, según la costumbre. Cf. PLATÓN, *I Alc.* 121e.

[9] No se olvide que es un esclavo.

[10] Ciudad de la Cólquide, en la costa del Mar Negro.

[11] Tres son los términos griegos: *hai árkus, tà enódia y tà díktya,* que traducimos, siguiendo a Delebecque, por «redes cortas» o simplemente «redes», «redes de camino» y «paneles». Cf. E. DELEBECQUE, *Xénophon. L'art de la chasse,* París, 1970, págs. 102 y sigs.

[12] El término griego es *pentespíthamoi* o cinco *spithamê.* Éste equivale a medio codo o tres cuartos de pie, o sea, 21 cm. aproximadamente, que da una longitud de cuerda de más de un metro. Como es, más o menos, equivalente a nuestro palmo, preferimos traducirlo por este término. Téngase en cuenta en adelante.

[13] El término griego es *dipálaistoi* o dos *palastaí.* Éste (palma de la mano) equivale a cuatro *dedos,* unos 7, 2 cm., si asignamos al dedo 1, 8 cm. La medida de las mallas sería, pues, de 14, 4 cm., aproximadamente. En adelante seguiremos reduciendo a dedos la medida griega *palastê,* por ser esta palabra extraña a nuestra lengua.

[14] En griego *órgyia,* que equivale a seis pies, cuatro codos o nueve palmos y medio o dos varas castellanas, esto es, 1,672 m. aproximadamente.

[15] O mallas.

[16] En griego *mastoí.* Nuestro término creo que traduce perfectamente el griego si pensamos en la acepción 4 o 5 del *Dicc. de la Real Acad. de la Lengua.*

[17] Para guardar las piezas cobradas, aunque también se ha creído que era para guardar las redes.

3 Las razas de perros son dos: los perros «cástor» y
los perros «zorro» [18]. Los perros «cástor» tienen ese
nombre porque Cástor, que fue muy aficionado a la ca-
2 za, los cuidó especialmente. Los perros «zorro», por-
que proceden del cruce de perro y zorro, aunque a lo
largo del tiempo su raza ha sufrido mezclas. Éstos son
peores y muchos. Los hay pequeños, de nariz corva, de
ojos claros, miopes, deformes, rígidos, débiles, pelados,
altos, desproporcionados, flojos, chatos, sin buenas pa-
3 tas. Lógicamente, los pequeños se apartan con frecuen-
cia del trabajo por su reducida talla. Los de nariz corva
son de boca defectuosa y, por ello, no retienen la liebre.
Los de ojos claros y miopes tienen poca vista. Los de-
formes son de aspecto desagradable. Los de cuerpo rí-
gido practican la caza con dificultad. Los débiles y los
pelados son incapaces de esforzarse. Los altos y des-
proporcionados, con cuerpos mal equilibrados, van y
vienen pesadamente. Los flojos abandonan la tarea, se
apartan y huyen del sol para echarse a la sombra. Los
chatos pocas veces olfatean la liebre. Los de patas de-
fectuosas, aunque sean decididos, no pueden soportar
esfuerzos y abandonan por el dolor de pies.
4 Son muchas las formas de rastreo de las mismas ra-
zas de perros. Efectivamente, unos, después que dan con
el rastro, marchan sin hacer ninguna señal, de modo
que sería posible no darse cuenta de que están siguien-
do el rastro. Otros mueven sólo las orejas y mantienen
quieta la cola; otros mantienen inmóviles las orejas y
5 agitan la punta del rabo. Otros juntan las orejas y co-
rren tras el rastro con aire fruncido bajando y apretan-
do la cola [19]. Muchos no hacen nada de eso, sino que

[18] Ambos, laconios. El segundo se llama así, por su parecido con el zorro y no porque sea un híbrido de perro y zorro. Cf. nota de Marchant-Bowersock. Realmente, el autor habla de clases de «perras».

[19] En este párrafo hay aliteraciones y juegos de palabras difíciles de recoger en la traducción.

dan vueltas enloquecidos y ladran alrededor del rastro,
y cuando caen sobre él, lo pisotean destruyendo tonta-
mente las señales percibidas. Están, también, los que 6
se valen de muchas vueltas y rodeos, toman el rastro
por delante de la liebre y la abandonan; además, siem-
pre que corren tras las huellas, se imaginan al animal,
y al ver delante la liebre, tiemblan y no se lanzan hasta
que la ven escapar. Cuantos se adelantan frecuentemen- 7
te en la carrera para examinar los descubrimientos de
los demás perros que rastrean y persiguen, no tienen
confianza en sí mismos; en cambio, son osados los que
no dejan avanzar a sus compañeros de tarea más hábi-
les, sino que se lo impiden alborotando. Otros, amigos
de ilusiones y que se deslumbran excesivamente con
cualquier cosa que encuentran, avanzan, conscientes de
su propio engaño. Otros, inconscientemente, hacen lo
mismo que éstos. Inútiles son los que no se apartan de
los caminos trillados, pues no reconocen la pista correc-
ta. Cuantos perros no reconocen el rastro que lleva a la 8
madriguera y se apresuran a correr tras el rastro que
se deja al correr, no son de casta: unos comienzan la
persecución con decisión, pero la dejan por flojedad;
otros corren a derecha e izquierda y pronto se equivo-
can; otros se lanzan alocadamente por las sendas y se
pierden, sin obedecer en absoluto. Muchos dejan la per- 9
secución y se vuelven porque aborrecen al animal; otros
muchos, por cariño al hombre. Otros ladran fuera del
rastro e intentan engañar volviendo verdadero lo falso.
Están los que no hacen eso, mas en medio de la carrera 10
se dejan llevar irreflexivamente a cualquier zona de don-
de oyen ruido, olvidando su tarea. Unos persiguen de
un modo poco claro; otros interpretan muy bien, pero
cambian de opinión. Otros, llevados entre el grupo has-
ta el fin, abandonan la jauría junto al rastro: unos, por
ficción, y otros, por envidia. Por supuesto, difícilmente 11
se pueden emplear, si la mayor parte de esos defectos

se deben a su naturaleza o si son conducidos sin método. Tales perros pueden apartar de la caza a los más aficionados.

Mas voy a exponer cómo deben ser los perros de una misma raza en su aspecto externo y en todo lo demás.

4 Primero, pues, es necesario que sean grandes; luego, que tengan cabezas ágiles; que sean chatos; que estén bien articulados; que tengan las partes inferiores de la frente musculosas; los ojos salientes, negros, brillantes; las frentes anchas, con surcos profundos; las orejas pequeñas, finas, peladas por detrás; los cuellos largos, flexibles, redondeados; los pechos anchos, que no estén sin carnes; los omóplatos un poco separados de los hombros; las patas anteriores pequeñas, rectas, redondas, robustas; los codos rectos; los costados no acentuados en dirección al suelo, sino que salgan en oblicuo; los lomos carnosos, de tamaño entre largos y cortos, no demasiado ligeros ni rígidos los flancos entre grandes y pequeños; las caderas redondas, carnosas por detrás, que no estén juntas por arriba, mas ceñidas por la cara interna; las partes del bajo vientre flacas, y lo mismo los vientres; las colas largas, rectas, flexibles; los muslos duros; las piernas largas, redondeadas, muy sólidas; las patas posteriores mucho mayores que las anteriores y un poco recogidas, los pies redondeados.

2 Si los perros son así, serán de aspecto fuerte, ágiles, proporcionados, veloces, de expresión alegre y de buena boca.

3 Que rastreen apartándose en seguida de los caminos
trillados, con las cabezas inclinadas hacia el suelo, sonriéndose ante el rastro y abatiendo las orejas; asimismo, moviendo continuamente los ojos, sacudiendo las
colas, describiendo muchos círculos junto a las camas,
4 que avancen todos a la vez tras el rastro. Y cuando estén alrededor de la liebre misma, sin que se lo indiquen

al cazador con idas y venidas bastante rápidas, se lo den a conocer más claramente por su ardor, por su cabeza, por sus ojos, por el cambio de actitud, por sus miradas al aire y a la maleza y por las vueltas sobre la cama de la liebre, por sus saltos adelante y atrás y al lado y por tener, en fin, el alma en vilo y estar más
que contentos por tener cerca a la liebre. Que persigan 5
con brío y sin lanzarse con excesivos aullidos y ladridos, saltando siempre con la liebre. Corran detrás, veloz y brillantemente, poniéndose a un lado y otro constantemente y, a la vez, ladrando, adecuadamente. Que no retrocedan, a su vez, hacia el cazador dejando el rastro.

Con este aspecto y proceder, sean, además, decidi- 6
dos, de buen olfato, buenos pies y buen pelaje. Por supuesto, serán decididos, si no dejan la caza cuando hace un calor sofocante; de buen olfato, si olfatean la liebre en lugares descubiertos, secos y expuestos al sol cuando el astro se levanta; de buenos pies, si durante una misma estación no se los desgarran al correr por los montes; de buen pelaje, si tienen el pelo fino, espeso
y suave. Los colores de los perros no deben ser comple- 7
tamente rojo intenso, ni negro ni blanco, pues eso no es señal de noble raza, sino de uniformidad, y propio
del animal salvaje. Los rojos y los negros deben tener, 8
por tanto, pelo blanco floreciendo alrededor de la frente, y los blancos, rojo, y en la parte alta de las extremidades pelos rectos, espesos y también en los lomos y en la parte baja de la cola, pero menos abundantes arriba.

Es mejor llevar frecuentemente los perros al monte 9
y pocas veces a las tierras de labor; pues en el monte se puede rastrear y perseguir limpiamente, y, en cambio, en las tierras de labor ni una ni otra cosa son posi-
bles a causa de los caminos trillados. Es bueno, igual- 10
mente, llevar los perros a terrenos duros, aunque no

se encuentre la liebre. Efectivamente, se hacen de bue-
nos pies, y les es provechoso fatigar los cuerpos en ta-
11 les lugares. Sean llevados en verano hasta el mediodía;
en invierno, a lo largo del día; en otoño, hasta pasado
el mediodía; la tarde inclusive, en primavera; realmen-
te, eso es lo adecuado.

5 El rastro de la liebre dura mucho tiempo en invier-
no porque las noches son largas, y en verano, poco por
lo contrario. Ahora bien, en invierno, si es muy tempra-
no, cuando hay escarcha o helada no da olor, pues la
escarcha aprisiona con fuerza el calor y lo mantiene en
2 su interior; la helada, a su vez, lo fija. Igualmente, los
perros con sus narices yertas no pueden percibirlo cuan-
do hay tales fenómenos, antes de que el sol o el correr
del día los derrita; entonces, los perros lo olfatean y
3 las huellas exhalan olor al ser recorridas. También, el
abundante rocío las borra enterrándolas, y las tormen-
tas que caen a intervalos levantan olores de la tierra
que dificultan la labor del olfato, hasta que la tierra
se seca. Los vientos del Sur causan más daño todavía,
pues al humedecer las huellas las disuelven; en cambio,
los vientos del Norte, si son firmes, las aseguran y con-
4 servan. Las lluvias las ahogan, incluso la lluvia fina.
También la luna las debilita con el calor, sobre todo
la luna llena. Precisamente entonces son muy espacia-
das, pues las liebres se ponen contentas con su brillo,
y dan grandes saltos, rivalizando en juegos, y las cor-
tan. Confusas se vuelven también cuando los zorros han
5 pasado antes. La estación primaveral bien atemperada
presenta pistas espléndidas, salvo si la tierra está flori-
da, pues perjudica a los perros mezclando en un mismo
punto los aromas de las flores. En verano, son ligeras
e inciertas: efectivamente, como la tierra está caldeada,
borra el calor que contienen, pues es débil. Incluso los
perros tienen menos olfato entonces porque sus cuer-
pos están extenuados. En otoño, son puras, pues de los

frutos de la tierra, los cultivados ya se han recogido
y los silvestres se han marchitado, de modo que los olo-
res de los frutos no molestan al estar reunidos en el
mismo punto. En invierno, verano y otoño, las huellas 6
son rectas generalmente, mas en primavera entrelaza-
das, pues el animal, aunque se empareja siempre, lo ha-
ce principalmente, en esta estación, de modo que, por
eso, describen tales huellas al corretear instintivamen-
te unas con otras. Da olor durante más tiempo el rastro 7
de cama que el de carrera, pues en el de cama la liebre
se detiene en su marcha y en el de carrera pasa veloz-
mente; lógicamente, la tierra se impregna con uno y no
se satura con el otro. En las zonas frondosas exhala más
olor que en las descubiertas, pues al correr y levantar-
se sobre sus posaderas toca muchas cosas.

Se echan bajo cualquier cosa, acudiendo a todo lo 8
que la tierra produce o tiene en sí misma, encima, den-
tro, al lado, muy lejos, cerca o en medio de ello. A ve-
ces, incluso, en el mar, lanzándose sobre lo que puede,
y también en el agua dulce, si hay algo que emerge o
crece en ella [20]. Efectivamente, la liebre, de cama, ge- 9
neralmente, se echa, cuando hace frío, en lugares abri-
gados; cuando hace mucho calor, en lugares sombríos;
en primavera y otoño, en lugares soleados. Las de ca-
rrera [21] no proceden así, por estar aterrorizadas por los
perros. Se echa colocando las extremidades posteriores 10
bajo los flancos, juntando ordinariamente las patas de-
lanteras y extendiéndolas, apoyando sobre la punta de
sus patas la mandíbula y desplegando las orejas sobre
los omóplatos. Así protege sus partes blandas. Tiene tam-
bién el pelo como protección, pues es espeso y suave.

---

20 Parece que esto lo hace para huir, más que para encamarse.

21 Esta distinción de las dos clases de liebres es inexistente y hay que pensar, más bien, en hábitos de todas las liebres según las circunstancias en que se hallen. Cf. n. *ad. loc.* de E. C. Marchant, G. W. Bowersock (*Xen. VII. Scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968).

11 Cuando está despierta, entorna los párpados, mas
cuando duerme, los tiene abiertos y fijos, y los ojos in-
móviles. Cuando está durmiendo, mueve mucho las na-
12 rices, y menos, cuando no lo está. Cuando la tierra ger-
mina, están más en los terrenos cultivados que en el
monte, aunque se refugia en cualquier parte si es ras-
treada, a menos que se llene de miedo por la noche;
si le ocurre eso, se levanta.

13 Es tan fecunda, que o ha parido o va a parir o está
preñada. Los pequeños lebratos dan más olor que los
grandes, pues cuando sus miembros son aún tiernos los
14 arrastran completamente por el suelo. Naturalmente, a
los recién nacidos los aficionados a la caza los ceden
a la diosa. Los que tienen un año corren muy veloces
su primera carrera, pero ya no las demás, pues son li-
geros pero débiles.

15 Tomen los perros las huellas de la liebre que salen
de las tierras de labor, desde arriba [22]; y cuantas de
ellas no van hacia los terrenos cultivados, búsquenlas [23]
en los prados, en los valles, en los arroyos, en las rocas,
en las zonas frondosas. Si se levanta, no gritar, para
que los perros no se vuelvan locos y tengan dificultades
16 en reconocer el rastro. Descubiertas por ellos y perse-
guidas, a veces atraviesan corrientes de agua, dan vuel-
tas para zafarse y se meten en simas y agujeros, pues
no sólo tienen miedo a los perros, sino también a las
águilas, ya que al atravesar las zonas montañosas y des-
cubiertas, son apresadas, mientras no pasan del año;
17 y a las mayores, los perros las persiguen y atrapan.

Las liebres de montaña son muy rápidas; las de lla-
no, menos, y muy lentas, las de zonas pantanosas. Las
que rondan por todas las zonas son difíciles de seguir,
pues conocen los atajos, porque corren por cuestas o

[22] Supone que las tierras de labor están en la parte baja de la falda de las montañas.

[23] Siguiendo a Marchant-Bowersock, interpolamos este verbo.

llano sobre todo; por terrenos desiguales, con menos re-
gularidad; por pendientes, muchísimo menos.

Perseguidas, son visibles, principalmente, por tierras 18
removidas, siempre que tengan alguna pinta rojiza, y
por rastrojos, por el contraste de brillo. Son visibles
también por los pasos trillados, y en los caminos, si es-
tán al mismo nivel que el cazador, pues el brillo que
poseen reluce por contraste. Mas son invisibles cuando
se retiran por entre rocas, por los montes, por terrenos
pedregosos o frondosos, a causa de la semejanza de co-
lor. Si toman la delantera a los perros, se paran e, ir- 19
guiéndose sobre las posaderas, se levantan para escu-
char si se oyen cerca gritos o ruidos de los perros y
alejarse de la zona de donde proceden. Incluso, a veces, 20
aunque no hayan oído nada, si sospechan o se conven-
cen ellas mismas de lo contrario, se retiran bordeando
y atravesando las mismas zonas, cruzando sus saltos,
describiendo huellas sobre huellas. Las carreras más 21
largas son las de las liebres que son descubiertas en
terrenos descubiertos, por su visibilidad; las más cor-
tas, las de los terrenos frondosos, pues la oscuridad se
convierte en un obstáculo.

Hay dos clases de liebres: unas, grandes, de color 22
oscuro y con una mancha blanca grande en la frente;
otras, más pequeñas, leonadas, con la mancha blanca
pequeña [24]. Unas con la cola con círculos de diversos 23
colores; otras, con colores de cada lado. Los ojos claros,
unas; las otras, un poco verdosos. Con una mancha ne-
gra amplia en las puntas de las orejas, unas; las otras,
pequeña. La mayoría de las islas, tanto las desiertas 24
como las habitadas, tienen liebres pequeñas; su número
es mayor que en los continentes, pues en la mayoría
de ellas no hay zorros que las persigan y atrapen a ellas

[24] Parece oportuno indicar que en Grecia no conocían el conejo, originario de España y de las islas del Mediterráneo occidental, introducido en Italia y en Grecia hacia el año 230 a. C. Cf. nota de Delebecque.

y a sus crías, ni águilas, pues éstas viven en las altas
montañas más que en las pequeñas, y en las islas las
montañas son, generalmente, más bien, pequeñas [25].
25 Pocas veces llegan cazadores a las desiertas, y en
las habitadas hay pocos hombres y la mayoría de ellos
no son aficionados a la caza. Además, no se permite pa-
sar perros a las islas sagradas [26]. En consecuencia, co-
mo se cazan pocas de las existentes y de sus descen-
dientes, necesariamente tienen que abundar.
26 Generalmente, no tienen una visión aguda, pues sus
ojos son saltones, los párpados atrofiados y sin defensa
contra el deslumbramiento; por eso, pues, la vista es
27 débil, dispersa. Además de eso, como están comúnmen-
te durmiendo, no se ven favorecidas en lo que atañe
a la visión; su rapidez contribuye mucho también a que
sean cortas de vista, pues pasan fugaces su vista por
28 cada cosa antes de darse cuenta de lo que es. Asimismo,
el terror a los perros cuando son perseguidas, unido
a todo eso, les quita, a su vez, la posibilidad de prever,
de modo que, por esas razones, no advierte que va a
tropezar contra muchos objetos y que va a caer en las
29 redes. Si huyera en línea recta, pocas veces le ocurriría
tal cosa; ahora bien, es atrapada, porque describe un
círculo y le gustan los lugares en que nació y se crió.
En lo que atañe a sus patas, no es superada, la mayoría
de las veces, por los perros gracias a su velocidad [27]:
cuantas son atrapadas lo son en contra de las condicio-
nes naturales de su cuerpo y por puro azar. Efectiva-
mente, ninguno de los seres que la igualan en tamaño
es semejante en armonía, pues su cuerpo está compues-
30 to de la siguiente manera: tiene, en efecto, una cabeza

[25] El no fijarse en el género le ha jugado una mala pasada a Delebecque y no es posible admitir su traducción de las dos últimas líneas del § 24.

[26] Por estar prohibida la caza en esas islas.

[27] Que alcanza los 65 km./h., según nota de Delebecque.

ligera, pequeña, inclinada hacia abajo, estrecha por de-
lante; unas orejas altas; el cuello delgado, torneado, exen-
to de rigidez, de un largo adecuado; los omóplatos rec-
tos, no soldados por la parte superior; las piernas conti-
guas a ellos ligeras, juntas; el pecho poco profundo; los
costados ligeros, proporcionados; el lomo torneado; la
corva carnosa; la cavidad flexible, suficientemente suel-
ta; las caderas oblongas, de contorno bien relleno, con
la separación precisa en la parte superior; los muslos
pequeños, sólidos; los músculos tensos por fuera y no
fofos por dentro; las piernas largas, sólidas; las patas
delanteras extremadamente flexibles, finas, rectas; las
traseras fuertes, anchas, sin que les preocupe a las cua-
tro, en conjunto, la aspereza del suelo; las patas trase-
ras mucho mayores que las delanteras y un poco in-
clinadas hacia fuera; el pelaje corto, ligero. Es, pues, 31
imposible que el armonioso conjunto de tales cualida-
des no sea fuerte, flexible, sumamente ligero. Hay una
prueba de esta ligereza: cuando marcha tranquila, va
a saltos (nadie la ha visto ni la verá andar), poniendo
los pies posteriores más allá que los delanteros y por
fuera, y así corre; esto es evidente en la nieve. Sin em- 32
bargo, tiene una cola no adecuada a la carrera, pues
no es suficiente por su cortedad para guiar el cuerpo,
aunque esto lo efectúa con cada una de las dos orejas.
Y cuando es levantada por los perros, abatiendo una
oreja y poniendo de lado la otra, en forma oblicua res-
pecto al lado en que es molestada, apoyándose en ella
gira rápidamente y, en un momento, deja muy distante
al que la acosa. Tan grato es el espectáculo, que no hay 33
nadie que, al ver que es rastreada, descubierta, perse-
guida, atrapada, no se olvide del objeto de sus amores.
Al cazar en los campos cultivados, se deben respetar 34
los frutos de cada estación, y dejar los manantiales y
corrientes de agua; pues es feo e incorrecto cogerlos,
y también para que quienes los vean no sean contrarios

a la ley. Cuando se echa encima la veda [28], se deben
desmontar todos los instrumentos de caza.
6 El equipo de los perros consiste en collares, correas,
ventreras. Sean los collares blandos, anchos, para que
no rocen el pelo de los perros; las correas con lazo para
la mano, y nada más; no guardan bien a los perros los
que hacen los collares de las mismas correas. Las ven-
treras, de tiras anchas, para que no rocen sus flancos.
Se coserán púas en ellas para preservar la raza.
2 No se deben sacar para la caza cuando no aceptan
gustosos la comida que se les pone (eso es prueba de
que no están fuertes), ni cuando sopla un viento fuerte,
pues arrebata el rastro y no pueden olfatear ni mante-
3 nerse firmes las redes y los paneles. Mas cuando no hay
ninguno de esos dos impedimentos, hay que llevarlos
cada dos días. Que no se acostumbren los perros a per-
seguir a los zorros, pues es una pérdida enorme, y en
4 el momento preciso nunca están presentes. Se deben lle-
var a ejercicios de caza cambiando de terreno, para que
adquieran experiencia y para que el propio cazador co-
nozca la zona. Que salgan temprano, para que no se que-
den sin rastro, pensando que los que llegan tarde pri-
van a los perros del descubrimiento de la liebre y a sí
mismos del beneficio de la caza, pues como el rastro
es de condición débil, no resiste todo el día.
5 El guarda-redes salga de caza con un vestido de po-
co peso. Levante las redes en las cañadas, en encinares
duros, en pendientes, en hondonadas, en umbrías, en co-
rrientes, en barranqueras o torrenteras continuas, pues
generalmente huyen hacia esos lugares, y a todos los
6 demás, cuya enumeración no tendría fin. Dejando en
esas zonas caminos laterales y transversales, bien visi-
bles, estrechos, al alba y no muy temprano, para que,

[28] Se refiere, probablemente, a ciertas fiestas religiosas en que la caza estaba vedada más que a la veda de nuestros días.

si la zona tendida de redes estuviese cerca de lo que
se busca, no se asuste la liebre al oír el ruido allí mis-
mo (mas si estuviesen muy alejados uno de otro, no hay
tanto inconveniente en que sea muy temprano), la colo-
cación de las redes sea impecable para que nada se aga-
rre a ellas. Que fije las estacas inclinadas hacia atrás 7
para que aguanten el impulso si son empujadas. Sobre
las puntas lance las mallas a igual altura y afírmelas
de un modo uniforme levantando por el medio la parte
cóncava de la red. Al cordón que ajusta la red átese 8
una piedra alargada y grande para que la red no opon-
ga resistencia cuando reciba la liebre. Extiéndanse en
línea, alargadas, altas, para que no salten por encima.
Y en los rastreos no precipitarse, pues el coger pronto
la presa de la manera que sea no es peculiar de la caza
sino de la constancia. Extienda los paneles en sitios lla- 9
nos, lance las redes de camino en los pasos y fuera de
las vías trilladas en los sitios adecuados, atando al sue-
lo los cordones corredizos, reuniendo los extremos de
las mallas, fijando las estacas en medio de las cuerdas
que sostienen la red por la parte superior, colocando
sobre las puntas los cordones corredizos y taponando
los pasos laterales. Monte guardia haciendo rondas, y 10
si se inclinase algún elemento de la red, levántelo. Cuan-
do la liebre es perseguida hacia las redes, adelántese
a la carrera y grite corriendo tras ella. Cuando caiga
en ellas, calme la irritación de los perros apaciguándo-
los sin tocarlos. Muestre también al cazador con gritos
que ha sido apresada o que ha pasado por este lado
o por el otro o que no la ha visto, o dónde la vio.
Que el cazador salga de caza con vestido y calza- 11
do ordinario, ligero, un bastón en la mano [29] y que le
acompañe el guarda-redes. Acérquese al lugar de caza

[29] Que le servirá también para asestar el golpe mortal a la liebre caída en la red.

en silencio, para que, si la liebre estuviese cerca, no se
12 levante al oír la voz. Después de atar en la maleza a
los perros, cada uno por separado para que se les pue-
da soltar fácilmente, coloquen las redes y paneles como
se ha dicho. Después, el guarda-redes monte guardia y
que él coja los perros y los guíe a la zona de caza.
13 Ruegue a Apolo y a Ártemis Cazadora que le hagan par-
tícipe de la caza y suelte después un perro que sea muy
hábil en el rastreo: si fuese invierno, al salir el sol; si
verano, antes de amanecer, y en las demás estaciones,
14 en un tiempo intermedio. Después que el perro tome
el rastro en línea recta partiendo de la maraña de hue-
llas, suelte a otro; si el rastro es continuo, suelte los
demás uno a uno a pequeños intervalos y sígalos sin
apremiar llamando a cada uno por su nombre, sin de-
masiada insistencia, para que no se exciten antes de
15 tiempo. Ellos, con alegría y ardor, avanzan desenmara-
ñando las huellas, como es natural, dobles, triples, pa-
sándo delante de ellas, a través de ellas, entremezcla-
das, circulares, rectas, curvas, frecuentes, espaciadas,
claras, confusas; pasan corriendo unos al lado de otros,
meneando rápidamente sus rabos, con las orejas gachas
16 y la mirada relampagueante. Después que estén alrede-
dor de la liebre, se lo indicarán al cazador agitando to-
do el cuerpo al compás del rabo, acosando hostilmente,
pasando corriendo con emulación, corriendo juntos con
ardor, reuniéndose con rapidez, separándose y acosan-
do de nuevo. Llegarán, por fin, a la cama de la liebre
17 y se echarán sobre ella. Ésta, saltando de repente, se
atraerá al huir el ladrido y griterío de los perros. Gríte-
le al ser perseguida: »¡Hala, perros, hala, bien, astucia,
perros!» Y corra con ellos, envolviendo su vestido alre-
dedor de su mano, levantando el bastón contra ella, pe-
18 ro no se ponga delante, pues sería un estorbo. Ella se
esquiva, desaparece rápidamente de la vista y, general-
mente, se lanza de nuevo a donde fue descubierta des-

cribiendo un círculo. Grítele de nuevo: «¡Dale mucha-
cho, dale ya, dale ya!» Y él, tanto si fuese apresada
como si no, indíqueselo. Si es apresada en la primera 19
carrera, llámese a los perros y búsquese otra; en caso
contrario, corra con los perros todo lo que pueda y no
afloje, sino insista con tesón. Y si vuelven a encontrar-
la, al perseguirla, gríteles: «¡Bravo, bravo, perros, ade-
lante, perros!» Si estuviesen muy adelantados y no pu-
diese correr con ellos y seguirlos, sino que tomó una
dirección errónea o no puede verlos, aun estando cerca,
porque van de acá para allá o se detienen o siguen pe-
gados a las huellas, infórmese corriendo y gritando a
la vez a cualquiera que se acerque: «¡Eh!, ¿has visto
a los perros?» Una vez que se entere, si están con el 20
rastro, colóquese junto a ellos y anímelos llamando su-
cesivamente a cada uno por su nombre y, en cuanto sea
posible, dando a su voz la gama de tonos agudo, grave,
corto, largo. Además de otros estímulos, si la persecu-
ción fuera por monte, anímelos así: «¡Hala, perros, ha-
la, perros!» Mas si no están tras las huellas propiamen-
te tales, sino que las han sobrepasado, llámelos: «¡No,
atrás, no, atrás, perros!» Y cuando estén junto a ellas, 21
llévelos alrededor describiendo muchos círculos. Donde
les resulte el rastro confuso, colóquese una estaca co-
mo señal y a partir de ella manténgalos agrupados has-
ta que las reconozcan claramente animándolos y ha-
lagándolos. Cuando las huellas sean claras, correrán 22
rápidos tras ellas lanzándose encima, saltando a los la-
dos, compartiéndolas, interpretándolas, emitiendo seña-
les, fijando los límites que ellos reconocen. Cuando sal-
ten así, apiñados, tras el rastro, corra con ellos sin de-
tenerse para que no sobrepasen las huellas por emula-
ción.

Una vez que estén alrededor de la liebre y se lo indi- 23
quen claramente al cazador, preste atención no sea que
se les adelante dando un salto por temor a los perros.

Éstos, moviendo en todas direcciones el rabo, echándose y saltando sobre ellos frecuentemente y redoblando sus ladridos, levantando la cabeza, mirando al cazador, dando a entender que por fin ésas son las verdaderas, levantarán por sí mismos la liebre y la perseguirán la-
24 drando. Si cae en las redes o pasa de largo por dentro o por fuera, el guarda-redes comunique a gritos cada una de esas cosas. Si es apresada, busque otra. Si no, persígala empleando los mismos estímulos.

25 Cuando los perros estén fatigados de correr y ya sea tarde, entonces debe el cazador buscar una liebre cansada, sin dejar nada de lo que la tierra hace germinar o mantiene sobre ella, volviendo a menudo sobre sus pasos para que no se la deje agazapada al pasar, pues el animal se echa en poco espacio y no se levanta por cansancio y miedo, llevando los perros, animándolos, incitando constantemente al zalamero, raramente al osado y regularmente al normal hasta que la maten a la carrera o la lancen a las redes.

26 Después de eso, recoja las redes y los paneles, dé una fricción a los perros [30] y retírese del terreno de caza después de aguardar, si es mediodía en verano, para que los pies de los perros no se abrasen por el camino.

7 Emparéjense las perras jóvenes durante el invierno, liberándolas de las fatigas, para que traigan con tranquilidad en primavera una raza noble, pues esa es la mejor estación para la reproducción de los perros. Hay
2 catorce días en que necesariamente tiene lugar. Hay que llevar las hembras a perros de buena raza, cuando vayan a terminar esos días, para que queden preñadas pronto. Cuando sean cubiertas, no se las debe llevar de caza constantemente, sino dejar intervalos para que no aborten por su amor al esfuerzo. Paren a los sesenta días.

3 Después que nazcan los cachorros, se los tiene que dejar con la que los ha parido y no echarlos bajo otra

[30] Es conveniente cuando están cansados.

perra, pues los cuidados ajenos no favorecen el crecimiento. Además, la leche y el hálito de las madres es bueno y sus caricias agradables. Cuando los cachorros 4
ya anden con titubeos, hay que darles leche hasta el año con la que se alimentarán todo el tiempo, y nada más, pues las harturas pesadas de los cachorros tuercen las piernas, acarrean enfermedades a sus cuerpos y dañan sus órganos internos.

Póngaseles nombres cortos para llamarlos con faci- 5
lidad. Deben ser los siguientes: *Psychḗ, Thymós, Pórpax, Styrax, Lónkhe, Lókhos, Phrourá, Phylax, Táxis, Xíphōn, Phónax, Phlégōn, Alkḗ, Teúkhōn, Hyleús, Mḗdas, Pórtkhōn, Spérkhōn, Orgḗ, Brémōn, Hybris, Thállōn, Rhṓmē, Antheús, Hḗba, Gḗtheús, Khárá, Leússōn, Augṓ, Polús, Bía, Stíkhōn, Spoudḗ, Bryas, Oinás, Sterros, Kraugḗ, Kainōn, Tyrbas, Sthénōn, Aithḗr, Aktís, Aikhmḗ, Nóēs, Gnṓmē, Stíbōn, Hormḗ.*

Hay que llevar los cachorros a la caza: las hembras, 6
a los ocho meses, los machos, a los diez, y no soltarlos junto a las huellas de cama, sino que acompañen atados con largas correas a los perros que rastrean, dejándolos correr tras las huellas. Cuando se encuentre la lie- 7
bre, si son de buena apariencia para la carrera, no dejarlos sueltos inmediatamente, sino lanzarlos después de que la liebre se adelante en la carrera, cuando ya no la divisen. Efectivamente, si se suelta cerca a perros 8
de hermoso aspecto y fogosos para la carrera, al ver la liebre se quiebran por la tensión porque aún no tienen los cuerpos consistentes. Es preciso, pues, que el cazador evite esto. Mas si son un poco torpes para la 9
carrera, no hay ningún impedimento en dejarlos, pues como están al punto deseperanzados de capturar la liebre, no sufrirán ese percance. En cambio, dejarlos seguir las huellas de carrera hasta que la cojan. Si la liebre es apresada, hay que dársela para que la despedacen. Mas cuando ya no quieran permanecer junto a las 10

huellas, sino que se dispersan, tomarlos de nuevo hasta que se acostumbren a descubrirla corriendo tras la liebre, puesto que si no la buscan siempre con orden, terminan por salirse de la jauría, ¡pésima lección!

11 Hay que darles comida junto a las redes mientras sean jóvenes, cuando se recogen, para que, si por inexperiencia se extravían en la caza, vuelvan hacia esto y se recobren. Se les suprimirá esa comida cuando estén ya con el animal salvaje como un enemigo, pues tendrán más cuidado de él que preocupación por aquélla.
12 Asimismo, generalmente, debe el propio cazador dar el alimento a los perros cuando lo reclaman, porque cuando no están necesitados no saben quién es el causante de ello, pero si lo reciben cuando tienen ganas, se encariñan con quien se lo da.

8 Rastréese la liebre cuando nieva hasta cubrir el suelo, pues si hay manchones negros [illegible]. será difícil la búsqueda. Cuando nieva y hay viento norte, las huellas superficiales son evidentes durante mucho tiempo, pues no se derrite pronto; pero si hay viento sur y brilla el sol, lo serán durante poco tiempo, ya que la nieve se derrite con rapidez. Cuando nieva sin cesar, no se debe intentar nada, pues la nieve las cubre, ni cuando el viento
2 sea fuerte, pues las borra amontonando la nieve. En consecuencia, no se debe salir jamás con perros a este tipo de caza. Efectivamente, la nieve quema sus narices y sus pies, y el hielo excesivo borra el olor de la liebre, Hay que tomar las redes, dejar las tierras de labor e irse con un compañero al monte, y después de coger
3 las huellas, caminar por ellas. Si están enmarañadas, salir de ellas dando un rodeo y volver al mismo punto describiendo círculos buscando a dónde se dirigen, pues muchas veces la liebre se extravía y no encuentra dónde echarse, y al mismo tiempo suele emplear trucos en

[illegible] Esto es, claros o zonas del suelo sin nieve.

la marcha por la persecución constante a partir de sus huellas. Cuando aparece la pista, marchar adelante. Lle- 4
vará a un lugar sombrío o a uno escarpado, pues los vientos suelen llevar la nieve por encima de tales lugares; en consecuencia, quedan muchos lugares adecuados para la cama. Busque, realmente, esas zonas. Cuan- 5
do la pista conduzca a semejantes lugares, no hay que acercarse demasiado para que no se levante, sino rodearlos por fuera, pues hay esperanzas de que esté cerca, y será evidente porque las huellas no continuarán por ningún lado. Cuando esté claro que está allí dejarla, 6
pues allí se quedará, y buscar otra antes de que las huellas se hagan invisibles, pensando en el tiempo, de modo que si se encuentran otras, quede el suficiente para cercarlas. Llegado ese momento, se deben tender los 7
paneles alrededor de cada una, de la misma manera que en los manchones negros, encerrando dentro cualquier objeto junto al cual pueda estar, y cuando estén colocados, acercarse y levantarla. Si rodando se sale de los 8
paneles, hay que correr tras la pista. Ésta llegará a otras zonas semejantes, si, naturalmente, no se agazapa en la misma nieve. Hay que observar, pues, dónde está y cercarla. Si no se queda, correr tras ella, pues será atrapada incluso sin las redes; en efecto, renuncia pronto, debido al espesor de la nieve y porque se le adhiere mucha cantidad de ella, ya que la parte inferior de sus pies es velluda.

Para los cervatos y ciervos se debe contar con pe- 9
rros indios, pues son fuertes, grandes, rápidos, no exentos de ardor. Con estas cualidades son capaces de soportar grandes esfuerzos. Cazar a los cervatillos recién nacidos en primavera, pues nacen en esta estación. Hay 2
que penetrar en los claros con vegetación y observar dónde está la manada de ciervos. Donde se encuentre, que llegue el cazador a ese lugar antes del amanecer con los perros y los dardos; ate a los perros lejos del

bosque para que no ladren al ver los ciervos, y él per-
3 manezca al acecho. Al romper el día verá a las hem-
bras llevando los cervatillos al lugar donde va cada una
a echar el suyo. Una vez que lo han acostado, dado de
mamar y observado si son vistas por alguien, cada una
guarda el suyo retirándose a cierta distancia frente a
4 él. Al ver eso, que suelte los perros, tome los dardos
y se acerque a donde vio que estaba echado el primer
cervatillo, atento para no equivocarse de sitio, porque
son muy diferentes para los ojos del que se acerca de
5 lo que parece que son desde lejos. Después de verlo,
que se acerque. Él se quedará quieto agachándose con-
tra la tierra y se dejará coger bramando fuertemente
si no está mojado; en este caso, no se quedará, pues
la humedad que tiene encima, al condensarse rápida-
6 mente por el frío, le hace alejarse. Aunque será apre-
sado por los perros si es perseguido con tesón. Después
de cogerlo, que lo entregue al guarda-redes. Él bramará
y la cierva, al ver aquello y oír esto, correrá contra el
7 que lo tiene intentando quitárselo. En ese momento es
preciso que anime a los perros y emplee las jabalinas.
Después de dominarla, marche contra los demás y utili-
8 ce contra ellos el mismo tipo de caza. Los cervatillos
jóvenes son atrapados así; en cambio, los que ya son
grandes, difícilmente, pues pastan en medio de las ma-
dres y los otros ciervos y cuando se les persigue, se re-
tiran entre ellas, a veces delante y pocas veces detrás.
9 Las ciervas pisotean a los perros para defenderlos, de
modo que no son presa fácil, salvo si se mete uno entre
ellos rápidamente y los va dispersando hasta que quede
10 sólo uno de ellos. Con este esfuerzo, a la primera carre-
ra los perros quedan atrás, pues la ausencia de las cier-
vas llena de miedo al cervatillo y la velocidad a tal edad
no tiene parecido con nadie, mas a la segunda y tercera
carrera pronto son atrapados, pues no pueden resistir
la fatiga por ser sus cuerpos demasiado jóvenes aún.

Asimismo, se colocan cepos para los ciervos en los 11
montes, alrededor de los prados, corrientes y manantia-
les, en las encrucijadas y en las tierras de labor junto
a cualquier cosa a la que se acerquen. Es necesario que 12
los cepos estén trenzados con madera de tejo, sin corte-
za, para que no se pudran, con coronas circulares y cla-
vos de hierro y madera alternando fijados al trenzado.
Los de hierro, mayores para que los de madera cedan
ante el pie y los primeros se claven. El nudo corredizo 13
de la cuerda que se colocará sobre la corona, de trenza
de esparto y también la cuerda, pues es lo que menos se
pudre. El nudo corredizo debe ser fuerte e, igualmente,
la cuerda. La traba que va atada sea de roble o encina,
de tres palmos de tamaño, con corteza, de cuatro dedos
de espesor. Colóquense los cepos abriendo en la tierra 14
un hoyo de veinte dedos, que sea redondo, y en la parte
superior igual a las coronas de los cepos, pero que se
vaya estrechando hacia el fondo. Ábrase también la tie-
rra lo justo para asentar tanto la cuerda como la traba.
Después de hacer esto, coloquese el cepo sobre el hoyo 15
a un nivel un poco más bajo, y alrededor de la cubierta
el nudo corredizo de la cuerda. Después de haber deja-
do la cuerda y la traba en sus sitios respectivos, coló-
quense sobre la cubierta tallos de cardos que no so-
bresalgan por fuera y encima hojas pequeñas que haya
en esa estación. Luego, échese tierra sobre ellas, pri- 16
mero la tierra de la superficie cavada, y sobre ella tie-
rra compacta traída de lejos para que el firme sea lo
más invisible que se pueda para el ciervo. La tierra so-
brante llévese también lejos del cepo, porque si olfatea
tierra recién removida, se turba, y suele hacer eso en-
seguida. Examina con los perros los cepos colocados 17
en el monte preferentemente a la aurora, aunque tam-
bién es necesario hacerlo durante el resto del día; en
las tierras de labor, muy temprano, pues en el monte

son apresados no sólo durante la noche, sino también durante el día por la soledad; pero en las tierras de labor, sólo durante la noche, porque por el día tienen miedo al hombre.

18 Cuando se encuentra el cepo volcado, suelta los perros, incítalos y corre tras el rastro de la traba, examinando por dónde es arrastrada. No será invisible generalmente, pues las piedras estarán removidas y el arrastre de la traba será manifiesto en los terrenos cultivados, y si atraviesa lugares escarpados, las piedras tendrán restos de corteza arrancada de la madera de la
19 traba. Por ello, la persecución será bastante fácil. Si es apresado por la pata delantera, pronto será cogido, porque durante la carrera la traba le golpeará todo el cuerpo incluso la cara, y si lo es por la trasera, la traba que arrastra será un obstáculo para el cuerpo entero e, incluso, a veces, se enganchará, al tirar, en las horquetas de la maleza, y si no rompe la cuerda, se le coge-
20 rá allí mismo. Si es apresado así o si es dominado por cansancio, no debe uno acercarse mucho, pues cornea y cocea, si es macho, y si es hembra, cocea. Lanza, pues, la jabalina desde lejos.

Son apresados incluso sin cepo persiguiéndolos en la estación estival. Efectivamente, se agotan hasta tal extremo que se quedan quietos aunque sean alcanzados con la jabalina. Incluso se lanzan al mar si se ven forzados, y a las aguas dulces si no encuentran salida. A veces caen también por falta de respiración.

10 Para el jabalí, que se adquieran perros indios, cretenses, locros, laconios; redes, jabalinas, dardos, cepos.

Primero, por supuesto, conviene que los perros no sean de una raza cualquiera para que estén dispuestos a luchar con la fiera.

2 Las redes, del mismo lino que las de las liebres, sean de tres cuerdas de cuarenta y cinco hilos, cada cuerda

de quince hilos, de diez nudos[32] de tamaño desde la cresta, y la abertura de las mallas de veinte dedos[33]. Los cordones corredizos, una vez y media el espesor de los hilos de las redes; en los extremos tengan anillas; deslícense bajo el impulso de las mallas; el extremo de los cordones corredizos sobresalga a través de las anillas. Basta con quince anillas.

Las jabalinas sean de todas clases, con las puntas 3
bastante anchas y cortantes como navajas y los astiles fuertes. Los dardos: primero, con puntas de veinte dedos[34] de tamaño; hacia el centro del cubo, la cruceta revestida de bronce, sólida, y los astiles de cornejo, del espesor de la lanza. Los cepos, semejantes a los de los ciervos. Tenga compañeros de caza, porque la fiera es apresada difícilmente, incluso, por muchos cazadores.

Ahora voy a enseñar cómo se deben emplear en la
caza cada uno de estos instrumentos. Primero, es nece- 4
sario que, después de ir a donde piensan realizar la caza, desaten uno de los perros laconios, manteniendo atados los demás, y que vayan describiendo círculos con
el perro. Cuando coja las huellas, deben ir tras la bús- 5
queda de la pista acompañando abiertamente al perro que dirige. Además, los cazadores tendrán muchas señales del jabalí: en los terrenos blandos, sus huellas, y en los frondosos, ramas partidas; donde hay árboles, dentelladas de sus colmillos.

Siguiendo el rastro, el perro llegará, generalmente, 6
a un lugar lleno de maleza, pues la fiera se encama ordinariamente en tales sitios, porque en invierno son cálidos y en verano frescos. Después de llegar al cubil, ladra. El jabalí no se levantará la mayoría de las veces.

[32] O mallas.

[33] En griego un *pygōn*, medida de veinte dedos, cuatro menos que el codo o *pēkhys*, que tiene veinticuatro. Equivale [illegible] cm., aproximadamente.

[34] En griego *pentepalaístous*. Véase n. 13.

7 Entonces, cogiendo el perro, habrá que atarlo también con los demás, bastante lejos del cubil; lanzar las redes en los lugares penetrables, colocando las mallas sobre ramas ahorquilladas del bosque, y hacer de la misma red una bolsa grande y prominente, poniendo a los dos lados en la parte inferior interna ramas como soportes, de manera que en la bolsa penetre el mayor número posible de rayos de luz a través de las mallas, a fin de que el interior sea muy claro para el animal cuando se lance hacia ella. Hay que atar el cordón corredizo a un árbol fuerte y no a las zarzas, pues éstas se enganchan en los hilos. Y por encima de cada red obstruir con maleza también los lugares de difícil acceso para que efectúe la carrera hacia las redes y no se escape.

8 Cuando estén colocadas, hay que ir junto a los perros, desatarlos a todos a la vez, y avanzar con las jabalinas y dardos. Uno, el más experto, que anime a los perros; los demás sigan en orden, muy separados uno de otro para que el jabalí tenga paso suficiente entre ellos, pues, si al retirarse, cae entre ellos apiñados, corren peligro de ser heridos ya que descarga su furor
9 en aquel que encuentra. Cuando los perros estén cerca del cubil, lo acosarán. El jabalí se levantará alborotado y lanzará por los aires a cualquier perro que le ataque de frente; mas intentará correr y caerá dentro; en caso contrario, hay que perseguirlo. Si el lugar donde la red lo retiene fuese inclinado, se levantará pronto; si es llano, se quedará quieto un momento envuelto en la red.
10 En ese instante, los perros lo acosarán. Con precaución, los cazadores deben herirlo con sus jabalinas y lanzarle piedras, poniéndose alrededor, detrás y a bastante distancia, hasta que avance arrastrándose y tire del cordón corredizo de la red. Entonces, el cazador más experto de los presentes y que mejor se domine acérquese
11 de frente y clávele un dardo. Pero si no quiere tirar del cordón corredizo, aunque sea alcanzado por los dardos

y piedras, sino que, dejándose ir y dando una vuelta rápida, resiste al que se acerca, cuando esté así, hay que acercarse con el dardo y ponerse a su lado con la mano izquierda delante y la derecha detrás, pues la izquierda lo dirige y la derecha lo impulsa; por delante el pie izquierdo, que acompañe a la mano del mismo
nombre, y el derecho a la otra. Al acercarse hay que 12
cubrirse con el dardo, sin abrir las piernas mucho más que en la lucha, volviendo el costado izquierdo hacia la mano homónima y mirando entonces a los ojos de la fiera mientras se vigila el movimiento de su cabeza; se le tiene que dirigir el dardo con cuidado de no lanzarlo de las manos con un giro de la cabeza, pues ese movimiento suele seguir al impulso del lanzamiento.
Siempre que suceda esto, hay que echarse boca aba- 13
jo y agarrarse a la maleza que haya debajo, pues si la fiera se precipita contra quien está en esa posición, debido a la curvatura de sus colmillos no puede coger su cuerpo por debajo; mas si está levantado, necesariamente será herido. Efectivamente, intentará lanzarlo por el aire,
y si no puede, lo rodea y pisotea. Sólo hay una única 14
salida cuando se está en ese aprieto: que se aproxime uno de los compañeros de caza con un dardo y lo provoque como si se lo fuera a arrojar, pero sin hacerlo
nunca, no sea que alcance al que está caído. El jabalí, 15
al ver eso, dejará al que tiene debajo y se volverá contra el que lo provoca, encolerizado y furioso. El primero, que enseguida se levante de un salto y que se acuerde al levantarse de coger el dardo, pues no hay
salvación gloriosa más que para el vencedor. Que ata- 16
que de nuevo de la misma forma y apunte a la parte interior del omóplato donde está la parte vital de la garganta, y empuje y aguante con fuerza. El jabalí avanzará furioso, y si no lo impidiera la cruceta de la punta, llegaría hasta el que sostiene el dardo a través del astil
por propio impulso. Tanta es su fuerza, que lo que na- 17

die se imaginaría se encuentra en él. Así, si se ponen
sobre sus colmillos cerdas inmediatamente después de
muerto, se contraen de tan calientes que están. Y cuan-
do está vivo, se le inflaman si se le provoca, pues de
lo contrario, no quemaría las puntas del pelo de los pe-
18 rros al fallar el golpe contra su cuerpo. En fin, el ma-
cho es apresado después de ofrecer tantas o, incluso,
más dificultades.

Si es la hembra la que cae en la red, hay que correr
sobre ella y atacarla evitando ser empujados y caer. Si
a uno le ocurre esto, necesariamente será pisoteado y
mordido. En consecuencia, se debe evitar caer debajo
en lo que de uno dependa; mas si a su pesar incurre
en ello, los medios de levantarse son lós mismo que cuan-
do se cae bajo el macho. Una vez levantado, hay que
herirla con el dardo hasta que muera.

19 Otra forma de cazarlos es colocándoles las redes de
camino en los pasos de los valles frondosos que van ha-
cia los encinares, cañadas, lugares escarpados, entra-
das a las tierras fértiles, zonas pantanosas y aguas. El
cazador designado vigila las redes provisto de un dar-
do. Los otros llevan los perros buscando los lugares me-
20 jores. Después que es descubierto, se le persigue. En-
tonces, si cae en la red, el guarda-redes que levante el
dardo, se acerque y lo maneje como he dicho. Si no ca-
yera en la red, que corra tras él.

Se caza también cuando el calor es sofocante, perse-
guido por los perros; porque la fiera, aunque los aven-
21 taja en fuerza, se rinde cuando está jadeante. Mueren
muchos perros en este tipo de caza, e incluso los pro-
pios cazadores corren peligro, cuando, en la persecu-
ción, se ven obligados a aproximarse al animal rendido
con los dardos, si está en una corriente de agua o se
queda quieto junto a un lugar escarpado o no quiere
salir de un lugar frondoso; naturalmente, no le impide
la red ni ninguna otra cosa desplazarse hacia el mismo

punto que el que se acerca. Sin embargo, hay que apro-
ximarse cuando está en esa situación y mostrar la deci-
sión que les movió a elegir el esfuerzo que entraña esta
afición. Se han de emplear el dardo y los medios de 22
defensa propia como se ha dicho; si ocurre algo, que
no ocurra, al menos, por no haber actuado correcta-
mente.

Igualmente se les ponen cepos como a los ciervos
y en los mismos lugares; la observación, persecución,
aproximación y manejo del dardo serán también los mis-
mos. Sin embargo, a sus jabatos, cuando se intenta apre- 23
sarlos, difícilmente les ocurre tal cosa, pues no se que-
dan solos mientras son pequeños y, además, cuando los
perros los descubren o ven algo delante de ellos, desa-
parecen al instante por el bosque, y, generalmente, los
acompañan ambos progenitores, que entonces son terri-
bles y luchan aún más por aquellos que por ellos
mismos.

Leones y leopardos, linces, panteras, osos y todas 11
las demás fieras de la misma clase son capturadas en
países extranjeros, en los alrededores del monte Pangeo
y del Cito, que está detrás de Macedonia, en los del Olim-
po de Misia y del Pindo, los de Nisa, pasada Siria, y
en otros montes adecuados para la cría de tales fieras.

Unas se capturan en los montes con veneno, con acó- 2
nito, por la dificultad de los terrenos. Los que se dedi-
can a la caza lo mezclan con el mismo alimento que
cada fiera prefiere y lo ponen cerca de las aguas o jun-
to a otro lugar cualquiera al que se acerque. Algunas 3
de las que bajan al llano por la noche son cercadas con
caballos y armas y cazadas con peligro para los cazado-
res. Para otras hacen grandes fosos redondos, profun- 4
dos, dejando en medio una colunma de tierra sobre la
que colocan de noche una cabra atada, y cierran el con-
torno del foso con madera de modo que no lo vean pre-
viamente, sin dejar entradas. Las fieras la oyen balar

durante la noche y corren alrededor del cierre circular,
y, al no encontrar paso, saltan por encima y son
capturadas.
12 He terminado de hablar sobre la práctica de la caza
propiamente dicha. Sacarán gran provecho los que tie-
nen afición a este ejercicio, pues procura salud a los
cuerpos, perfecciona la vista y oído, retrasa la vejez y,
2 sobre todo, educa para la guerra. En primer lugar, cuan-
do marchen con las armas por caminos difíciles, no se
rendirán, ya que soportarán las fatigas [35] por estar
acostumbrados a apresar las fieras por medio de las
armas. Serán capaces, además, de acostarse en lecho
3 duro y ser buenos centinelas del puesto asignado. En
las marchas [36] contra el enemigo, serán capaces de
cumplir las órdenes transmitidas y, a la vez, de atacar,
porque así cobran ellos las piezas de caza. Cuando for-
men en primera línea, no abandonarán la formación por-
4 que sabrán resistir. Si los enemigos huyen, perseguirán
a sus contrarios con orden y seguridad en todo terreno
gracias a su hábito. Si el ejército propio sufre un desca-
labro en terrenos frondosos, escarpados o difíciles por
otro motivo, podrán salvarse ellos mismos sin deshon-
rar y salvar también a otros, porque la práctica del ejer-
5 cicio les proporcionará un conocimiento superior. In-
cluso unos pocos hombres de esta clase, después de re-
troceder un gran número de sus propios aliados, han
cambiado de signo una batalla con su disciplina y auda-
cia, obligando a retroceder a enemigos que habían ya
vencido, pero que cometieron errores por la dificultad
del terreno. Efectivamente, los hombres con buenas con-
diciones físicas y mentales tienen siempre cerca el
triunfo.

[35] *Pónos.* Es importante el papel formativo que reiteradamente se le atribuye en esta obra. Cf., igualmente, PLATÓN, *Leyes* 823c, y para la caza en general, 822d-824a.

[36] Marchant-Bowersock indican que el sentido del término griego empleado aquí, *prósodos*, es propio de cazadores.

Asimismo, nuestros antepasados, conscientes de que 6
a partir de ahí alcanzaban el triunfo frente al enemigo,
hicieron de ello la ocupación de los jóvenes; y, aunque
andaban escasos de frutos, sin embargo desde un prin-
cipio impusieron la ley de no impedir a los cazadores
cazar en ninguno de los cultivos del suelo. Y, además, 7
no cazar de noche dentro de un espacio de muchos esta-
dios, para que los que tienen esa habilidad no priven
a los jóvenes de la caza, porque veían que la caza era
el único placer para los más jóvenes que proporciona
muchísimas ventajas, pues los hace sensatos y justos
por educarse en la verdad. Realmente se daban cuenta 8
de que obtenían éxitos, además de en otras cosas, espe-
cialmente en la guerra gracias a ellos; aparte de que
no les priva de ninguna otra noble ocupación que de-
seen practicar como ocurre con otros placeres funestos
que no deben aprender. Naturalmente, de tales jóvenes
nacen los buenos soldados y estrategos. En efecto, son 9
los mejores aquellos cuyos esfuerzos eliminan del alma
y del cuerpo bajeza e insolencia y acrecientan el amor
a la virtud; no podrán ver, además, a su ciudad ofendi-
da ni a su país maltratado.
Dicen algunos que no hay que apasionarse por la ca- 10
za para no descuidar los asuntos familiares [37], sin dar-
se cuenta de que todos los que procuran el bien de las
ciudades y de los amigos son los más cuidadosos de sus
propios asuntos. Si los aficionados a la caza se prepa- 11
ran personalmente para ser de gran utilidad a la patria
en los mayores peligros, no podrán descuidar sus asun-
tos, pues con la ciudad se salvan o perecen los bienes
familiares de cada uno. De modo que tales hombres
salvan, con los bienes propios, también los de los res-
tantes particulares. Muchos de los que dicen eso, a quie- 12
nes la envidia les priva totalmente de razón, prefieren

[37] Véase la Introducción.

perecer por la propia cobardía antes que salvarse por
la virtud de otros, pues la mayoría de los placeres son
malos y, vencidos por ellos, se lanzan a decir o hacer
13 lo peor. Luego, por las vanas palabras se levantan ene-
mistades y por las malas acciones enfermedades, casti-
gos y muertes, de ellos y de sus hijos y amigos; sin dar-
se cuenta de los males, aunque se dan cuenta más que
nadie de los placeres. ¿Quién los empleará para salvar
la ciudad?

14 Por tanto no habrá nadie que no se aparte de esos
males y no desee vivamente lo que yo recomiendo, pues
una buena educación enseña a cumplir las leyes y a
15 hablar y oír lo justo. En resumen, los que se presten
a trabajar constantemente y a ser enseñados tienen co-
mo tareas propias lecciones y ejercicios, más la salva-
ción para sus propias ciudades; mientras que los que
no quieren ser instruidos a causa del esfuerzo, y se en-
tretienen en placeres inoportunos, ésos son por natura-
16 leza los peores, pues no obedecen a leyes ni a buenas
palabras, porque, por no esforzarse, no descubren có-
mo debe ser el hombre de bien; de modo que no pueden
ser ni piadosos ni sabios y, basándose en su falta de
educación, censuran constantemente a las personas edu-
17 cadas. En fin, gracias a éstos nada podrá marchar bien;
en cambio, gracias a los mejores se hallan todas las ven-
tajas para el hombre. En resumen, los mejores son los
que quieren esforzarse.

18 Además, eso se ha demostrado con un gran ejemplo:
los más antiguos que he mencionado que estuvieron con
Quirón, siendo jóvenes comenzaron por la caza a apren-
der muchas nobles lecciones. De esto les vino una gran
virtud y, gracias a ella, aún ahora son admirados; vir-
tud que es bien claro que todos desean vivamente, pero
que, como hay que lograrla con esfuerzo, la mayoría
19 la abandonan. En efecto, su adquisición no se ve y, en
cambio, los esfuerzos que entraña son patentes. Si fue-

se visible su cuerpo, probablemente los hombres des-
cuidarían menos la virtud, sabiendo que como aquélla
es evidente para ellos, igualmente ellos son vistos por
ella. Realmente, cuando es visto por su amada, todo 20
hombre se vuelve mejor y no dice ni hace ninguna gro-
sería ni incorrección por temor de que lo vea. Mas co- 21
mo piensan que no son examinados por la virtud, come-
ten delante de ella muchos actos incorrectos y grose-
ros, ya que ellos no la ven; sin embargo, en todas partes
está presente, porque es inmortal, y premia, además,
a los que son buenos con ella y menosprecia a los ma-
los. En resumen, si supieran que los contempla, se lan-
zarían al esfuerzo y enseñanzas, con las que es apresa-
da con dificultad, y la podrían adquirir.

Me sorprende que la mayoría de los llamados «sofis- 13
tas» afirmen que guían a los jóvenes a la virtud, aun-
que, realmente, los guíen a su contrario. Efectivamente,
jamás hemos visto a un hombre a quien hayan hecho
bueno los sofistas actuales, y no publican escritos que
muevan a ser buenos, aunque sí muchos libros se han 2
escrito por ellos sobre temas fútiles, de los cuales los
jóvenes obtienen placeres superfluos, pero en los que,
por supuesto, no encontrarán la virtud. A los que te-
nían esperanzas de aprender algo de ellos les propor-
cionan un vano pasatiempo y, a su vez, les apartan de
otras cosas útiles y les enseñan las malas.

Les censuro, pues, seriamente sus graves errores, y, 3
en cuanto a sus escritos; repruebo que anden rebuscan-
do las frases, pero jamás sentencias que sean correctas,
con las que son educados en la virtud los jóvenes. Yo, 4
realmente, soy un profano, pero sé que lo más impor-
tante es que se enseñe el bien conforme a su propia
naturaleza, y lo segundo en importancia, que lo sea por
quienes tienen algún conocimiento del bien, más que
por quienes poseen plenamente el arte del engaño. Qui- 5
zás no me exprese con palabras sofisticadas, pero tam-

poco lo pretendo. Intento decir aquello que precisan pa-
ra su virtud los que han sido bien educados, y que es
reconocido como correcto. Realmente, palabras no pue-
den educar, pero sí máximas, siempre que sean buenas.
6 Muchos más reprueban también a los sofistas actuales,
y no a los filósofos, porque son ingeniosos en palabras
y no en ideas.

No me pasa inadvertido que de lo que está bien es-
crito e hilvanado quizá diga alguno de ésos que no está
bien escrito ni hilvanado[38], pues fácil les será hacer
7 una crítica rápida e injusta, por más que se haya escri-
to así para que esté correcto, y no para hacer hábiles
sofistas, sino hombres sabios y buenos. No prefiero que
los escritos parezcan útiles, sino que lo sean, para que
8 permanezcan siempre irrefutables. Los sofistas hablan
para engañar y escriben para su lucro personal, y no
ayudan a nadie en nada, porque ninguno de ellos fue
sabio ni lo hay ahora, sino que cada uno se contenta
con ser llamado sofista, lo que es una ofensa para las
9 personas sensatas. Recomiendo, pues, guardarse de los
preceptos de los sofistas, y no despreciar, por el contra-
rio, las recomendaciones de los filósofos, porque los so-
fistas andan a la caza de los ricos y de los jóvenes, y
los filósofos, en cambio, comparten su amistad con todos
los hombres y ni aprecian ni menosprecian sus fortunas.

10 No hay que envidiar, igualmente, a los que corren
locamente en pos de la ambición[39], tanto privada co-
mo públicamente, pensando que los mejores que, de en-
tre ellos, están bien considerados son aborrecidos, y los
11 peores son maltratados y están mal considerados, por-
que, como arrebatan los bienes privados y públicos, son
más inútiles que los simples particulares en lo que se
refiere a los intereses comunes, y tienen los peores cuer-
pos y los más torpes para la guerra, pues son incapaces

[38] Algún sofista. Cf. Introducción, n. 7.
[39] Los políticos profesionales.

de hacer un esfuerzo. En cambio, los cazadores ofrecen
a la comunidad de ciudadanos sus cuerpos y bienes en
perfecto estado. Los unos van a la caza de fieras, los 12
otros a la caza de amigos. Por ello, los que van a la
caza de amigos tienen mala reputación entre todos, y
buena, por el contrario, los cazadores de animales sal-
vajes, pues si los capturan, vencen a enemigos, y si no
lo consiguen, reciben elogios, primero, por intentar so-
meter a enemigos de la ciudad entera; segundo, porque
no van para perjudicar a nadie ni por codicia, y tercero, 13
porque se perfeccionan en muchos aspectos con el mis-
mo ejercicio y se hacen más sabios por lo que vamos
a demostrar: lógicamente, si no sobresaliesen en esfuer-
zos, ideas y en muchos cuidados, no cobrarían las pie-
zas de caza. En efecto, sus adversarios, que luchan por 14
su vida y en su propia casa, están muy fuertes, de modo
que los esfuerzos del cazador se vuelven vanos si no
los dominan con una firmeza mayor y con mucha habi-
lidad.

En fin, los que desean saciar su ambición en la ciu- 15
dad se ejercitan en vencer a los amigos; los cazadores,
en cambio, a enemigos comunes. A los unos, este ejerci-
cio los hace mejores contra los demás enemigos; a los
otros, mucho peores. Para los unos, la caza va acompa-
ñada de moderación; para los otros, de vergonzosa osa-
día. Los unos saben despreciar la maldad y la codicia; 16
los otros son incapaces. Los unos emiten voces elocuen-
tes, los otros, desagradables. En cuanto a lo divino, a
unos nada les impide su impiedad; los otros son los más
piadosos.

Por eso, antiguos relatos recogen que hay, incluso, 17
dioses que se recrean en esta actividad, tanto en practi-
carla como en verla practicar. De modo que con estas
reflexiones es posible que los jóvenes, al hacer lo que
yo recomiendo pensando que sus actos son vistos por
algún dios, sean gratos a los dioses y piadosos. Estos

jóvenes serán buenos para sus progenitores, para toda la ciudad y para todos y cada uno de sus conciudada-
18 nos y amigos. En fin, no sólo fueron buenos todos los cazadores que se apasionaron por la caza, sino también las mujeres a quienes la diosa [40] otorgó esa afición, como Atalanta, Procris y otras.

[40] Ártemis.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

águila, 5, 16, 2, 4.
Alcato, 1, 9.
ambiciosos, 13, 10-16.
Anfiarao, 1, 2, 8.
Antíloco, 1, 2, 14.
Apolo, 1, 1; 6, 13.
Aquiles, 1, 2, 4, 16.
Artemis, 1, 1, 11; 6, 13; 13, 18.
Asclepio, 1, 2, 6.
Atalanta, 1, 7; 13, 18.

cabra, 11, 4.
Cartago, 2, 4.
Cástor, 1, 2, 13; 3, 1.
caza, 1, 1, 2, 5, 12, 18; 2, 1-3; 3, 1; 4, 6; 6, 12-13; 7, 11; 12, 1, 7, 10, 11; 13, 12.
cazador, 4, 4, 5; 5, 18, 25; 6, 4, 11-26; 7, 8, 12; 10, 5, 10-14, 21; 12, 6; 13, 11-18.
Céfalo, 1, 2, 6.
cepos, 9, 11-20; 10, 22.
Cito, 11, 1.

dardo, 10, 3, 8, 11, 12, 15, 18-22.
Diomedes, 1, 2, 13.

educación, enseñanza, 1, 2, 5, 13, 16, 18; 2, 1; 12, 14-16, 18; 13, 2-5.
Eneas, 1, 2, 5.
esfuerzo (amor al esfuerzo), 1, 7, 12; 2, 1; 12, 9, 17-19, 21.
estacas, 2, 7, 8; 6, 7, 9.

Fasis, 2, 4.
filósofos, 13, 6, 9.
foso, 11, 4.

guarda-redes, 2, 3; 6, 5-12, 24; 9, 6; 10, 20.
guerra (caza preparación para la guerra), 1, 12, 17, 18; 12, 1-5, 8; 13, 11, 17.

heladas, 5, 1.
Hélade (Grecia), 1, 10, 13.
Heracles, 1, 9.
Hesione, 1, 9.
Hipólito, 1, 2, 11.
hoz, 2, 9.
huellas, 3, 6; 5, 2; 6, 22; 7, 6, 9, 10; 8, 1-8; 10, 5.

infancia, 2, 1.
islas, 5, 24-25.

jabalí, 10, 1 y ss.
jabalina, 9, 7, 20; 10, 3, 8, 10.

jabato, 10, 23.
jóvenes, 12, 6-9, 18; 13, 2, 9.

leones, 11, 1 y ss.
leopardo, 11, 1 y ss.
liebre, cap. 3-8, y especialmente, 3, 6; 4, 4-6, 10; 5, 4, 8-33; 6, 5, 10, 11, 16-26; 7, 7-10; 8, 2, 6 y ss.
lince, 11, 1 y ss.

lluvia, 5, 3 y ss.

Macaón, 1, 2, 4.
Macedonia, 11, 1.
Melanión, 1, 2, 7.
Meleagro, 1, 2, 10.
Menesteo, 1, 2, 12.
Misia, 11, 1.
monte, 4, 9; 5, 12; 8, 2; 9, 17.

Nais, 1, 3.
Néstor, 1, 2, 7, 12.
nieve, 8, 1 y ss.
Nise, 11, 1,

Odiseo, 1, 2, 13.
Olimpo, 11, 1.
osos, 11, 1 y ss.

Palamedes, 1, 2, 11.
Pangeo, 11, 1.
panteras, 11, 1 y ss.
Peleo, 1, 2, 8.
Peribea, 1, 9.
perros, 1, 15; 3, 1-11; 4, 1-11; 5, 2, 9, 15, 19, 28, 32; 6, 1-4, 12-26; 7, 1-12; 9, 1, 6, 9, 10, 17, 18; 10, 1, 4, 6-10, 17, 19-23.
Pindo, 11, 1.
Podalirio, 1, 2, 14.
Pólux, 1, 2, 13.
Procris, 13, 18.

Quirón, 1, 1-4, 8, 13, 17; 12, 18.

rastreo, 3, 4, 5, 6; 4, 3, 9; 6, 8, 13.
Rea, 1, 3.
redes, 2, 4-9; 6, 5-10, 24, 26; 7, 11; 8, 2, 7, 8; 10, 2, 7, 8, 9, 18-21.

saco, 2, 9.
Siria, 11, 1.
sofistas, 13, 1-9.

Tebas, 1, 8.
Telamón, 1, 2, 9.
Teseo, 1, 2, 10.
Tetis, 1, 8.
Troya, 1, 9, 13, 15.
tierras de labor, 4, 9; 5, 12, 15, 34; 8, 2; 9, 17.

veda, 5, 34.
veneno (caza con), 11, 2.

Zeus, 1, 3, 9.
zorro, 5, 4, 24; 6, 3.

PSEUDO JENOFONTE

LA REPÚBLICA DE LOS ATENIENSES

INTRODUCCIÓN

En la historia de la literatura griega este opúsculo ocupa un lugar especial por dos motivos: primero, por su contenido político, tema que no es habitual en ella, y menos aún, contemplado desde la perspectiva que vemos aquí; segundo, porque es la primera obra que conservamos de la prosa literaria ática, y por ello, se convierte en un documento doblemente singular.

En cuanto al tema, diremos que es una crítica de la actuación política del *dêmos*, de los medios que emplea para mantenerse en el poder y de los fallos que presenta. Es una crítica hecha, precisamente, por un adversario lúcido, esto es, por un oligarca que conoce bien la talla y los secretos de sus contrarios.

Los grupos oligárquicos *(heterías)* analizan las ideas fundamentales de los partidarios del *dêmos*, los nuevos valores que éstos implantan y los errores de una actuación así. Todo ello va creando una doctrina con sus lógicos tópicos, máxime en adversarios políticos. Dentro de este ambiente hay que situar *La República de los atenienses*. Como nos recuerda A. Lesky [1], hay alusiones y escritos efímeros (escolios, elegías, epigramas) sobre es-

---

[1] A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur* = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M.ª Díaz Regañón y B. Romero], Madrid, 1976, págs. 482, 483.

tos enfrentamientos políticos y sus tensiones consiguientes, especialmente hacia el año 443 a. C., fecha decisiva para la política interna de Atenas, que decidió la suerte de la democracia en los años posteriores, al imponerse Pericles sobre su rival Tucídides el de Melesias, que fue condenado al ostracismo.

Estas *heterías* o grupos de oligarcas, máxime si están en el destierro, no se mantienen pasivas como nos muestra la historia de diversas *polis* (Tebas, la misma Atenas, Sición, Samos...), y ayudados por Esparta acechan el momento adecuado para apoderarse del poder, es decir, son focos de conspiración permanente. Precisamente, Lesky piensa que esta obra es una advertencia a estos círculos contra posibles aventuras abocadas al fracaso ante un régimen democrático bien consolidado. Algo similar se lee en Marchant-Bowersock [2]. Para otros autores, lo que el escritor pretende es mostrar que sólo hay un medio para derrocarlo: la alianza con los enemigos [3].

En lo que se refiere a la obra como primera muestra de la prosa ática, hemos de observar que se nota la imperfección propia de una prosa primeriza que se está abriendo camino y carece aún de la fluidez de la prosa del siglo IV. Lesky [4] la compara, en los aspectos negativos, con los escritos hipocráticos y observa que no hay en ella influencias sofísticas (Gorgias se presenta por

[2] E. C. MARCHANT, G. W. BOWERSOCK, *Xenophon. VII. Scripta minora* (Loeb), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968, pág. 462. (Este vol. VII fue publicado, como ya hemos dicho, en 1925. De esta 1.ª ed., hay reimpresiones. En 1968 apareció con *La República de los atenienses* como suplemento [págs. 461-507], a cargo de G. M. Bowersock. Aquí también se cita la obra por la última edición, es decir, como de Marchant-Bowersock, conjuntamente.)

[3] Véase la Introducción de MANUEL CARDENAL DE IRACHETA a la traducción de MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO, *Pseudo-Jenofonte. La República de los atenienses* (Clásicos Políticos), Madrid, 1971, págs. VI y XV.

[4] A. LESKY, *Hist. Lit. gr.*, pág. 484.

primera vez en Atenas en el año 427 a. C.). Marchant-Bowersock [5] hablan de un estilo «tantalizingly inept» y nos recuerdan los argumentos de Demetrio de Magnesia en contra de la paternidad de Jenofonte, pues no pudo escribir una prosa tan monótona y tan torpe.

Seguramente, le extrañará al lector la repetición de las mismas ideas a lo largo de sus tres capítulos y que, a veces, terminen con el mismo tema con que comenzaron, como veremos al estudiar el «contenido». Lógicamente, no ha de verse en ello otra cosa que la influencia de la llamada composición circular, tan arraigada en la poesía arcaica. Asimismo, es muy llamativa la monotonía en los comienzos de período.

Ya se dijo anteriormente que está escrito en dialecto ático con algunas influencias del jónico.

Autor y fecha de composición

La República de los atenienses figura en la tradición, atribuida al Pseudo-Jenofonte, y, aunque se incluyó entre las obras de Jenofonte, se le niega a éste, generalmente, la paternidad del opúsculo. Acabamos de ver las razones estilísticas que aduce Demetrio de Magnesia para rechazarla. La atribución a Jenofonte es tardía, del siglo I a. C., y no general como acaba de verse. Pólux, en el siglo II, y Estobeo, en el V, le conceden la autoría.

El ambiente general de la obra, la fecha de composición y el estilo descartan la paternidad de Jenofonte. Se ha pensado en otro autor del mismo nombre, o se ha atribuido al aristócrata Tucídides el de Melesias, citado antes, a Tucídides el historiador, a Antifonte, a Critias..., sin que la cuestión haya quedado zanjada por ahora. Tal atribución es un elogio para la obra por la importancia de estos nombres.

[5] MARCHANT, BOWERSOCK, *Xen. Scripta minora*, pág. 461.

Parece que puede admitirse como seguro que el autor es un ateniense por la primera persona de 1, 2 que lo supone, y por el «yo» de 2, 12, que disfruta, como ateniense, de las ventajas del dominio del mar; que escribe fuera de Atenas, por el «allí» de 1, 2, 10, 11; 3, 6 (la causa de este alejamiento sería el destierro, aunque no nos consta), y que es del grupo oligárquico, ya que su postura es muy clara desde el primer párrafo, como luego veremos, y favorable a los ideales de los nobles.

Ya no es tan seguro que sea el escrito una carta dirigida a un correligionario que vive en Esparta, a pesar de lo que dice en 1, 11, pues la referencia y contraste con Lacedemonia es un tópico en estos temas y en esta época. Atenas es el modelo y el apoyo de los demócratas; Esparta, de los oligarcas, y ambas, la fuente de los bienes y de los males según el bando en que se milite. Recuérdese el discurso fúnebre de Pericles, en el libro II de Tucídides, y el filolaconismo tradicional de la aristocracia griega presente también en Sócrates y Platón.

En cuanto a la fecha de composición, hay unanimidad sobre la época o fecha aproximada, entre los años 440-420 a. C., y con más probabilidad alrededor de los años 30, pero el pretender una fecha exacta es quizá exagerado, pues no hay argumentos convincentes. Q. Cataudella [6] es partidario de fecharlo en el período arquidámico de la guerra del Peloponeso (431-421) y A. Lesky [7] acepta también como probable su redacción durante la guerra. El año 424 es, para muchos autores, entre ellos Kalinka, un *terminus ante quem*, convencidos de que la afirmación de 2, 5, sobre la imposibilidad de realizar por tierra una marcha de muchos días por la lentitud, por las dificultades de aprovisionamiento y la hostilidad de las *pólis* enemigas que hay que atravesar, queda desmentida por la actuación de Brásidas contra Anfípolis en ese año. Para otros, que, en 3, 2, figuren los asuntos de guerra entre los muchos por resolver en el Consejo es también prueba de su composición en tiempo de guerra. La alusión, en 2, 4, al hecho de que si el Ática fuese una isla no sería saqueada ni soportaría los ataques del enemigo, hace que haya quienes den por seguro que se basa en lo ocurrido realmente en la guerra del Peloponeso y que por consiguiente, el año de su comienzo, 431, sería el *terminus post quem*. Sin embargo, estos argumentos nos dejan dudosos, pues en una enumeración de problemas como es 3, 2, que figure la guerra no da pie para tanto, y respecto a 2, 14, puede ser también una mera suposición o un planteamiento teórico (cosa que, por cierto, es histórica, como sabemos por Tucídides, que pone en boca de Pericles esta estrategia precisamente antes del inicio de las hostilidades: apoyarse en la flota actuando como si viviesen en una isla y dejar el territorio a merced de los enemigos lacedemonios y sus aliados para no arriesgar vidas). De todos modos, sean planteamientos teóricos *a priori*, o afirmaciones *a posteriori* sobre lo ocurrido, lo seguro es que nos llevan a los años inmediatamente anteriores o posteriores al 431.

Lo afirmado en 2, 2, la superioridad sobre las islas aliadas, no presupone más que una fecha dentro de la época del imperio ateniense. La alusión a las limitaciones de la comedia sobre la crítica al *dêmos* (2, 18) nos llevaría a fechas muy distantes, como las posteriores, a los años 440/39, 437/36 o 415 [8].

Marchant-Bowersock [9] recuerdan que la omisión, en 3, 11, de la deserción de la isla de Samos en el 441 a. C., daría pie para considerar ese año como el *terminus*

[6] Q. Cataudella, *Historia de la literatura griega* [trad. de A. M. Saavedra], Barcelona, 1954, Pág. 195.

[7] A. Lesky, *Hist. lit. gr.*, pág. 484.

[8] Véase n. 37 de nuestra traducción.

[9] Marchant, Bowersock, *Xen. Scripta minora*, pág. 465.

ante quem. En consecuencia, asocian la obra con el ostracismo de Tucídides el de Melesias, el año 443. Pero recuérdese que esta deserción es oligárquica y de separación del *dêmos* de Atenas, es decir, de signo contrario a las recordadas aquí por forzadas que estén. Para H. Frisch, es una obra inmediatamente anterior al año 432[10].

El poderío marítimo incontestable de Atenas, su régimen democrático firmemente consolidado (que rezuma el conjunto del tratadito) y todos los datos aportados anteriormente nos llevan a una época en que Atenas aún no ha sido tocada por los desastrosos efectos que luego le acarrearía la guerra del Peloponeso, es decir, a los años próximos al 430, como dijimos. El proponer el año 443 nos parece prematuro por la atmósfera de hostilidad bélica o prebélica que se respira en el opúsculo en los hechos o planteamientos teóricos aludidos.

Contenido

El opúsculo consta de tres capítulos, los dos primeros de 20 párrafos y el tercero de 12.

Empieza el capítulo 1 rechazando *ex abrupto* el régimen democrático ateniense, porque las personas de baja condición, dice, están en mejor situación que los hombres importantes, y fijando los puntos que va a tratar: los medios que se emplean para mantener el régimen y la gestión de los asuntos ordinarios.

En 1, 2, da la verdadera razón de por qué los pobres tienen más poder y ocupan los cargos, y es que éstos son quienes hacen funcionar las naves, donde están los intereses del *dêmos,* mientras que los intereses de los oligarcas están fundamentalmente en sus tierras. Sin

[10] Véase Fernández-Galiano, *La República de los atenienses*, pág. VIII.

embargo, también los nobles participan de los cargos, pues los estrategos e *hiparcos* o jefes de la caballería salen exclusivamente de sus filas (1, 3).

En 1, 4, 5, 6 y 7, se aducen otras razones, cabría decir, complementarias de la aducida en 1, 2: si la democracia se apoya en los más débiles, ayudar a los pobres es ayudar a la democracia; los nobles son opuestos a ella, y el que las capas populares intervengan en la Asamblea y formen parte del Consejo es positivo puesto que favorecen a su clase a pesar de su ignorancia. Como consecuencia de ello, el gobierno no es perfecto, pero la democracia se mantiene (1, 8), pues el buen gobierno está en las personas influyentes, mas esto traería consigo la esclavitud del pueblo (1, 9). En los párrafos 10, 11 y 12, esta confusión de clases se extiende a los *metecos* y esclavos que llevan una vida desenfrenada en Atenas y tienen una pretendida igualdad de derechos. En 1, 13, se fomenta la nivelación de las clases a través de las *liturgías (coregías, gimnasiarquías* y *trierarquías),* que son servicios para el pueblo costeados por los ricos.

Los párrafos 14 al 20 consideran la política seguida con sus aliados. Naturalmente, apoyan a las capas populares, y su objetivo es apoderarse de sus riquezas para mantenerlos débiles e incapaces de enfrentarse a Atenas.

En 1, 16-18, se enumeran las ventajas que obtienen los atenienses de la celebración de las causas judiciales en su ciudad, ventajas materiales principalmente, pero también políticas, ya que cobran sueldos a costa de ellas e influyen en los gobiernos aliados, los ingresos de aduanas del Pireo son mayores, diversas profesiones ven aumentar sus beneficios gracias a ellas. En una palabra, los aliados se vuelven sus esclavos.

Se cierra este capítulo con otra ventaja técnica importante que obtienen los atenienses de las relaciones con sus aliados, y es que se convierten en unos expertos

marinos con sus viajes por mar. Hay cierto enlace con el comienzo del capítulo (1, 2): la democracia se apoya en la flota y ésta se perfecciona, a su vez, gracias a la navegación constante que exige el contacto con los aliados (1, 20).

Este primer capítulo es, pues, una fundamentación teórica del régimen democrático enfocada desde un ángulo o posición oligárquica.

El segundo está dedicado, casi exclusivamente, al análisis de las fuerzas con que cuenta la democracia y a sus consecuencias, esto es, a la flota y al consiguiente dominio del mar. Se inicia con la alusión al ejército de hoplitas, modesto pero superior al de cualquiera de sus aliados (2, 1). Éstos se someten por necesidades comerciales, pues si fueran enemigos de Atenas, no podrían exportar ni importar nada (3). Empieza, luego, la enumeración de las ventajas de la hegemonía por mar, como son la posibilidad de atacar por tierra a enemigos superiores (4), la facilidad de traslado rápido frente a la lentitud por tierra (5), el soportar con relativa facilidad las malas cosechas por la variedad de zonas de las que reciben productos (6), el disfrute de los mejores productos de distintas regiones, la toma de préstamos de otras lenguas, la influencia de costumbres foráneas en vestidos y banquetes (8), cosa reprobable para el autor, la explotación de los productos básicos de los demás —lino, hierro, cobre, madera, cera— (11, 12), la posibilidad de atacar el continente (13), repitiendo la idea de 2, 4. Para ser invencibles, les falta una sola cosa: ser isleños. Si así fuera, atacarían y no serían atacados (14), y sus contrarios serían incapaces de derrocarlos (15). Como colofón, se propone actuar como si fueran en realidad isleños (16).

Hemos dado un salto del párrafo 8 al 11, pues hay aquí una digresión no justificada que encontraría su lugar adecuado en 1, 13, sobre el disfrute por el pueblo

de sacrificios y festines, de palestras, baños públicos y vestuarios (10). Hay allí una oposición entre *dêmos* y oligarcas como en los párrafos finales de este segundo capítulo. Así, en 2, 17, la responsabilidad del *dêmos* con respecto a los pactos se diluye en la masa frente a la responsabilidad de personas determinadas en un régimen oligárquico; el *dêmos* no es satirizado en la comedia, los oligarcas, sí (18), pues el pueblo conoce a los suyos y los ama y aborrece a los contrarios (19). Cierra el capítulo una afirmación que se convierte en un rechazo enérgico de la democracia y nos dice más que una serie completa de razones en contra. Comprende y acepta, afirma, que las capas populares sean partidarias del *dêmos*, pero no concibe que haya personas nobles en sus filas, si no es para ocultar su vida depravada (20). Como se ve, es una postura emocional y apasionada.

El capítulo 3 enlaza con el comienzo de la obra e insiste en el rechazo de la democracia por la misma razón. Luego, se extiende en una larga crítica, que se prolonga desde 3, 1 a 3, 9, sobre la lentitud con que se despachan los asuntos. En 2 se aducen dos causas de esta lentitud: el gran número de fiestas y el gran número de juicios. En 3, se niega, incluso, que con dinero se puedan gestionar rápidamente todos. En 4, 5 se continúa la enumeración de la serie de asuntos que es preciso tratar: rendición de cuentas, edificación en terrenos públicos, *liturgías*, expedientes de magistrados, huérfanos o guardianes, impuestos, tributos. El párrafo 6 repite parcialmente al 2: incapacidad de resolver los asuntos porque se debe revisar todo. En el 7, se apunta una solución parcial, esto es, reducir el número de jueces, que no es admitida porque favorecería el cohecho. El 8 recoge la otra parte del 2, o segunda causa de la lentitud, que es el gran número de fiestas, y se da la clave del problema: no hay solución posible dentro del

régimen democrático y sólo son posibles leves reformas. En el 9 se reafirma el principio de 1, 9: el buen gobierno no es compatible con la democracia. El párrafo 10 vuelve sobre el 1, 5 y 1, 4: en las ciudades sublevadas eligen a los peores, pues las clases privilegiadas son opuestas a la democracia.

No podía faltar la comprobación histórica, y así, el 11 cita tres ejemplos —Beocia, Mileto y Mesenia (un tanto forzado el último)— en que, por no tener en cuenta este principio, los nobles elegidos por el pueblo acabaron con él.

Como broche, se hace el mejor elogio de la democracia, atacada en la obra, al afirmar que nadie es privado de sus derechos políticos injustamente, por más que sea rebatida esta afirmación por la existencia de unos pocos que sí lo han sido, corrigiendo lo que acaba de decir, a la vez que proclama su solidez, pues no hay ningún peligro por ello para la democracia.

Nótese lo reiterativo de este capítulo con la inclusión de las mismas ideas en sus diversos párrafos y también de otras expuestas en el primero.

M. Attilio Levi [11] explica la inevitable necesidad de la ostentación de fuerza por parte de Atenas (en el tratado se insiste, de una forma u otra, en el argumento de que la fuerza prevalece sobre la justicia), por no contar con otros apoyos religiosos tradicionales, pues el pensamiento y la religión estaban del lado de sus adversarios políticos.

Es útil recordar otras ideas de este autor sobre la transformación del ejército y la flota y sus repercusiones sociales (ante todo la elevación de las capas menos favorecidas y la formación de una clase intermedia); sobre las Guerras Médicas y los intereses de estas nuevas capas; sobre la importancia para la democracia del sorteo como forma de designación de cargos para acabar con el acaparamiento de los mismos por los aristócratas; sobre los procesos por corrupción e impiedad como medio de atacar a la democracia; sobre la elección de Delos como centro de la Liga, que es un intento de contraponer un oráculo favorable, rival del de Delfos que estaba en manos de los lacedemonios y de su ideología, etcétera.

[11] M. Attilio Levi, *La lotta politicca nel mondo antico* = *La lucha política en el mundo antiguo* [trad. de J. López Pacheco], Madrid, 1968, págs. 131 y sigs.; 159 y sigs.

Es obvia la coincidencia de ideas entre el opúsculo y la obra de Tucídides, como observamos en las notas, y también con *Los Caballeros* de Aristófanes. Attilio Levi compara, en particular, el opúsculo con el diálogo de los melios. La utilidad, la fuerza como único principio, manifestada principalmente en la flota, la explotación de los aliados, son ideas coincidentes, aunque bajo ellas está la semilla de una nueva civilización basada en la afirmación de la dignidad humana.

Otro factor común es la importancia de la *tyche*, suerte o azar, en el quehacer humano.

Traducciones

Hay una buena traducción española, en «Clásicos Políticos», del profesor M. Fernández-Galiano, con una introducción de M. Cardenal de Iracheta, fallecido hace unos años. Es mucho lo que le debe esta versión nuestra, sobre todo en aquellos pasajes dudosos o mal conservados. Siguiendo su ejemplo, he preferido adoptar el título de *La República de los atenienses*, como *La República de los lacedemonios*, denominación arraigada, creo, en nuestras letras, en lugar de *La Constitución de los atenienses*, título que también se encuentra a menudo. Además, esta denominación evita el equívoco con la obra de Aristóteles del mismo nombre.

De 1965 es la de Juan B. Xuriguera, citada con las traducciones del *Agesilao*.

En lengua inglesa se debe citar la traducción de Bowersock que recordamos aquí varias veces. Asimismo, hay otra versión inglesa, de 1975, dentro de un conjunto de traducciones de las constituciones de Aristóteles, del Pseudo-Jenofonte y la beocia de Oxirrinco.

Existe también, al menos, una versión francesa que no podemos fechar, pues le falta el año.

Texto adoptado

Seguimos el texto de E. M. Marchant, en los «Oxford Classical Texts» (1920), e indicamos a continuación los pasajes con lectura diferente, por haber preferido la de M. Fernández-Galiano, o bien la de Marchant-Bowersock («Loeb Classical Library», 1968 [= 1925], cf. *supra*, pág. 9).

	Marchant (Oxford)	M. Fernández-Galiano
1,11	ἵνα λαμβάνωμεν ⟨ὧν⟩ πράττῃ...	ἵνα λαμβάνω. ὧν πράττῃ... texto de Marchant-Bowersok, ed. de la «Loeb».
2,1	κρατιστεύουσι...	κράτιστοι. εἰσι...
2,17	† ᾗ ὑφ' ὅτου ἀδικεῖ †. ἀρέσκει ἔμοιγε, ἃ...	ἢ ὑπό του ἀδίκῃ. ... ἀρέσκει οἵ γε τὰ...
3,3	ἡ πόλις... τῶν δεομένων...	ἡ πόλις τῶν δεσμένων...
3,5	δικάσαι. δει † στρατιᾶς...	διαδικάσαι δει ἀστρατείας...
3,6	Terminación del párrafo después de διαδικάζειν ἅπαντα; 6...	Terminación del párrafo después de ἔτους πέμπτου. 6...

BIBLIOGRAFÍA

Además de la bibliografía de los opúsculos anteriores relacionada también con *La República de los atenienses*, véase la siguiente:

EDICIONES:

B. KALINKA, *Die pseudo-xenophontische Athenaion Politeia* (Teubner), Stuttgart, 1967 (= 1914).

EDICIONES BILINGÜES:

M. FERNÁNDEZ-GALIANO, *Pseudo-Jenofonte. La República de los atenienses* (Clásicos Políticos), Madrid, 1971.

H. FRISCH, *The Constitution of the Athenians*, Copenhague, 1942.

ESTUDIOS:

M. ATTILIO LEVI, *La lotta politicca nel mondo antico = La lucha política en el mundo antiguo* [trad. de J. LÓPEZ PACHECO], Madrid, 1968.

L. GIL, «La irresponsabilidad del demos», *Emerita* XXXVIII (1970), 351-373.

J. DE ROMILLY, «Le Pseudo-Xénophon et Thucydide», *Rev. de Phil.* 36 (1962), 225 y sigs.

J. K. DAVIES, *La democracia y la Grecia clásica*, trad. española, Madrid, 1981.

Sobre la república de los atenienses, no alabo el hecho de elegir ese sistema, porque, al elegirlo, eligieron también el que las personas de baja condición estén en mejor situación que las personas importantes. Así, pues, no lo alabo por eso. Mas como ellos lo han decidido así, voy a mostrar lo bien que mantienen su régimen y llevan las demás cuestiones que al resto de los griegos les parecen un fracaso[1]. 1

En primer lugar diré, pues, que allí constituye un derecho el que los pobres y el pueblo tengan más poder que los nobles y los ricos por lo siguiente: porque el pueblo es el que hace que las naves funcionen y el que rodea de fuerza a la ciudad, y también los pilotos, y los *cómitres*[2], y los comandantes segundos, y los timoneles y los constructores de naves. Ellos son los que rodean a la ciudad de mucha más fuerza que los *hopli-* 2

[1] E. C. Marchant, G. W. Bowersock (*Xenophon. VII. Scripta minora*, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968) observan que en este pasaje se indican los dos tópicos básicos del tratado y que se vuelve a recoger esta exposición en 3, 1 cuando ha concluido la discusión del primer tópico.—Es conveniente aclarar que encontramos dos series de términos para designar las dos clases rivales: *hoi ponēroí, hoi kheírous, hoi dēmotikoí*, frente a *hoi khrestoí, hoi beltíous, hoi béltistoi, hoi dynatṓtatoi*, y algunos más. Aunque su sentido general no ofrece dudas, es difícil encontrar la palabra exacta para alguno de ellos. en nuestra versión, *hoi khrēstoí* se traduce por «las personas importantes». Cf. J. K. Davies, *La democracia y la Grecia clásica*, trad. esp., Madrid, 1981, págs. 32-33.

[2] Con este término, no muy adecuado, traducimos el griego *keleustaí*, que designa a los encargados de que los remeros actúen al unísono, manteniendo un ritmo determinado.

tas[3], los nobles y las personas importantes. Puesto que así es realmente, parece justo que todos participen de los cargos por sorteo y por votación a mano alzada y
3 que cualquier ciudadano pueda hablar[4]. Además, el pueblo no exige, en absoluto, participar de todos aquellos cargos de los que depende la seguridad o son un peligro para todos según que estén bien o mal desempeñados —no creen que deban participar en el sorteo de los cargos de estratego ni de jefe de la caballería[5]—. Efectivamente, el pueblo opina que es mucho más ventajoso para él no desempeñar esos cargos, sino dejar que los desempeñen los más poderosos. Mas el pueblo busca todos aquellos cargos que aportan un sueldo y
4 beneficio para su casa[6]. Asimismo, los verás manteniendo la democracia en eso mismo que sorprende a algunos, que otorga, en toda ocasión, más poder a los de baja condición, a los pobres y a los partidarios del pueblo que a las personas importantes. Pues, lógicamente, si se favorece a los pobres, a los partidarios del pueblo y a las personas más débiles, como son muchos los favorecidos de esa forma, engrandecen la democracia. Mas si se favorece a los ricos y a las personas importantes, los partidarios fomentan una fuerte oposición

[3] Constituían éstos la fuerza principal del ejército de tierra heleno de esta epoca. Iban equipados con armadura pesada, si se permite la expresión. Véase, también, 2, 1.

[4] Ha de entenderse que la facultad de hablar se refiere a las reuniones de la Asamblea o *ekklēsía*, formada por todos los ciudadanos libres de Atenas.

[5] Elegían diez estrategos o generales, uno por cada tribu; en cambio, sólo dos jefes de la caballería o *hiparcos* y diez jefes de escuadrón o *phylarcos*, uno por tribu. Se ha observado que esta afirmación sobre la elección de los cargos destruye las propias aseveraciones del autor.

[6] Desde el siglo v a. C., los 6.000 jurados, los 500 miembros del Consejo y los 350 magistrados eran gratificados, con el fin de compensar la pérdida o disminución de ingresos que les ocasionaba el desempeño del cargo, por el tiempo sustraído a sus ocupaciones particulares.

contra ellos mismos. En todo el mundo la clase privi- 5
legiada es contraria a la democracia. Efectivamente, en las personas privilegiadas hay muy poca intemperancia e injusticia, pero la máxima exactitud para lo importante; en el pueblo, al contrario, la máxima ignorancia, desorden y bajeza, pues la pobreza los lleva cada vez más hacia lo vulgar, y también la incultura e ignorancia causadas por la falta de recursos de algunas personas.

Podría decir alguno que no se les debería permitir 6
a todos hablar en la Asamblea por turno ni ser miembros del Consejo[7], sino a los más capacitados y a los hombres mejores. Pero, incluso en este punto, toman la mejor decisión permitiendo que hablen también las personas de baja condición. Naturalmente, si las personas importantes hablaran y fueran miembros del Consejo, sería bueno para los de su misma clase, mas no lo sería para los partidarios del pueblo. Al hablar, en cambio, ahora cualquiera que se levante, una persona de baja condición, procura lo bueno para sí y para los de su misma clase. Se podría argumentar: «Pero ¿qué 7
bien puede proponer para sí o para el pueblo semejante persona?» Con todo, ellos opinan que la ignorancia, la bajeza y la buena intención de ese hombre les es más ventajosa que la excelencia, la sabiduría y la malevolencia del hombre importante. Realmente el país no será 8
el mejor con semejantes instituciones, pero la democracia se mantendrá así mejor. En efecto, el pueblo no quiere ser esclavo, aunque el país sea bien gobernado, sino ser libre y mandar, y poco le importa el mal gobierno, pues de aquello por lo que tú piensas que no está bien gobernado, el propio pueblo saca fuerza de ello y es libre. Mas si buscas un buen gobierno, verás, primero, 9
a los más capacitados establecer las leyes; después, a

[7] El «Consejo de los 500», 50 por cada tribu.

las personas importantes reprimiendo a los de baja condición, decidiendo en consejo sobre el país y no permitiendo a hombres exaltados ser miembros del Consejo ni hablar ni celebrar asambleas. Como consecuencia de estas excelentes medidas, muy pronto el pueblo se verá abocado a la esclavitud.

10 Por otra parte, la intemperancia de los esclavos y *metecos*[8] en Atenas es muy grande, y ni allí está permitido pegarles ni el esclavo se apartará a tu paso. Yo te voy a explicar la causa de este mal endémico: si fuera legal que el esclavo o el meteco o el liberto fuese golpeado por una persona libre, muchas veces pegarías a un ateniense creyendo que era un esclavo. Efectivamente, allí el pueblo no viste nada mejor que los esclavos y metecos, ni son mejores en absoluto en su aspecto
11 exterior. Asimismo, puede uno sorprenderse también de que allí permitan a los esclavos vivir desordenadamente e, incluso, a algunos llevar una vida regalada, pero también es evidente que esto lo hacen intencionadamente; pues, donde existe una fuerza naval, se ven forzados a servir a los esclavos a causa del dinero, para recibir las aportaciones que consiguen[9], y dejarlos libres, y donde hay esclavos ricos, allí ya no hay ninguna ventaja en que mi esclavo respete tu presencia. Aunque en Lacedemón[10] mi esclavo la habría respetado. Y si tu esclavo sintiera temor ante mi presencia[11], sería proba-

[8] Se les denomina así a los extranjeros residentes en el Ática. No tenían derechos políticos, pero sí civiles. Lo que dice en el § 12 no debe entenderse referido a estos derechos, sino a la libertad que pregona para ellos en las líneas anteriores y que no era comparable legalmente a la de los ciudadanos libres.

[9] El texto está mal conservado y no es seguro el sentido. Seguimos parcialmente el de M. Fernández-Galiano *(Pseudo-Jenofonte. La República de los atenienses,* Madrid, 1971).

[10] Nombre oficial de Esparta y su territorio.

[11] Parece que se dirige a un interlocutor que vive en Esparta, según observación común.

ble que entregara sus bienes para no arriesgar su persona. En consecuencia, por eso concedemos[12] a los 12
esclavos libertad de palabra con respecto a los libres, y a los metecos con respecto a los ciudadanos, porque el Estado necesita metecos, debido al gran número de profesiones y debido también a la flota. Por estas razones, pues, lógicamente otorgamos también a los metecos libertad de palabra.

Allí el pueblo ha acabado con los que se ejercitan 13
en los gimnasios y cultivan las artes musicales[13], porque consideran que ello no es bueno después de haber reconocido que no pueden cultivar esas actividades. Al contrario, en las *coregías, gimnasiarquías* y *trierarquías*[14] reconocen que son *coregos* los ricos, pero que el pueblo se beneficia de los coregos, y que son *gimnasiarcos* y *trierarcos* los ricos, pero que el pueblo se beneficia de los trierarcos y gimnasiarcos. Así, el pueblo considera positivo cobrar dinero por cantar, correr, danzar y andar en las naves para tener dinero él mismo y que los ricos se empobrezcan. Y en los tribunales no les importa una sentencia justa, sino mucho más su propia conveniencia.

Sobre los aliados, según parece, los atenienses, en 14
sus viajes por mar, delatan y odian a las personas im-

[12] Marchant-Bowersock observan que, posiblemente con esta primera persona, el autor se declara ateniense.

[13] Ha de entenderse en el sentido más amplio que le daban los griegos de cultura o instrucción en las diversas artes y ciencias. Cf. Platón, *Rep.* 376e 3-4, donde *gymnastikê* y *mousikê* abarcan la formación completa de cuerpo y alma respectivamente.

[14] *Coregos:* personas pudientes encargadas de correr con los gastos de las representaciones teatrales. *Gymnasiarcos:* debían sufragar los gastos de las palestras o instalaciones deportivas y de las competiciones en general. (Cf. 2, 10.) *Trierarcos:* los encargados de los gastos de equipamiento y funcionamiento de cada nave de guerra o trirreme. Estas formas de atender determinados servicios públicos son las llamadas *leitourgeiai.*

portantes, porque piensan que es inevitable que el gobernante sea odiado por el gobernado y que, si los ricos y las personas importantes son fuertes en las ciudades, muy poco durará el poder del pueblo de Atenas. Por eso, realmente, privan de los derechos políticos a las personas importantes, les arrebatan sus bienes, los destierran y les dan muerte, mientras engrandecen a las personas de baja condición. Al contrario, los atenienses importantes apoyan también a las personas importantes de los países aliados, porque reconocen que es bueno para ellos el mantener a los mejores en estas ciudades.

15 Alguien podría decir que la fuerza de los atenienses sería que los aliados fueran capaces de pagar el importe de su tributo [15]. Mas para los partidarios del pueblo parece ser un bien mayor el que cada ateniense, individualmente, posea los bienes de los aliados, y éstos lo justo para vivir, y que se dediquen a sus actividades, pero que no puedan conspirar por falta de medios.

16 Parece que el pueblo ateniense también actúa mal en la siguiente cuestión: obligar a los aliados a venir por mar a Atenas para los asuntos judiciales [16], si bien ellos piensan, por el contrario, en todas las ventajas que obtiene el pueblo con tal proceder. Primero, cobran el sueldo durante el año de los bienes depositados en el *pritaneo* [17]: luego, sentados en sus casas, sin mo-

[15] Se refiere a los aliados de Atenas que forman la Liga ático-délica y aportan un canon o tributo. Cf., también, 2, 1; 3, 2, 5. El tesoro común o bienes de esta Liga estuvo depositado, en un principio, en Delos, pero, más tarde, en Atenas. Recuérdese que la Liga se creó después de las Guerras Médicas y se disolvió al final de la guerra del Peloponeso, esto es, estuvo en vigor desde el 478/77 al 404 a. C. En el siglo IV, año 378/77, se volvió a restablecer, aunque no por mucho tiempo —segunda Liga ático-délica—.

[16] La exactitud de este pasaje es discutida, según n. *ad. loc.* de MARCHANT, BOWERSOCK, *Xen. Scripta minora.*

[17] Lugar donde se reúne la pritanía o comisión permanente de los 50 miembros del Consejo de cada tribu —*prítanos*—, que, a lo largo

ver las naves, gobiernan los estados aliados y apoyan a los del pueblo y arruinan a sus adversarios en los tribunales. Mas si cada uno celebrase los juicios en su patria, como están dolidos con los atenienses, arruinarían precisamente a aquellos de entre ellos mismos que fueran más amigos del pueblo ateniense. Además de 17
estas ventajas, el pueblo ateniense gana lo siguiente de los juicios que celebran los aliados en Atenas: en primer lugar, que la tasa estatal del uno por ciento por las entradas en el Pireo [18] sea mayor; en segundo lugar, 18
que quien tiene casas de huéspedes esté en mejor situación, y lo mismo, quien tiene yuntas o esclavos a sueldo; también los heraldos [19] están en mejor situación, debido a la presencia de los aliados. Aparte de esto, si los aliados no fueran a Atenas con motivo de las causas judiciales, únicamente honrarían a los atenienses que se hacen a la mar: estrategos, trierarcos y embajadores. Ahora, por el contrario, cada aliado, individualmente, se ve obligado a adular al pueblo ateniense porque sabe que debe acudir a Atenas y no sufrir o exigir justicia ante nadie más que ante el pueblo, quien, evidentemente, es la ley en Atenas. También tiene que encontrarse, necesariamente, con él en los tribunales y estrechar la mano del primero que entre. Por eso, en fin, los aliados se vuelven progresivamente esclavos del pueblo ateniense.

Además de estas ventajas, debido a los bienes y car- 19
gos que tienen fuera de sus fronteras, ellos y sus acom-

del año —unos 36 ó 37 días—, atienden los asuntos de la *pólis.* En las acusaciones privadas —*díkai*—, *las dos partes depositaban cierta suma como gastos de justicia —prytaneía—.* A estos fondos alude aquí probablemente.

[18] O derechos de aduana por ciertos productos. Cf. ARISTÓFANES, *Avispas* 657 y ss.

[19] Recuérdese la importancia que tenían en la Antigüedad, ya desde Homero. Según M. FERNÁNDEZ-GALIANO (n. *ad loc.*), los heraldos salen ganancios por los posibles sobornos.

pañantes sin darse cuenta han aprendido la navegación a remo. Efectivamente, muchas veces en la navegación dueño y criado deben coger el remo y aprender la ter-
20 minología de la técnica naval. Asimismo, se hacen buenos timoneles por la experiencia y ejercicio de los viajes. Unos se ejercitan pilotando barcos ligeros, otros barcos de carga, luego, algunos se especializan en trirremes [20]. La mayoría están capacitados para embarcar y navegar en cualquier momento, porque, previamente, se han ejercitado durante toda su vida.

2 El ejército de hoplitas, que parece estar mucho menos atendido en Atenas, lo tienen organizado de tal forma, que reconocen ellos mismos que son menos y más débiles que sus enemigos, pero mucho más fuertes [21], incluso, por tierra que los aliados que les pagan tributo, y opinan que el ejército de hoplitas es suficiente,
2 siempre que sean más poderosos que sus aliados. Asimismo, la suerte también les ha facilitado tal situación, pues los pequeños estados del continente que están sometidos pueden reunirse y combatir juntos [22], pero los del mar que están sometidos, es decir, todos los que son de islas, no pueden alzarse a la vez para el mismo fin, pues hay mar por medio y sus dominadores son los dueños de las aguas. Y si los isleños fueran capaces de reunirse en una sola isla, perecerían de hambre.

3 De los estados del continente sometidos por los atenienses, los grandes se someten por miedo, y todos los pequeños por necesidad. En efecto, no existe ningún país que no necesite importar o exportar algún producto. Y, por supuesto, eso no le será posible, si no es súbdito

[20] Los términos griegos son *ploîon, holkás, triêrēs*, respectivamente.

[21] Se sigue el texto de Marchant-Bowersock.

[22] Probable alusión a la Liga calcídica creada en el año 432 (cf. Tuc., I 58), como notan Marchant-Bowersock, *Xen. Scripta minora*, pág. 488, nn. 31, 33, 37 y 42.

de los que dominan el mar. Además, los que dominan 4
el mar pueden hacer lo que, a veces, hacen los que dominan el continente, esto es, arrasar el territorio de los que son más poderosos [23], ya que pueden acercarse a la costa en las zonas donde no hay enemigos o hay pocos, y si éstos acuden, embarcar y zarpar. Y corre menor riesgo quien lo realiza que quien acude en ayuda por tierra. Además, los que dominan el mar pueden realizar 5
todas las travesías que quieran zarpando desde su propio territorio, pero los que dominan el continente no pueden realizar una marcha de muchos días desde el suyo, pues el avance es lento y quien va por tierra no puede llevar provisiones para mucho tiempo. Además, el que va por tierra [24] debe ir por países amigos, o bien vencer en combate; pero quien va por mar puede desembarcar en aquellos países en que sea superior y no hacerlo en aquellos en que no lo sea [25], y costear hasta que llegue a un territorio amigo o a poblaciones con menos fuerzas que las suyas. Por otro lado, los más 6
poderosos en el continente aguantan con dificultad los desastres de las cosechas ocasionados por Zeus, pero los poderosos por mar los aguantan con facilidad, ya que la tierra entera no sufre la plaga a la vez, y, así, los productos de las zonas prósperas van a parar a los que dominan el mar.

A su vez, conviene también recordar otras ventajas 7
menos importantes [26]. En primer lugar, se mezclan con

[23] Marchant-Bowersock nos recuerdan las referencia de Tuc., I 143, en boca de Pericles, y II 23, en la costa del Peloponeso. También fuera de la guerra del Peloponeso, en el año 455, el estratego Tólmides incendia el arsenal espartano (Tuc., I 108).

[24] Este pasaje tiene una importancia decisiva, según muchos comentaristas, para fechar la composición de la obra, pues la larga y rápida expedición del general espartano Brásidas, en el año 424 a. C., lo invalidaría. Según ellos, este año sería, pues, el término *ante quem*.

[25] Texto mal conservado.

[26] Cf. *Pericles* (Tuc., II 38).

otros pueblos de distintas regiones y descubren nuevas
formas de vida regalada, y, así, lo que hay de agradable
en Sicilia, en Italia [27], en Chipre, en Egipto, en Lidia,
en el Ponto [28], en el Peloponeso o en cualquier otro lu-
gar, todo eso se concentra en una sola plaza gracias al
8 imperio marítimo. En segundo lugar, de cada lengua que
oyen hablar toman algo. Los griegos asumen su modo
peculiar de hablar, de vivir y forma de vestir, pero los
atenienses son una mezcla de todos los helenos y bárba-
ros a la vez [29].

9 En cuanto a sacrificios, santuarios, festines y recin-
tos sagrados, como el pueblo reconoce que cada pobre,
individualmente, no tiene medios para hacer sacrificios,
celebrar banquetes, erigir santuarios y habitar una ciu-
dad grande y hermosa, encontró así la forma de tener
estas cosas. En consecuencia, la ciudad hace muchos
sacrificios públicos, pero es el pueblo quien disfruta de
10 los banquetes y se reparte las víctimas. También algu-
nos ricos poseen gimnasios, baños y vestuarios priva-
dos, mas el propio pueblo construye para uso propio
muchas palestras, vestuarios y baños públicos, e inclu-
so la multitud los disfruta mucho más que el pequeño
número de afortunados.

11 Por otra parte, ellos son los únicos capaces de apo-
derarse de la riqueza de helenos y bárbaros, pues si un
país es rico en madera adecuada para la construcción
de barcos, ¿a qué otro país la podrá exportar, si no se
somete al que domina el mar? ¿Qué ocurrirá si un país

[27] La Italia peninsular y, sobre todo, el sur o Magna Grecia.

[28] O mar Negro actual.

[29] Lo que el autor considera como negativo, para otros son aspectos positivos que indican un espíritu abierto, cosmopolita, diríamos, frente al espíritu receloso de los lacedemonios ante lo foráneo. La *koinḗ* o lengua común de la época helenística, ática en gran medida, aparte de otras razones que no negamos, debe contarse entre sus logros. Cf., asimismo, lo dicho en 1, 10-12 sobre los *metecos* y esclavos.

es rico en hierro, cobre o lino? ¿A dónde los podrá ex-
portar, si no convence al que domina el mar? Natural-
mente, de estos mismos productos se hacen mis naves:
de un país, la madera; de otro, el hierro; de otro, el
cobre; de otro, el lino; de otro, la cera. Además, no per- 12
mitirán llevar los productos a otro lugar donde haya
adversarios nuestros, o no podrán utilizar el mar [30].
Ciertamente, yo, sin hacer nada, tengo todos estos pro-
ductos de la tierra gracias al mar, mientras ninguna otra
ciudad tiene dos de tales productos, ni una misma tiene
madera y lino, sino que, por el contrario, la zona donde
hay lino en abundancia es descubierta y carece de árbo-
les. Igualmente, cobre y hierro no vienen de la misma
ciudad, ni una sola tiene dos o tres de los demás pro-
ductos, sino que una ciudad tiene éste, y otra ciudad,
aquél.

Además de estos hechos, en cualquier parte del con- 13
tinente hay también un promontorio o una isla situada
delante o un estrecho. De modo que pueden anclar allí
los que dominan el mar y hostigar a los habitantes del
continente [31]. En cambio, les falta una sola cosa. En 14
efecto, si los atenienses viviesen en una isla y fuesen
dueños del mar, podrían, si quisieran, hostigar y no ser
hostigados mientras dominen el mar [32], y no sería sa-
queado su territorio ni invadido por los enemigos. Pero
ahora se someten a los enemigos, principalmente a los
agricultores y a los atenienses ricos, mas el pueblo, que
sabe bien que los enemigos no quemarán ni saquearán
ninguna cosa suya, vive sin temor y sin someterse a

[30] Cf. n. 12. El texto no está claro. Véase n. *ad. loc.* de M. Fernández-Galiano.

[31] Véase, en Tuc., I 142, una idea parecida. Según Marchant, Bowersock, *Xen. Scripta minora*, 493, n. 22, no hay que ver, necesariamente, una alusión a Pilos.

[32] Cf. Tuc., I 143, que expone una táctica similar por boca de Pericles.

15 ellos. Junto a estas ventajas, si viviesen en una isla, también estarían alejados del otro tipo de temor, esto es, de que la ciudad fuese algún día traicionada por un pequeño número y, abiertas sus puertas, de que la invadiesen sus enemigos. Pues, ¿cómo podría ocurrir eso, si viviesen en una isla? A su vez, nadie se sublevaría contra el pueblo, si viviesen en una isla. Lógicamente, si se rebelaran ahora, se rebelarían con la esperanza de que los enemigos acudirían por tierra, pero si viviesen en una isla, también esto les tendría sin temor.
16 En resumen, puesto que, por su origen, no tuvieron la suerte de vivir en una isla, ahora hacen lo siguiente: depositan sus bienes en las islas, confiados en su dominio del mar y miran con indiferencia que el territorio del Ática sea devastado [33], pues reconocen que, si se compadecen de él, serán privados de otro tipo de bienes mayores [34].

17 Asimismo, los estados gobernados por oligarcas se ven obligados a mantener firmemente las alianzas y pactos, y si no mantienen los acuerdos o alguien incurre en un agravio, están *** [35] los nombres de los pocos oligarcas que establecieron los acuerdos. En cambio, de cuanto el pueblo acuerda puede negar responsabilidad a los demás cargándola sólo en el que interviene y propone la votación, alegando: «No asistí ni apruebo *** a los que informan de los convenios *** en la Asamblea

[33] Lo que ocurrió al comienzo de la guerra del Peloponeso, con el traslado de sus bienes a Eubea (hoy Negroponto) y la invasión del Ática por los lacedemonios y sus aliados. Aunque no se puede decir que vivieran sin temor, como pretende el autor. Por eso, Marchant, Bowersock (cf. n. *ad. loc.*, pág. 494) no ven un pasaje decisivo para fechar el opúsculo en el año 431 o después de este año.

[34] Se refiere, naturalmente, a las posibles bajas de sus soldados frente a los enemigos, y a la pérdida posterior de su imperio.

[35] Como se ve aquí y unas líneas más abajo de este mismo párrafo, el texto no está bien conservado. Seguimos las variantes de Marchant-Bowersock. Cf., asimismo, las nn. *ad. loc.* de M. Fernández-Galiano.

plena.» Y si no se aprueban esos convenios, descubre infinitos pretextos para no cumplir lo que no quieren. Y si resulta algún perjuicio de las decisiones del pueblo, éste aduce que unos pocos individuos actuaron en contra suya y lo echaron a perder. En cambio, si resulta algún bien, se atribuyen la causa a sí mismos [36].

A su vez, no permiten que el pueblo sea objeto de 18
burla en la comedia [37] ni que se hable mal de él para que no se tenga mal concepto de ellos, pero si se quiere sacar a alguna persona en particular, lo recomiendan, porque saben bien que, generalmente, no es del pueblo ni de la masa el que es objeto de burla en las comedias, sino un rico o un noble o un poderoso, y pocos pobres o partidarios del pueblo son objeto de burla en las comedias, y aun ni siquiera esos pocos, si no es por meterse en otros asuntos y ansiar tener más que el pueblo. De modo que ni se molestan porque tales personas salgan en las comedias. En resumen, yo afirmo que el pue- 19
blo ateniense conoce bien qué ciudadanos son los importantes y quiénes son los de baja condición, y, como los conoce, ama a los partidarios y simpatizantes suyos aun cuando sean de baja condición y odia, más bien, por el contrario, a las personas importantes. Efectivamente, no creen que sus nobles virtudes crezcan junto con los intereses del pueblo, sino sobre su ruina. También ocurre lo opuesto a esta situación, y algunos, al menos, que son realmente partidarios del pueblo, no per-

[36] Véase, para esta idea y otras de este opúsculo, el artículo de L. Gil, «La irresponsabilidad del demos» *Emerita* XXXVIII (1970), 351-373, muy interesante para clarificar las ideas sobre la actuación política de la Asamblea.

[37] En contra de la opinión de otros autores, Marchant, Bowersock, *Xen. Scripta minora*, pág. 496, sostienen que este pasaje no tiene nada que ver con los decretos de los años 440/39, 437/36 o del 415 a. C., que limitaban la libertad de la comedia. En los *Caballeros* de Aristófanes, del año 424, el *dêmos* es uno de los personajes.

20 tenecen al pueblo por su clase. Yo, ciertamente, admito la democracia para el propio pueblo, pues cualquier persona puede admitir que trate de favorecer su propio interés; pero quien no es del pueblo y prefiere vivir en un país de régimen democrático antes que en uno oligárquico, está dispuesto a cometer injusticias y piensa que el malvado puede pasar inadvertido mucho mejor en un país de régimen democrático que en uno oligárquico [38].

3 Sobre la república de los atenienses no alabo su sistema, mas como ellos decidieron gobernarse democráticamente, me parece que mantienen bien la democracia empleando los medios que yo mostré.

Pero veo que algunos critican también a los atenienses por lo siguiente: porque muchas veces uno no puede gestionar allí los asuntos en el Consejo ni en la Asamblea del pueblo, ni aunque espere sentado un año entero. Y eso pasa en Atenas únicamente, porque no son capaces de atender y despachar a todos, debido al ele-
2 vado número de trámites. En efecto, ¿cómo pueden ser capaces ellos que, en primer lugar, tienen que celebrar más fiestas que otra ciudad griega cualquiera (y en ellas es más imposible aún que alguien atienda los asuntos de la ciudad), y que, además, tienen que dirimir tantos procesos públicos y privados y rendición de cuentas, como no dirimen todos los demás en conjunto, mientras el Consejo resuelve muchos asuntos de guerra [39] y económicos, muchos sobre la promulgación de leyes, muchos sobre los acontecimientos diarios de la ciudad, muchos, en fin, de los aliados, aparte de recaudar el tributo y atender los arsenales y los santuarios? Natu-

[38] Consecuencia o deducción no muy lógica, por cierto, pues no es difícil justificar con otras razones más nobles la elección preferida.

[39] Algunos infieren de esto que están en guerra en el momento de componer la obrita.

ralmente, si hay tantos asuntos, ¿es extraño que no puedan atender a todos? Algunos replican que, si se pre- 3
senta uno en el Consejo con dinero o en la Asamblea del pueblo, será atendido. Por cierto, yo estoy de acuerdo con ellos en que con dinero se tramitan muchos asuntos en Atenas y que se tramitarían muchos más incluso, si dieran dinero muchas más personas, pero doy por seguro que la ciudad [40] no tiene capacidad para atender a todos los solicitantes por mucho oro o plata que se le dé.

Asimismo, debe revisar los asuntos siguientes: si se 4
reparan las naves o se construye en terreno público. Y además de eso, inspeccionar a los coregos para las fiestas Dionisias, Targelias, Panateneas, Prometias y Hefestias todos los años [41]. También se nombran cada año cuatrocientos trierarcos [42] y debe fallar los recursos de cualquiera de ellos todos los años. Junto a esto, com-

[40] Texto de Marchant-Bowersock, esto es, no hay laguna.

[41] *Dionisias:* fiestas en honor del dios Dioniso. Había varias con este nombre. Las más importantes eran las Grandes Dionisias o gran fiesta dionisíaca del mes de marzo en Atenas; las Dionisias rurales o fiestas dionisíacas de los diversos *dêmos* o distritos del Ática (diciembre-enero); las Leneas o fiesta dionisíaca, en enero, en Atenas.—*Targelias:* fiesta ateniense en la que se celebraba la traída de la *eiresíōnē* (rama de olivo con frutos y cintas) y la expulsión del *fármaco* (individuo expulsado y vejado como culpable de los males de la colectividad). Estaban dedicadas a Apolo y Ártemis (mayo-junio).—*Panateneas:* fiestas atenienses en honor de Atenea celebradas todos los años en julio, pero con especial solemnidad cada cuatro años. El acto más llamativo era la *pompḗ* o procesión en honor de la diosa y la ofrenda del *peplo.*—«Promecias» y «Hefestias»: Fiestas en honor de Prometeo y Hefesto, respectivamente. En estas dos había carreras de antorchas como acto principal (las dos divinidades están relacionadas con el fuego), aunque también en otras fiestas, como en las Panateneas, se celebraban estas carreras.

[42] MARCHANT, BOWERSOCK, *Xen. Scripta minora,* pág. 501, Nos recuerdan que se esperarían 300 naves y 300 trierarcos y que, quizá, hay un error en el original, como en ANDÓCIDES, 3, 9. Cf. TUC., II 13, y ARISTÓFANES, *Acarn.* 545.

probar el expediente de los cargos e inspeccionarlos, comprobar el expediente de los huérfanos y nombrar los guardianes de los encarcelados. Y ello, por supues-
5 to, cada año. De cuando en cuando, debe juzgar las deserciones [43] y otras faltas imprevistas, así como los agravios no habituales que puedan cometerse y las acusaciones de impiedad.

Sin duda dejo de lado muchos más asuntos aún, si bien se han mencionado los más importantes, salvo las exacciones tributarias. Esto ocurre, generalmente, cada
6 cuatro años. Pero [44], en resumidas cuentas, ¿debe pensarse que no es necesario revisar todos estos asuntos sin excepción? Dígase, pues, lo que no es necesario revisar allí. Al contrario, si se debe admitir que es necesario revisar todo sin excepción, necesariamente andarán en juicios a lo largo del año [45], ya que, ni siquiera actualmente, juzgando todo el año se encuentran en disposición de acabar con los que cometen faltas, debido
7 al gran número de personas. Mas, en fin, dirá alguno, es necesario juzgar, pero que haya menos jueces. En consecuencia, necesariamente habrá pocos jueces en cada tribunal [46] a menos que se constituyan pocos tribunales. De modo que será más fácil también arreglárselas ante pocos jueces y cohecharlos a todos, y el juicio será
8 mucho menos justo. Además de estos inconvenientes, también es preciso tener en cuenta que los atenienses deben celebrar fiestas en que no se permite juzgar. Y, por cierto, celebran el doble de fiestas que los demás, aunque yo parto de un número igual que la ciudad que menos celebra.

[43] Texto de la «Loeb».
[44] División del párrafo según el texto de la «Loeb».
[45] Prueba lo afirmado en 3, 1.
[46] Ordinariamente, el número de jueces del tribunal de la *Heliea* era elevado: 501, 1.001, 1.501 o 2.001 (siempre impar para evitar el empate en las votaciones). Lo normal parece que eran 501, como en el juicio contra Sócrates.

En fin, si las cosas andan así, sostengo que los asuntos no pueden estar en Atenas de otro modo que como ahora están; únicamente se puede suprimir o añadir algún detalle, pero no se puede cambiar mucho sin recortar la democracia. Por supuesto, se pueden hallar mu- 9
chos medios para mejorar el régimen, pero no es fácil arreglarse para que haya democracia y, a la vez, descubrir de un modo satisfactorio cómo se gobernarán mejor, salvo, como dije hace un momento, suprimiendo o añadiendo algún pormenor.

También me parece que los atenienses no toman una 10
decisión correcta en lo siguiente: el que elijan a las gentes inferiores en las ciudades que se sublevan, aunque ellos actúan de ese modo intencionadamente, pues si eligieran a los mejores, no elegirían a los que opinan lo mismo que ellos. En efecto, en ninguna ciudad la clase privilegiada simpatiza con el pueblo [47], sino que la clase más baja es la que simpatiza con él en cada ciudad, pues las personas simpatizan con sus semejantes. Por eso, a fin de cuentas, los atenienses eligen lo que tiene que ver con ellos. Y las veces que decidieron ele- 11
gir a las personas privilegiadas no les resultó bien, sino que, por el contrario, al poco tiempo, el pueblo de Beocia fue esclavizado [48]. Y lo mismo ocurrió también cuando eligieron a las personas privilegiadas en Mileto, al poco tiempo traicionaron y decapitaron allí a los partidarios del pueblo [49]. Otro tanto sucedió cuando eligieron a lacedemonios en lugar de a mesenios, al poco tiempo, tras derrocar a los mesenios, hacían la guerra contra los atenienses [50].

[47] Afirmación parecida, en 1, 5.
[48] Probablemente ocurrió entre los años 456-446 a. C., concretamente en el 447 en Orcómeno y Coronea. Cf. Tuc., I 113.
[49] Quizás poco después del año 446 a. C. Cf. Tuc., I 115.
[50] Aquí alude a la ayuda prestada por Atenas a Esparta en la tercera guerra mesénica, año 462 a. C. Estos hechos históricos recordados en este pasaje son los únicos que menciona explícitamente el tratado.

12 Se podría replicar que nadie, por supuesto, ha sido privado injustamente de los derechos políticos en Atenas[51]. Yo sostengo que hay algunos que han sido privados de ellos injustamente, pero realmente son pocos.
13 Aunque no son pocos los que se necesitarían para atacar la democracia de Atenas, y, además, la realidad es que los hombres no se preocupan, en absoluto, de las personas que son justamente privadas de los derechos, sino de quienes lo son injustamente. Naturalmente, ¿cómo se podría pensar que la mayoría sea privada injustamente de ellos en Atenas, donde el pueblo es el que designa los cargos? Mas por no gobernar con justicia ni decir ni practicar lo justo, por tales cosas hay algunos privados de los derechos en Atenas. Si se tiene en cuenta esto, no se debe pensar que haya algún peligro procedente de los privados de los derechos de ciudadanía en Atenas.

---

[51] Se ha dicho que este elogio es la mejor réplica a la tesis del tratadito y una defensa del régimen democrático. De las últimas líneas de este párrafo, y a la vez de todo el opúsculo y de otros pasajes del mismo, se deduce que el régimen democrático estaba sólidamente implantado en la época de composición de la obra.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS

aliados, 1, 14, 15, 16, 18; 2, 1, 5; 3, 2.
alianzas o pactos, 2, 17.
arsenales, 3, 2.
Asamblea, 1, 6, 9; 2, 17; 3, 1, 3.
Atenas, 1, (2), 10, 11, 14, 18; 2, 1; 3, 1, 3, 6, 8, 12.
ateniense, 1, 1, 10, 14, 16, 17; 2, 3, 8, 19; 3, 1, 8, 10.
Ática, 2, 16.

baños públicos, 2, 10.
Beocia, 3, 11.

comedia, 2, 18.
Consejo, 1, 6, 9; 3, 1, 2, 3.
coregías, coregos, 1, 13; 3, 4.

Chipre, 2, 7.

derechos políticos (libertad de palabra, derecho de ciudadanía), 1, 12, 14; 3, 12.

Egipto, 2, 7.
embajadores o legados, 1, 18.
esclavo, esclavitud, 1, 8, 9, 10, 11, 12, 18.
estratego, 1, 3, 18.

fiestas, 3, 2, 4, 8.

gimnasiarquías, gimnasios, 1, 13; 2, 10.

heraldos, 1, 18.
hiparco o jefe de la caballería, 1, 3.
hoplita, 1, 2; 2, 1.
huérfano, 3, 4.

importación, exportación, 2, 3, 6, 11, 12.
isla, isleño, 2, 2, 13, 14, 15, 16.
Italia, 2, 7.

Lacedemón o Esparta, 1, 11.
lacedemonios, 3, 11.
lengua, 2, 8.
liberto, 1, 10.
Lidia, 2, 7.

magistraturas o cargos, 1, 2, 3; 3, 4, 12.
mesemos, 3, 11.
metecos, 1, 10, 12.

Mileto, 3, 11.
musicales (artes), 1, 13.

navegación, naves, 1, 2, 19, 20.

palestra, 2, 10.
Peloponeso, 2, 7.
Pireo (El), 1, 17.
Ponto, 2, 7.
pritaneo, 1, 16.

sacrificios, 2, 9.

santuarios, 2, 9; 3, 2.
Sicilia, 2, 7.
suerte, sorteo, 1, 2, 3; 2, 2.

tribunales (juicios), 1, 13, 16, 17, 18; 3, 2, 5, 6, 7, 8.
tributo, 1, 15; 2, 1; 3, 2.
trierarquías, 1, 13, 18; 3, 4.

vestuarios, 2, 10.

Zeus, 2, 6.

ÍNDICE GENERAL

JENOFONTE

OBRAS MENORES

Págs.

Hierón 9

Introducción, 11. — [Texto], 23. — Índice de nombres propios y materias, 49.

Agesilao 51

Introducción, 53. — [Texto], 61. — Índice de nombres propios y materias, 95.

La República de los lacedemonios 97

Introducción, 99. — [Texto], 105. — Índice de nombres propios y materias, 129.

Los ingresos públicos o Las rentas 131

Introducción, 133. — [Texto], 137. — Índice de nombres propios y materias, 155.

El jefe de la caballería o El hipárquico 157

Introducción, 159. — [Texto], 165. — Índice de nombres propios y materias, 191.

Págs.

De la equitación 193

Introducción, 195. — [Texto], 201. — Índice de nombres propios y materias, 231.

De la caza 233

Introducción, 235. — [Texto], 241. — Índice de nombres propios y materias, 279.

PSEUDO JENOFONTE

LA REPÚBLICA DE LOS ATENIENSES

La República de los atenienses 281

Introducción, 283. — [Texto], 297. — Índice de nombres propios y materias, 315.